
A los pies de mi
JEFE
MARCOS A.C.


A los pies de mi
JEFE
MARCOS A.C.


A los pies de mi
JEFE
MARCOS A.C.

Primera edición.

A los pies de mi jefe

©Marcos A.C.

©octubre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

A los pies de mi jefe

©Marcos A.C.

©octubre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 37
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



«¿Cuánto cuesta superar un amor? Eso me había preguntado mil veces cada día en el último año, y siempre m respondía lo mismo: "No se supera lo que se queda grabado en el corazón"».

Sujetaba la copa de vino en mis manos mientras estaba acomodada en uno de los sofás de madera colgante que había en los jardines en los que se estaba celebrando el treinta aniversario de la empresa en la que trabajaba. Me balanceaba, reflexionando sobre cómo se desarrollarían las cosas a partir de ahora, especialmente después de que se había hecho el anuncio de un cambio significativo.

No es que fuera una persona temerosa de los cambios, las cosas como son, pero para qué negar que siempre que se genera una situación de incertidumbre una se queda a la expectativa. Y ese era el caso, así que me encontraba a verlas venir.

Esta fiesta no solo tenía un carácter conmemorativo, sino que se convirtió en una locura de derroche de algunos para satisfacer a otros que, copa en mano, se creían que pertenecían a una *jet set* que no les correspondía. Hablaba de mis compañeros, esos que a cada cual más pelota.

Detesto a la gente que vive por y para «el postureo», como suele decirse. Y allí de esa había mogollón. Todos los que me rodeaban se partían la cara por aparentar ser una persona guay, por querer ser más que el de al lado y por pisarle la cabeza si era necesario para subir escalones en la empresa. Un gusto, vaya. Y en cuanto a mí… En cuanto a mí, los miraba como si perteneciéramos a mundos distintos que, en cierto modo, era lo que sucedía.

Me aparté por unos momentos de los corrillos que se habían ido formando, y en los que todo giraba en halagos hacia el nuevo jefe, quien había dado el relevo a su padre, y que había sido presentado oficialmente en el día de hoy aprovechando el evento. Era la primera vez que algunos lo veíamos en persona, y a mí me había dejado completamente en *shock*.

Ya habíamos escuchado rumores de que estaba que crujía, de que se trataba de un bombón andante de esos que vienen en un envoltorio que causa taquicardias a su paso y que te deja las rodillas con la consistencia de la gelatina. Todo eso entraba en mis esquemas y, sin embargo, saberlo no evitó que produjese todas esas sensaciones en mí una vez que lo tuve delante.

No sabría decir cuál de sus muchas «maravillas» físicas fue la que más me impactó. Podría apostar a que se trató de su atractiva sonrisa, una de esas capaces de contribuir al cambio climático por lo mucho que suben la temperatura.

La sonrisa de Devis era de esas que no se olvidan, que se te queda impresa en la retina y que podrías volver a reconocer en cualquier momento de tu vida de entre un millón de sonrisas que se presentasen ante ti. No era ya solo que la tuviese bonita, sino que sabía cómo manejarla a la perfección.

Igual me estoy enrollando más que una persiana y no me hago entender, aunque creo que sí. Hay sonrisas especiales y él tenía la más especial de todas, no solo por su evidente atractivo, sino por cómo sabía manejarla. Se trataba de un seductor nato y lo sabía. Y como lo sabía, pues se aprovechaba de la situación y la manejaba como pocos.

En cuanto a su complexión física era atlética y fibrosa. Sin llegar a ser uno de esos musculitos que parece que más que estar fuertes han sufrido una reacción alérgica (creo que se nota que no me gustan demasiado), Devis era fibroso y estaba en su punto perfecto, ideal. Vamos, que delante de él se me hacía la boca agua y que estaba para degustar crudo como las ostras, sin necesidad de pasarlo vuelta y vuelta ni nada, sino tan solo añadiéndole un poc de limón.

El esmoquin es que parecían habérselo hecho a medida, aunque dada la clase que derrochaba era más que probable que así hubiese sido. Pero que ya me entendéis, que me refiero a que de los muchos tipos que había allí, ninguno lucía el suyo como él.

Su pelo rubio coronaba un rostro en el que no solo destacaba ese precioso arco que formaba su sonrisa, sino que también te hipnotizaban un par de ojazos azules de impresión, de esos que te quedas mirando y te pierdes en ellos

Sí, quieras o no, te pierdes y temes quedar como una pipiola. Incluso debes tener cuidado porque, mirándolos, corres el riesgo de que se te caiga la baba. Y os juro que eso sí que no me lo habría perdonado. Vamos, que me llega a suceder y del corte cojo la puerta y me voy por patas. Es un decir, que la puerta debía pesar lo suyo.

Era como si la casualidad de conocerlo estuviera escrita en mi destino para sacarme de ese arraigo que tenía a mi ex. No es que me fuera a enamorar de Devis, pero que me había puesto como una moto, era innegable. Tenía la risilla suelta.

No era tan extraño porque desde que mi corazón estaba hecho pedazos, como que nadie me había vuelto a hacer tilín. Y que de repente esa preciosidad hecha hombre me dejase embobada, pues como que me dejó más que sorprendida.

Digamos que yo era la oveja negra de la plantilla, y no es que la plantilla fuesen trescientos trabajadores, eran veinte, al menos en la sede, pero a cada cual más gilipollas.

Con todo y con eso, me habían señalado de esa manera, algo que me traía sin cuidado, porque no necesitaba en absoluto a mis compañeros para nada. Vale, que reconozco que me hubiese sentido más cómoda de otra manera, encajando mejor, pero que tampoco se me iba la vida en ello. Eso lo tenía más que claro.

Pongamos las cosas en su sitio, tampoco es que en el ámbito laboral me encontrase en un campo de batallas contra todos ellos, pero sí que no le reía las gracias a nadie, decía las cosas tal y como eran, y no me dejaba ningunear.

En un mundo en el que todos parecen pasarse la vida deseando recibir un *like*, y no solo virtual, que alguien llame a las cosas por su nombre suele resultar, cuando menos, un tanto molesto.

Eso sí, el señor Samuel, padre del ahora jefe, conmigo tenía una cosita especial y cuando iban a hablarle mal de mí, yo sabía que me defendía y paraba los pies. Un día le pregunté por qué lo hacía y su respuesta fue que a mí nunca me escuchó hablar mal de nadie y que jamás tuvo que reprocharme nada en mi trabajo.

El tema estaba en que yo era la secretaria del director, que hasta hoy día había sido Samuel. Tenía mi propia oficina justo al lado de su despacho y me dedicaba a ponerle todo en orden, contestar sus llamadas y me encargab de su agenda, sin duda, cuando había que traerle un café yo se lo traía gustosamente, y dos, o todas las veces que hiciera falta, más cuando él estaba en silla de ruedas, pero de ahí, a que todos los trabajadores por el simple hecho de ser asesores, abogados, arquitectos o demás se pensaran que a ellos también le iba a hacer los recados, iban apañados. Siempre les contesté, que fueran ellos que también tenían piernas y que yo no era camarera ni recadera de nadie.

Por cosas como esas, caía como un grano en el culo, menos a mi jefe, y no por ser pelota, que yo para eso no había nacido.

Puedo decir que, en más de una ocasión, incluso compartí un café con él en una elegante cafetería cercana a la sede de nuestra empresa. Ese señor era la amabilidad personificada y, para agradecerme mis gestos, incluso me hizo sentir así de bien, haciéndome ver que era especial para él. Y todo de la forma más sana del mundo, que él jamás me miró con otros ojos, sino con los que mira un padre a una hija, vaya.

En esas ocasiones, a más de uno se le pudrió la sangre al verme salir de allí conversando animadamente con él, algo que hice gustosamente y de lo más agradecida. Pero claro, todos esos peloteros que no conseguían el favor del jefe igual que yo, me lanzaban miradas incendiarias.

En resumidas cuentas, que me miraban como si yo fuese una trepa que aspirase a heredar la empresa, cuando no soy ambiciosa y nunca he deseado nada más que aquello que me correspondiese por mi trabajo.

Un rato atrás se me acercó poniéndose a un lado donde yo estaba sentada y me dijo unas palabras preciosas que

se me habían quedado grabadas en el corazón.

—*Aitana, te voy a echar de menos, pero iré a verte. Solo le he dejado una condición a mi hijo, y es que tú eres intocable* —murmuró dejándome sin palabras y tras hacerme un guiño, prosiguió su camino en la sillita que era eléctrica hasta donde estaban su mujer y amigos.

Su hijo, ese al que no había visto en mi vida, pero tenía constancia de él, aunque algunos de la empresa sí que lo conocían, ya que habían ido a otros eventos en los que yo no pintaba nada y por eso no accedí a ir. El del día de hoy era de la empresa y no externo, por eso estaba aquí.

Devis Smith, el hijo de Samuel, transmitía ser el hombre más impecable del mundo. De esos que aparece ante ti y te preguntas si es de verdad. Tanta perfección descolocaba. Nunca había visto a alguien así tan de cerca, hasta tal punto de dejarme sin habla. A mí, eso era lo más curioso, sin habla a alguien como yo…

No es que yo hablase mucho, para nada, solo que no era precisamente la típica chica tímida que se achantaba ante nadie. Pero hoy, mi nuevo jefe me había dejado sin habla… Cosas que pasan, mis labios se habían sellado y enmudecí en su presencia. Por favor, que no se me notase demasiado, que no quería quedar ante sus ojos como una boba.

Traté de no mirarle, de no centrarme en él para que tampoco se fijase en mí y pudiese adivinar lo que me estaba sucediendo. Solo faltaba que ese bombón de licor fuese adivino, pero como tiros debía haber dado muchos, no me quería arriesgar, pues debía de tratarse de un hombre muy experimentado.

Observaba a Paula, la chica de recepción que era lo más cursi que me había echado a la cara y hasta un día osó en preguntarme que si me podía quedar con su hija una hora cuando saliera del trabajo y me pagaba diez euros. Mejor no os digo lo que le respondí, pero no volvió a por otra.

—Si mi padre me advirtió que eras intocable —dijo apareciendo copa en mano Devis, y dejándome otra vez sin habla mientras se sentaba a mi lado— y te veo alejada del grupo, me hace presuponer que te están haciendo algún tipo de daño.

—¿Cuál de todos esos gatitos? —pregunté causándole una risita.

—No, así no, ¿en qué te diferencias entonces?

—En que no soy igual que los demás, ¿te parece poco?

—Me gusta, eres la única que me tuteas.

—Tú lo has hecho primero conmigo. ¿En qué nos diferenciamos? —Se lo devolví.

—Ahora voy entendiendo a mi padre…

—¿Seguro? —Arqueé la ceja.

—Segurísimo. Por cierto, ¿estás bien?

—Perfectamente. Balanceándome y disfrutando de un buen vino. No es que entienda, pero oye, deja un sabor d lo más fresco y afrutado. —Aunque me dejaba sin aliento su presencia, yo conseguía seguir dominando el arte de parecer que nada me impresionaba.

—Visto de esta manera, creo que al final eres la que más está disfrutando.

—¿Y cómo es que nunca te vi por las oficinas?

—Hasta ahora he estado trabajando en el proyecto de unos hoteles en Lanzarote y anteriormente en República Dominicana. He llevado los proyectos desde el lugar donde se han ejecutado, pero ya todo cambió, ahora me toca dirigir desde el despacho. Me verás a diario.

—Contaba con eso —sonreí.

—Por lo que sé de ti, llevas dos años en las oficinas, tienes veintiséis años y eres una persona muy cuadriculada con el trabajo, nunca dejas nada para mañana.

—No habrás tenido que hacer un máster en investigación para eso, ¿verdad?

—Y ¿por qué me da a mí que tú y yo nos vamos a llevar muy bien? —Se echó a reír.

—Mira qué suerte, siempre será bonito tener un aliado. —Apreté los dientes.

—Papá… —dijo cuando su padre se nos acercó y yo le sonreí.

—La estarás cuidando, ¿verdad? —Le señaló con el dedo.

—Ahora mismo estaba a punto de decirle que le iba a subir hasta el sueldo.

—Lo anoto —contesté para dejarle claro que eso no se me iba a olvidar, por mucho en broma que lo hubiera

dicho.

—Deberás hacerlo, no tendremos nunca una igual que ella. Bueno chicos, me voy a casa. Aitana, cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme, el número siempre será el mismo. Y estaré siempre deseoso de que me haga una llamada. No solo hemos compartido trabajo, sino buenas charlas que no olvidaré.

—Gracias, señor Samuel. ¿Le puedo dar un abrazo?

—Claro, antes que nos vea mi mujer que aún está dándole a la lengua —bromeó abriendo sus brazos, pues contaba con un sentido del humor increíble, el mismo que esperaba que hubiese heredado su hijo, dado que entonces sería un gusto trabajar con él.

Se marchó con esa preciosa y noble sonrisa que tenía. Era un hacha empresarial, pero, sin embargo, la persona más cercana, empática y bondadosa del mundo. Conmigo siempre se portó muy bien.

—A mis treinta y ocho años, jamás lo he visto enfadado.

—Ni yo, te lo juro, en los dos años que llevo trabajando para él, nunca lo vi con un mal gesto de cara, ni refunfuñando y mira que ha sido un hombre con una responsabilidad brutal. Que no estamos hablando de una constructora pequeñita, estamos hablando de una que hacer trabajos de arquitectura y construcción de mediana a gran escala.

—Es muy buena persona, sí, demasiado —sonrió y a la vez le hizo un gesto al camarero para que viniese y le pidió dos copas de vino.

—Tienes un hermano o hermana, ¿verdad?

—No, soy hijo único.

—Pero si tu padre dice que tiene una nieta llamada Andrea.

—Mi hija —sonrió.

—¿Tu hija? Pero, si no hace muchos días cumplió su nieta dieciocho años, por lo que me dijo.

—La tuve con veinte.

—Joder, pues sí que tenías prisa. Bueno mira, ya la tienes criada. Imagino que estás casado.

—No, no, para nada. Andrea fue producto de una locura de verano. —Volteó los ojos sonriendo—. Menos mal que esa locura me da muchas alegrías. Su madre renunció a ella cuando tenía cuatro años, porque le vio algo que para ella era un problema, ironías de la vida. Ya la conocerás, es un ser de luz que va a trabajar con nosotros en la oficina contigua tuya. Seguro que te vas a llevar genial con ella.

—Bueno, a ver si por fin tengo dos aliados. —Me dejó rayada lo de que su madre renunció por algo que para ella fue un problema…

—Estoy seguro de que sí.

—¿Y cómo es que no ha venido?

—Está en París, celebrando su cumpleaños con las amigas, aunque fue hace algunas semanas, pero era cuando todas podían coincidir...

—Qué glamur. Yo lo celebro con una tarta del súper y soy feliz de soplar las velas —dije causándole una risa.

—¿Vives con tus padres?

—Sí, también soy hija única y me tuvieron muy jóvenes. Felipe y Claudia, se llaman, son médicos en el mismo hospital y tienen cincuenta años. Fue increíble que a los veinte me tuvieran a mí, en plenos estudios universitarios pero eso no les frenó a que siguieran con sus carreras, eso sí, mi madre tardó dos años más en terminarla, ya que, entre el final del embarazo, el parto y mis primeros meses de vida, tuvo que dejar de lado un montón de asignaturas.

—Imagino que tus abuelos los ayudarían para sacarte adelante y que pudieran seguir sus estudios.

—Sí, vivieron unos años en casa de mis abuelos maternos, ya que tenían una vivienda muy grande, pero por parte de mi padre también los ayudaron mucho.

—¿Y no te dio por estudiar medicina?

—Estudié periodismo, pero no encontraba trabajo, ya que pedían que tuviera experiencia, pero si nadie me la daba, ¿cómo me iban a contratar? En fin, que terminé echando currículums por todos lados y me llamaron de las oficinas. Tu papá me hizo la entrevista y le debí caer en gracia, porque me dio este puesto. Y si te soy sincera, estoy muy cómoda y feliz, a pesar de ser la oveja negra del lugar. —Nos reímos.

—Juntos seremos invencibles —murmuró en un tono de lo más correcto y sonriente. Me encantaba las

expresiones tan bonitas que ponía y ese timbre de voz tan relajante que tenía.

—Muy guerrero te veo yo. —No podía parar de reírme, y es que tenía desparpajo para dar y regalar.

—Ya me irás conociendo, pero de la plantilla, hay unos cuantos que no aguanto y que mi padre sabe que voy a poner orden en breve.

—¿Qué me estás contando?

—No, ahora nada, pero ya te contaré. —Me hizo un guiño—. Hoy es un día para disfrutar, nada de pensar en lo laboral.

Cada vez iba quedando menos gente, y es que eran la una de la madrugada y llevábamos desde las nueve. Nosotros seguíamos charlando y riendo a carcajadas, porque tenía un sentido del humor de lo más irónico y no dejaba títere con cabeza. Iba cobrando cada uno de los que se iba marchando, ya que para todos tenía un comentario ingenioso que me hacía reír a más no poder. Lo que se notaba claramente era que tenía a varios en la mira, señalando a aquellos que consideraba los pelotas de su padre.

Nos quedamos los últimos, y se ofreció para acompañarme en taxi hasta la puerta de mi casa, donde nos despedimos quedando en vernos el lunes por la mañana en el trabajo. Me dio un beso en la mano antes de volver a regresar al taxi.

,

No voy a negar que entré en casa como en una nubecita. Para mí, fue como una de esas noches que parecen mágicas porque tienes la sensación de que tus pies no llegan a tocar el suelo en ningún momento, que vas flotando.

Me acosté y la preciosa imagen de Devis, con esa sonrisa que valía millones, como que se había instalado en mi mente y me seguía produciendo esa misma sonrisa suelta que, a cualquiera que me hubiese visto en la cama, le habría hecho sospechar que me faltaba un tornillo.

expresiones tan bonitas que ponía y ese timbre de voz tan relajante que tenía.

—Muy guerrero te veo yo. —No podía parar de reírme, y es que tenía desparpajo para dar y regalar.

—Ya me irás conociendo, pero de la plantilla, hay unos cuantos que no aguanto y que mi padre sabe que voy a poner orden en breve.

—¿Qué me estás contando?

—No, ahora nada, pero ya te contaré. —Me hizo un guiño—. Hoy es un día para disfrutar, nada de pensar en lo laboral.

Cada vez iba quedando menos gente, y es que eran la una de la madrugada y llevábamos desde las nueve. Nosotros seguíamos charlando y riendo a carcajadas, porque tenía un sentido del humor de lo más irónico y no dejaba títere con cabeza. Iba cobrando cada uno de los que se iba marchando, ya que para todos tenía un comentario ingenioso que me hacía reír a más no poder. Lo que se notaba claramente era que tenía a varios en la mira, señalando a aquellos que consideraba los pelotas de su padre.

Nos quedamos los últimos, y se ofreció para acompañarme en taxi hasta la puerta de mi casa, donde nos despedimos quedando en vernos el lunes por la mañana en el trabajo. Me dio un beso en la mano antes de volver a regresar al taxi.

No voy a negar que entré en casa como en una nubecita. Para mí, fue como una de esas noches que parecen mágicas porque tienes la sensación de que tus pies no llegan a tocar el suelo en ningún momento, que vas flotando.

Me acosté y la preciosa imagen de Devis, con esa sonrisa que valía millones, como que se había instalado en mi mente y me seguía produciendo esa misma sonrisa suelta que, a cualquiera que me hubiese visto en la cama, le habría hecho sospechar que me faltaba un tornillo.

Capítulo 2



Troceaba los tomates para ponerlos sobre las tostadas mientras se hacía el café y escuchaba mi emisora de radio favorita. Sonaba *Pájaros de Barro* de un cantautor antiguo que revolucionó con su música a todos los españoles, Manolo García. Me encantaba este tema y es que yo había crecido escuchando esta música en casa.

En realidad, me encantaba todo tipo de música porque soy de las personas que bailan hasta con la música de cabecera de las noticias, aunque he de reconocer que sentía debilidad por esa.

Era un domingo que lucía espectacular, y es que entraba por la ventana de la cocina un solecito que invitaba a dejar la cara mirando en su dirección. Sin embargo, decidí que mejor me iba a tomar mi desayuno en el sofá con tranquilidad, que para eso era festivo y podía relajarme sin la presión de tener que ir a la oficina. Aunque realmente, entre semana, mi desayuno consistía solo en un café rápido, ya que tan temprano no me entraba el pan; prefería dejarlo para media mañana, que desayunaba en la cafetería de al lado de mi trabajo.

Recordé a Devis y me salió una sonrisa de oreja a oreja, me había caído súper bien. Y encima es que tenía algo que, ya lo he comentado, la noche anterior me hizo dormir a pierna suelta después de derrochar un buen montón de sonrisas pensando en él y en cómo me había tratado. Justo en ese momento escuché que mis padres entraban.

—No veas, cada día os superáis —me referí a que eran las nueve y media de la mañana, y volvían en ese momento.

—Vengo con las piernas destrozadas —dijo mi madre quitándose las botas de tacón—. A las ocho de la mañana cuando nos íbamos a recoger, a Sergio y Mara se les ocurrió que podíamos ir a desayunar, y allí que fuimos toda la pandilla.

—Ya, y para ti eso supuso como una tortura, pero como eres tan buena amiga, lo hiciste por ellos. —Reí.

—Mira que tienes guasa, Aitana —contestó mientras se daba un masaje en sus doloridos pies, esos que después de toda la noche debían estar pidiendo socorro. Después se levantó y resopló—. Es que no puedo ni con mi alma.

—Yo me retiro a dormir, no puedo más —murmuró mi padre mientras me daba un beso en la mejilla y mi madre ya iba flechada para el cuarto.

A mis padres, era llegar el sábado por la noche y ya estaban listos para tirarse a la calle, así diluviara, pero no se perdían una marcha. Salían con el mismo grupo de amigos de toda la vida.

Eso me resultaba muy divertido y siempre les decía que tenían más energía en el cuerpo que yo, que eran unos juerguistas y que blablablá. En ocasiones, incluso bromeaba sugiriendo una hora de regreso, a lo que ellos solían responder con un «tururú», indicando que se recogerían cuando les diera la real gana. Y la verdad, que muy bien que hacían.

Eran muy jóvenes. ¿Qué son cincuenta años? Encima estaban espectaculares, ya que hacían todos los días deporte y se cuidaban mucho. Eso sí, el sábado por la noche no contaba, ahí se bebían lo impensable, lo vivían como si tuvieran veinte años y se quisieran comer el mundo, pero si disfrutaban así, ¿qué mal le hacían a nadie?

En el fondo, me encantaba que fueran así de juerguistas porque eso les mantendría el alma siempre joven. Y me sentía superorgullosa de la forma en la que llevaban su vida; eran dos médicos serios y con la mejor reputación, pero al mismo tiempo, eran una pareja de lo más divertida y dicharachera.

Y yo era demasiado feliz en este hogar… Un hogar en el que siempre me lo habían dado todo y en el que me sentía querida y respetada al máximo, porque mis padres me habían regalado amor a manos llenas.

La casa era grande y tenía un jardín delantero de quinientos metros cuadrados, donde se podía disfrutar de zona de barbacoa, una terraza acogedora y una preciosa piscina llena de rocas al fondo, que permitían que el agua cayera en forma de cascada. Mi habitación era muy grande y contaba con baño, vestidor y un balcón, dado que estaba en la primera planta. No me faltaba detalle, con decir que me regalaron una mini nevera de estilo vintage que combinaba a la perfección con la cafetera… Así no iban a conseguir en la vida que me quisiera independizar, aunque creo que lo hacían para eso precisamente, ya que se les notaba que tenerme en casa, les hacía inmensamente felices.

Y yo… Yo me dejaba querer, la verdad. Si contentos estaban ellos de tenerme allí, no digamos las pocas ganas que tenía de dejar un hogar en el que, antes incluso de abrir la boca para pedir nada, ya lo tenía en la mano. Me trataban como a una princesa.

A media mañana y, sabiendo que mis padres no se iban a levantar hasta la hora de la comida, decidí aprovechar el tiempo y meterme en la cocina para preparar el almuerzo mientras escuchaba música. Miré en la nevera para ver los ingredientes con los que contaba, y me decanté por unos filetes de ternera y unas setas, que utilizaría para elaborar una salsa. Además, pensé acompañar el plato con unas patatas fritas, ya que hacía días que no las comíamos con esto de que mis padres se cuidaban demasiado, pero como hoy cocinaba yo, se iban a meter alguna que otra caloría de más en el cuerpo.

No por el hecho de haberme tenido siempre entre algodones, para nada me habían convertido en una inútil que

no supiera ni freír un huevo. La educación que me habían dado era la mejor y me gustaba agradecérselo teniendo con ellos todo tipo de detalles.

Llamaron a la puerta exterior y atendí por el telefonillo por el que me comunicaron que tenían una entrega para mí. Yo desde luego no había pedido nada por Amazon, que eran los que venían hasta los domingos.

Me extrañó bastante y hasta pensé que pudiese tratarse de un error. Y no, no lo era… Para mi alegría.

Salí y me encontré con una pata de jamón en su saco metido que el hombre me entregó sonriente con un sobre. Me quedé de lo más rayada.

Entré en la cocina y abrí el sobre. Lo primero que hice al leerlo fue emocionarme muchísimo.

«*Para mi mejor empleada. Gracias por acompañarme en estos dos últimos años. Samuel Smith*»

Había tenido un detalle de lo más bonito, para mí era muy importante que se retirara con ese buen sabor de boca, sabiendo que había cumplido con mi trabajo y no le había decepcionado. Me tenía cariño, y eso se notaba. Al detalle me remito.

Sobra decir, además, que no se trataba de una pata de jamón cualquiera. Mi antiguo jefe no solo era un hombre adinerado, sino uno a quien el estilo le salía por la punta de las orejas. Y ese regalo tenía pinta de haberle costado un tremendo pastizal.

Y luego estaba su hijo, ese que me dejó muy impactada, ya que era de esas personas indescriptibles que poseen todo lo bonito que puede tener un hombre: sentido del humor, ironía, belleza, porque era guapo a rabiar, por no hablar de su cuerpo, ese que le hacía llevar la ropa como si fuera una percha, a lo que había que añadir lo correcto que era.

Yo esperaba que no hubiese sido producto de que llevase unas copas de más y que mañana me encontrase a don Ogro el *buenorro*. Me reía con solo pensarlo.

No, por favor. Si era digno hijo de su padre, y Devis tenía todas las papeletas para serlo, se trataría de un tipo estupendo con el que también me sentiría genial trabajando.

La salsa de setas la había conseguido reducir al máximo y tenía muy buena pinta sobre los filetes. Al probarla gemí de lo bien que se me habían fusionado los sabores. A mis padres les iba a encantar. Y a mí me ilusionaba mucho cuando eso ocurría. ¡Si hasta alguna vez se ponían a aplaudirme en plan de broma!

Cuando se despertaron, ya estaba sacando de la sartén las patatas.

—¿Y este jamón? ¿Te tocó anoche en una tómbola? —preguntó mi madre arqueando la ceja.

—Que va, me lo han entregado hace un rato, me lo manda mi jefe, bueno, el que hasta ayer fue mi jefe.

—¿Y qué tal el hijo? ¿Tuviste la oportunidad de hablar con él? —preguntó mientras me ayudaban a preparar la mesa.

—La tuvo él conmigo, que fue el que se me acercó —le conté todo y lo de que su hija sería mi compañera.

—Qué bueno, mejor así, que sea gracioso y que le hayas caído en gracia —dijo mi padre.

—A mí me ha dejado rayada lo de la hija, creo que se refiere a que podría tener algún síndrome o discapacidad. La verdad es que me parece muy cruel, aunque no me sorprende del todo, porque he visto muchos casos así en el hospital.

—El padre se ve que la adora, se le notaba en la forma de hablar sobre ella.

—Como debe de ser, todo padre debería amar a sus hijos por encima de todo —dijo el mío.

—Si los quieren la mitad que vosotros a mí, ya pueden darse por contentos.

—Aitana, ¿qué me vas a pedir? —bromeó.

—Un beso, te voy a pedir solo un beso.

—Cocinas y encima me sales barata.

—Bueno, si quieres que te salga más cara, puedo pensar en algo.

—No, no es necesario —dijo guiñándome un ojo.

—Vale, vale, yo lo decía por si las moscas.

—Por favor, qué rico te ha salido —murmuró mi madre—. Te voy a perdonar y todo lo de las patatas fritas.

—Pues anda que no te las estás comiendo a gusto —le contesté riendo.

—La resaca es muy mala, pero si me hubieras puesto verdura, también me la hubiera comido para acompañar a la carne.

—Sí, ya. —Me reí mientras mi padre nos miraba con su sonrisita.

—Los abuelos van a venir a merendar, van a traer dulces —dijo mi madre refiriéndose a sus padres.

—Más calorías para el cuerpo —murmuró mi padre negando y riendo.

—Eso no es problema, mañana le dais dos vueltas corriendo a la ciudad y lo dejáis todo quemado hasta el domingo que viene.

—¿Dos? Como se le ocurra decir a mis suegros que traen la cena, es cuando nos vamos a tener que ir a correr hasta el pueblo de al lado —dijo mi madre a carcajadas limpias.

—Tus suegros te recuerdo que están de viaje en Asturias con el IMSERSO. —Le recordó mi padre.

—Es verdad, con razón decía yo que no habían venido a dar por saco en estos días —contestó ella y mi padre le tiró con un trozo de pan a la frente. Nos echamos a reír los tres.

Se llevaban fenomenal y se reían lo más grande estando juntos. Hacían mogollón de cosas en compañía del otro y para mí eran el mejor ejemplo de cómo deberían llevarse dos personas que comparten su vida, no ya por necesidad ni por miedo a estar solos, sino porque se quieren de verdad.

Los dejé recogiendo la cocina y me fui a la habitación a descansar un poco antes de que llegaran mis abuelos, que sería sobre las cinco. Aún quedaban un par de horas y tenía tiempo de relajarme un poco.

No dejaba de acordarme de Devis y de esa sonrisa tan especial. Hacía mucho tiempo que no me había vuelto a fijar en ningún hombre desde que lo dejé con la persona que más daño me había hecho, justamente hacía un año.

Hay fechas que no se olvidan y yo esa, por desgracia, la tenía marcada a fuego en la mente. Y eso que cada día me decía que lo tenía que superar y punto. ¿Por qué tenían que doler tanto las cuestiones del corazón?

Kiko, el chico con el que había estado durante un par de años, resultó ser una gran decepción. A pesar de que había compartido momentos maravillosos a su lado y lo había amado con todo mi corazón, me enteré de que en el último año me había sido infiel con varias chicas, dejándome eso tan tocada que hoy en día aún no lo superaba. Yo era superfeliz a su lado, pero claro, cuando descubrí todo el pastel no tuve más remedio que poner punto final a nuestra relación, con todo el dolor del mundo. Ese que hasta ahora seguía soportando. Por cierto, él era policía nacional.

Lo malo es que había sido mi primer gran amor en serio y me había creado unas expectativas brutales. Cuando la cruel realidad me estalló en toda la cara, sentía como si no solo se hubiese roto mi relación, sino que todo mi mundo se hubiese dinamitado, saltando por los aires. Y reconstruir eso lleva un tiempo.

Había dormido por lo menos una hora y media cuando me desperté al escuchar el timbre de la puerta. Mis abuelos habían llegado.

No podía recordar qué exactamente, aunque hasta había soñado. Qué gracia. Sin saber de qué se trataba, tuve toda la sensación de que se había tratado de un sueño dulce, de esos que te dejan el mejor sabor de boca.

Me comieron a besos, como siempre, y no paraban de echarme piropos hasta que les tenía que decir basta. Estaban locos conmigo, y se notaba que era su ojito derecho, aunque más nietos no tenían.

Ya digo que yo vivía rodeada de mucho amor, si bien me faltaba ese que te deja el corazón bien llenito, el de un chico que compartiera conmigo la vida, dándome cada mañana los buenos días y deseándome que descansara por las noches.

No quiero ponerme dramática, pero las cosas hay que reconocerlas; en mi vida había un antes y un después con lo de Kiko. Y, a pesar de que no quisiera pararme demasiado a reconocerlo, eso era así.

En los momentos familiares, en los que mis padres y abuelos me regalaban amor a manos llenas, me dedicaba a olvidarme de ese vacío y de ese dolor que la traición de mi ex me produjo en un corazón que se rompió en mil pedazos.

Mi familia bien se merecía que yo le pusiera la mejor de las caras y eso hacía siempre.

Mis abuelos no solo traían dulces, sino un montón de interés que mostraron enseguida por saber cómo me iría en el trabajo tras la marcha de Samuel.

—Seguirá siendo la enchufada del jefe, del nuevo jefe, a quien parece haberle caído sensacional —bromeó mi padre.

—Yo nunca he sido una enchufada —me quejé tirándole con la servilleta.

—Un poquito sí, quizás porque eres más deliciosa que uno de estos dulces, pero sí…

—Y no es pasión de padre ni nada —añadió mi madre guiñándoles el ojo a mis abuelos.

—Os estoy viendo. No os burléis de mí.

—¿Y qué gracia tendría la vida entonces?

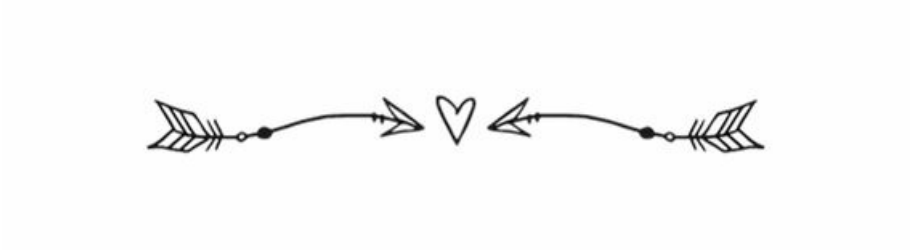
—Papá, no me quemes la sangre…

—Os estoy viendo. No os burléis de mí.

—¿Y qué gracia tendría la vida entonces?

—Papá, no me quemes la sangre…

Capítulo 3



Para ser lunes me levantaba demasiado feliz y eso, aunque no lo quisiera reconocer, tenía nombre, Devis concretamente. Fue mi último pensamiento de la noche y el primero de este día.

Si no lo reconociera, sería una mema. Me sentía contenta y que eso tuviese relación con alguien que llevase nombre masculino no era algo que me soliese pasar en los últimos tiempos. Es más, no me solía pasar desde los tiempos de ese innombrable al que no me gustaba ni dedicarle un recuerdo.

Me tomaba un café mirando por la ventana de la cocina al jardín y viendo que de nuevo el día brillaba, y es que este otoño estaba siendo de lo más generoso. Un primero de noviembre que seguía pareciendo septiembre, lo cual nos permitía disfrutar del mejor tiempo.

—Cariño, nos vamos —murmuró mi padre acercándose a darme un beso en la mejilla.

—Yo salgo en breve.

—Nos vemos luego. —Se acercó mi madre a besarme.

—Vale, que tengáis un buen turno.

—Hoy para comer hay lentejas, que luego me va a dar la abuela un táper.

—¿Quieres que lo recoja yo?

—No, hija, la abuela lo va a dejar aquí luego porque tiene que traer unas cosas.

—Vale.

Los tres entrábamos a las ocho de la mañana, pero a ellos el hospital les pillaba mucho más lejos que a mí las oficinas, que estaban en un polígono en el que nunca había tráfico.

Los miré al salir y no os lo voy a negar, se me caía la baba…

Ambos eran muy guapos, aunque mi madre solía decir de ella misma que era más resultona que bella. Yo estaba mezclada, me parecía a los dos.

Mi padre era alto y moreno, con los ojos oscuros. Mi madre solía bromear con que era el mejor antídoto contra la tristeza de algunas pacientes, que solían babear con solo verle.

Ella también era preciosa, aunque quizás tuviese razón en que su principal atractivo residía en ser una mujer muy pizpireta, una especie de rabillo de lagartija que nunca paraba y que contaba con una simpatía arrolladora. De mi madre heredé mi pelo rubio y mis ojos claros.

Me llegó una notificación del banco avisándome de que acababa de recibir mi nómina: mil setecientos treinta y cuatro euros. Me pagaban muy bien, las cosas como eran, yo trabajaba treinta y cinco horas semanales, por lo que no llegaba ni a las cuarenta. También percibía dos pagas completas en Navidad y verano, y otras dos medias en marzo y octubre. Tenía mi mes de vacaciones y seis días sin justificar de asuntos propios. Lo cierto es que no podía pedir nada más y que me encontraba de lo más satisfecha a nivel laboral.

Llegué al trabajo y Paula, la chica de recepción me dio los buenos días con esa cara de amargada que siempre me ponía y que a mí me importaba un bledo, porque al menos no fingía una media sonrisa como ella. Yo venía a trabajar, no a hacer amigos.

Esa idiota siempre me recibía igual. Vale que era lunes y que a algunos eso les sienta como una patada en los mismísimos, aunque no era su caso, porque esa niñata miraba a todos igual en lunes que en viernes. Era su odioso carácter.

Llegué a mi oficina y tal como me senté, no me dio tiempo ni a encender el ordenador…

—¡*Good morning*! Soy Andrea —dijo antes de llevarse la manita a la boca y reírse.

—Encantada, Andrea. —Me acerqué impactada, pero disimulando. Le di dos besos.

De todas las cosas que se me hubiesen podido pasar por la cabeza, aquella era la que menos me cuadraba. De pronto, entendí perfectamente lo que me comentó su padre sobre que se trataba de un ser de luz, porque Andrea la irradiaba, aparte de una buena onda sensacional.

Andrea tenía una melena hasta los hombros lisa, preciosa, con la raya a un lado y unas mechas rubias naturales que eran una pasada. No exagero si digo que tenía el pelo que muchas mujeres desearíamos tener y, además, en

cantidad. Un cuerpo precioso, es más, se veía radiante, con una piel increíble y un cuerpo atlético, aunque delgada, no superaba el metro setenta.

Era un chico vestido de mujer, pero con la cara más angelical, dulce y adorable que había visto en mi vida. Llevaba un vaquero pitillo con un suéter rojo con escote en pico, y debajo llevaba una camisa blanca con el cuello abierto sobre el escote. Sus botas altas de color marrón le daban un toque especial, y llevaba un bolso de Michel Kors colgado de su brazo. Como accesorios, llevaba un collar dorado, una pulsera rígida del mismo color al igual que los pendientes de aro.

Tenía un estilazo que derrochaba elegancia y glamur, me impactaba porque lucía tan bonita que asombraba y se la veía con una sonrisa de lo más cautivadora. Demasiado perfecta, como su padre. Ahora entendía a lo que se refería él cuando me dijo que su madre la abandonó…

¿Cómo? ¿Cómo es posible que algunas personas sean capaces de no querer a sus hijos porque les rompan sus convencionales esquemas? ¿Cómo es posible que sean tan hipócritas y capaces de, por un motivo así, negarle el cariño a alguien que no podía ser más especial y bonito? Y no hablo solo de su aspecto exterior, que ya digo que era espectacular,

Qué triste debe de ser vivir con una mente tan vacía como la que debía tener esa madre. ¿En serio por esto la abandonó? Si yo fuera esa madre, estaría llena de orgullo por tener a una niña tan dulce y encantadora, que, además, a elegante no le ganaba nadie. Me resulta incomprensible cómo hay personas que no logran entender que cada uno tiene el derecho de vivir su vida como desee y que la felicidad de uno no debería ser motivo de tristeza para los demás.

Pero no. Vivimos en una sociedad donde se admiten auténticas barbaridades y luego hay gente, como quien echó al mundo a Andrea, que se echa las manos a la cabeza por cosas que son de lo más naturales. Y si me refiero así a esa mujer es porque ser madre comprende mucho más que dar a luz a un hijo. Esa ni era madre ni era nada.

—Así que tú eres mi compi. Mi padre ayer me habló mucho de ti cuando regresé de París.

—¿Mucho? Espero que nada malo. —Apreté los dientes.

—¡No! —exclamó riéndose— Nena, pero si hasta me dijo que te cuidara que eras buena persona.

—¿En serio? —Nos reímos.

—Mi padre es la caña, de verdad, nada que ver con el abuelo que es un santo, pero más serio. Nena, si es que a veces le tengo que reñir para que pare de hacer estupideces. No se las piensa. —Echó una risilla de lo más cursi pero que a ella se le reflejaba en dulce.

—Así que tu padre tiene más peligro que mi abuelo con la motosierra.

—Tampoco os paséis. Buenos días, señoritas. Veo que ya os habéis conocido.

—Jefe, ya me podrías haber dicho que tenías a la hija más elegante y guapa del mundo. Me encanta lo divertida que es. Estoy muy feliz de tenerla aquí como compañera —dije mirándola.

—Ay, nena, ¡qué me emocionas! —Se llevó la mano a la boca y puso ojitos tristes.

—Eso nos invita tu padre a un café y se te pasa.

—¿Quién dijo miedo? Allá vamos. —Nos hizo un gesto de que lo siguiéramos.

—Miedo nunca, papá. Miedo solo le tendría a que me invitasen a una fiesta y no tuviese un vestido para estrenar.

—Ay, por favor, que me parto contigo, Andrea.

—Pártete la caja y todo lo que quieras, nena, pero a las cosas hay que llamarlas por su nombre. A mí eso sí que me da miedo, claro que me lo da. —Rio.

—Mi hija es así, ya te irás acostumbrando.

—A ella me acostumbraré en un minuto, eso te lo prometo.

—¿Va con segundas? ¿Quieres decir que a mí no? —me preguntó enarcando una ceja.

—¿Estás celoso, papá? —Le buscó la lengua Andrea.

—¿Celoso yo? ¡¡Estoy encantado de ver lo amigas que vais a ser!!

—Pues que se note. Estírate, no solo con un café, sino con un buen desayuno.

—Eso creo que no te lo había contado de mi hija. Pide más que habla, Aitana.

—Ni eso ni otros de mis muchos valores, ya te los iré contando yo, nena.

Pues bien empezábamos el lunes, entrando y saliendo por la puerta. Me reí mirando a Andrea que me hacía un

guiño y caminaba con un estilo que ya lo quisiera yo para mí. Era graciosa y le cogió la mano a su padre. Se le notaba lo orgullosa que estaba de él.

La cara de Paula al vernos salir a los tres era un poema, lo que no me esperaba es que Andrea le soltara un dardo.

— Hoy nos vamos a desayunar los compañeros de la élite de la empresa, y no creo que volvamos más tarde de las doce del mediodía —le soltó con todo el arte y la otra llevó su mirada al reloj de la pared para comprobar la hora, que eran las ocho y diez, que ella lo sabía, pero se había quedado tan en *shock* que quiso comprobarlo.

—Hija, disimula un poco más —le pidió su padre negando con la cabeza.

—Papá que en el croquis que me hiciste de los buenos y los malos, esa estaba en los peores —añadió con tal desparpajo que tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no estallar en risas.

—Tampoco hace falta que lo cuentes. —Carraspeó causando una carcajada en las dos, pues cuando la vi reírse, comprendí que tenía vía libre para hacer lo mismo.

Andrea me dejó su móvil para que fuera pasando fotos para enseñarme su viaje a París. Menudo repertorio tenía. Se notaba que le encantaba la moda, posar… Parecía una verdadera *influencer* y, de haberlo sido, los seguidores le habrían salido hasta debajo de las piedras.

Era impresionante verla con sus faldas, botas, camisas y sombreros; y era lo más elegante, sensual y bonita que se podía una persona imaginar. No importaba por dónde caminara, siempre lograba captar todas las miradas, y esc se debía al glamur que desprendía. Además, siempre sonreía, lo que la hacía parecer la persona más feliz del mundo, y eso se refleja a en cada una de las fotos.

—Tus *outfits* son lo más. —Le devolví el móvil.

—Cuando quieras, te puede dar un cursillo —dijo bromeando Devis.

—No, por mucho que yo me vistiera como ella no se me vería igual. Es perfecta, encontró su punto más fuerte con la ropa y es su marca personal.

—Tú también tienes mucho gusto.

—Sí —afirmó ella sonriendo—. Podría llevarme horas y horas hablando contigo de moda. Incluso podría saltarme el horario de trabajo para hacerlo. —Volvió a buscarle la lengua a su padre.

—Y yo podría cerrarte el grifo.

—¿Recuerdas lo que te dije de que se trataba de un padre muy guay y chulo? Pues era broma.

—No te quejes, Andrea, no te quejes.

—Ni tú tampoco, que te ha tocado la lotería conmigo, papá.

—Sí, con la diferencia de que, en vez de recibir dinero, lo suelto. Por eso te he dicho que vas a trabajar, que no te mantengo por toda la cara.

—Pero encantado de la vida, di la verdad.

—Hija, si es que me miras así y me sacas hasta la cerilla de los oídos. Y eso ya se ha acabado. No quieres estudiar, pues a trabajar, ya lo hemos hablado. No quiero hacer de ti una consentida.

—Vale, vale, que sí pesado, que ya me lo has dicho mil veces. Y que yo tengo mi orgullo también. Mi orgullo y mi nómina, que para eso voy a trabajar.

Andrea decía que la verdadera belleza está en lo que no se ve, en aquello que se siente, que te mueve, que te causa sensaciones. Lo decía ella que era la niña más guapa que había visto en mi vida y de ahí que pudiera verse de esa manera tan dulce, glamurosa y divertida.

Me encantaba escucharla hablar sobre su filosofía de vida en el que como decía, a ella la respetaban porque se lo había ganado.

Había terminado bachillerato, pero no tenía ganas de empezar de inmediato una carrera, así que quería tomarse un año sabático, pero, su padre le dijo que, si no se incorporaba de inmediato a la carrera, el año este se lo iba a mantener ella trabajando, que eso de vivir a cuerpo de reina por toda la cara no podía ser, por mucho que luego le diese todo lo que pidiera y un poco más, que para eso se trataba de su única hija y de la niña de sus ojos.

Me morí de la risa cuando me lo contó y que ella dijo que sí, que trabajaba, pero no estudiaba. Y aquí estaba, con su año sabático y comenzando un noviembre a trabajar porque su padre no le iba a costear que se rascase la barriga. Se amaban, solo había que verlo.

Tuvimos un desayuno de campeonato, de esos que te dejan satisfecho, de los que incluían tostadas con huevos. Pasamos una hora charlando antes de ponernos al día con nuestras obligaciones. Así daba gusto, qué ambiente más agradable se respiraba con los dos.

Devis era gracioso no, lo siguiente, y es que su hija era su reflejo, los dos estaban llenos de vida y se tomaban todo con un humor increíble. Menudas risas, con esos dos se te cargaban las pilas hasta arriba.

Cuando regresamos a la oficina y nos vio Paula, desvió su mirada hacia el reloj.

—Nena, mira si somos responsables que hemos venido antes —le dijo Andrea con esa risilla final con la que acababa las frases.

La otra ni respondió, se limitó a sonreírle falsamente y no dijo ni pío. No se atrevía a decir nada, y menos con el nuevo jefe presente, que se veía que a este lo tenía en cuarentena y no se tomaba el atrevimiento de decirle nada como sí que hacía con el padre de este.

Me metí en el despacho para terminar de preparar a Devis los nuevos proyectos que habían entrado y que estaban por valorar.

Andrea apareció dos veces por mi oficina para enseñarme la agenda y como estaba poniendo todo por colores. Me tenía que morir con ella, de verdad que sí, menos mal que a su padre se le notaba que tenía paciencia, porque lidiar con ella en el trabajo con lo princesa que era, iba a ser un poco desesperante.

Estaba apuntando los teléfonos de todo en su agenda de mano y con colores por sector laboral dentro de la empresa. No me lo podía creer, y todo esto con corazones, mariposas y florecillas alrededor. Para doblarse en dos de la risa. Y ella lo hacía con toda la naturalidad, por supuesto. En absoluto le parecía que hubiese nada de raro en todo aquello.

Devis me llamó un par de veces para que le aclarara unas cosas que no entendía de unos archivos y, como siempre, seguía con su espléndida sonrisa y un buen rollo que era de lo más tranquilizador.

Me encantaba ayudarle porque me hacía sentir útil y no había nada más gratificante para mí que eso, dado que él se portaba de maravilla conmigo y era lo mínimo.

A la hora de la salida, Andrea me dio un abrazo en la zona del parquin antes de subirse al coche con su padre y yo montarme en el mío. Me había cautivado, esa chica me había dejado una sensación de frescura increíble. Era todo corazón.

Devis era gracioso no, lo siguiente, y es que su hija era su reflejo, los dos estaban llenos de vida y se tomaban todo con un humor increíble. Menudas risas, con esos dos se te cargaban las pilas hasta arriba.

Cuando regresamos a la oficina y nos vio Paula, desvió su mirada hacia el reloj.

—Nena, mira si somos responsables que hemos venido antes —le dijo Andrea con esa risilla final con la que acababa las frases.

La otra ni respondió, se limitó a sonreírle falsamente y no dijo ni pío. No se atrevía a decir nada, y menos con el nuevo jefe presente, que se veía que a este lo tenía en cuarentena y no se tomaba el atrevimiento de decirle nada como sí que hacía con el padre de este.

Me metí en el despacho para terminar de preparar a Devis los nuevos proyectos que habían entrado y que estaban por valorar.

Andrea apareció dos veces por mi oficina para enseñarme la agenda y como estaba poniendo todo por colores. Me tenía que morir con ella, de verdad que sí, menos mal que a su padre se le notaba que tenía paciencia, porque lidiar con ella en el trabajo con lo princesa que era, iba a ser un poco desesperante.

Estaba apuntando los teléfonos de todo en su agenda de mano y con colores por sector laboral dentro de la empresa. No me lo podía creer, y todo esto con corazones, mariposas y florecillas alrededor. Para doblarse en dos de la risa. Y ella lo hacía con toda la naturalidad, por supuesto. En absoluto le parecía que hubiese nada de raro en todo aquello.

Devis me llamó un par de veces para que le aclarara unas cosas que no entendía de unos archivos y, como siempre, seguía con su espléndida sonrisa y un buen rollo que era de lo más tranquilizador.

Me encantaba ayudarle porque me hacía sentir útil y no había nada más gratificante para mí que eso, dado que él se portaba de maravilla conmigo y era lo mínimo.

A la hora de la salida, Andrea me dio un abrazo en la zona del parquin antes de subirse al coche con su padre y yo montarme en el mío. Me había cautivado, esa chica me había dejado una sensación de frescura increíble. Era todo corazón.

Capítulo 4



Me levanté mucho antes de lo normal dado que los nervios los tenía en el estómago metidos. Sí, Devis no salía de mis pensamientos y se había acomodado tan felizmente.

Ya no estaba acostumbrada a sentir cosas así y me notaba extraña. Incluso temía que mi rostro fuese como transparente y que se me notase demasiado que comenzaba a sentir unas mariposas que revoloteaban en mi estómago como las que había en la agenda de la preciosa hija de mi jefe.

Mi padre apareció por la cocina antes de lo normal, ya listo para ir a trabajar y se tomó un café conmigo mientras esperaba a que se arreglase mi madre.

El día anterior les estuve hablando de Andrea y alucinaron tanto como yo. Me dijeron que la tenía que invitar un día a casa a comer porque querían conocerla. Y es que hablaba de ella con tanto cariño, y lo mejor es que no exageraba. Era como un rayo de sol, esa chica era pura energía positiva.

Mi padre sabía muy bien que yo necesitaba retomar mi vida, volver a hacer esas cosas que suelen hacer las chicas de mi edad y que, en parte, había dejado de lado. Supuse que la vieron como una buena influencia y que eso les hizo ilusión. A mí también me emocionaba, muchísimo, porque en tan solo un día me hice a la idea de que podríamos llegar a ser buenas amigas.

Tenía la sensación de que se iba a convertir en todo aquello que no había tenido en las oficinas hasta este momento. Era tan pura y fresca que no transmitía la maldad y egocentrismo que había en la mayoría de los trabajadores.

No voy a negar que, por mucho que fuese una chica fuerte, se me hacía un poco cuesta arriba el vacío al que me sometían mis compañeros. Que sí, que yo pasaba del culo de todos ellos, pero que es triste trabajar en un lugar en el que no gozas de las simpatías de la gente. Una gente que me caía fatal. Vaya, que era mutuo.

Cuando mis padres se marcharon, yo salí tras ellos, ya que quería acercarme a una pastelería muy bonita que había de camino. Iba a comprar unas cajitas de desayunos que preparaban y triunfaban en la ciudad.

Al menos, tener un detalle con ellos, porque tanto Devis como Andrea se portaban fenomenal conmigo, y me hacía muy feliz la idea de poder devolverles algo, aunque fuera un pequeño detalle.

Elegí tres cajitas, y dentro de cada una de ellas había un bote de zumo de naranja, un café frío y dos cruasanes: uno dulce recubierto de chocolate negro y otro salado relleno de jamón york y queso. Además de dos rebanadas d pan crujiente acompañadas con minidosis de aceite de oliva, tomate rallado y unas lonchas de jamón serrano.

Llegué a las oficinas y las llevaba en mis manos una encima de otra. Justo en la puerta me encontré con Devis y Andrea, y aproveché para darle una a cada uno.

—Papá, te lo he dicho, es tan mona —decía feliz.

—Pues sí, vaya detalle que ha tenido.

—Os lo merecéis, juntos somos invencibles —dije sonriendo, recordando esa frase que él me dijo en el evento. Me hizo un guiño al escuchármelo ahora a mí.

—Buenos días —murmuró Paula con ese tono tan desganado.

—Buenos días, con alegría, que la élite de la empresa llevamos desayunos *deluxe* —dijo Andrea con su sonrisilla feliz, mientras la otra la miraba con una sonrisa más falsa que un billete de treinta euros.

Devis la reprendió con la mirada cuando doblamos hacia el pasillo, pero a ella le daba igual, se la tenía sentenciada y seguía a rajatabla esa lista que le pasó su padre.

Se notaba que era un alma libre y que siempre decía lo que tenía en la punta de la lengua. Era un ser puro de los que no se guardaría ningún veneno para ella, porque eso contamina el alma y la de Andrea era la más pura y limpia que hubiese conocido.

Nos fuimos a desayunar al despacho de Devis, ya que nos invitó a pasar. Nos sentamos frente a él en su mesa, que era grandísima y con unas vistas espectaculares, que ahora estábamos las dos disfrutando de frente.

—Pero qué bonito todo, por favor —dijo Andrea echándole fotos y grabando vídeos a la cajita para subirlo a las redes.

—Estos cruasanes tienen una pinta… —murmuró Devis que miraba todo detenidamente.

—Mañana nos toca a nosotros sorprenderla.

—A mí con que me dejéis un yate en la puerta, me vale —bromeé.

—¿Un yate? Cuando quieras nos damos un paseo, que un amigo mío tiene uno que ya te contaré las fiestas que nos montamos allí. —Reía.

—No, no, eso es más para el verano. —La frené, ya que por lo poco que la conocía era capaz de montar una quedada para el finde en un yate para quedarnos tiesas del frío, que, aunque estaba siendo un otoño de lo más bueno, tampoco era para irse de juerga en medio del mar.

—¿Y hasta el verano tendremos que esperar? ¡¡No!!

—Que sí, que sí… Que podemos coger una pulmonía cada una y a ver cómo se lo explicamos a tu padre.

—Pues que se venga también y que coja otra. Así no podría quejarse de nada —sugirió.

—En eso justo estaba yo pensando, hija.

—Pues entonces, no se diga más.

—Echa el freno, Andrea, que tienes más peligro que una piraña en un bidé.

—Si tú mismo lo estás diciendo. El peligro está en el bidé, no en mar abierto.

—Hija, calla y come, por favor. Que no paras de enredar.

—¿Y qué es la vida sin un poco de enredo?

Estuvimos charlando un rato, lo que duró el desayuno y luego nos pusimos a trabajar, ya que había algunas cosas que entraron urgentes por la tarde y eran para ayer, como suele decirse.

Siempre trabajé a gusto allí gracias a su padre, aunque no voy a dejar de reconocer que Samuel era un hombre mayor al que veía, como mínimo como a un padre o un abuelo… Sin embargo, tener allí a Devis y al terremoto Andrea, me cargaba las pilas hasta los topes. Nunca había desarrollado mi cometido tan contenta y con tantas ganas. Sentía como si no me costase ningún esfuerzo.

Devis me tenía de lo más ausente, mi cabeza no dejaba de pensar en él cuando lo tenía enfrente y cuando no. Eso no influía en mi rendimiento, sino que añadía un plus, un aliciente a mi trabajo que no conocía hasta ese momento y que volvía a tenerme en una de esas nubes imaginarias en la que flotaba.

Un rato después apareció Andrea por mi puerta, que solía tener abierta.

—¡Nena! ¿Qué te parece si nos vamos a comer luego a un italiano y nos zampamos unas *pizzas*?

—Bueno, no estaría mal.

—¡Yuju! —Levantó sus manos después de pasarlas por su cuerpo, y sonreía.

—A ti se te hace feliz pronto, ¿no es así?

—¿A mí? ¡¡La vida es bella!! —chilló girando sobre sus talones.

—Tú sí que eres bella, mi niña.

—Pues anda que tú, nena. Ya nos iremos de compras juntas… Pero mientras, vamos a aprovechar para llenarnos el estómago, que para ser compradoras compulsivas hace falta tener energía.

—Ay, madre, pues tú la derrochas.

—Por eso tengo que comer bien. Si es que siempre se lo digo a mi padre.

Avisé a mis padres de que no iría a comer y seguí trabajando. Me apetecía mucho salir con ella y más que desde que lo dejé con el huracán Kiko, arrasó hasta con mis amistades y para un par de amigas que me quedaban, estaban casadas, tenían hijos y parecía que se les había parado la vida ahí.

Total, que mi vida social venía a ser más o menos como la de un calamar y, de pronto, Andrea apareció en mi vida para ponerlo todo patas arriba. Y encima era hija de quien era, de ese hombre que me estaba trastocando por completo también. Menudo cambio.

Trabajé muy contenta pensando en ese almuerzo que tanta ilusión me hacía. Una nunca sabe cuándo se avecinan cambios y los que se produjeron en mi vida en esos días me estaban resultando de lo más emocionantes. Si hasta notaba que rendía más, de la mucha alegría que sentía.

Faltaba un buen rato para salir cuando de nuevo Andrea apareció por mi oficina.

—No te lo vas a creer. —Se sentó delante de mí.

—¿Qué pasó?

—He ido a hacer unas copias al almacén y me he encontrado a Paula liada con Sergio.

—¿El abogado?

—El único que hay con ese nombre. —Se rio.

—¿Y te han visto?

—No. —Reía más fuerte—. Se los están poniendo a sus parejas, qué poco valor le dan al amor. La tenía subida a una mesa y él estaba entre sus piernas. Les hice una foto para que mi padre la tenga como prueba en caso de necesitar echarlos. —Se volvió a reír.

—¿Se la has enseñado?

—Enviado por WhatsApp, amor, para que no perdamos la evidencia.

—De todas maneras, Paula está divorciada, pero Sergio, no.

—Lo mismo es, porque si yo sé que un hombre está casado, por respeto a mí misma, no me liaría con él.

—Ya, pero todo el mundo no es igual. A mí me estuvieron engañando durante un año.

—¿Y esa cara de tristeza? ¿Quién se atrevió a tanto?

—Un tonto. —Me reí—. Tranquila estoy bien —dije cuando vino a abrazarme.

—Que no me entere yo que nadie te hace nada más porque me lo como con papas.

—Tranquila —repetí riendo.

—Pero que no me entere, que eres lo más bonito que ha parido madre y no voy a consentir que te hagan daño, t lo repito. Es que muere, el que sea, muere. Como si me tengo que comprar un cañón…

—Tú sí que eres bonita, amor, que eres un amor.

—*Love is in the air*, en estas oficinas se ve que hay mucho. Te lo acabo de contar. —Echó una buena risotada.

A la hora de irnos, pasamos por el despacho de Devis para despedirnos de él, que tenía un almuerzo con unos clientes. Subimos a mi coche y, mientras arrancábamos, ella me pidió que pusiera la canción *Flowers*.

La iba cantando de lo más animada y me uní a ella en ese momento. Me sentía empoderada a su lado. Es que Andrea transmitía tanta energía, que me estaba llenando el depósito al máximo.

En el restaurante, ella había hecho una reserva, así que nos llevaron directamente a nuestra mesa sin tener que esperar. Se notaba que estaba acostumbrada a un *nivelazo* de vida, pero no por ello era una niña pija y tonta, sino todo lo contrario. Todo lo que hacía tenía más valor.

—Pues yo estoy enamorada de un chico al que sé que le molo muchísimo, pero él no se decide a dar el paso. No hay manera de que salga del armario.

—Eso es una tontería en la época en que vivimos.

—Su padre es militar y él teme fallarle.

—Pero ¿os habéis liado?

—No, él no termina de abrirse, pero me busca muchísimo y me manda mensajes a los que yo contesto con vídeos, y que sé que lo dejan con la libido por las nubes.

—Se está engañando a él mismo.

—Por desgracia vivimos en una sociedad enferma, donde la empatía brilla por su ausencia. La gente parece más interesada en vivir la vida de los demás que en disfrutar la suya propia. Aunque yo he tenido mucha suerte porque siempre he sido fuerte y me he hecho valer, es verdad que aún hay personas que te miran como si fueras un bicho extraño. Es curioso cómo a algunos les incomoda la confianza que una persona pueda tener en sí misma.

»Para muestra un botón, cuando mi madre me vio ponerme sus tacones varios días seguidos para corretear por casa y cogerle sus barras de labios, le dijo a mi padre que un bicho así lo no quería a su lado —me contó, y juro que se me partió el alma. Reprimí las lágrimas, porque si algo tan doloroso era capaz de contarlo con tanta naturalidad, no sería yo quien le añadiese dramatismo.

e

—Qué fuerte me parece.

—Lo mejor que hizo esa desequilibrada mental, porque nena, con mi padre he sido la niña más feliz del mundo y me llevó siempre a elegir la ropa que me dio la gana. No te cuento lo contenta que me ponía. Él no me miraba de mala forma ni me censuraba en nada. Es más, siempre he sentido su orgullo. Y eso me ha convertido en quien soy

y me ha dado mucha seguridad en mí misma.

—Se ve que te admira muchísimo.

—En este momento no lo tengo contento, ya que él quería que siguiera estudiando. Dice que no me va a dar ni para pipas, pero acabo de empezar a trabajar y ya recibí la nómina. —Se echó a reír.

—No te va a dejar todo el mes sin nada.

—Yo sé que no, pero él tiene que aparentar ser duro y consecuente con sus decisiones, pero sé que lo que le pida me lo dará. Aunque yo también tengo mi orgullito y no le pediré nada, tampoco es que me haga falta, ya que me paga al menos un buen salario. —Se volvió a echar a reír—. Eso sí, solo tengo que ir a mi abuelo y hacerle ojitos para que me de lo que quiera. A mi padre sigo diciéndole que le sacaré de todo, pero no es verdad. Es un papel que represento porque de otro modo no sería yo.

—Tu abuelo me mandó una pata de jamón el domingo a casa.

—¿Sí? Muero con él. No puede ser más detallista. Por cierto, mis amigas me están proponiendo que este fin de semana vayamos a la romería del pueblo, ya que una de ellas tiene una casa allí que pertenece a sus padres.

—Pues a disfrutar.

—Sí, sí, creo que iré. ¿Te quieres venir?

—Te lo agradezco, pero el finde prefiero quedarme con el pijamita y relajada en casa.

—Vale, pero, si cambias de opinión, que sepas, que tú eres bien recibida. Y te lo digo muy en serio.

—Gracias, preciosa.

Sabía muy bien que su ofrecimiento era sincero, pero me costaba salir y más para un plan así de largo. Me había acostumbrado a hacer una vida muy tranquila y casera, por lo que me encontraba fenomenal en mi zona de confort. Y ya estaba deseando mi plan de sofá, peli y palomitas, que no necesitaba nada más para sentirme bien.

y me ha dado mucha seguridad en mí misma.

—Se ve que te admira muchísimo.

—En este momento no lo tengo contento, ya que él quería que siguiera estudiando. Dice que no me va a dar ni para pipas, pero acabo de empezar a trabajar y ya recibí la nómina. —Se echó a reír.

—No te va a dejar todo el mes sin nada.

—Yo sé que no, pero él tiene que aparentar ser duro y consecuente con sus decisiones, pero sé que lo que le pida me lo dará. Aunque yo también tengo mi orgullito y no le pediré nada, tampoco es que me haga falta, ya que me paga al menos un buen salario. —Se volvió a echar a reír—. Eso sí, solo tengo que ir a mi abuelo y hacerle ojitos para que me de lo que quiera. A mi padre sigo diciéndole que le sacaré de todo, pero no es verdad. Es un papel que represento porque de otro modo no sería yo.

—Tu abuelo me mandó una pata de jamón el domingo a casa.

—¿Sí? Muero con él. No puede ser más detallista. Por cierto, mis amigas me están proponiendo que este fin de semana vayamos a la romería del pueblo, ya que una de ellas tiene una casa allí que pertenece a sus padres.

—Pues a disfrutar.

—Sí, sí, creo que iré. ¿Te quieres venir?

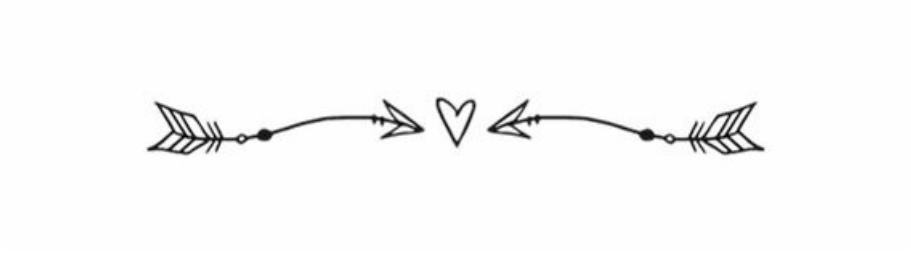
—Te lo agradezco, pero el finde prefiero quedarme con el pijamita y relajada en casa.

—Vale, pero, si cambias de opinión, que sepas, que tú eres bien recibida. Y te lo digo muy en serio.

—Gracias, preciosa.

Sabía muy bien que su ofrecimiento era sincero, pero me costaba salir y más para un plan así de largo. Me había acostumbrado a hacer una vida muy tranquila y casera, por lo que me encontraba fenomenal en mi zona de confort. Y ya estaba deseando mi plan de sofá, peli y palomitas, que no necesitaba nada más para sentirme bien.

Capítulo 5



Tomaba el primer café del viernes. El miércoles y el jueves volaron en un visto y no visto, dado que en el trabajo tuvimos un extra de estrés con unas propuestas que se estaban valorando en las oficinas para un nuevo proyecto, en el que yo había estado ayudando a ordenar toda la documentación.

No me importaba en absoluto, porque cuanto más distraída estuviese, antes llegaba el fin de semana.

Andrea hoy se había pedido el día de asuntos propios, cosa que hasta el padre se rio cuando se lo dijo. No podía tener más arte, su primera semana de curro y se pillaba el viernes para irse a la romería desde bien temprano.

Es que la gracia la repartía allí por donde pasaba, a puñados. No podía ser mejor niña. La echaría de menos, aunque el lunes la volvería a tener por allí con alguna de sus alocadas propuestas y seguro que contándome mil anécdotas del fin de semana en la romería.

Llegué a la oficina y Paula me echó una mirada tan fulminante que supe que era la que había estado guardando para cuando estuviera a solas conmigo, lejos de Devis o Andrea.

—Vuélveme a mirar así y te meto los ojos para dentro —le dije acercándome a su mostrador y dando un golpe sobre él—. Ya estoy harta de que tú y muchos tontos de los que hay aquí, vayáis como si fueseis algo. Te recuerdo que te pasas siete horas de pie, que cobras menos que yo y que si necesito algo, eres tú la que me tienes que obedecer, pero para que veas, que ni para eso me haces falta. Pero ya está bien, ¿entendido? ¡Ya está bien! —Di otro golpe y me giré, cuando me di cuenta de que estaba Devis escuchando.

—Ya está bien, Paula —murmuró él, y se vino a cogerme por el brazo para salir de las oficinas—. Vamos a tomar un café.

—Perdón, pero hoy me pilló un poco susceptible.

—No tienes que pedir perdón. Has hecho bien en defender tu paz. —Me hizo una caricia en la mejilla y casi me mojo entera.

Por favor, cómo podía ser tan lindo ese hombre. Cualquier otro jefe probablemente se hubiera enfadado y me habría echado la bronca. Pero él, no solo no se había ofendido por el revuelo que había armado en la oficina, sino que pareció entenderme a la primera. Además, me brindó su apoyo de inmediato.

Era lo que me pasaba con él, que sentía una enorme complicidad. Todo había cambiado mucho, y me ilusionaba cantidad vestirme cada día para ir a trabajar, gracias a que vería a Andrea y a ese hombre tan especial, que más que como un jefe se comportaba como un amigo.

Llegamos a la cafetería donde pidió dos desayunos completos. Sonreía mirándome y a mí me deshacía. Me gustaba muchísimo. Es que cada una de sus miradas me daban vida y tenía que hacer un esfuerzo para que mis mejillas no entrasen en erupción y se me notase cantidad.

—Voy a cerrar el proyecto, vamos a meterle mano, he visto muchas perspectivas.

—Qué bueno.

—En cuatro horas viajo hacia Cabo Verde, en la Isla de Sal.

—Guau, ¡qué pasada!

—Te necesito.

—Por supuesto, dime en qué puedo ayudar, que ya sabes que puedes confiar en mí.

—No me has entendido, quiero que me acompañes en el viaje.

—¿A Cabo Verde? ¿En serio? —Me reí nerviosa.

—A Cabo Verde, sí. —Se rio—. Regresamos el lunes.

—Vale, claro.

—Necesito que vayas a tu casa para que prepararas todo lo necesario y me mandes el pasaporte para poder gestionar tu billete. Yo iré bloqueando la plaza. Cuando tengas todo listo, coge un taxi y regresas con tu maleta.

—Vale.

—Yo ya tengo mi equipaje en el despacho.

Me había quedado alucinada, ya que lo acompañaría en su viaje de negocios. Y, además, iba a conocer Isla de la Sal, por lo menos pisarla, que no sé yo ni lo que íbamos a hacer, pero esperaba poder conocer algo de ese lugar.

Lo que se suponía que iba a ser el típico finde tranquilo y casero, se había convertido de pronto en toda una aventura. No me lo podía ni creer. Al salir de la cafetería, ¡¡sí que iba flotando!! Y casi me río al pensar que no hacía falta ni que me reservase plaza en ningún avión, que me había dejado que era capaz de ir volando, vaya.

Nos despedimos en la puerta de las oficinas y me fui para mi casa. Por el camino aproveché para hablar con mi madre y contarle. Se puso muy contenta de que fuera a hacer ese viaje.

—Hija, qué alegría, por fin algo de marcha en tu vida.

—Mamá, que se trata de un viaje de negocios. No te creas tampoco que me voy a Ibiza a darlo todo.

—Pues no estaría mal que lo hicieras otro finde. Pero vamos, que este te servirá de entrenamiento. Estoy segura de que tu jefe sabrá encontrar momentos de diversión entre tanto trabajo.

—No tengo ni idea, aunque la realidad es que se trata de un hombre muy divertido —le confesé emocionada. Si me hubiese visto la sonrisa que puse…

—Entonces ya me lo estás diciendo todo. Echa ropa mona, hija. Y a ver si te vas de compras de una buena vez, ¿cuánto tiempo hace que no renuevas tu vestuario?

—Mamá, ¿me vas a dar mucho la chapa? Menos mal que estás trabajando.

—Venga, pásatelo genial, hija.

—Y vosotros este fin también.

—Pues como todos, eso está hecho, te lo aseguro.

—Desde luego, vaya tontería que he dicho. Te quiero, mami.

—Y yo a ti, cariño. Y no veas si me hace feliz verte así de contenta.

Le mandé una foto del pasaporte nada más llegar a casa y lo metí en mi bolso. Me puse a preparar la maleta de mano y me cambié de ropa para ir más cómoda, dado que Devis iba más informal hoy.

En menos de una hora ya estaba subida en el taxi e iba de camino para las oficinas. La ilusión se me reflejaba en el rostro. Y es que no me podía creer lo que me estaba pasando, ¡¡estaba a punto de irme a Cabo Verde con mi jefe!!

Entré con mi maleta y Paula no levantó ni la mirada. Más le valía porque corta me había quedado para todo lo que podía salir por mi boca. A esa imbécil no pensaba pasarle ni una más. Algo en mí estaba cambiando, como si Andrea me hubiese contagiado algo de ese poderío tan suyo.

Aparecí por el despacho de Devis, que sonrió al verme.

—Ya estás, qué rapidez.

—Soy muy aplicada —sonreí.

—Me alegra mucho. —Me devolvió una sonrisa pícara.

—Pues nada, que cuando tú quieras…

—De acuerdo, siéntate que no tardaremos en marcharnos, pero antes he de enseñarte algo.

Terminamos de revisar los papeles que íbamos a llevar antes de disponernos a irnos.

—Paula, el lunes no estaremos, cualquier cosa me la desvías a mi correo —le dijo Devis y ella asintió con su sonrisa fingida.

Debía de estar pensando qué a dónde íbamos con las maletas y sin aparecer hasta el martes. Que se jodiera, que era una cotilla con muy mala baba y poca sensibilidad.

Yo iba loca de alegría. No deseaba que él me lo notase demasiado por no parecer una boba, pero tampoco lo podía disimular. Y más, cuando Devis era el primero que parecía llevar la sonrisa fijada en la cara y en todo momento. Por favor, qué bonito era… Si es que me daban unas ganas de comérmelo que despertaban mi apetito.

En su coche nos dirigimos al aeropuerto que estaba a unos cincuenta minutos. Junto a él se me paso el trayecto volando, ya que fuimos hablando sobre Andrea, con la que se desvivía en halagos. Me recordaba a mi padre, que solo tenía palabras bonitas hacia mí, pero es cierto que con Devis me tenía que reír porque me contaba cada cosa de ella que no era para menos, y es que esa niña tenía mucho arte.

—Las anécdotas de tu hija es que dan para escribir un libro, te lo prometo.

—Y que lo digas. Y según la vayas conociendo, verás que mucho más. A mí me deja perplejo todavía, y eso qu creo que soy quien mejor la conoce.

—Eso ni lo dudes. Está muy orgullosa de ti y de la educación que le has dado —le confesé.

—¿Te lo ha contado ella misma? Igual es para que le vuelva a abrir el grifo —sonrió.

—Sabes que no. Es lo que siente y lo dice a boca llena. Adora a su papá.

—Ni la mitad de lo que yo la adoro a ella.

Pasamos el control de seguridad y nos dirigimos a la zona de embarque, donde ya estaban a punto de abrir la puerta para poder embarcar.

Un vuelo de cuatro horas nos aguardaba, sin embargo, viajábamos en primera clase, donde todas las comodidades estaban a nuestra disposición. Incluso nos recibieron con una copa de champán, con la que brindamos por el viaje. Al escuchar esas palabras y ver su expresión, me hacía pensar que más que de trabajo, también íbamos a poder disfrutar un poco de la isla, al menos así lo quería pensar.

Yo nunca había viajado en esa clase y reconozco que fue todo un privilegio, aunque el verdadero privilegio fue disfrutar de su compañía. Mi jefe era un hombre de mundo que me dejaba hipnotizada con solo abrir el pico.

Las risas con él estaban garantizadas, qué sentido del humor más agudo tenía. Y, además, uno muy inteligente, porque no por ser hijo de Samuel era el típico que hereda un negocio sin saber ni dónde está de pie, pudiéndolo llevar a la quiebra.

Todo lo contrario. Samuel podía estar muy tranquilo de cómo llevaría su hijo Devis los que habían sido sus negocios, pues era un tipo sobradamente preparado y con mucha visión para ellos.

Llegamos y me sentía muy emocionada. Aquel era un lugar que siempre me llamó la atención, pues yo apenas había viajado en los últimos tiempos, pero sí en mi imaginación, y allí me vi alguna que otra vez.

Me gustaba leer y, cuando una persona es lectora, viaja cantidad, aunque sea desde el sofá de su casa. Además, que con ese viaje me había despertado el gusanillo, y más al ir con él, que no me podía sentir en mejor compañía.

La isla tenía un clima bastante constante, siempre oscilando entre los veinticinco y los treinta grados durante todo el año. Por eso, había llevado un par de bañadores, tal como me sugirió Devis.

Pensar en momentos de diversión con él me ponía muy contenta. Por mucho que no se lo hubiese querido reconocer a mi madre, más que nada por vergüenza, sabía de sobra que con Devis me lo pasaría bomba.

El vuelo despegó y un cosquilleo recorrió mi estómago. Sentía que me iba a la aventura con el tipo más sexi y atractivo del mundo, porque así veía yo a Devis y creo que él, en cierto modo, me lo debía notar, ya que me sacaba los colores constantemente, a mí…

Durante todo el tiempo, estuvimos charlando de manera tan animada que, cuando quisimos darnos cuenta, ya estábamos aterrizando en la isla. Lo que hacía una buena compañía con el tiempo, ese que se esfumaba casi sin darte cuenta. Esperaba que aquí el tiempo no se me escapase así y poder disfrutar cada instante de este lugar que, hasta ahora, me resultaba completamente desconocido.

Realmente eran las cinco de la tarde en España cuando aterrizamos, pero aquí eran las dos de la tarde, con lo cual ganábamos bastante del tiempo perdido durante el vuelo.

Un coche nos esperaba para llevarnos al resort donde nos íbamos a alojar, en la zona hotelera y turística de Santa María. Supuse que la mejor de todas, pues él era muy sibarita y estaba acostumbrado a lo bueno.

A priori, todo parecía un paisaje rocoso y de arena que parecía de lo más aburrida, demasiado árida, como si apenas lloviera en este lugar. Pero cuando ibas llegando a la costa y veías ese mar al fondo, la sonrisa se tornaba de otra manera. Ya me extrañaba que no me fuese a gustar. Si tenía las mejores referencias de aquel lugar.

Era un hotel impresionante de una reconocida cadena de lujo que estaba por el mundo entero. Aquello era lo más caribeño que había visto en mi vida, y apenas estaba comenzando el viaje. Este lugar prometía convertirse en un destino increíble, justo en primera línea de un mar que lucía completamente turquesa y cristalino. Una pasada de belleza que se desplegaba ante mis ojos, y no podía resistirme a capturar esos momentos con mi cámara, tomando fotos para recordar cada detalle.

Nos hicieron el registro antes de que el botones nos acompañara a la *suite*, esa que me dejó sin habla. Tenía dos camas gigantes de matrimonio, aparte de un baño que era imponente, por no hablar de la salita y la terraza que daba directamente al mar.

—Pues no parece que vengo a mi luna de miel —dije cogiendo la copa que acababa de servirme de champán.

—Pues nada, esta noche los penaltis. ¿O prefieres ahora? —preguntó poniéndome con esa risa nerviosa que no cesaba mientras él esperaba mi respuesta.

—Déjalo para luego, para cuando lleve siete u ocho de estas —dije levantando la copa—. Entonces vas a tener que pedir clemencia —me atreví a decir.

—Ahora nos vamos a comer, que tenemos la reunión a las cuatro —contestó sin entrar al trapo, aunque sé que le hizo muchísima gracia.

—Pronto empezamos.

—Es la única que tendremos, luego a disfrutar del lugar que para eso hemos venido también, ¿no?

—Totalmente de acuerdo —le contesté complacida, pensando en que se trataba de un verdadero lujo y de un regalo que me encontré de pronto y por el que debería estarle más que agradecida.

Nos fuimos a comer a una de las terrazas del hotel que había por todos lados y cada uno de un tipo de gastronomía. Terminamos en un restaurante a la brasa pidiendo dos buenas piezas de carne que acompañamos cor unas patatas sabrosísimas que eran cocidas y especiadas.

Luego de un café, nos fuimos hacia la reunión que era en uno de los salones del hotel. Me presentó como su asistente y comenzaron a cerrar las negociaciones. Devis era un hacha, ya que conseguía cada punto que exponía argumentando las razones por la que debía de ser así. Firmaron el acuerdo y ya todo pasaría a manos de sus abogados. Venía un notario de la isla que certificó las firmas.

¡¡Y ya estaba listo!! De haber querido, nos habríamos vuelto sobre la marcha. Pero él planeó unos días fantásticos a sabiendas de que estaríamos solos. Y a mí… a mí eso me producía un enorme cosquilleo en el estómago, ¿de verdad estaba allí y con Devis? No hacía falta que me pellizcara; era así.

—Ahora nos vamos a comer, que tenemos la reunión a las cuatro —contestó sin entrar al trapo, aunque sé que le hizo muchísima gracia.

—Pronto empezamos.

—Es la única que tendremos, luego a disfrutar del lugar que para eso hemos venido también, ¿no?

—Totalmente de acuerdo —le contesté complacida, pensando en que se trataba de un verdadero lujo y de un regalo que me encontré de pronto y por el que debería estarle más que agradecida.

Nos fuimos a comer a una de las terrazas del hotel que había por todos lados y cada uno de un tipo de gastronomía. Terminamos en un restaurante a la brasa pidiendo dos buenas piezas de carne que acompañamos con unas patatas sabrosísimas que eran cocidas y especiadas.

Luego de un café, nos fuimos hacia la reunión que era en uno de los salones del hotel. Me presentó como su asistente y comenzaron a cerrar las negociaciones. Devis era un hacha, ya que conseguía cada punto que exponía argumentando las razones por la que debía de ser así. Firmaron el acuerdo y ya todo pasaría a manos de sus abogados. Venía un notario de la isla que certificó las firmas.

¡¡Y ya estaba listo!! De haber querido, nos habríamos vuelto sobre la marcha. Pero él planeó unos días fantásticos a sabiendas de que estaríamos solos. Y a mí… a mí eso me producía un enorme cosquilleo en el estómago, ¿de verdad estaba allí y con Devis? No hacía falta que me pellizcara; era así.

Capítulo 6



Tras despedirnos, nos dirigimos a tomar una copa en una terraza de las varias que había mirando al mar.

—Eres un genio de los negocios, me he quedado flipada —dije chocando mi copa contra la de él.

—¿Tú crees?

—Le has rebajado el asunto de tres millones de euros a dos millones quinientos mil. —Me reí—. ¿Todavía lo dudas? Porque a mí me has dejado pasmada. Sobre todo, porque cualquiera que te viera hacerlo pensaría que es fácil. Y de fácil no tiene nada.

—Pero alegando el porqué, ya que tengo que asumir unos costes un tanto elevados, ya que me hago cargo de todo. Y todo eso sin empezar las obras, solo a lo que el terreno se refiere. Vaya, que no es una rebaja que me haya sacado de la manga, sino que existen unas razones. Y al exponerlas, pues como que gano en credibilidad.

—Construirás el resort, ¿verdad?

—Sí, y tengo hasta a qué cadena hotelera vendérselo una vez acabado. Todo está aquí. Ya puedo verlo. —Entrecerró los ojos y señaló a esa cabeza tan bien puesta que tenía, porque el tío había nacido empresario.

—Eres un crac, Devis.

—Y tú la asistenta más guapa del mundo. ¿Te lo habían dicho antes?

—Sí, mi ex y me puso los cuernos con media ciudad. —Me reí y él me miraba sonriendo y negando.

—Ese chico no sabía lo que hacía. Estoy seguro de que aún lo está pagando.

—Sí, con una y con otra.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos en la playa?

—Sí, descalzos, por favor.

—Bueno, también se puede ir calzados. —Se reía.

—Lo de estar en la noche con los pies en la tierra es uno de los placeres más relajantes que he experimentado.

—Pues nada, por ahí empezará tu primer orgasmo —soltó y tuve que escupir el trago o sabía que me ahogaba.

—Devis, ¿cómo me dices eso?

—¿Y qué se dice en estos casos cuando casi jadeas explicando el placer que te ocasionan los pies sobre la arena en la noche?

—Vale, ya te voy pillando. —Volteé los ojos mientras reía.

—Me puedes pillar cuando quieras, que yo no me resisto —dijo sin perder su sonrisita, echándose un poco hacia adelante por encima de la mesa.

—Devis y esto, ¿cómo decías que se llamaba la cadena hotelera?

—No, no te he dicho el nombre, pero nerviosa te he puesto. —Se volvió a relajar echándose hacia atrás.

—Eres muy pícaro, Devis.

—¿Y por qué me da que te molo? —Me hizo un guiño y me eché a reír. Lo bueno era que no lo decía en plan chulesco, sino bromista, pero su manera de hablar tan flojita y correcta, me dejaba temblando.

—Devis, no me busques la lengua, que soy tu asistenta personal.

—Si yo te contara lo que le hizo una becaria a un presidente del gobierno. —Arqueo su ceja.

—No, por Dios. —Reí—. Sé lo que pasó, a pesar de ser joven.

—¿Y por qué arrugas la cara?

—Es que me da cosita pensarlo. —Apreté los dientes.

—Tú no lo pienses, tú relajadita que esta noche cenamos descalzos sobre la arena, que yo lo tengo todo controlado.

—Ya veo, ya. —Volteé los ojos mientras reía.

—Pues lo dicho, a relajarte desde este momento y después más…

—Yo no sé si quieres relajarme o emborracharme.

—Si fuera así, nos emborracharíamos los dos. Y no temas, jamás, jamás, trataría de hacer nada que no quisieras

—Si eso es lo malo, que no sé si voy a resistirme.

—Eres la mejor, Aitana. Me tienes sorprendido. Y créeme, no hay mucha gente que suela causar ese efecto en mí.

—Porque tú a la gente la calas a la primera, como si fueran melones —le sonreí.

—Algo así. Y tú, me sorprendes.

—Espero que gratamente.

—Eso no lo pongas ni en duda.

—No lo pongo. Te lo noto en la cara y me gusta.

—Tú sí que me gustas a mí. Estoy deseando poner los pies también sobre la arena.

—Al final te va a gustar más que a mí.

—Tampoco lo dudo.

Cuando salimos de la reunión casi había atardecido y no porque durara mucho, como ya os he comentado, le bastó una hora para tener todas las condiciones a su favor. Sino porque en Cabo Verde atardecía antes.

A las ocho, nos fuimos hacia la *suite* donde nos duchamos y preparamos para irnos a cenar al restaurante de la playa en el que ya había reservado un rincón que era una preciosidad. Con sofás sobre la arena y una mesa amplia

de madera blanca mirando hacia el mar.

Opté por ponerme un vestido fresquito e informal, como correspondía al lugar. Uno en color turquesa, igualando el color de un mar que a esas horas todavía lucía sereno y precioso.

—Pero qué guapa estás. —Me echó una ojeada que era lo más parecido a una radiografía que me habían hecho en la vida—. Me gusta cómo te queda el vestido, es muy casual y te hace una figura impresionante.

—Gracias, usted también está muy *guapote*. —Le dejé caer como si nada. Estaba increíble, estaba que me causó tal calor que menos mal que el vestido no contaba con mucha tela, porque me sobró todo.

—¿*Guapote*? Ahora mismo me cambio de ropa.

—Guapísimo. —Reí tirando de él hacia fuera.

—Me estás poniendo muy malo, Aitana, pero muy malo —decía siguiéndome con los ojos, los cuales se iban a ciertas partes de mi cuerpo que ya podréis imaginar.

—¿Cómo de malo? —Le hice un guiño y corrí por el pasillo.

—En la playa nos vemos —gritó dejando claro que no iba a correr, y que más tarde o temprano me iba a tener delante.

—Vamos, que no tengo escapatoria, es lo que quieres decir.

—Absolutamente ninguna.

Había algo que jugaba a mi favor, y era que todavía no lo veía como un jefe en el sentido estricto de la palabra, ya que apenas llevaba una semana en su cargo y como que me estaba adaptando. Lo respetaba por su posición, pero al no haberlo asimilado del todo, me resultaba más fácil entrar en su juego.

Yo no era una chica especialmente arriesgada en las cuestiones de los hombres, y menos después del palo que me llevé, pero a nadie le amarga un dulce y el que la vida me había puesto por delante era como una porción de tarta Sacher, de esas irresistibles, de esas a las que le hincas el diente y no puedes parar hasta haberla engullido enterita.

Me acomodé en nuestro reservado, quedando ladeada para poder observarlo mientras se acercaba con la mayor tranquilidad del mundo.

Tenía una mezcla de desparpajo y elegancia que lo hacía increíblemente atractivo, bueno todo su conjunto lo era. Tenía la sensación de que hoy habría fuegos artificiales en la *suite*…

No pensaba perdérmelo. Era una oportunidad que la vida me había puesto por delante y sería absurdo, ¿quién se iba a perder a semejante monumento cuando encima es que compartíamos *suite*? Habría sido un pecado.

No sentía la necesidad de consultarlo con mi almohada ni nada parecido. Estaba deseando que llegase la hora de encontrarme en la intimidad con él. Nunca me había sentido tan bien… Devis me miraba con total deseo. No voy a negar que me desvestía con la mirada, pero también me trataba de un modo que me hacía sentir genial, muy mimada y respetada. Una mezcla explosiva que me lanzaba más, de un modo imaginario en ese momento, a sus brazos.

Se sentó a mi lado mirándome descaradamente y puso su mano por debajo de la mesa, sobre mi muslo, ese que apretó mientras sonreía mirándome.

—Por mucho que corras, no tendrás escapatoria, asúmelo. —Acarició mi entrepierna y noté que me humedecía por completo, y me quedaba sin aliento. No lo pensaba interrumpir, me gustaba demasiado y ya llevaba un año llorando las penas como para también permitirme el lujo de perder este momento.

El caso es que estábamos con unas medias mamparas a media altura que solo dejaban al aire el frontal para la entrada del camarero, además el sofá era en forma de «U».

Vimos por el lateral que el camarero venía con los entrantes, los que había pedido junto con el reservado y una botella de vino. No quitó su mano de mi muslo en ningún momento, de todas maneras, estaba por el otro lado y no podía verlo.

Su actitud me resultó morbosa al máximo. No estaba acostumbrada a un hombre con tanto recorrido, a un hombre como él a quien la experiencia se le notaba tanto, y eso hacía que mis mejillas hirvieran.

Yo trataba de disimular, de que no se me notara el extremo calor que su actitud me provocaba, aunque he de decir que creo que él lo notaba perfectamente y que parte del encanto que le producía la situación residía en ello.

Cuando este se fue, cogió su copa con la otra mano y la alzó.

—Por el placer de estar descalzos sobre la arena —murmuró sonriente, y noté como uno de sus dedos rozaban mis labios vaginales a través de mis braguitas. Sentía que mi zona íntima me dolía a causa de la tensión.

—Claro —murmuré como una idiota, levantando mi copa y con una risilla de lo más nerviosa. Normal, su mano al límite y su mirada puesta en mí…

—¿Te relajas? —Noté cómo su mano se movía por un lado de mi braga y adentraba sus dedos por el interior. Agarró mi parte completa con su mano y la apretó.

—Devis… —murmuré con la voz entre ahogada.

—¿Qué te pasa? —Fondeaba con sus dedos en mi interior y luego lo llevaba a mi parte más débil para hacer movimientos en círculo.

—La mano no te la ven, pero mi cara debe ser todo un espectáculo… —Jadeé

—Están muy lejos. —Dos de sus dedos me hicieron varias penetraciones. Lo fui a tocar y me quitó la mano—. Es tu momento, pies descalzos sobre la arena —murmuró poniéndome más excitada aún.

—Me estás matando con esos pellizcos en el clítoris.

—¿Deseando llegar?

—Lo necesito —murmuré sin que apenas pudiese salirme la voz del cuerpo. Era algo muy fuerte, algo que jamás me habían hecho en público y que me estaba volviendo literalmente loca, porque sentía que la locura me asaltaba en todo momento.

Aceleró sus dedos y presionó con más fuerza. Me tuve que agachar estremecida por el placer. Vi cómo se lavaba los dedos con un poco de agua y una servilleta.

Me repuse y se fue hacia mis labios agarrando mi barbilla con su mano.

—Este fin de semana te pienso hacer temblar. —Mordisqueó mis labios.

—Pues has comenzado bien. —Se me escapó una sonrisilla.

—Tengo un ligero problema que no te he contado. —Me seguía mordisqueando.

—Sorpréndeme…

—Cuando alguien me atrae como tú, me vuelvo muy activo, soy incansable, insaciable y cualquier momento lo aprovecho para ahondar en las profundidades —me decía también con su respiración agitada.

—Me tiemblan aún las piernas.

—Pues verás cuando lleguemos a la *suite*, te temblará todo el cuerpo…

No hacía falta ni que llegásemos. Solo con pensarlo, mi cabeza estaba que explotaba. Por no hablar de otras partes de mi cuerpo, que ya lo habían hecho. Sí, hablando llanamente, me había corrido en un restaurante, ¿era posible? Lo era.

Di un trago a la copa después de soltar el aire. Me había puesto de lo más excitada de nuevo y es que Devis, me daba a mí, que me iba a dar mucha guerra, pero aquí estaba yo preparada para los frentes que me vinieran.

Demasiado tiempo sin experimentar el disfrute del sexo y todos mis sentidos se pusieron en alerta. Le deseaba, le deseaba con todo mi cuerpo. Cuanto estaba ocurriendo allí, me tenía tan acelerada que no me reconocía.

No es que llevase tanto tiempo sin experimentar un orgasmo, pues me tocaba sola como cualquiera y, aparte, que entre sueños todos a veces cruzamos ciertos límites que nos sorprenden al despertar. Pero sí que llevaba cantidad de tiempo sin pareja y sin sexo a dos, porque nunca fui de amigos con derecho a roce ni de ese tipo de cosas.

No dejó de provocarme con caricias y besos durante toda la cena, incluso me encendía a cada momento y mi zona pedía un contacto más directo, como el del principio, pero él no me lo daba, solo jugaba a ponerme de lo más excitada preparando el momento.

Nos dirigimos a la *suite* después de cenar y llevaba su mano entrelazada con la mía. Me parecía un gesto muy bonito por su parte.

Es que era eso… No solo le notaba el deseo, sino que me mimaba mucho. Y me hacía sentir genial a su lado.

Era curioso que me había llevado a un orgasmo antes de darnos un beso. Si me lo decían unos días atrás, no me lo hubiera creído.

Yo nunca había sido de amantes ni de nada parecido, y todo aquello me resultaba muy novedoso. Hasta entonces, el sexo solo me cabía en la cabeza con novios y demás, por lo que era la primera sorprendida. Y con buena dosis de romanticismo de por medio, ¡¡hay que ver cómo pueden cambiar las cosas!!

Entramos en la habitación y no me dio tiempo a entrar cuando ya me agarró y me pegó a la pared después de cerrar la puerta. Llevo mis manos por encima de la cabeza y pegó su zona a la mía haciendo un movimiento en el que comprobé que su miembro iba creciendo y marcándose de lo más duro. Me mordisqueaba el labio a la vez que su otra mano jugaba con mi pezón por encima del vestido.

—La palabra «no» tendrá su castigo… —murmuró dejándome sin aliento y poniéndome en aviso.

—Vale —murmuré cogiendo el aire y soltándolo.

—Podrás usar cualquier otra que derive en lo mismo, pero «no» es la palabra prohibida —me aclaró.

—Vale—le contesté entrecortadamente, pues más excitada no había estado en la vida.

—¿Alguna duda?

—No… —dije inconscientemente, cuando me dio una nalgada con su mano que me dejó sin aliento.

—Esta vez fui sutil. No bajes las manos —prosiguió soltándome y levantando mi vestido para deshacerse de él. Luego bajó mis bragas y desabrochó mi sujetador que también dejó caer.

Para pensar estaba yo en sustituir la palabra «no», que esa nalgada me había picado bien, pero reconozco que me había puesto más excitada. Era una sensación extraña. Nunca había vivido ese tipo de sexo, un sexo con códigos, un sexo morboso, un sexo que estaba a otro nivel. Eso sí, estaba deseando vivirlo, esa experiencia es que no deseaba perdérmela por nada en el mundo.
s

Me volvió a pegar a la pared, y llevó su boca a uno de mis pechos, mientras sus dedos se dirigían sin piedad hacia el otro. Un grito de placer y dolor escapó de mis labios ante esos suaves mordiscos que daba, mientras una de sus manos me penetraba con sus dedos. Era una mezcla irresistible, una fusión que me hizo chorrear para él, una mezcla que provocó que le mirase con un deseo tal que me costaba incluso respirar.

Frenó todo y comenzó a desvestirse. Su cuerpo era toda una perversión que me estaba poniendo aún más lujuriosa. Se desvistió sin prisa. Debía saber muy bien que así me calentaba más. ¿Calentarme? Me estaba haciendo hervir en una habitación en la que me faltaba el aire.

—Ponte en el borde de la cama con los pies en el suelo y medio cuerpo hacia la cama sostenido en tus brazos.

—A perrito, vamos —dije ocasionándole una risilla y con un gesto de ceja me ordenó que lo hiciera—. ¿Así? –dije persignándome interiormente porque realmente una tenía una cierta timidez para estas cosas.

—Es aceite —dijo untándolo en mi culo.

e
—No, por ahí no —dije, y me llevé dos nalgadas, por el doble «no» que contenía mi frase.

—No te voy a penetrar, tranquila solo te estoy estimulando. Y ya te dije que la palabra «no» tiene su castigo. N me hagas tener que recordártelo.

—Pues yo noto la puntita de tu dedo.

—¿Te duele?

—No. —Jadeé encendiéndome más.

—Entonces —me dio una nalgada por el «no», ya estaba tardando y era evidente que llegaría—, vamos bien… Solo te tienes que relajar.

Colocó su mano libre sobre mi clítoris, comenzando a trazar círculos suaves y seductores, mientras que por detrás seguía estimulándome, haciéndome perder el control. Ni veinte segundos tardé en chillar entre ahogadamente de placer. No lo esperaba, no cuando no estaba familiarizada con el sexo anal. Con él, todo parecía intensificarse, como si cada sensación se potenciara… Los miedos se desvanecían, dejando un torrente de placer que invadía cada rincón de mi ser, junto con un deseo ardiente y un morbo que me envolvía por completo.

No me dio tiempo a reponerme cuando me penetró desde atrás por la vagina, moviéndose sincronizadamente y de manera rápida mientras se enganchaba a mis pechos.

Sin duda que no me había mentido. Tan solo estaba jugando con mi trasero, como anunciando lo que podría llegar a ser, pero sin traspasar unos límites para los que debía intuir que aún no estaba preparada.

Fue un momento sublime, a mí esta vez sí que me tenía temblando por completo. Acompasé mis movimientos con los suyos. Él me tenía cogida por la cintura. Por supuesto que no me marcharía a ninguna parte, no cuando estaba recibiendo el mejor sexo del mundo, pero, aun así, Devis actuaba con gestos que dejaban entrever un potente sentido de la posesión por su parte. Y eso me ponía, cielos, ¡¡cómo me ponía!!

La sesión fue larga y tremendamente erótica. En cada uno de sus movimientos sentía que me poseía de un mod descomunal. Todas y cada una de sus embestidas me hacían sentir más mujer que nunca.

El sudor perlaba mi cuerpo al completo. Se trataba de una fina capa que me hacía sentir resbaladiza, algo que solo estaba en mi mente porque él me tenía agarrada de un modo que podía sugerir cualquiera cosa menos que me zafaría.

En sus manos, me veía tremendamente femenina y deseada. El juego al que me sometía me hacía desear un sex

que me resultó desconocido hasta ese día, pues el que Devis practicaba no tenía nada que ver con aquel otro con e
que me había iniciado años atrás.

Fueron varias las veces que un orgasmo me asaltó y que terminé corriéndome para él a gritos. Si el decir la palabra «no» tenía un castigo, el correrme así para él tenía un premio; el premio de que se esforzara en que me volviera a ocurrir y en un tiempo récord.

Me asee junto a él y nos deslizamos bajo las sábanas desnudos, tal y como me había pedido. En un abrazo cálido y cercano, me arropó en sus brazos, mostrando en ese momento su lado más tierno.

Todo era tan perfecto, excitante, sensual y, cómo no, divertido, que estaba bebiendo sorbo a sorbo este momento en el que él estaba siendo el causante de aquello que dejé atrás hacía mucho tiempo.

Eso sí, con perdón o sin él, con Devis esto era de otro nivel…

que me resultó desconocido hasta ese día, pues el que Devis practicaba no tenía nada que ver con aquel otro con el que me había iniciado años atrás.

Fueron varias las veces que un orgasmo me asaltó y que terminé corriéndome para él a gritos. Si el decir la palabra «no» tenía un castigo, el correrme así para él tenía un premio; el premio de que se esforzara en que me volviera a ocurrir y en un tiempo récord.

Me asee junto a él y nos deslizamos bajo las sábanas desnudos, tal y como me había pedido. En un abrazo cálido y cercano, me arropó en sus brazos, mostrando en ese momento su lado más tierno.

Todo era tan perfecto, excitante, sensual y, cómo no, divertido, que estaba bebiendo sorbo a sorbo este momento en el que él estaba siendo el causante de aquello que dejé atrás hacía mucho tiempo.

Eso sí, con perdón o sin él, con Devis esto era de otro nivel…

Capítulo 7



Notaba sus manos entre mis piernas, buscando esos primeros juegos de la mañana y estremeciéndome mientras él se acercaba a mi oído.

—Tus susurros son el secreto que me llevarán a hacerte gemir en una melodía que expresará tu excitación a través de una respiración agitada que embriagará mi alma.

—Devis —me reí—, sigue tocándome —le pedí mientras negaba por las cosas que tenía.

—Si es que no me dejas ser serio, Aitana, con lo bonita que tenía la frase montada en mi mente. —Me mordisqueó el labio con la risilla suelta.

—Es que te has despertado muy poético…

—Pues no es precisamente poesía lo que quiero regalarte.

—Eso ya me lo imagino —le dije con la respiración entrecortada por la mucha excitación que me estaba produciendo.

Se metió debajo de las sábanas, posicionándose entre mis piernas, y comenzó a deslizar su lengua por mis pliegues, haciéndome tambalear una vez más. Me revolví, agarrando las sábanas, mientras sentía un calor en mi zona por un aceite que extendía, acompañado de un suave aroma a vainilla que llenaba el aire.

De nuevo la locura se apoderaba de mí y eso que no había hecho más que abrir los ojos.

Me retorcí más porque su lengua y sus dedos me estaban volviendo loca de placer, y lo que no me esperaba es que en esos momentos me pusiera un succionador en el clítoris a máxima velocidad mientras él hacía presión para que no me moviera.

Devis tomó, una vez más, el mando. Es que ni se me ocurriría que con él pudiese suceder de otra manera. Sus

modos me indicaban que en la cama no permitiría que se hiciera de otro modo y eso me podía, es que me podía…

Solo resoplaba y jadeaba mientras el sudor me perlaba de nuevo el cuerpo al completo. Si hasta sentía una fiebre súbita del mucho calor que notaba a su lado. ¿Qué digo a su lado? Por favor, si ese hombre se me acercaba tanto que tenía la sensación de que podría fusionarme con él. Era una verdadera pasada lo que estaba sintiendo.

Era mago, porque sacaba las cosas para darme placer por arte de magia. ¿Dónde había estado todo este tiempo este hombre?

Grité al llegar al clímax mientras me intentaba zafar de ese aparato que seguía vibrando sin compasión. No había posibilidad de librarme de él, y solo sentía que miles de pequeños estallidos de placer se producían en mis partes íntimas a modo de diminutas descargas eléctricas que iba sintiendo.

Me cogió de tal modo que me colocó a horcajadas sobre su cuerpo, mientras él permanecía sentado contra el cabecero de la cama. Con firmeza, me penetró, haciendo que me sujetara con fuerza a sus hombros, y comenzó a guiar mis movimientos con sus manos, llevándome a un ritmo que encendía cada fibra de mi ser.

Como digo, daba igual la posición en la que estuviera… Siempre era Devis quien llevaba el mando, y conseguía ponerme tanto que sentía que el corazón se me escapaba a la carrera del pecho.

Con él todo era en otra dimensión, era como unas clases magistrales de todo lo que yo pensaba haber vivido y no llegaba a este nivel de superioridad. Eran sus manos, sus gestos, su expresión corporal. Era el conjunto de todo

Me apretó fuerte indicándome que había llegado, y nos quedamos fundidos en ese abrazo durante unos minutos antes de irnos a la ducha. Su estallido era más sutil que el mío, que me corría a gritos y sin poderlo remediar, algo que era totalmente de su gusto, visto lo mucho que su miembro se endurecía y adquiría un mayor grosor cada vez que yo alzaba la voz de ese modo.

Tenía para dar y regalar…

Cogió una esponja que parecía como de terciopelo y le echó un gel aceitoso antes de hacerme un gesto de que abriera las piernas. Su sonrisa era de lo más tentadora.

Se la llevó a mi zona y con sus dedos empujaba por ambos orificios, me dejaba sin aliento nuevamente. Lavaba la esponja debajo del grifo mirándome penetrante y volvía a echar más gel que llevó esta vez a mis pechos.

Cada uno de sus gestos me resultaba premeditado, como si Devis no dejase nada al azar, como si todo lo tuviese pensado para que el placer se extendiese por todo mi ser.

Enjabonó cada recodo de mi piel para luego dármela y que yo hiciera lo mismo con él. Por una vez, me dejaría que hiciese algo y esto me excitó aún más, aunque me llevó a que las manos me temblasen un poco, dado mis nervios por estar a su altura en lo que a proporcionar placer se refiere.

Jugué con su cuerpo como él había hecho con el mío, sin miedo a hurgar en su parte trasera, porque ellos ahí también tenían el placer. Y a Devis no parecía asustarle nada. Debía haber experimentado ya tanto… Difícil sería sorprenderle o molestarte, por lo que dejé mis temblores a un lado y empecé a actuar como la ocasión requería, con mano firme.

No dejé ni un pedacito de su cuerpo por tocar, y su miembro estaba a punto de estallar, por lo que me agaché y me lo llevé a la boca, recreándome en él, mientras me sujetaba del pelo, ese que pensaba que de un momento a otro me lo arrancaba. Había momentos en que su entrega era tan feroz que me provocaba una pasión desbordante, como si estuviera a punto de estallar en llamas.

En mi hirviente boca, su miembro se fue abriendo paso. Yo quería devolverle parte del placer que me estaba causando y para ello no dudé en conducirle hasta la entrada en mi garganta, engulléndolo, enroscando mi lengua en él, lamiéndolo, degustándolo, absorbiendo de su punta…

Hizo que me apartase en el momento de correrse, cosa que agradecí, porque a mí eso de que me lo echen a la boca no me parecía nada erótico, sino todo lo contrario.

Nos secamos y decidí ponerme el bikini con una faldita corta blanca y un top en el mismo color. En cuanto me vio, casi vuelve a quitarme la ropa para echar otro antes de salir de la habitación, pero corrí por el pasillo y allí lo esperé muerta de risa. Me temblaba todo el cuerpo y necesitaba una ligera tregua, porque si no, es que hasta podrí desmayarme. Notaba que las piernas ya ni me sostenían.

—Te has escapado, pero luego en vez de doble te lo llevarás triple.

—Jefe, ¡qué nos quiten lo bailado! —me referí a que ya íbamos bien servidos.

—Nos lo tendrán que quitar muchas veces. —Estiró su mano para coger la mía.

—Anda, que de aquí saldré escaldada, eso ya se ve venir.

—Lo siento, pero creo que tienes razón —murmuró besándome.

—Alto. —Le indiqué con mi mano—. Que tienes mucho peligro y empiezas con los besos y luego acabo follad perdida.

—Me muero contigo, Aitana. Follada seguro, pero perdida, no. Más que nada porque yo no me dejaría perder un cuerpo como este. —Me señaló de arriba abajo.

Nos dirigimos a la zona de desayunos más pequeña, ya que no queríamos ir al bufé y preferíamos desayunar con toda la atención sobre la mesa. Para algo teníamos algo de glamur.

Pedimos unas tostadas con aguacate, tortilla y embutido de pavo, unos cafés, zumos y unos bocados de hojaldre con chocolate que venían a ser como unas napolitanas.

Lo cierto es que necesitaba reponerme después de tanta jarana y supongo que él también.

—La de calorías que llevaremos perdidas desde que hemos llegado —murmuré entre risas.

—Y las que vamos a perder, así que yo de ti me alimentaría bien.

—Sí, sí… Nada más tienes que ver todo lo que estoy cogiendo, porque ya me lo temo.

—¿Lo temes o lo deseas? Porque los temores no entran en mis esquemas.

—Lo deseo, lo deseo. No sea que te líes también aquí a nalgadas, que no veas si tienes la mano entrenada.

La mesa era un convite y Devis no dejaba de acariciar una de mis manos que tenía sobre su pierna. Me tenía desayunando con una sola mano, pero solo por sentir esos cosquilleos que me ocasionaba, merecía la pena.

Por favor, que no paraba y que era lo más excitante que me había sucedido en toda mi vida.

Estaba viviendo una ilusión que probablemente era pasajera, pero que la iba a recordar siempre. Hasta había conseguido que en la mayoría de los momentos desapareciera mi ex de la cabeza, era como una medicación que había llegado sin receta para esas heridas que aún sentía vivas por lo del otro. Solo que, por eso, ya me merecía la pena, aunque había más, mucho más.

—Me han recomendado un lugar para comer arroz con langosta que está pasado el puerto. —Señaló hacia el lado de la playa donde se veía una tarima flotante— Justo detrás de allí y podemos ir dando un paseo por la playa, luego si estamos cansados regresamos en taxi.

—Genial, sí me apetece un paseo. —Aplaudí quitando mi mano de la suya y me la volvió a coger tras dar un carraspeo.

Después del desayuno nos dirigimos hacia la playa para andar por la orilla hacia esa parte en la que estaban los restaurantes y centro de Santa María.

Devis no dejaba de cogerme, frenarme, besarme, acariciarme, meterme mano y todo lo que le dio tiempo durante los treinta minutos que nos llevó llegar hasta esa parte, donde dejamos las cosas sobre una de las hamacas del restaurante que había sobre una piscina infinita arriba del agua, una pasada. Bajamos a darnos un baño al mar y ya luego disfrutaríamos de esta maravilla.

—Nos van a ver —protesté mientras me pegaba aún más a él.

—Aquí son de sangre caliente.

—Como tú. —Me reí entre sus mordisquitos.

—Me pones malísimo, Aitana. ¿Quién me va a frenar a partir de ahora en el trabajo?

—Yo —reí a carcajadas—, a mí no me vas a tener allí todo el día con medio cuerpo tumbado sobre la mesa.

—Cómo me vas conociendo.

—Ya te digo.

Regresamos a la hamaca, donde Devis pidió que nos trajeran dos cervezas bien frías y unas patatas chips.

—Por nosotros, porque el tiempo se detenga un poquito —dije chocando mi copa en la que habían servido la cerveza contra la suya.

—Es lo más bonito que me has dicho desde que nos conocemos, ¿estás bien?

—Lo mismo capaz que me esté enamorando —bromeé o no, pero yo lo solté.

—No puedes hacerlo, porque vivirías una vida tan feliz que te arrepentirías de haber entrado en ella.

—Sí hombre. —Me eché a reír a carcajadas.

—Que sí, mujer, que yo soy el hombre perfecto.

—¿Y por qué no te han cazado en todo este tiempo? Mira que eso resulta bastante sospechoso, no es por nada.

—Porque soy muy selectivo, pero luego apareciste tú, y me di cuenta de que eras todo lo que necesitaba para revolucionar mis sentidos.

—Y yo voy, y me lo creo. —Solté otra carcajada.

—¿Y por qué no? Siempre hay personas predestinadas a conocerse…

—En cuanto regresemos, seguro que ya no querrás saber nada más de mí.

—Y yo que te iba a proponer que te vinieras a vivir con nosotros…

—Sí claro, no tenía yo otra cosa que hacer que abandonar a mi familia para irme de okupa a la tuya.

—Visto así no queda bonito, pero ya haré que lo veas de otra manera.

—Devis, ¿qué te pasa? ¿Por qué te quieres comer el mundo en dos días? Eso no me cuadra en un tipo tan poderoso y seguro como tú.

—¿Por qué me lo preguntas riendo?

—Si quieres me echo a llorar. —Le di un beso en esos labios que sonreían para mí.

—No, pero suena a que me quiero comer todo y luego vomitarlo. Y no es eso, Aitana.

—Pues mira, lo has entendido bien.

—Me gustas mucho, en serio, hacía tiempo que no vibraba tanto con nadie —me confesó en lo que parecía sincero—. Me llamaste la atención cuando te vi apartada de todos, desde ese momento me di cuenta de que eras diferente.

—Parece que te estás declarando… —murmuré poniéndome roja como un tomate.

—No me di cuenta. —Disimuló levantando su ceja.

—En serio, a mí, aunque me dio vértigo en muchos momentos, me estás haciendo mucho bien. Por mí no te preocupes, no espero nada, comprendo que somos de dos mundos diferentes, y no tendrás problema cuando ya no quieras buscarme de esta manera. Nunca me pondré en tu contra, para mí tú y tu hija os habéis convertido en seres

especiales.

—A mí no me hagas emocionarme que yo soy muy tontorrón, aunque no lo parezca.

—Eso es lo que me tiene en dudas, el quién eres. ¿Ese hombre fogoso y dominante sexualmente o este tipo sensible, cariñoso, divertido, risueño y correcto que reflejas el resto del tiempo?

—¿No puedo ser un poquito de todo? —Acarició mi hombro.

—Sí, es lo que eres, una mezcla de todo, pero ¿a qué porcentaje?

—Según, si estamos encerrados sale ese animal que hay en mí, en el resto de los lugares me intento controlar, pero como ya te dije, pocas consiguieron causar esto en mí, por no decir menos de las que piensas.

—Yo no digo nada, pero me pareces un tipo fascinante.

—¿Pretendes sacarme los colores?

—No, además, voy a aprovechar para hacerte una confesión.

—Soy todo oídos. —Saltó poniéndose sentado detrás de mí y dejándome entre sus piernas mientras me rodeaba con sus brazos.

—Tengo la suerte de tener el mejor padre del mundo, pero contigo me he tenido que quitar el sombrero. Eres un padre ejemplar, divertido, has conseguido criar una chica muy feliz a pesar de que esta mierda sociedad a veces pone las cosas muy difíciles, pero lo que has logrado en ella, eso dice mucho de cómo eres tú.

—¿Algo más antes de que te coma a besos?

—Que gracias por tratarme tan bonito.

—Al final sabía yo que te iba la marcha de mi caña —bromeó besando mi cuello repetidamente.

—No tonto, es la verdad, tienes que creerlo y estar muy orgulloso hasta del padre que eres, incluso con lo que has hecho de obligarla a trabajar, aunque viva en su mundo, es un ejemplo para enseñar lo que es tener una responsabilidad, aunque sea de poner bonita la agenda como nos enseña cada día.

—No tiene remedio, pero graciosa es —dijo él con esa risilla orgullosa.

Nos metimos en la piscina infinita donde nos trajeron hasta el borde otro par de cervezas. La primera nos la habíamos bebido como si fuera agua.

Los trescientos sesentas grados que tenía desde la piscina era a cada cual mejor, ya que se veía el mar de lleno de frente, a un lado la orilla turquesa que llevaba a los hoteles, al otro lado lo mismo y de espaldas, mirando hacia la orilla estaban los restaurantes y al fondo la isla árida que no dejaba de estar ahí a pesar de ahora encontrarnos en un rincón que era todo un paraíso.

La piscina era de lo más relajante y tener a este hombre al lado, era de lo más sensual, aunque peligroso. Me ponía de lo más nerviosa esos roces que me daba y que pensaba que nos podían estar viendo, pero era todo un provocador.

El arroz con langosta nos lo trajeron hasta la hamaca, donde nos pusieron una mesa delante. Tenía una pinta que para qué, con decir que a mí no es que se me hiciera la boca agua, es que literalmente se me cayó la baba.

Nos quedamos toda la tarde ahí tumbados y dándonos algún que otro baño adornado con esos besos que nos hacían elevarnos para tenernos que bajar, dado que no estábamos en el lugar correcto.

Nos metimos en la piscina infinita donde nos trajeron hasta el borde otro par de cervezas. La primera nos la habíamos bebido como si fuera agua.

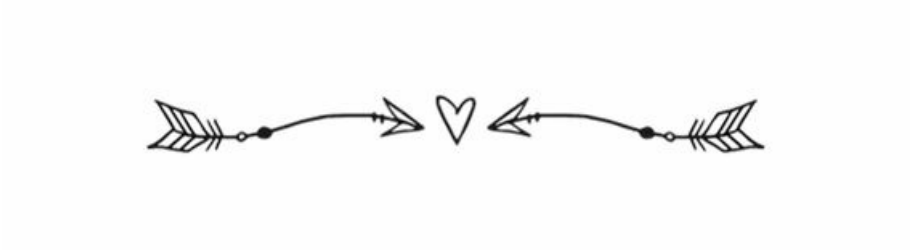
Los trescientos sesentas grados que tenía desde la piscina era a cada cual mejor, ya que se veía el mar de lleno de frente, a un lado la orilla turquesa que llevaba a los hoteles, al otro lado lo mismo y de espaldas, mirando hacia la orilla estaban los restaurantes y al fondo la isla árida que no dejaba de estar ahí a pesar de ahora encontrarnos en un rincón que era todo un paraíso.

La piscina era de lo más relajante y tener a este hombre al lado, era de lo más sensual, aunque peligroso. Me ponía de lo más nerviosa esos roces que me daba y que pensaba que nos podían estar viendo, pero era todo un provocador.

El arroz con langosta nos lo trajeron hasta la hamaca, donde nos pusieron una mesa delante. Tenía una pinta que para qué, con decir que a mí no es que se me hiciera la boca agua, es que literalmente se me cayó la baba.

Nos quedamos toda la tarde ahí tumbados y dándonos algún que otro baño adornado con esos besos que nos hacían elevarnos para tenernos que bajar, dado que no estábamos en el lugar correcto.

Capítulo 8



Eran las ocho de la tarde cuando abandonamos la zona de la piscina y nos fuimos andando hasta la calle principal del centro de Santa María, que era donde estaba el ambiente. Queríamos cenar por aquí y luego irnos al hotel.

La idea era disfrutar de todo a partes iguales. El sexo que estábamos viviendo en aquel lugar era de diez, pero, dado que no era un sitio que fuésemos a visitar todos los días, como que teníamos la necesidad de conocerlo en profundidad.

El ambiente era muy playero y pasábamos desapercibidos con la misma ropa de por la mañana. No teníamos ninguna necesidad de aparentar.

Eso me gustaba de él. Se trataba de un hombre con dinero y con poder, pero con cero necesidad de aparentar nada. Vivía como le daba la gana y sin rendir cuentas a nadie.

Devis me llevaba de la mano en todo momento, dejando claro que estaba viviendo cada instante al máximo, al menos eso era lo que a mí me parecía. Y me gustaba esa sensación de seguridad que me aportaba.

La calle estaba de lo más animada, con tiendecitas de *souvenirs* típicos de la isla. Me quedé mirando unas esculturas de madera que eran preciosas, de la mujer caboverdiana.

Le pregunté al chico el precio para llevarle una pareja a mis padres, y al cambio eran unos setenta euros, pero claro, eso hasta que comenzó a regatear Devis, que al final sacó las dos por el precio de una. A mí me entraron hasta calores, tanto fue así, que pagué con cincuenta euros y le dije que se quedara los quince de cambio.

—¿Para eso te lo saco a buen precio?

—Devis, por Dios, que se tienen que ganar la vida.

—Por supuesto, pero esos treinta y cinco euros estaban muy bien pagados.

—Pues yo le quise dar una ayuda para su familia.

—Ya lo estabas haciendo con la compra.

—Pero a ver, ¿qué más te da a ti ayudar un poco más?

—¿Te tengo que ayudar a ti todos los meses?

—No, para eso me lo gano con mi trabajo.

—Pues él igual.

—No es lo mismo, aquí no tienen las mismas oportunidades que nosotros. Somos los turistas los que movemos su economía.

—Sigues sin entenderlo.

—Ni lo entenderé. —Me encogí de hombros y él me abrazó riendo.

—Lo fácil nos lleva al fracaso, y no te preocupes que soy una persona generosa, solo que hay que diferenciar al que puede ganar su dinero por sus propios medios, como fue en este caso, y al que la vida no le da más que miseria, y a esos a los que hay que estar atentos.

—Sigues sin comprenderme. —Le devolví su frase.

—Vale, te lo has buscado. —Me cogió en brazos echándome a su hombro mientras yo lloraba de la risa.

—¡Bájame, por Dios! Qué me van a ver hasta el carné de identidad. —Reía a carcajadas, tantas, que pensaba que me iba a ahogar.

—No, hasta que no me digas que lo has entendido.

—Mira que llamo a la policía.

—Comienza.

—Con lo bonito que empezó nuestro amor, con una simple casualidad y mira cómo lo destrozas —bromeé

riendo.

—¿Casualidad? Lo raro es que mi padre no se hubiera jubilado —dijo bajándome y plantándome un beso— ¿Qué te parece este restaurante? Es bonito, y tiene vistas a la calle y a la playa.

—Por mí perfecto. Se ve que tienen buenos platos. Ese choco a la brasa tiene muy buena pinta, lo malo que por la noche inflama.

—Ya te hago yo que se te desinflames. —Tiró de mi mano hacia dentro y el camarero nos dio a elegir mesa de las que estaban vacías. Yo preferí las que estaban en la esquina con la calle, aunque también se veía la playa, pero me decantaba por donde había más ambiente.

Devis pidió dos chocos a la brasa y una ensalada como entrante de frutos del mar. La forma en la que me mirab me dio a entender que todo lo que estábamos experimentando también era especial para él, que no me mentía en nada, que también se lo estaba pasando de vicio. Y nunca mejor dicho.

—Por lo que nos queda por vivir —dijo chocando su copa contra la mía.

—Poco, porque mañana es domingo y nos vamos el lunes… —murmuré con tristeza.

—Pues no parece que no nos vamos a ver más… —Se río acariciando mi mano por encima de la mesa.

—No es eso, pero aquí como que estamos obligados a estar el uno con el otro.

—¿Me ves como una obligación o piensas que estoy así contigo porque no tengo otra cosa que hacer? Porque quiero saberlo, dímelo ya —me pidió en tono exigente, cómo me ponía.

—No, pero no sé. Imagino que contigo cualquier sitio se hace especial, pero aquí nos hemos dejado la piel, por decirlo de algún modo, y me da penilla dejarlo atrás. Es solo eso. Resulta que soy muy tontorrona.

—No tengas miedo a regresar, siempre te voy a buscar. Esto no se queda aquí. No nació en Cabo Verde, aunqu lo relaciones con este lugar y, desde luego, no morirá aquí.

—¿De verdad? —pregunté sonrojándome, pero se me escapó ese ápice de felicidad que no pude ocultar con mi pregunta. Me sentía bien y se me notaba. Soy muy impulsiva y, aparte, que en mi casa nunca me enseñaron a mentir ni a ocultar mis sentimientos.

—De verdad. —Acarició mi mejilla.

—Si he sabido cuidar a mi hija, ¿cómo no te voy a saber cuidar a ti, pequeñaja? —Me hizo un guiño.

—Dicho así, parece que me ves como un padre y de eso ya tengo uno. —Me reí—. Y a veces, aunque lo adore, se pone de un pesadito… Vamos, que no necesito dos, te lo advierto.

—Aquí tienes mi mano —dijo acariciando la mía—, cógela y no la sueltes, puedes sujetarla todo el tiempo que desees —murmuraba con ese brillo con el que me miraba.

—Si es que cuando te pones así no parece en lo que luego te conviertes.

—Yo siento las cosas mucho, algunas de una manera un tanto especial pero siempre las siento. No hago nada sin sentirlo, de esto no te quepa la menor duda.

—Creo que te voy conociendo, aunque me quedan ciertas dudas. —Me reí.

—No dudes tanto. No hay ninguna estrategia en mí. Soy quien ves, un hombre normal.

—De normal tienes tú lo que yo de monja —le solté a carcajadas, porque me hizo gracia.

—Vale, lo acepto, porque de monja no tienes nada, y mejor así.

—No, deja, que solo faltaba. Porque tú no te cortarías en ninguna situación. Se te ve el desparpajo de lejos. Y luego hablas de tu niña, ¿a quién va a salir, Andrea?

Disfrutamos de una cena de lo más especial en la que no faltó ni un solo momento de esas miradas que cada vez se hacían más cómplices.

Con él todo era especial, porque lo normal es que me hubiese mostrado más tímida y hasta en ciertos momentos huidiza, pero no. Con Devis a mi lado, todo cobraba un nuevo sentido. Se trataba de un hombre seguro y que transmitía seguridad. Y eso hacía que quisiera dar la talla y que tratase de dejar mis miedos a un lado, aunque inevitablemente aflorasen en ciertos momentos.

He de decir que esos doce años de diferencia, a mí me resultaban de lo más atractivos y muy gratificantes como aprendizaje, porque sin él darse cuenta me enseñaba muchísimas cosas de las que él me hablaba sin darle la menor importancia.

Además, que no solo se trataba de la diferencia de edad, sino de que él había vivido siete vidas, como los gatos, y eso se notaba muchísimo. Tenía mucho mundo y se notaba en cada uno de sus movimientos, en la forma de tratar a los demás, en la formar de tratarme a mí.

Me sentía como una muñequita en sus manos, y eso me hacía feliz, por mucho que pensase que con él solo podía vivir el momento porque, a pesar de lo que me dijese y que me encantase pensarlo, no veía un futuro a su lado.

Nos fuimos caminando de la mano hasta la parada de taxis, donde cogimos uno para que nos llevara de regreso al hotel. Ya me imaginaba lo que me esperaba en cuanto llegase a él. Y solo de figurármelo, como que me humedecí una barbaridad.

De hecho, ni siquiera esperó a que nos bajásemos porque, con toda la sutileza del mundo, y sacando los colores de mis mejillas, ya me estaba tocando en lo más íntimo mientras que, como si nada, le daba conversación al taxista, quien permanecía ajeno a todo.

Fue de nuevo traspasar la puerta de la habitación, y salir de él ese depredador que cogía a su presa y la manejab a su antojo. Y encima se la encontró a punto de caramelo después de la escenita en el taxi.

Sentía como si una chispa se encendiera dentro de mí y me sumergía por completo en un estado de entrega hacia él. Lo que me pidiera estaba dispuesta a dárselo, porque a su lado estaba descubriendo la importancia de saborear cada uno de los placeres que la vida nos ofrece.

Me tumbó y se me quedó mirando.

—¿En qué piensas, Aitana?

—En que cualquier cosa, la que me pidieras, te la daría ahora mismo y sin pensarlo —le confesé.

—Eres incondicional, eso se nota. Eres tantas cosas…

—Pues tú eres una fiera en la cama, eso es lo que eres —añadí entre risas, las cuales se mezclaban con mis ganas y con esa absoluta excitación que ya se escapaba de mis partes más prohibidas en forma de humedad, que acabó en sus dedos en cuanto los asomó por ella.

—Tú también eres una fiera, mi fierecilla. —Me abrazó. Me llamó la atención que lo hiciera en ese momento. Salvaje, cariñoso… Todo en uno. Era para volverse loca, era lo mejor que me había pasado nunca y hasta miedo sentía de perderlo, por mucho que le dijese que no le crearía problemas. Y por supuesto que así sería.

Masajeó todo mi cuerpo con unos aceites corporales que eran de lo más aromáticos y sensitivos. Me hacía arder en deseos, sentía la necesidad de entregarme a él, deseando que pudiera deleitarse con esas caricias que me provocaban una excitación aún mayor.

Me llevó al clímax dejándome bocarriba y adentrándose en mi interior. No tenía paciencia. Aún sin recuperarme, tenía la habilidad de volver a encender esa mecha.

Por supuesto que se trataba del hombre más fogoso con el que me había topado, pero es que lo era tanto que superaba con mucho cualquier expectativa que yo hubiese podido crearme respecto al mejor de los amantes posibles.

Hacerlo con él se estaba convirtiendo en todo un ritual que me llevaba a perder la cordura como nunca la había perdido antes.

En el momento menos pensado, comenzaba a gritar al llegar al clímax y entonces tenía la habilidad de hacerme encadenar un orgasmo con otro. Es que apenas pasaba tiempo y ya lo tenía de nuevo ahí… mi cuerpo al completo lo anunciaba, ardiendo como si un torrente en llamas me recorriera de las entrañas hacia fuera. Y entonces era consciente de que de nuevo lo había logrado.

Con Devis dentro, me sentía tan mujer que deseaba perpetuar cada uno de unos combates sexuales como si fuese el último. No solo eran largos, sino tan intensos que los temblores terminaban por adueñarse de mí, de arriba abajo.

Daba igual que me colocase encima de él o no. No sé cómo lo hacía, que siempre volvía a sacar ese don de mando suyo en la cama, ese que me llevaba a exponerme por completo a él, a rendirme a todos sus deseos, dándome por completo igual estar arriba o debajo de su cuerpo, porque él lo dominaba todo estuviese dónde estuviese.

Cuando el alivio le llegó, me volvió a abrazar como el resto de las noches. Esa era otra parte muy deseada por mí, cuando llegaba ese momento en el que caía extenuada y me mimaba, besando mi cuerpo con besos pequeñitos como si así le cundieran más. Y acariciando mi pelo. Es que tenía que hacerme sentir bien a la fuerza.

Así me volvía a dormir y así soñé con él. Lo que más apuro me dio fue que debí murmurar su nombre entre sueños y él se enteró. Me desperté y me regaló la más seductora de las sonrisas.

—Siento haberte despertado, lo siento —le susurré.

—Y yo te confieso que no puedo imaginar un despertar mejor que este, preciosa.

—¿De verdad? —le pregunté porque aún me costaba asimilarlo.

—¿Y qué ganaría yo mintiéndote? ¿Me lo quieres decir?

Capítulo 9



Amanecer sobre su pecho era la mejor experiencia que podía sentir en mi vida. Lo rodeé por la cintura y besó mi frente.

Me estaba quedando muy pillada de él, por decirlo de alguna manera suave. Aunque en realidad, es que me estaba enamorando poquito a poquito. Y no digamos ya lo bien que me sentaba no acordarme ya del innombrable de mi ex, que eso lo recordaba ya como si me hubiese sucedido en una vida pasada.

Bajé mi mano hacia su miembro para demostrarle, que yo también tenía aguante en mi cuerpo. No tardó en echarme hacia atrás y colocarse entre mis piernas. El control lo debía tener él en todo momento, eso me estaba quedando claro, aunque me encantaba desafiarle de algún modo, provocarle, y que así pareciese que la cosa quedaba en tablas.

Cogió mi mano y llevó mis dedos a mi clítoris para guiarlos a tocarme.

—Sigue tocándote para mí… —ordenó soltando su mano y dejándome a mí dándome el placer.

Me quedé un tanto asombrada de momento, porque no lo esperaba. De todos modos, debo reconocer que Devis sacaba partes de mí que ni siquiera yo conocía. Con otra persona, me habría resultado muy cortante, es que no lo hubiese podido hacer. Pero no con él, no con el hombre que estaba logrando que viera el sexo desde una perspectiva tan nueva como alucinante para mí.

Lo vi cómo se levantaba y se echaba un aceite en las manos antes de venir hacia mí, de nuevo ese olor tan rico que desprendía. Sus manos se fueron a acariciar toda mi zona sin molestar a que yo me siguiera tocando.

Poco a poco, fui incidiendo más y más en mi clítoris. Los dedos se me arrugaban de la mucha humedad que emanaba de esa parte de mi cuerpo diseñada para darme tanto placer y que estábamos estimulando de forma simultánea, ¿se podía pedir más? Yo creía que no, esa era la verdad.

Jadeé hasta desgarrarme la garganta sumergiéndome en un descontrolado orgasmo, ya que los placeres me venían de todos lados al mismo tiempo, algo que nunca habría podido imaginarme ni en los más húmedos de mis

sueños.

Me trataba con tanta delicadeza en ciertos momentos y luego era tan rudo en otros… Esa explosiva mezcla hacía que Devis fuese adictivo para mí, puesto que así comenzaba a considerarlo.

Me resultaba lo más ardiente, lo más morboso, lo más varonil que hubiese sobre la faz del planeta. Y con él, el sexo adquiría tintes tan eróticos que me llevaban a correrme a poco que pensase en ellos.

Se colocó de rodillas sobre la cama y me subió en lo alto, ayudándome con sus manos a moverme con rapidez encima de él. Estaba desgastada, pero a él eso no le importaba, quería demostrarme hasta dónde era capaz de hacerme llegar.

Rendida, a primera hora de la mañana ya estaba con las piernas temblando y con un hambre atroz. Pidió que hoy nos trajeran el desayuno a la habitación.

—Vas a acabar conmigo —dije recuperando el aire cuando el colgó de hacer el pedido.

—No seas exagerada, tienes veintiséis años. ¿Cómo vas a estar agotada?

—Ya habló Hulk. —Me eché a reír.

—No es eso. Es que no conoces tus límites, Aitana.

—Y tú no solo me vas a dar un empujoncito para que los conozca, sino que me vas a matar en el intento. —Reí a carcajadas.

—Lo de «empujoncito» espero que se te haya escapado porque…

—Ya, porque tú me empujas a conciencia. Qué me vas a contar, si creo que me tendrás que atar a la cama porque en una de estas saldré volando…

—No estaría mal lo de atarte. Lo podemos contemplar.

—Para qué habré hablado yo. Más bocazas y no nazco.

—Tenías que nacer para vivir esto y, de todos modos, nadie muere a polvos. Por esa parte te puedes quedar tranquila. Además…

—Ya, que soy muy joven, pero me voy a tener que tomar un suplemento vitamínico, palabra.

Me di una ducha rápida y me puse un bañador blanco con un pareo anudado al lado. Salí hacia la terraza donde ya estaba él con el desayuno, ya que se duchó antes que yo.

—Guau, qué buena pinta tiene todo. Hasta yogur natural con frutos secos.

—¿Nunca has desayunado con unas bolas en tu interior? —me preguntó poniéndolas sobre mi entrepierna, momento que noté lo frías que estaban.

—Nunca. —No me atreví a decir la palabra no y a él se le escapó una risilla.

—Ven, ponte delante de mí. —Echó su sillón hacia atrás. Me levanté para ponerme delante de él, apartó un lado de mi bañador para poderme introducir esas bolas. Dos había—. Me encanta cómo te prestas a todo sin quejarte.

—Estoy disfrutando. —Aunque me ponía roja como un tomate como estaba en esos momentos—. Auch. —Solté el aire cuando me entró la primera y noté que la colocaba bien al fondo.

—Relájate —me pidió colocando la segunda y luego noté que colocó algo que hacía como de muro para que no se saliesen.

—Joder. —Solté el aire y noté una presión estremecedora y placentera.

—Siéntate —me pidió tocando mi nalga y señalando a mi sillón.

—Hostias. —Crucé las piernas al notar moverse en mi interior como si de un vibrador se tratase—. No me joda —dije al ver que tenía un pequeño mando en sus manos.

—Vas a tenerlo todo el día puesto. De ti depende recibir señal o no.

—Mira que me lo quito bien rápido —le advertí riendo nerviosa, y eso se puso en marcha a toda vela, como se suele decir—. ¡Para! —le pedí de lo más jadeante.

—Lo vas a tener todo el día puesto y si te lo intentas quitar, las consecuencias serán peores. —Carraspeó haciéndome un guiño que me advirtió de que iba en serio, cosa que en ningún momento dudé por otra parte.

—Ni se me ocurriría, capaz de ponerme uno detrás.

—Vas conociéndome. —Se le escapó una risilla, y yo volteé los ojos con incredulidad.

—¿Y si me hago pis?

—No tienes problema, lo haces y luego te enjuagas, no se te caerán.

—La leche. —Hasta mareo me entraba de pensarlo—. ¿Pero vamos a salir de la *suite* hoy?

—Claro.

—Pero para entonces me las quitas.

—Todo el día. ¿Qué parte no has entendido?

—Toda, la entendí toda. —Me reí nerviosa.

Es que no me lo podía ni creer. Juegos de esos no había conocido en mi vida y me resultaban de lo más estimulantes, ¿cómo me había perdido eso durante tantos años? Porque no había llegado el hombre apropiado, estaba claro.

Desayunaba con las bolas puesta, que en estos momentos estaban relajadas, pero Devis no podía estarse quieto. No dejaba de tocarme, y en un momento me estaba pellizcando el pecho como al siguiente sus nudillos estaban en mi clítoris, acariciándome y encendiendo de nuevo mi deseo.

—Así no hay manera de desayunar —protesté cuando activó las bolas de un modo más exagerado, que me dejó sin aire por completo del impacto que me había llevado.

—¿Y así?

—Me vas a matar, me vas a matar. —Me quedé soltando el aire, aunque realmente lo que estaba era hiperventilando.

—¿Qué tal estás?

—Necesito un orgasmo —confesé ya notando que me temblaba el cuerpo y me llevaba al límite.

—Con una condición. —Apagó el vibrador y dejó sus nudillos quietos, consiguiendo que perdiera las fuerzas mientras mi zona íntima me dolía por la tensión.

—La que quieras.

—Tienes que apoyar tu ano en mi miembro. No apretaré, todo dependerá de ti mientras te toco.

—Vale.

—Tráeme el aceite —me ordenó y yo salí como las balas, porque su condición me daba tanto morbo como temor, otra mezcla de esas que me resultaba sublime.

Se lo llevé y lo cogió, haciéndome un gestó con su mano de que me quitara el bañador. No dudé en hacerlo y me quedé desnuda ante él girándome hacia la mesa como me había indicado con su dedo.

Él apreciaba mi desnudez. A cada momento me hacía saber con su mirada lasciva que le volvía majara. Y a mí me bastaba con esa mirada para ponerme chorreando de inmediato.

Apoyé mis codos en la mesa levantando mis caderas, con mis piernas abiertas y dejando mi cintura y cuerpo doblado lineal a la mesa, donde estaba apoyada.

Temblaba, aunque trataba de que se me notase lo menos posible para no parecer una cría a sus ojos. En cualquier caso, sabía que él disfrutaba mucho viéndome así, pero ya era cuestión de orgullo.

Me llenó todo el exterior de mi ano de aceite y con su dedo masajeó un poco la entrada para suavizarla bastante Colocó su pene haciendo una ligera presión y llevó su mano hacia adelante para tocarme, activando a la vez, las bolas de una manera muy intensa. Comencé a moverme como loca, hasta buscaba aminorar la excitación notando su pene, ese que yo me encargaba de apretar cada vez más y hasta podía notar cómo iba entrando la puntita.

Excitada a un nivel muy difícil de explicar, me iba moviendo para notar no solo sus dedos buscando mi máximo placer, sino ese miembro que por detrás cada vez me volvía más loca.

—Muévete con cuidado —le pedí porque no quería que saliera mal, no quería tener que echar el freno a algo que me descolocaba y me excitaba a partes iguales.

Y él lo hizo, con sumo cuidado, hasta lo podía escuchar gruñir de placer, el mismo que sentía yo. Nos corrimos a la vez, y aunque no me llegó a penetrar del todo, fue suficiente para que él también llegara al clímax.

Fue una experiencia casi sobrenatural, una en la que salió su parte más ruda y también la mía. Nuestros instintos más primarios se encontraron y encontramos el disfrute al mismo tiempo, algo que no es fácil de lograr.

—Así no me vas a conseguir despegar de ti en tu vida.

—Aunque no lo reconozca, hay muchas cosas que antes no había experimentado y que me daba horror o mucha vergüenza. Me cuesta entregarme, pero no quiero que tengas pudor en arrastrarme a lo que desees. Confío en ti —dije dejándole un beso en sus labios.

—¿Quieres que te saque las bolas? Te lo has ganado. Me estás sorprendiendo mucho, Aitana.

—No, déjalas, me dan cierto placer. Me gusta también que me castigues de vez en cuando. —Le hice un guiño que le causó placer. Lo noté en sus ojos, en los que solo faltó que aparecieran un par de llamas.

—Ven. —Me abrazó sentándome en sus piernas, aún desnudos—. Si alguna vez no quieres hacer algo, solo tienes que decírmelo, eso sí, sin usar la palabra prohibida. —Me mordisqueó el labio mientras me apretaba la cadera.

—Jamás pensé que iba a terminar tan agotada por el sexo. —Me reí pegando mi frente a la suya. Me notaba nuevamente perlada de sudor, exhausta, abatida, pero con una alegría interna difícil de describir.

—Aún te puedo agotar más. —Metió sus manos entre mis piernas y las separó un poco.

—Devis, ¿no será malo abusar tanto del sexo? —Me reí apoyando mi frente en su cabeza, y notando cómo me volvía a excitar.

.

—Relájate, ahora estás cómoda entre mis brazos.

—Lo digo porque hay momentos en los que pienso que voy a palmar.

) —¿Morir de placer? No, te llevaré a puntos en los que creerás que se te va la vida y, sin embargo, lo cierto es que estarás más viva que nunca.

Eché mi cabeza hacia atrás para apoyarla en su hombro y abrí mis piernas más, entregándome de nuevo al momento. Con la mano que sujetaba mi cuerpo jugaba con mi pezón y me pellizcaba intensamente.

Me llevó a un orgasmo de lo más moderado, porque ya con él había que clasificarlos. Los había de todo tipo, y sobra decir, que todos ellos muy placenteros, lo que sucede es que algunos eran de tal magnitud que la vida parecía que se me iba en ellos.

s

A todo esto, nos echamos otro café y seguimos desayunado. El día nos lo íbamos a tomar de relax, y prueba de ello era este momento desayuno, que estaba siendo un tanto especial.

Con él me sentía una niña cuidada a la que la hacían mujer en los momentos más íntimos, era difícil de explicar la sensación, pero yo estaba viviendo en estos pocos días, la intensidad que nunca había probado.

Con él quería probarlo todo, beberme sorbo a sorbo todo eso que me quisiera dar. Estaba disfrutando sin prejuicios y recuperando en poco tiempo todo aquello que habían apagado en mí durante este último año.

Lo de mi ex me dejó tan abatida en su momento que ni ganas de sexo me quedaron. Y con Devis todo era una revolución, una revolución que me llevaba a sacar esa parte de mí que me estaba sorprendiendo, que me hablaba de una sexualidad que ni yo misma sospechaba que viviese en mi interior.

Después de desayunar, nos fuimos hacia la piscina del hotel en la que nos pedimos dos cócteles de fruta con ron. La idea era disfrutar de esos momentos en toda su intensidad: de la complicidad, de las risas…

Bendito el momento en el que no acepté la invitación de Andrea, porque con ella me lo habría pasado sensacional, pero lo que estaba viviendo con su padre ya estaba a otro nivel.

Estaba en el agua apoyada en la barra cuando noté que las bolas se ponían a funcionar. Se me escapó una risilla a la vez que me doblaba. La paró. Me di cuenta de que llevaba el pequeño mando en una gomilla en su muñeca.

Su mano fue a mi nalga y me dio un beso en la mejilla.

—Si lo vuelves a mirar con ese descaro, te lo activo hasta que se gasten las pilas —murmuró en mi oído.

—¿Qué dices? ¿En serio me lo estás diciendo?

—Sí. —Me mordisqueó el labio y se colocó de medio lado mirando hacia mí.

—No es justo que digas eso. —En esos momentos el camarero estaba en el otro extremo y no nos escuchaba.

—Lo has mirado más de lo normal.

—No —dije, y de nuevo encendió las bolas. Normal, ahora no me iba a dar una nalgada delante de todos.

—Esto es jugar sucio —dije retorciéndome e intentando disimular.

—Te lo permito todo, pero mirar me miras a mí.

—Vale —murmuré viendo que hablaba muy en serio. Lo paró.

Me quedé un tanto rayada por ese comportamiento que había tenido como si de un ataque de celos se tratase. ¿Qué parte había sido verdad y qué parte podía tratarse de un juego? El problema era que no lo conocía lo suficiente como para saberlo.

No había mirado de ninguna mala intención al camarero, pero sí era verdad que como que me parecía cubano, l estuve mirando mientras charlaba con unos clientes durante unos momentos, pero bueno, que no me tenía que justificar, solo que no quería tener ningún mal rollo con él en estos momentos. Que yo podía mirar a quien fuese, que no había hecho nada malo, y que así lo seguía pensando.

Lo abracé y me rodeó con sus labios sonriendo. Parecía que el hecho de que yo lo hubiera aceptado a él lo hacía sentir bien, pero seguía pensando que había tenido un arrebato que estaba fuera de lugar.

A esas cosas no estaba acostumbrada. Ya he comentado que mis padres se llevaban muy bien y que, si entre ellos se daba alguna escenita de esas, siempre era en broma total. Y en el caso de Devis no me pareció que estuviese bromeando en absoluto.

Estuvimos tomando un par de cócteles y nos fuimos a la playa a darnos un baño. Allí actuó un tanto sensual pegándome a él con fuerza en el agua, y refregándose para encenderme a la vez que activaba las bolas. Le gustaba tenerme bajo su control. Eso ya lo sabía yo de sobra.

Traté de olvidarme de su comentario porque no deseaba que nada perturbase el buen recuerdo que me quedaría de los que fueron unos días maravillosos. Unos días en los que me reconcilié con el sexo, pero con un sexo vibrante e innovador que no conocí hasta entonces, y de su mano.

Pasamos un día de lo más sensual y al final hasta divertido. No nos movimos del hotel ni falta que nos hizo, porque cuando la compañía es magnífica y lo estás pasando de miedo, te da igual el sitio. Y bueno, que no estábamos en uno cualquiera, que eso también cuenta sino, en uno lujoso; en el que todo estaba preparado para el disfrute de los sentidos.

Con todo y con eso, a la hora de cerrar los ojos se me vino a la cabeza la escenita de lo del camarero y sentí una especie de repelús.

—¿Estás bien? —me preguntó como presagiando que, por muy bien que lo hubiese pasado, algo asaltaba mi mente.

—Sí, sí, muy bien… Cansada ya, muy cansada—le contesté—. Han sido unos días muy intensos.

—Para mí también, y te agradezco todos y cada uno de los momentos que hemos vivido aquí.

—¿Te estás despidiendo de mí?

—En absoluto. Ya te lo he explicado antes y lo mantengo: espero que estos sean los primeros de muchos días juntos, de miles de días juntos.

Nos abrazamos al acostarnos sabiendo que era nuestra última noche aquí juntos. Muchas preguntas asaltaban m mente. Reconozco que estaba intranquila, pero no me atreví a preguntar nada más.

Estaba muy cansada, sí, aunque aquel día no caí a plomo como otros. Me hice la dormida, pero mi cabeza daba vueltas. Cuando algo me rayaba, puedo ser un poco cansina, y aquel día Devis me había descolocado.

Traté de restarle importancia al asunto y, finalmente, noté cómo las persianitas de los ojos se me iban cerrando poco a poco mientras él me daba besos y más besos, tantos que serían incontables. Y en todos ellos parecía poner el alma.

—Para mí también, y te agradezco todos y cada uno de los momentos que hemos vivido aquí.

—¿Te estás despidiendo de mí?

—En absoluto. Ya te lo he explicado antes y lo mantengo: espero que estos sean los primeros de muchos días juntos, de miles de días juntos.

Nos abrazamos al acostarnos sabiendo que era nuestra última noche aquí juntos. Muchas preguntas asaltaban mi mente. Reconozco que estaba intranquila, pero no me atreví a preguntar nada más.

Estaba muy cansada, sí, aunque aquel día no caí a plomo como otros. Me hice la dormida, pero mi cabeza daba vueltas. Cuando algo me rayaba, puedo ser un poco cansina, y aquel día Devis me había descolocado.

Traté de restarle importancia al asunto y, finalmente, noté cómo las persianitas de los ojos se me iban cerrando poco a poco mientras él me daba besos y más besos, tantos que serían incontables. Y en todos ellos parecía poner el alma.

Capítulo 10



—Pequeñaja que ya nos tenemos que ir levantando —murmuró en mi oído a la vez que me abrazaba con fuerzas.

—Me niego a abandonar la isla, yo me quiero quedar aquí contigo.

—Pero en España estás mejor con la familia y también me tendrás. —Besaba mi sien.

—No, no, no me fio ni un pelo. —Me reí.

—Venga, que nos espera un buen desayuno.

—Que no me quiero levantar, Devis.

—Entonces tendremos que jugar…

—¡Sí, sí! Yo quiero jugar —dije causándole una risilla nerviosa que resultó de lo más contagiosa.

—Te estás volviendo muy revoltosa. —Mordisqueó mi labio.

—Muchísimo, pero es que no me quiero ir, quiero estar contigo.

—Voy a pedir el desayuno para dentro de media hora.

—Vale —sonreí.

Pidió la orden con un completo como el día anterior, de esos especiales a los que no le faltaba nada y acto seguido comenzó a jugar con mi cuerpo.

Jamás imaginé que el sexo se convirtiera en algo tan importante para mí y es que no voy a negar que lo estaba sintiendo, en estos momentos en los que me había dejado llevar completamente a su merced, en estos días que habían volado a la velocidad de la luz.

Después de desayunar abandonamos la habitación dirigiéndonos al aeropuerto donde después de esperar como una hora tomando un refresco, abordamos el vuelo.

Sujetaba mi mano durante todo el trayecto y se deshacía en mimos hacia mí. Me gustaba mucho cómo me trataba y me hacía sentir, aunque aún recordaba ese ataque de celos que le dio con el camarero, pero, a decir verdad, yo lo veía como todo un halago hacia mí.

Aterrizamos en España, y nos dirigimos al aparcamiento donde estaba su coche en el que me llevó a mi casa. Durante todo el camino iba diciéndome que me iba a echar de menos y yo solo tenía ganas de llorar.

En la puerta me despidió con un beso y quedando en que nos veríamos al día siguiente.

—Pero hija, ¡cómo te hemos echado de menos! —me dijo mi madre abrazándome.

—Hola, papá. —Me abracé luego a él.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó mi madre mientras preparaba la mesa, ya que ellos también acababan de llega al trabajo.

—Nada, que lo voy a echar mucho de menos —confesé.

Durante estos días por mensajes había hablado con ellos y aunque no les había contado nada, siempre le decía que me quería quedar allí con mi jefe.

Les puse al día de todo durante la comida, obviamente dejando de lado algunos aspectos de esos encuentros sexuales, con decir que llegamos a fondo era más que suficiente.

—Te has quedado de lo más pillada —murmuró mi madre.

—Si solo fuera pillada. —Remató mi padre causando una risa.

—Pues con eso se le olvida el otro.

—Mamá, eso sí, pero este como le dé por darme una patada, me deja directa para el psiquiátrico.

—Tengo un buen compi especializado en eso —bromeó mi padre.

—Lo que me faltaba ya. —Me reí—. Por cierto, qué rico está el guiso —gemí y aguanté la risa recordando todos los que habían salido por mi boca durante estos días en los que aún tenía las piernas temblando.

En esos momentos me llegó un mensaje de Andrea que me puso muy feliz.

Andrea: *Hola, mi preciosa nena. ¿Te apuntas a irnos de shopping? Estoy buscando unas botas tipo militar para una faldita corta. Quedan de lo más cool.*

Aitana: *Claro, ¿a qué hora y dónde?*

Andrea: *Pásame ubicación y te recojo a las cinco. ¿Qué te parece?*

Se lo comenté a mi madre y a ella le pareció la mejor de las ideas.

—Yo solo te digo que irnos de *shopping* es la mejor terapia para las mujeres. Con perdón para los psicólogos, que algunos son estupendos, pero como eso, nada.

r —No la animes tanto, que vendrá con tal cantidad de trapitos que nos tendremos que ir hasta nosotros de esta casa —se lamentó mi padre.

—Mamá, ¿todos los hombres son igual de exagerados o es papá solo? —le pregunté junto con una sonrisa porque mi padre lo era cuando quería. Y mucho.

—Ni caso, hija. Será porque no habrá sitio en esta casa, que más que una casa es un palacio…

—Claro que sí, por eso soy vuestra princesa. De todos modos, ya sabes que hace mucho que no me compro ropa.

—Y tú ya sabes que tienes que aprovechar que vas de *shopping* con esa chica, a la que estamos deseando conocer, para renovar tu vestuario. Necesitas *outfits* nuevos.

—Ahora sí que me apetece, la verdad.

—Ay, marido, lo que hace el amor. Cuando te conocí, me pasaba lo mismo que a la niña, que estaba deseando i de compras para lucir mona y gustarte —le recordó a mi padre.

—¿Y dónde se supone que está el cambio? Si sigues igual. No hay semana que no salgas a la caza de algún modelito nuevo.

—Mejor eso a que vaya a la caza de algún maromo nuevo, ¿no te parece?

—Hombre, eso sí…

—Ay, mamá, que me da la risa. Quita, quita, que con un buen par de cuernos como hubo en esta casa cuando Kiko me los puso a mí, ya tenemos bastante. Papá y tú os queréis mogollón y este siempre ha sido un hogar estable, por eso he salido tan centradita.

Mis padres se miraron y no sé si no tuvieron claro que fuera por eso o si es que centrada no me veían, pero la risotada se escuchó un par de calles más allá. Era una suerte que en mi casa siempre estuviésemos de buen humor y todo lo hablásemos con mucha naturalidad.

Me tumbé un ratito después del almuerzo, esperando a que Andrea viniese a por mí. Estaba cansada y eso que no me esperaba la tarde que me quedaba por delante, en la que terminaría besando el suelo como el Papa, con eso os lo digo todo y no os digo nada.

Cuando me quise dar cuenta, faltaba poquito para las cinco, de manera que me apliqué un poco de maquillaje (porque me veía hasta ojerosa debido a lo poco que habíamos dormido en Cabo Verde), me cogí una coleta alta, me coloqué mis vaqueros con una camiseta muy chula y cogí una chaqueta por si refrescaba más tarde.

Salí a la calle porque ya eran las cinco y mi puntualidad siempre fue británica. Claro está que esa era la mía y no la de Andrea.

Un rato después estaba ya extrañadísima porque no daba señales de vida, y eso que la llamé varias veces. No quise alertar a su padre, pero lo cierto es que me encontraba intranquila, y eso que no tenía ni idea de cómo se las gastaba esa chiquilla, que más tarde me contó que no descolgó por no distraerse con el manos libres. Para mear y no echar ni gota, con lo loca que demostró estar al volante.

Cerca de la puerta de mi casa había una esquina. Pues bien, debí caer en la cuenta cuando vi a un pobre gato huyendo como si le hubiesen tirado un cubo de agua hirviendo. Y, a continuación, salió rodando un cono de esos blancos y naranjas que había en la calle de al lado, que estaba en obras.

El cono comenzó a perseguirme y lo esquivé a lo justo. Pero más a lo justo tuve que esquivar a Andrea, que venía conduciendo su propio coche y frenó a medio milímetro de mis pies.

—Jodido gato, jodido cono y jodidas pastillas de freno, que para mí que no van bien, nena —pronunció con su sonrisa de anuncio dental, la mismita que la de su padre.

—¡¡Qué susto!! Me veía ya en una caja de pino…

—Qué va, nena. Que eso está muy antiguo. Si hubieses palmado, te metemos fuego y te tiro por la borda en el yate de mis amigos, ese al que no quieres venir.

—Madre mía, espero que fuese para reducirme a cenizas, pero, sobre todo, que te asegurases de que estaba muerta. ¿Has bebido o algo, Andrea?

—¿Beber al volante? ¿Tú estás loca? Por supuesto que no. Mira el coche tan guay que me acababa de regalar m padre hace unos días. Se entera que pruebo un sorbo y me lo confisca hasta que cumpla un siglo, que es más serio para esas cosas…

—Como debe ser. Oye, ¿estás segura de que tienes ya el carné de conducir?

—Pues claro. Qué cachonda, nena… Y nuevo del paquete, igual que mi coche. Resulta que una semana antes d cumplir los dieciocho ya tenía la teórica y una semana después me había sacado la práctica.

—¿Y te consta que tu padre solo te ha comprado el coche o también el carné? Chica, es que has cogido la esquina que da miedo, un poco más y abres un socavón como si hubiese caído un meteorito.

—¿Te imaginas? Yo es que me parto.

ɔ

—Lo que vas a partir, como sigas así, es el coche, mona.

—Calla, calla, que estoy loca con él. ¿Te has fijado en qué cucada es? Un Audi 1, el que tienen las *influencers*… Como para meter la pata y que mi padre me lo quite. Prefiero que me quite el bono semanal para la peluquería, fíjate…

—Espera, ¿le sacas a tu padre un bono semanal para la peluquería?

—Claro, es que eso ya estaba hablado de antes y ni cuenta se da, con toda la pasta que tiene. Nena, que los tratamientos cuestan un riñón, este alisado no se mantiene solo.

—Ya me imagino, ya…

—Además, que está en Babia mi padre. He almorzado con él y no veas si le he visto contento.

—No me digas….

—Sí, sí, está superilusionado, nena, yo lo estoy flipando mucho. En realidad, me vienes que ni caída del cielo, porque cuanto más contento esté, menos me taladra a mí.

—¿Cómo te va a taladrar? ¿Qué manera de hablar de tu padre es esa? —le reproché entre risas.

—Lo que me faltaba sería que me hicieras de madrastra desde ya…

—¿Qué dices, loquita? Si entre tu padre y yo no hay…

—Disimula todo lo que te dé la gana, pero lo conozco muy bien y hace tiempo que no lo veía tan contento.

—¡¡Mira hacia delante, por favor!! —le pedí porque estaba mirándome a mí y a punto estuvimos de llevarnos a una ancianita por delante con su tacatá y todo.

—¡¡Señora, es que abulta muy poco y no la he visto!! —se disculpó cuando la pobre comenzó a relatar, llevándose la mano al corazón del susto que le había pegado.

—¿Cómo le vas a decir eso, loquita?

—Claro, porque tiene un puñado de años y está, así como una pasa… No es mi culpa.

—Échame el aliento, Andrea, hazme el favor.

—No me digas que me canta el pozo, que me caigo muerta.

—Que no, que es para asegurarme de que no has bebido, que me llevas acojonada perdida.

—Anda ya, que a la vida hay que echarle un poco de emoción.

—Siempre que se tenga la oportunidad de vivirla, porque para mí que no la contamos…

—Anda ya, no seas exagerada. Que no es para tanto. Además, que llevo la «L» detrás, y eso la gente lo respeta.

Aún no había terminado de decirlo cuando le dieron tal pitada que casi nos revientan los tímpanos.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Andrea, por favor, ¡¡que estás cogiendo la rotonda en sentido contrario!!

—¿Y eso quién lo dice?

—Lo dice el sentido común, ¡¡ay, mi madre, la Policía!! —exclamé porque había un agente justo al salir de la rotonda. El mismo que le dio el alto.

—Joder… Se va a enterar mi padre—murmuró.

—Se va a enterar la ciudad entera, de esta salimos en las noticias.

—No, no… Mi padre no se puede enterar.

—Pues cuéntaselo al poli, que viene por ahí.

—Espera, que esto lo soluciono yo —sonrió y me hizo presagiar lo peor.

—Andrea, por Dios, contrólate, que acabamos en el calabozo.

—Que no, nena, que hay que echarle un poco de gracia. Ya verás.

El agente se acercó con una cara de malas pulgas que no era normal.

—¡¡Documentación!! —le chilló y ella, que no parecía temerle a nada, no solo no se puso nerviosa, sino que le recibió con la mejor de las sonrisas.

—Ole lo bien que les sienta el uniforme a algunos —le soltó y silbó con toda la tranquilidad. El chaval debía tener mi edad y se quedó a cuadros.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Que esos pantalones los tienen que haber diseñado para ti, a ver ese culito —le pidió que se diera la vuelta, así con el gesto del dedito en circular.

—¿Has bebido? —le preguntó él.

—Agente, lo mismo le he preguntado yo. Pero parece ser que no, ella es así —me disculpé en su nombre.

—Así de *chic* quiere decir… Es más mona. Se trata de la secretaria de mi padre, aunque también están liados. Ella no lo quiere reconocer, ni falta que hace. Huele hasta a boda, con eso te lo digo todo. En fin, que veo que no te has dado la vuelta.

—Por favor, no le haga caso.

—No te digo que soples porque no traigo el alcoholímetro —le aseguró.

—Y porque tampoco hace tanto calor, pero que si tú me lo pides, con tal de que no me multes, voy hasta por un aire acondicionado portátil.

—Andrea, que habla de ponerte el pipo.

—¿Qué pipo? Que yo ya soy adolescente, anda que no hace años que lo solté. Al final va a resultar que la que has bebido eres tú, Aitana.

—Que no…

—Que sí.

—¡¡Silencio!! —nos pidió el agente y nos quedamos las dos de piedra.

—Hombre, no te lo tomes así. Es que mi abuela, la pobre está en las últimas. Y resulta que me han llamado porque le van a hacer lo de la función esa. —Se inventó lo primero que le sonaba.

—¿Qué función? A ver si te crees que es una vedete o algo tu abuela, como Belén Cuesta en la serie *Cristo y Rey*, la de la vida de Bárbara Rey —le solté nerviosa.

—Calla, que lo vas a poner nervioso —me pidió.

—Claro, no como tú, que lo has dejado de lo más tranquilo cogiendo la rotonda en sentido contrario.

—Un fallo lo puede tener cualquiera. Además, agente, que lo de la función es cierto.

—Creo que se refiere a la extremaunción, que su abuela se muere y nos ha llamado el cura. —Me inventé.

Andrea me miró y me sonrió, agradeciéndome el cable que trataba de echarle.

—Es que mi abuela es la mejor, ¿sabes? Solo de pensar en que no volveré a probar sus tortitas, me mata la pena es que me mata. —Se echó a llorar allí mismo.

En esas, que llegó el superior del chaval en otro coche, un hombre de una cierta edad que quedó conmovido por las lágrimas de Andrea.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué llora esta señorita?

—Porque mi abuela se muere, que ya no me hará más tortitas, y este hombre no me deja que llegue a despedirme de ella. No se puede ser más insensible —se quejó, tratando de borrarse las lágrimas de cocodrilo de la cara.

—Desde luego, es que hace falta tener pelos en el corazón para eso, agente. Circule, señorita, que ya le pondré yo en su sitio.

—Pero es que ha cogido la rotonda…

—Como buenamente haya podido, ¿o es que no ves lo afectada que está?

Nos dijo que continuásemos con la marcha y casi me hago pis encima.

—Te juro que, si no lo veo, no lo creo.

—Nena, que he ido a colegios de pago y me han dado clases de teatro. Además, que de pequeña quería ser actriz.

—Pues bien que has aprovechado las clases, madre mía.

—Ya ves que sí…

—Andrea, por ahí viene otra rotonda, ¿a ti te han contado cómo se cogen?

—Sí, sí. Tranquila, que yo controlo.

—¡¡Un casco, yo necesito un casco!! —chillé porque para mí que me abría la cabeza como un melón.

Se había metido en una rotonda, que estaba bien cargadita de gente, sin esperar a que la circulación se lo permitiese ni nada. Ella la primera y la que formó al entrar no fue normal. Hubo un coche que no colisionó con ella de milagro.

—Me llega a dar y llamo a la Policía, te lo prometo, nena.

—Sí, a ver si hay suerte y viene otra vez el de antes. ¿No comprendes que la culpa la tienes tú?

—¿Cómo voy a tener yo la culpa? Si eso es imposible, ¿tú te has fijado bien en mi coche?

—Andrea, que por muy buen coche que lleves…

—Y que es el de todas las *influencers* —me recordó.

—¿Y qué pasa por eso? Que no se conduce solo, que hay que echarle un poco de cabeza en tu caso. Y en el mío un par de ovarios para ir sentada aquí al lado.

—Que no es para tanto. Además, que esta maravilla sobre ruedas va equipada con todo: un cuadro de instrumentos digital, un volante deportivo multifunción que encima es de cuero, toca toca —me invitó.

—Que no, que solo falta que encima digas que te has salido de la calzada por mi culpa.

—¿Qué es una calzada? —me preguntó— Tonta, que es broma, que lo sé. ¿Te has fijado en la tapicería? Es de tela «Delta», una virguería…

—¿Y los paracaídas? ¿También son de tela? Porque vas volando en la rotonda, Andrea, los vamos a necesitar…

—No se puede ser más exagerada. Normal que te acuestes con mi padre, que es igualito que tú.

—Pero ¿a ti quién te ha dicho que me acuesto con él?

—Si estoy encantada, boba. No te preocupes por eso. No me pienso poner celosa ni nada.

—Ya me quedo más tranquila… Andrea, ¡que mires para delante!

—Qué susto, nena. Menos mal que te ibas a quedar tranquila.

—Si es que vamos a perder los dientes.

—Anda ya, ¿damos unas vueltecitas más a la rotonda? Dime que sí.

—Y entonces sí que tendremos que echar mano de nuestros seguros dentales.

—Que no. Venga…

No eché hasta la primera papilla de milagro, porque dimos más vueltas que un ventilador. Y ella contándome, tan contenta, que se había liado con un maromo en la romería.

—O sea que, menos rezar, has hecho de todo. Tranquila, que ya estoy rezando yo por ti.

—Menos tonterías, que ya estamos llegando.

—Cierto, pero que te has pasado la salida para el centro comercial.

—Es verdad. Espera, que doy marcha atrás…

—¡Andrea, por Dios!

Giramos los cuellos como la niña del exorcista las dos, ya que casi se deja el maletero contra el morro del coche que venía detrás. ¿Y quién era? El agente jovencito, el que se había llevado la bronca por su culpa.

Se la quedó mirando que daba miedo. Al menos a mí, porque Andrea no era mucho de temerle a nada.

—Así que ibas al hospital a ver a tu abuela, ¿no?

—Pues claro, hombre… Pero tendré que llevarle un regalito, ¿no? ¿Cómo me voy a presentar allí con las manos vacías? ¿Y si ya no la veo más?

Quien no debió ver más fue él, a quien los ojos se le quedaron bizcos y todo. Y encima pasó por su lado el coche de su mando, que se la lio parda de nuevo.

—¿Otra vez molestando a la señorita? —le preguntó.

—Qué mala baba que tiene. Por su culpa no llegaré a ver a mi abuela con vida y me quedaré traumatizada. Una pasta en psicólogo me costará —se quejó.

—De eso nada, señorita. Circule, circule…

—Usted primero, por favor. Y llévese a este, que yo tengo que hacer un recadito.

Le puso la cara esa angelical que tenía y coló. No me hice pis encima de la risa porque, a consecuencia del miedo que había pasado con ella al volante, tenía muchas más ganas de hacer otra cosita en el baño.

—Pues ni tan mal, hemos llegado —me anunció y sí, como os comenté antes, en cuando bajé, besé el suelo.

Más miedo no había pasado en mi vida, verdadero terror. Y Andrea tan tranquila.

—Vamos a tomarnos algo antes de comenzar con las compras, ¿no? Que se me ha quedado la boca seca por culpa del malaje del poli. Y mira que le iba a decir que se parecía a Quim Gutiérrez en la serie esa de *El cuerpo en llamas*.

—En llamas me he puesto yo, qué calor más grande he pasado. Necesito una tila doble para tranquilizarme.

—En llamas te habrá puesto mi padre, nena, este fin de semana.

—Prefiero no hablar de eso, Andrea, contigo no. Y menos teniendo en cuenta que luego querrás devolverme a mi casa y puede que se trate de la última conversación de mi vida.

—Da igual. Si me lo puedo imaginar… Yo también me he puesto las botas en la romería.

—Pero ¿qué botas? ¿Las de Valverde del Camino?

—Qué graciosa eres, Aitana, que no… Que me he dado el lote con un chaval. Más mono él…

—Pero ¿tú no estabas enamorada?

—¿Y qué culpa tengo yo si el tarado ese no quiere salir del armario?

—En eso tienes razón, cariño, que tienes derecho a disfrutar de tu vida sin cortapisas.

—¿Sin corta qué? Ah, vale, sin cortapisas, que me habías asustado. El otro se merece un castigo, pero tanto como eso no…

—No me hables de castigos, no me hables de castigos —le pedí pensando en los de su padre, que ese hombre me ponía a hervir. Y su hija también, pero en otro sentido.

—Bueno, pues eso. Que había allí un chaval de lo más mono. Un pijo así con mucha gracia…

—Y te tiraste a la piscina…

—No, no. Me lo tiré a él. Bueno, negaré esto si me pregunta mi padre. Y, si se pone farruco, asegúrate de conseguirme un buen abogado.

—Tu padre no es tan antiguo, Andrea.

—Ya, pero soy su niña y no me fío, por si acaso.

—Ya, no sea que se ponga un poco celoso.

—Eso…

Me acordé del episodio del camarero, porque no se me iba del todo de la mente. Devis era un tipo fascinante y conseguía erizarme la piel con solo pensar en él, pero luego se me venía eso a la cabeza y me asustaba un poco. En fin, que traté de sacudírmelo del coco.

Al ratito, ya estaba de tiendas con Andrea, quien decía que iba a comprarse unas botas militares de esas que están de toda moda. Claro que sí, esas y un cargamento de ropa y zapatos más, aparte.

Yo tampoco me quedé atrás, las cosas como son.

—Te estás picando, te estás picando conmigo —me decía al ver cómo elegía todo tipo de trapitos y complementos.

—Ya te digo que sí. Y lo que faltaba es que llenemos el coche de bolsas y no veas por la luna trasera.

—Da lo mismo, yo conduzco igual de todas formas —me aclaró.

—Es verdad, tú conduces al tacto. Cuando notas que has dado el golpe, entonces paras.

—No, no, que no quiero que mi coche tenga más bollos que la taza de un loco, me niego…

—Andrea, por favor. —Volteé los ojos riendo.

—Pues corre para el baño. Y en cuanto salgas, vamos a entrar en esta tienda de ropa interior, que hay verdaderas cucadas. Cuanto más contento tengas a mi padre, mejor para mí. Te voy a regalar un conjuntito, de hecho.

—Que no, cariño, que ya te has gastado toda tu nómina aquí.

—Puede, y solo puede, que técnicamente sea él quien te lo esté regalando —me informó.

—Claro, porque también es tu jefe y, por tanto, quien te paga la nómina.

—Más bien porque le he cogido una de sus múltiples tarjetas, que la nómina la necesito para otras cositas. Y tú chitón, que él no se entera, ¿me oyes?

—Andrea, no me lo puedo creer. Eso es jugar sucio. No me puedes contar esas cosas.

—Vale, pues entonces te contaré las que hice con el chico ese en la romería.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Ricky, se llama Ricky, que no me lo he cargado ni nada.

—¿Y el otro? ¿Cómo se llama el chico del que estás enamorada?

—Ese es Hugo, pero que como no espabile la lleva clara. Yo no puedo pasarme la vida esperándole, que esto va que vuela.

—Pero si eres una niña…

—Pues imagínate si tuviese más años. No se ha creído ni él que le voy a llorar por las esquinas.

—Andrea, por favor. —Volteé los ojos riendo.

—Pues corre para el baño. Y en cuanto salgas, vamos a entrar en esta tienda de ropa interior, que hay verdaderas cucadas. Cuanto más contento tengas a mi padre, mejor para mí. Te voy a regalar un conjuntito, de hecho.

—Que no, cariño, que ya te has gastado toda tu nómina aquí.

—Puede, y solo puede, que técnicamente sea él quien te lo esté regalando —me informó.

—Claro, porque también es tu jefe y, por tanto, quien te paga la nómina.

—Más bien porque le he cogido una de sus múltiples tarjetas, que la nómina la necesito para otras cositas. Y tú chitón, que él no se entera, ¿me oyes?

—Andrea, no me lo puedo creer. Eso es jugar sucio. No me puedes contar esas cosas.

—Vale, pues entonces te contaré las que hice con el chico ese en la romería.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Ricky, se llama Ricky, que no me lo he cargado ni nada.

—¿Y el otro? ¿Cómo se llama el chico del que estás enamorada?

—Ese es Hugo, pero que como no espabile la lleva clara. Yo no puedo pasarme la vida esperándole, que esto va que vuela.

—Pero si eres una niña…

—Pues imagínate si tuviese más años. No se ha creído ni él que le voy a llorar por las esquinas.

Capítulo 11



Llegué a las oficinas nerviosa, demasiado nerviosa y es que sabía que me iba a encontrar a Devis. Lo estaba deseando y más desde que ayer me confesó que veía al padre diferente y más feliz desde el viaje.

—¿Dónde va lo más bonito sin mí? —Escuché detrás de mí la voz de Andrea y me giré sonriendo, con la sorpresa que también me encontré con la mirada de Devis, que sonreía sujetando tres paquetitos en sus manos.

—Hola, chicos —sonreí.

—Mi padre compró un desayuno triple, nos vamos a poner moradas —dijo ella riendo.

—Qué rico, la verdad es que estoy hambrienta —murmuré mirándolo a él que no perdía esa sonrisa.

Entramos y Paula nos miró con esa sonrisa que ponía delante de Devis y que no podía ser más hipócrita. Ni Paula ni yo le dimos los buenos días, él sí lo hizo.

Cada vez me resultaba más difícil aguantarla, y había regresado de Cabo Verde que no me aguantaba ni yo, cuanto menos a ella.

Entramos en el despacho de Devis y sacamos cada uno nuestras cosas de la bolsa. Eran tres cafés, tres zumos, un sándwich mixto y un *muffin* de chocolate.

Devis no dejaba de mirarme y su hija se daba cuenta, tanto que la muy descarada se reía y me hacía un guiño.

—¿Qué tal las compras ayer? —preguntó Devis.

—Papá, si ya te lo he contado. ¿Qué pasa que piensas que te quiero ocultar algo?

—No, quiero tener la opinión también de ella.

—Verás como me ponga celosa —dijo pellizcando el *muffin* y sonriendo tras meterse un trozo en la boca.

—Osarás a eso —le dije riendo.

—Bueno, yo me piro que tengo que hacer unas cositas en la agenda —dijo ella riéndose y llevándose el sándwich.

—Te he echado de menos —me confesó levantándose y viniendo a ocupar el asiento que había dejado su hija.

—Yo también, después de todo lo vivido parezco una muerta en vida.

—Había pensado que el finde podríamos hacer algo…

—¿Sí? Me parece una idea genial, de verdad, me apetece muchísimo.

—Pues ya pienso en algo, esta semana la tengo un poco complicada con reuniones por las tardes.

—Lo sé, te recuerdo que soy la que te las organizo.

—Pues el viernes no metas ninguna, que de aquí nos vamos de finde, ven ya con tus cosas. El coche lo puedes dejar aquí, ya que regresaremos el mismo lunes por la mañana directos para trabajar.

—Ya me he puesto nerviosa —sonreí, y él acercó medio cuerpo para darme uno de esos besos en los que nos enganchamos unos minutos sin esperar que su hija en ese momento entraría sin avisar.

—¡Ay! Aquí hay tomate. Me piro. —Cerró la puerta dejándonos con una sonrisa.

Devis se levantó y fue a echar el pestillo de la puerta. A mí me entró un cosquilleo por el estómago que fue realmente espectacular.

Una vez que se acercó a mí, susurró en mi oído.

—Recuerdas cuál era la palabra prohibida, ¿verdad?

—No —negué en ese momento, retándole, y entonces recibí la primera reprimenda por su parte, a modo de nalgada, para la que utilizó la palma de su mano.

—La madre que…—solté y eché el freno. Mejor no empeorar las cosas.

—¿Decías algo?

—Absolutamente nada, amor.

—Me ha sonado a que lo has dicho con retintín.

—¿Yo? Para nada, para nada —negaba mientras me rascaba la nalga, la cual me había puesto colorada como una amapola.

—Vale, pues añadamos emoción al asunto —me sugirió mientas se iba para su mesa y sacaba de allí unas esposas, las cuales no había visto hasta ese día.

—¿Esas las tienes ahí para secuestrar secretarias? —Enarqué una ceja.

—Esas las tengo aquí para seducir a la única secretaria.

—Bonita manera de seducir, con lo frías que deben estar —le comenté, y entonces me las colocó de inmediato. No lo vi ni venir, tenía una destreza impresionante. Era un amante de diez que me sorprendía en cada nueva sesión.

—Una como otra cualquiera. Que sepas que anoche te extrañé en mi cama.

—Y por eso me raptas hoy, ¿no?

—No voy a negarte que te raptaría para siempre, aunque me será más fácil convencerte de que te quedes conmigo.

—Me encantas, te lo prometo. Y no lo digo solo porque tus pantalones estén a punto de estallar —le comenté mirando su entrepierna.

—Me gusta cuando me demuestras que no tienes pelos en la lengua.

—Ni en la lengua ni en ningún otro lugar —le contesté pícara.

No sabría decir con qué clase de movimiento me tumbó sobre su mesa. Solo sé que me esposó a la silla y que n podía escaparme, a no ser que fuera llevándome la pesada silla por todo el despacho. No era plan y, además, que entre todas las cosas que me apetecía en ese momento, contemplaba cualquiera salvo escapar de él.

Le había echado de menos… Tan solo unas horas sin él, y sentía un vacío enorme. Me encontraba en una situación muy rara; estaba enganchada a mi amante en muy pocos días. Y, haciendo la broma, poco tenía que ver con sus esposas.

Me fue desvistiendo lentamente.

—Nada como ser el jefe para poder tomarte ciertas licencias —murmuré.

—Si lo dices porque no tengo ninguna prisa, tienes toda la razón.

—Lo digo por eso, sí.

—Me gustas, Aitana, me gustas hasta niveles que yo mismo me negaría a creer, si no fuera porque me estoy haciendo adicto a ti.

—¿Tú también? Menudo copión que estás hecho.

No contestó nada. Simplemente, se fue hacia el cajón y sacó otro pequeño artefacto.

—Estoy flipando, palabra.

—¿Y eso por qué?

—Porque tienes un *sex shop* en el despacho y me entero ahora.

—No, todavía no te has enterado. Ahora es cuando te vas a enterar —me aseguró en el más lujurioso de los tonos.

No me corrí en ese momento de casualidad. Bastaba con que me informase de la que se me venía encima para que me pusiera chorreando y de golpe.

Comenzó a masajear mi clítoris y desató mi total locura. Pronto aumentó de tamaño, y de mi garganta salían unos jadeos que tuve que controlar para que todo el personal de las oficinas no se enterara de lo que se estaba cociendo en el despacho. Y digo bien lo de «cociendo», puesto que allí se ardía.

ɔ

Mientras, con la otra mano, introdujo un pequeño artefacto en mi ano, tras aplicarle un aceite. Enseguida comenzó a vibrar…

—Te ha dado por ahí —le comenté nerviosa.

—Más bien te daré por ahí, pero todo a su debido tiempo —me contestó tan divertido como seguro.

—No, ya, si comenzaste con los escarceos en Cabo Verde.

—No me digas que te desagrada.

—Te iba a decir que no, pero mejor no pronuncio esa palabra ni para agradarte.

—Veo que aprendes muy bien. Me tienes loco, Aitana.

—Tú sí que me tienes loca con tanto juguetito. Madre mía, cómo se mueve esto —le decía echando un vistazo hacia atrás, porque el cacharrito me imprimía tal movimiento que mis nalgas al completo iban de un lado para otro —. Oye, que igual sirve como entrenamiento y me pone el trasero duro. Calla, calla, que ya sé lo que estás pensando… Que de solo verlo se te pone a ti dura otra cosa.

Echó una risilla rápida antes de comenzar a mordisquear mis pezones sobre aquella mesa. Jadeé y solté con lentitud el aire de mis pulmones. Me gustaba tanto hacerlo con él, tanto, tanto…

Me dejé llevar por completo. Cerré los ojos, porque me lo pidió y su voz me sirvió de guía.

—Ábrete bien para mí —me pidió y lo hice de inmediato. Ya tenía su miembro en la mano, no estaba dispuesto a perder el tiempo.

Entró en mí y, mientras lo hacía, aumentó la vibración del juguetito anal.

—¿Cómo te pone una doble penetración? —me preguntó con esa voz tan varonil y grave que tenía.

—Me eleva, me eleva —le respondí sin la menor dilación. Me gustaba corresponder a sus retos, a esos que me lanzaba para ver si todavía encontraba algún atisbo de timidez en mí. Los estaba venciendo todos, porque con él no era difícil. Solo tenía que dejarme llevar por aquel clima de intimidad que creaba para mí, en el que solo nos encontrábamos él y yo.

—Así me gusta, que seas mía, solo mía —me decía con ese sentido de la posesión que hizo que me penetrase en ese momento.

—Soy tuya, soy toda tuya —admití con los ojos cerrados mientras un calor infernal me envolvía. Una vez más, estaba en sus manos. Y una vez más, me sentía arder de un modo que a punto estaba de entrar en combustión espontánea.

Un rato después, habíamos terminado. Le costaba dejarme ir, aunque lo cierto es que teníamos mucho trabajo pendiente y era hora de abordarlo.

—Si no dejas que me marche, mi jefe terminará por despedirme —le comenté entre sonrisas cómplices.

—Tu jefe no te despedirá nunca, pero entiendo que tengas cosas que hacer. Te veo en un rato. —Me guiñó el ojo mientras terminaba de vestirme y de atusarme el pelo.

Pasé por mi despacho para ver si Paula había dejado una carta que estaba esperando y que incluía unos documentos que nos urgían para cerrar un contrato.

Al ver que no era así, salí a la recepción y le pregunté.

—No tengo ni la menor idea de lo que me estás preguntando, se siente —me soltó mientras se miraba la manicura como si no existiese nada más importante en el mundo para ella.

—Pues no lo entiendo. Esa carta ya tenía que haber llegado. Y es importante.

—Será mi culpa también. Mira, hago todo lo que puedo, y muy bien hecho, por cierto. Si tienes quejas, se las das al de la mensajería cuando llegue.

—Pero ¿tú has estado aquí toda la mañana? Es que mira que me extraña.

—Yo sí. ¿Y tú? ¿Llevas toda la mañana en tu despacho? Porque yo diría que no.

—Ya está bien, Paula, ya está bien, ¿a ti qué te importa dónde esté yo mientras cumpla con mi trabajo?

—Yo también cumplo con el mío, ¿qué estás insinuando?

—Que has salido a retocarte la manicura. —Escuché en ese momento y era Andrea.

—¿Yo? Bueno, puede que saliese un momentito, pero porque tenía una urgencia —le contestó de lo más apurada.

—Ya, que se te había astillado una uña. Me imagino. —Rio la otra—. Pero que por aquí no pasó nadie, seguro que no.

—Espera un momento, Paula, levanta el pie —le pedí.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a revisar hasta la suela de los zapatos? Si te parece, llamas a los de seguridad también.

—¡Que levantes el pie te ha dicho! —exclamó Andrea.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Que estás pisando la carta! ¡Eso es lo que pasa! —Se la señalé.

—¿Qué dices? ¿Acaso crees que no tengo ojos en la cara? La habría visto, es que la habría visto.

—Pues no los debes tener más que para hacerte el ahumado de los párpados y el *eye liner* —le soltó Andrea.

Se agachó y cayó en la cuenta de que el chaval de mensajería debió dejársela sobre el mostrador en su ausencia. Y después se debió caer. También se le debió caer, pero a ella, la cara de vergüenza, cosa que trató de disimular.

—Vale, yo salí un momento, pero por una urgencia, ya os lo he dicho.

—Una urgencia relacionada con el chino de las uñas, ¡¡que te he visto!! —le aclaró Andrea.

—Todo esto es por tu culpa, Aitana, ¡¡la estás poniendo en mi contra!!

—Eso no es necesario, te la estás poniendo tú solita, que eres más floja que quien diseñó la bandera de Japón, Paula.

—¿Floja yo? Floja tú, Aitana, que te vas de vacaciones con el jefe para no hacer ni el huevo.

—El jefe es mi padre y ella es su secretaria, ¿te enteras? Y muy bien que cumple con su cometido, por eso no tiene un pie en la calle como tú.

—¿Qué me estás queriendo decir? Yo cumplo como la primera. Además, que…

—Como la primera floja. Si eres capaz, vuelve a arremeter contra Aitana, que yo misma me encargaré de que te vayas a la cola del paro.

—¡¡Todo esto es por tu culpa!! —Me miró.

—A mí no me pongas esa cara de Satanás que así y todo te saco los ojos. Ya te amenacé una vez y te tengo ganas.

Se estaba liando parda y no tardó en acudir Devis, alertado por los gritos que estábamos dando.

—¿Qué pasa aquí, Andrea? —le preguntó.

—Papá, que esta no le daba la carta que necesitaba a Aitana porque estaba en el chino haciéndose las uñas, y no se entera de nada. Es una inútil, siento decírtelo, pero no sirve ni para estar escondida.

—Devis, yo no le voy a consentir a la malcriada de tu hija…

—¿Qué es lo que no le vas a consentir? Porque si eso es cierto…

—Vale, tuve que ir a hacerme una manicura de urgencia. Que levante la mano quien no se la haya hecho alguna vez —pidió.

Nos miramos como alucinados todos.

—Paula, estás advertida. Como esto siga así, te irás a la calle y sin carta de recomendación. Quien avisa no es traidor. —La miró muy serio él.

—¡¡Todo esto es por tu culpa!! —arremetió contra mí.

—Paula, no te columpies, que va a ser que no tengo la culpa de nada de esto —le comenté.

—Eso lo dirás tú, pero desde que la has tomado conmigo no paran de ocurrirme desgracias.

—Yo no la he tomado contigo. Tú la tomaste conmigo desde mucho antes —le aclaré.

—Eso es muy cierto. Yo mismo vi cómo todos le hacíais el cerco a Aitana en su día. Pues tened una cosa en cuenta, antes era la protegida de mi padre y ahora lo es mía.

Lo que le dijo Devis, a punto estuvo de hacer que me corriera. Al menos, me quedé chorreando y la imbécil de Paula se quedó con el culo al aire. No literalmente, pero casi.

—Está bien. —Claudicó y agachó la cabeza.

—Que no me vuelva a enterar que se la cuestiona o rodarán cabezas —le advirtió.

Andrea se quedó sonriente y ella con la sangre hecha agua. Seguí a Devis, quien me hizo una carantoña.

—Siempre me tomaron por la oveja negra, estoy acostumbrada.

—Pues ahora, negro se le pondrá el panorama a quien no se entere de que a ti no se te toca —me aseguró.

—Está bien. —Claudicó y agachó la cabeza.

—Que no me vuelva a enterar que se la cuestiona o rodarán cabezas —le advirtió.

Andrea se quedó sonriente y ella con la sangre hecha agua. Seguí a Devis, quien me hizo una carantoña.

—Siempre me tomaron por la oveja negra, estoy acostumbrada.

—Pues ahora, negro se le pondrá el panorama a quien no se entere de que a ti no se te toca —me aseguró.

Capítulo 12



A medianoche, me desperté con sueños húmedos protagonizados por Devis. Me tuve que destapar porque estab envuelta en sudor, ¿qué tenía ese hombre y qué me estaba pasando en esos encuentros sexuales con él? Es que no podía sacarlo de mis pensamientos ni tampoco de mis sueños.

Me preparé el café más temprano que otros días, pues a partir de ese momento ya no pude dormir más.

—Tienes cara de cansada, Aitana —me comentó mi madre en la mañana de ese miércoles.

—Es verdad, tráeme unas vitaminas o algo de la farmacia si quieres, porque me está costando dormir.

—Eso es porque Cupido revolotea alrededor de tu cama, hija. No es que me guste referirme a esos temas de mi única niñita, pero lo veo bastante claro.

—Papá eres un amor, te lo digo muy en serio. ¿Sabes que te quiero?

—¿Y a mí no?

—Ya saltó mi madre con sus celitos. Os quiero mucho a los dos. Y ahora me visto y me voy.

—Sí, hija, no sea que con el trastorno mental ese que tienes, salgas desnuda para el trabajo.

—¿Qué trastorno mental? ¿De qué me hablas?

—De ese tuyo, del amor. —Rio.

—Vaya tela que tenéis los dos conmigo, ¿no os da penita reíros de mí? Que soy vuestra única hija. —Puse un puchero.

—Y un poco cuentista también eres. Menos vitaminas y más dormir por la noche, que el tal Devis te ha robado

el sueño.

—Y si solo fuera el sueño, Claudia, pero es que le ha robado también el corazón. Como esto siga así, tendré que ir a entrevistarme con ese ladrón —bromeó mi padre.

—Papá, por favor, no me seas antiguo… Que para salir de marcha bien moderno que eres.

—En eso tienes razón, hija, pero cuando se trata de mi niñita…

—Ay, si es que te tengo que querer. Y a ti también, no me mires así, mamá.

a

Sentía que tenía mucho amor por dar, y no digamos ya cuando entré en el despacho de Devis, que estaba allí desde primera hora de la mañana y me vio entrar.

—Por fin sale el sol —me comentó.

—¿Qué dices? Si el día está de lo más luminoso. No nos podemos quejar de este otoño, un poco más y seguimos en ropa de baño.

—Como en Cabo Verde. ¿Ves? Ya lo has logrado.

—¿Ponerte? No me eches a mí la culpa, que tú vienes puesto desde que te levantaste.

—¿Ves como no sale el sol hasta que te veo?

—Así que era eso… Aunque ya veo que no solo te provoco ese efecto —murmuré porque en la entrepierna se le acababa de montar una caseta de campaña. O sea, que estaba bien armado y parecía que no era solo él quien me quería dar los buenos días.

No dudó en venirse hacia mí y tomarme por la cintura. Me bastaba con eso, con notar su cercanía, para empezar a jadear.

—Me vuelve loco que jadees así para mí.

—Es que me resulta incontrolable —le confesé.

—Sería un fastidio que tratases de controlarlo, te lo aseguro.

—No lo haré, puedes quedarte bien tranquilo.

—No me quedaré tranquilo hasta que te haya hecho mía.

—Si soy tuya en todas las circunstancias, en todos los lugares y hasta en todos los momentos.

—Aclárame eso —me pidió.

—Es que esta noche he soñado contigo… Se trataba de uno de esos sueños, ya me entiendes.

—Te entenderé cuanto te hayas explicado —me comentó para obligarme a que le contase.

—Tú me obligabas a curvarme. Mi melena quedaba hacia abajo… Yo podía verte a través de mis piernas mientras buceabas en mi interior… Era todo muy morboso.

—No me vale con que me lo cuentes, quiero que lo escenifiques.

—Para eso te necesito a ti, yo sola no puedo.

—Está bien, por supuesto. Pero sí que puedes ir tocándote para mí mientras lo preparo todo.

No sabía cómo podía hacerlo todo a la vez. Y lo digo porque en ese momento recibió una llamada de teléfono muy importante y descolgó.

Mientras hablaba con su interlocutor, no me quitaba ojo de encima y tuvo que desabrocharse la corbata. Observé cómo tragó saliva ruidosamente, cómo su gesto se iba transformando hasta convertirse en el de ese depredador en cuyas manos tanto me gustaba estar.

Cuando por fin colgó, yo ya estaba curvando mi cuerpo desnudo, del cual él estaba dispuesto a beber. Antes de seguir, puso en marcha un dispositivo cuyo sonido conocía muy bien.

—Mi aliado, ya sabes —murmuró.

—El succionador de clítoris, un viejo conocido —bromeé.

—El cual vas a mantener enchufado a toda potencia. No se te ocurra bajarla en ningún momento o…

—O habrá consecuencias, ya lo sé.

No se me habría ocurrido, y eso que un primer orgasmo me asaltó enseguida, en cuanto me lo enchufé, y él se acuclilló para beber de mi interior, pues estaba muy excitada y mojada.

Quise entonces, sin apenas ser consciente de ello, separarlo un poco de mí. Las consecuencias no se hicieron esperar en aquella mañana en la que me fui directa para su despacho y en la que recibí por su parte una sonora palmada en la nalga que me hizo resoplar.

—Ya, ya, no volverá a pasar —le dije.

—A no ser que quieras recibir otra.

—Con una ha sido suficiente —le aseguré mientras ladeaba mi cara, tirándome del pelo, para obligarme a besarle.

Más que una obligación, se trataba de una total incitación, dado que estaba deseando hacerlo. Él se acababa de incorporar y sus dedos jugaban con mi zona anal. Se intuía que me estaba preparando para, en cualquier momento hacer una incursión total en ella.

El morbo se apoderaba de mí en aquellos momentos. La visita diaria a su despacho se estaba convirtiendo en un ritual al que ninguno de los dos teníamos pensado renunciar. Todo lo que me ocurría con Devis era de lo más excitante y no entraba en mis planes frenar en seco algo que me estaba dando vida.

Un rato después suspiraba tras ese encuentro en su despacho. Lo hacía en el mío cuando Andrea, que venía de la calle, apareció por allí como si de un pequeño duende se tratase.

—Tú y yo almorzamos juntas hoy, que lo sepas —me anunció.

—Me parece perfecto. Además, que tengo cosas que contarte.

—Algunas ya las sé, otras ya las sospecho —me anunció.

—Algunas veces, tu padre me llama bichito. Pero me da a mí que aquí el verdadero bichito eres tú. Un bichito espía, para más señas.

—No es para tanto, nena. Solo tengo las antenas puestas todo el día.

—Así que ya sabes que nos vamos de fin de semana, ¿no es así?

—Eso se dice, se comenta y se rumorea. Por cierto, que acabo de pasar delante de Paula y no veas la cara de mal follada que tiene, ¿sabes si le han puesto la vacuna de la rabia? Lo digo por si le da por mordernos…

—¿Y tú no la has provocado? Porque esa sí que es un bicho… Es el bicho que picó al tren la tía, pero a ti es que te encanta ponerla a mil.

—Bueno, quizás le he recordado que las chicas de la élite de la empresa nos vamos a almorzar de lujo. Y le he pedido que nos haga la reserva también, a lo mejor… Y muy bien no parece haberle sentado, algo que no es de extrañar de todas maneras porque esa tipa tiene siempre cara de haber ingerido media docena de huevos en mal estado.

—Andrea, anda que no te gusta cabrearla.

—¿No lleva años provocándote? Pues ahora, que tome de su propia medicina. A mi futura madrastra no le tose nadie mientras yo esté aquí.

—¿En serio me vas a llamar así? Andrea, por favor.

—Vale, vale… Vengo en un rato a recogerte para almorzar.

—Me parece genial. Eso sí, dime por favor que vamos caminando porque no me he hecho todavía un seguro de vida, y me gustaría dejarles lo poco que tengo a mis padres, en el caso de que nos pasara algo.

—Y luego la que se las trae soy yo…

—Un poco, cariño, pero solo un poco.

Al mediodía vino a buscarme. Y el caso es que las horas me habían pasado lentas. Estaba eufórica pensando en que me iba de fin de semana con Devis a un destino incierto. Y eso le añadía un plus de emoción a nuestra escapada.

—Así que te vas con mi padre y no tienes ni idea de a dónde. Qué romántico —suspiró ya sentada en la mesa del bonito restaurante italiano.

—Pues no tengo ni la más remota idea. Echaré un poquito de cada en la maleta, por si acaso.

—Estás que se te cae la baba, a mí no me engañas.

—Ni quiero engañarte. Me faltan un par de días y parece que el reloj no se corre, digo no corre. Ay, mi madre, ¿en qué estaré yo pensando?

—Pues en lo mismo que yo, a mí no me engañas. También pienso pasármelo genial este finde.

—Cuenta, qué planes tienes.

—¿Te acuerdas del chico de la romería?

—Claro. Ricky creo que se llamaba, ¿puede ser?

—Puede ser y es. Resulta que viene a verme, ¡¡que se planta aquí!!

—¿Qué me estás contando? ¿Y estás contenta?

—Estoy *in love* total con él, con eso te lo digo todo.

—Pero ¿te gusta mucho? Lo digo porque de Hugo estás enamorada.

—Sí, yo estoy enamorada y él debe estar muerto. Lo digo porque no tiene sangre, el tío. Mucho corazoncito por aquí y por allá en mis publicaciones, pero no sale del armario ni porque haya humedad dentro.

—Yo sí que muero contigo.

—No, no te mueras, que te necesito para que tengas entretenido a mi padre. Cuanto más lejos te lo lleves, más alas tengo yo.

—Mi duendecillo volador, que eres un duendecillo, Andrea. Te veo muy contenta.

—Las dos estamos en un momento sensacional. Se ve que tenemos los chacras alineados o que el karma nos ha hecho un guiño o que…

—¡¡O que ya nos lo merecíamos!!

—¡¡Así se habla, nena!! Que nos tenemos que endulzar la vida con nuestros bombones. Pero bueno, que antes de eso, también nos podemos tomar aquí un tiramisú de postre que me han dicho que está de vicio.

—De vicio es esta época que estamos viviendo.

—Ya te digo que sí. A mi padre me lo apartas. Y cuando más lejos te lo lleves, mejor. Que quiero disfrutar con Ricky de un finde de ensueño.

—Eso sí… Dile al chaval, que si aprecia su vida…

—¿Otra vez vas a comenzar con lo del coche? Si no fue para tanto. Además, ¿qué sería de la vida sin un poco de emoción?

—¿Sin un poco de emoción, Andrea? Piensa en lo que estás diciendo, por favor.

—Que no fue para tanto, tontorrona. Aparte, que hay que liberar adrenalina.

—Ya, pero que yo prefiero hacer *puenting* o tirarme en paracaídas antes. Cualquier cosa menos subirme contigo en el coche.

—O sea, que vas a decir que es deporte de riesgo.

—De riesgo de muerte, guapa. De riesgo de muerte.

—Desde luego que todo se pega, ya eres tan exagerada como mi padre.

Eso de «pegar» y su padre en la misma frase me hizo recordar lo de las nalgadas que me daba y lo mucho que me ponía que lo hiciera. Ese hombre se había convertido en mi debilidad. Me sentía cautiva de él y me pasaba el día pensando en nuestro siguiente encuentro.

Qué poco podía imaginar cuando Samuel se jubiló que su hijo me iba a provocar tantas satisfacciones. Procuraba no pensar en hacia dónde nos llevaría todo aquello y, sobre todo, trataba de apartar de mi mente esa duda que me asaltaba de vez en cuando sobre su actuación respecto a lo del camarero.

Mejor dejarlo correr como un hecho aislado. Quería pensar en que fue una metedura de pata de esas que pueden ocurrirnos a todos. Al fin y al cabo, yo misma era especialista en ello.

—De vicio es esta época que estamos viviendo.

—Ya te digo que sí. A mi padre me lo apartas. Y cuando más lejos te lo lleves, mejor. Que quiero disfrutar con Ricky de un finde de ensueño.

—Eso sí… Dile al chaval, que si aprecia su vida…

—¿Otra vez vas a comenzar con lo del coche? Si no fue para tanto. Además, ¿qué sería de la vida sin un poco de emoción?

—¿Sin un poco de emoción, Andrea? Piensa en lo que estás diciendo, por favor.

—Que no fue para tanto, tontorrona. Aparte, que hay que liberar adrenalina.

—Ya, pero que yo prefiero hacer *puenting* o tirarme en paracaídas antes. Cualquier cosa menos subirme contigo en el coche.

—O sea, que vas a decir que es deporte de riesgo.

—De riesgo de muerte, guapa. De riesgo de muerte.

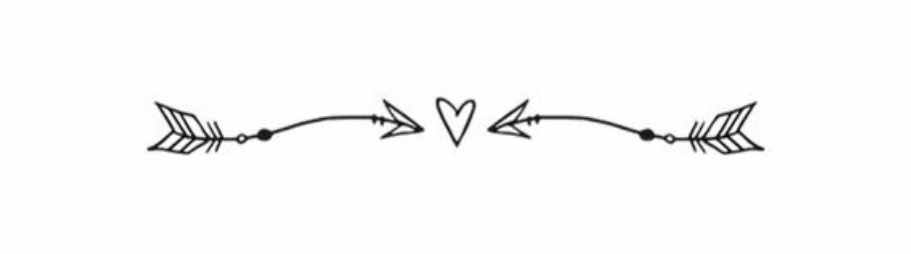
—Desde luego que todo se pega, ya eres tan exagerada como mi padre.

Eso de «pegar» y su padre en la misma frase me hizo recordar lo de las nalgadas que me daba y lo mucho que me ponía que lo hiciera. Ese hombre se había convertido en mi debilidad. Me sentía cautiva de él y me pasaba el día pensando en nuestro siguiente encuentro.

Qué poco podía imaginar cuando Samuel se jubiló que su hijo me iba a provocar tantas satisfacciones. Procuraba no pensar en hacia dónde nos llevaría todo aquello y, sobre todo, trataba de apartar de mi mente esa duda que me asaltaba de vez en cuando sobre su actuación respecto a lo del camarero.

Mejor dejarlo correr como un hecho aislado. Quería pensar en que fue una metedura de pata de esas que pueden ocurrirnos a todos. Al fin y al cabo, yo misma era especialista en ello.

Capítulo 13



Jueves y a un solo día de nuestra escapada…

Los nervios me tenían atacada y Devis me lo notó cuando toqué con los nudillos en la puerta de su despacho.

—Ya está aquí lo más bonito —me dijo antes de carraspear, como imitando a su hija, que solía soltarme ese tipo de cosas por la mañana.

—Lo más bonito tiene un cacao sensacional en la cabeza a la hora de hacer la maleta. La ultimaré esta tarde antes de visitar a mis abuelos, que quiero despedirme de ellos.

—¿Al final aceptarás que te rapte e ir a vivir conmigo a un destino lejano? —se burló por lo de «despedirme».

—Te garantizo que puedes intentarlo, pero mi abuelo siente devoción por mí. Terminaría encontrándote y haciéndote picadillo si tratas de apartarme de él.

—Y quedaría al final para hacer albóndigas, paso. Creo que me interesa más tenerte aquí y viajar contigo. Total al final serás mía. —Me dejó caer.

—Ya. Y hasta me repetirás eso que me dijiste en Cabo Verde de que me llevarás a vivir contigo y todo eso. —Me quedé mirándole fijamente.

—Eso es que lo doy por hecho, pequeñaja —me contestó muy seguro—. En cuanto conozcas todas las bondade de vivir conmigo, ni se te ocurrirá otra opción.

—¿Me estás vacilando, Devis?

—Puedes acusarme de lo que quieras, excepto de eso, preciosa. —Me tiró un beso.

—Eres increíble, Devis, increíble… Y que sepas que estoy hecha un manojo de nervios, ¿te lo he dicho ya?

—Varias veces, pero tranquila, que tengo el antídoto perfecto para eso —me aseguró tomándome por la cintura

—¿Y por qué sospecho que viene en forma de inyección? —le sonreí con un poquillo de malicia.

—Porque puede, y solo puede, que sea así.

Me fue desnudando. Se tomó su tiempo. Después, abrió el cajón y me estremecí.

—¿Es posible que tengas más juguetitos ahí?

—¿Tú qué crees?

ɔ —Que ese debe ser un cajón sin fondo, porque sacas de todo de él.

—De todo para hacerte disfrutar, ¿cierto?

—Muy cierto. No se me ocurrirá decirte que…

—Ya, no se te ocurrirá pronunciar la palabra prohibida. Chica lista…

—Oye, que no soy una mascota a la que le vayas a tirar uno de esos juguetitos.

—Por supuesto que no. Yo te hago disfrutar con ellos.

,

Cuando le vi sacar la mordaza y el antifaz, todos mis vellos se pusieron de punta.

Esa mañana tocó jugar con ellos. Me colocó la mordaza primero.

—Considéralo un seguro. Así no caerás en la tentación de decir lo que no debes.

s

—No, si todavía te lo tendré que agradecer —resoplé antes de que me colocara la goma elástica alrededor de la boca y en ella me metiese esa especie de bola que me impediría hablar.

—Pues va a ser que sí.

—Espera, ¿y si hay algo que no me gusta? ¿Y si me duele?

. —Hazme una seña. Lo hemos hablado, jamás haría algo que te doliese.

Tenía razón. Sus prácticas sexuales, de entrada, podían resultarme un tanto perturbadoras. Y no por ello Devis tenía la menor intención de dañarme. Muy al contrario, se notaba lo mucho que disfrutaba dándome placer.

Tras taparme la boca, me privó también del sentido de la vista.

—Esto provocará que otro tipo de sensaciones se amplifiquen —me susurró en el oído y me hizo chorrear al momento—. Y no se te ocurra quitarte ninguna de las dos cosas o habrá consecuencias. —Según pronunciaba esas últimas palabras, también las repetí en mi mente. Me ponía tanto que me lo dijese…

Me colocó sobre la mesa a cuatro patas. Allí comenzó a lamer mi sexo, excitándome, haciéndome llegar al límite. Cuando ya casi estaba, escuché que sacó algo más del cajón y sentí la necesidad de preguntarle de qué se trataba.

Por supuesto que no tuve la oportunidad, y por supuesto también, que hizo algo que no esperaba, puesto que su pasatiempo favorito era el de causar mi total impacto en las cuestiones del sexo.

Supe que era una especie de fustigador, no demasiado duro, por suerte, cuando me dio con él en mis partes más sensibles, llegando hasta mi clítoris. Fue tal la sensación (y no de dolor, pues sentí más bien un ligero escozor) que me corrí de inmediato.

Intuí su sonrisa, esa tan sexi que me dedicaba a cada momento. No podía verla y, aun así, la hubiera podido describir. Se estaba convirtiendo en el dueño de mis deseos. Ignoraba cómo lo hacía, pero tenía que reconocer que ese hombre me elevaba a puntos de placer que ni siquiera sospechaba que existían.

La sesión continuó en esa línea y, cuando un rato después me liberó, no solo yo me había corrido varias veces, sino también él en mi interior.

—Así que esto ha sido para aplacar mis nervios —le comenté entonces.

—Exactamente —me respondió escueto y entonces vi sobre la mesa el fustigador, ese pequeño artefacto creado para la explosiva mezcla de escozor y placer que me había causado.

—¿Sabes una cosa? Me arden un poco mis partes íntimas —le confesé en el oído.

—¿Y tú sabes otra? Que me encanta. Mientras sea así, me estarás recordando todo el día.

—Oye, ¿tú eres un poquillo posesivo o me lo parece a mí?

—¿Un poquillo? —se burló chasqueando la lengua.

—En serio…

—Soy posesivo, sí —afirmó colocándose delante de mí. Cómo me imponía cuando tenía ese tipo de gestos.

—¿Y celoso? —le pregunté, aprovechando la coyuntura.

—Un poco también, sí. —Carraspeó—. Pero no temas, no te causará problemas. —Trató de tranquilizarme.

—Claro, entiendo. Te veo luego. —Me acerqué y me besó.

Me despedí de él agarrándome a sus palabras. Si él, que debía conocerse bien, afirmaba que no me causaría problemas, sería así.

Nada más salir de su despacho, me encontré con Andrea.

—Nena, qué buen color traes en las mejillas. Me tienes que decir qué rubor usas, que me lo voy a comprar también. A no ser que se trate de uno natural, ¿puede ser rubor marca Devis?

—Ya, Andrea, que me cortas…

—¿Qué dices? Me parece fenomenal que estés calentando motores para el fin de semana. Yo estoy encantada de que te lleves a mi padre, ya lo sabes.

—Cualquiera que te escuche pensará que me lo voy a llevar atado por un collar, como si fuese una mascota.

—No veo a mi padre en ese rol, si te digo la verdad.

—Ni yo tampoco, preciosa.

—Por cierto, voy a tomar un café, nena. Sé buena y dime que te vienes conmigo, por favor.

—El problema es que todavía no he comenzado a trabajar, Andrea.

—Algo de trabajo sí que habrás hecho…

—¡Calla, capulla!

—¿En qué quedamos? ¿Tengo un rostro angelical o soy de las que se resbalan por la barandilla hacia el infierno?

—¿Cómo puedes tener esas ocurrencias? Va, me tomo contigo un café rápido.

—Me parece sensacional, que las de la élite no tenemos que dar explicaciones. —Me cogió del brazo y lo fue diciendo en alto camino de la recepción para que a Paula le quedase claro.

Por la tarde, tenía claro el plan…

Siempre que podía iba a visitar a mis abuelos y hoy me apetecía mucho, porque no los veía desde antes de irme a pasar fuera el fin de semana. Estaba muy unida a ellos, eran un matrimonio maravilloso con los que podía hablar de cualquier tema, puesto que la confianza que había entre nosotros tres, era absoluta.

Iba caminando hacia su casa, ya que vivíamos cerca y hoy me apetecía dar un paseo. Con mis cascos puestos mientras escuchaba música, reviví muchas escenas del viaje. Y tengo que admitir que la mayoría eran bastantes explosivas.

¿Quién me iba a decir que viviría esa clase de sexo tan desenfrenado?
Pero disfruté como nunca lo había hecho y no me arrepentía de absolutamente nada.

Al entrar en la casa me vino ese olor a café tan agradable, seguro que ya lo tenían todo preparado para la merienda. Vamos como si lo estuviera viendo, una bandeja de dulces de nuestra pastelería favorita, los cafés recién servidos y ellos dos, sentados juntos con las manos entrelazadas como una pareja de adolescentes.

—Pero mira la parejita feliz qué bien se ve —les dije mientras me acercaba a darles un beso y un abrazo.

—Aitana, cariño, llegas justo a tiempo. Parece que hueles el café a kilómetros.

—Abuela, es que tu café es el mejor del mundo. —Me encantaba regalarle los oídos y hacerle la pelota, que yo era para eso muy zalamera.

—Niña, déjate de tonterías que nos conocemos. A tu abuela se la cuelas cada vez que quieres, pero a mí no me la das. Anda siéntate y cuéntanos cómo te ha ido el fin de semana.

—Abuelo, no me dejas sacar mi lado más cariñoso, si a la abuela le encanta que le haga la pelota. Yo lo hago por verla feliz y contenta. ¿Verdad abuelita mía de mis amores?

Y es que los quería con locura. Si a mi abuela me gustaba hacerle la pelota, a mi abuelo me encantaba sacarlo de sus casillas de vez en cuando. Ellos sabían que lo hacía de corazón y sin una pizca de mala intención.

—Me lo he pasado muy bien en el viaje, he visto muchas cosas y he probado una comida con unos sabores increíbles. La verdad es que no ha estado nada mal, lo he disfrutado mucho.

Está de más decir que no pensaba contarles qué clase comida había probado y hasta qué punto la había disfrutado. Porque comer, sí que había comido, pero partes del cuerpo de Devis, esas mismas partes que me hicieron volverme loca de placer.

—Hija, sé que después la decepción que pasaste con tu ex, no querías saber nada de hombres. Te entiendo porque te hizo sufrir mucho, pero hoy tienes una mirada diferente, en tus ojos puedo ver un brillo que antes no estaba. ¿No tienes nada que decir sobre eso?

—Abuela es difícil de explicar, solo os puedo decir que me hace sentir diferente, me hace sentir que estoy más viva que nunca. No sé a dónde llegará todo esto, pero sí os puedo adelantar que por ahora estoy feliz de haberlo conocido y de haber dado el paso de irme de viaje de trabajo con él.

»Lo demás se irá viendo con el paso de los días. Y el caso es que me vuelvo a ir de fin de semana. Esta vez un poco más cortito. Nos marchamos mañana, pero no se trata ya de un viaje por motivos laborales, sino de ocio. He querido venir a contároslo para que lo sepáis.

—Esto ya va cogiendo un cariz de relación, Aitana. —Observó mi abuela.

—Como te digo, de momento voy viviendo el día a día. Lo demás, ya se verá. —Me aclaré la voz porque no me resultaba fácil del todo hablar esas cosas con ellos porque ni yo misma las tenía claras del todo. Lo que sí tenía claro era que me hacían mucha ilusión.

Mientras les contaba cosas de mi viaje a Cabo Verde, me miraban con todo el amor que sentían hacia mí, prestándome toda la atención del mundo.

Y es que había cosas que por respeto a ellos no les podía soltar de mi estancia en tan paradisíaco lugar. No porque se fueran a escandalizar, ni mucho menos, pero esas en concreto las dejaba fuera de nuestra conversación, porque tampoco era plan de contar mi intimidad, y más siendo tan ardientes como habían sido.

—Hija, solo queremos verte siempre tan feliz como lo estás en estos momentos. Pase lo que pase, sabes que siempre estaremos a tu lado, nuestro apoyo no te va a faltar y lo sabes.

—Lo sé, sé que solo queréis verme feliz.

—Y como queremos verte feliz y hoy esa felicidad no te falta, hemos pensado en hacerte un poquito más feliz y te hemos comprado un detallito. Esperamos que te guste mucho.

Mis abuelos siempre eran muy detallistas con todo el mundo, se lo podían permitir que para eso cobraban sus buenas pagas de jubilación cada uno. Habían sido médicos los dos y como médicos se jubilaron, ya os podéis imaginar que el dinero no les iba a faltar nunca.

Pero también tengo que reconocer que yo era la niña de sus ojos y era su consentida. Siempre estaba recibiendo regalos, y con el gusto y la clase que tenían sabía que sería algo muy bonito y elegante.

—Sabéis que no tenéis que mimarme tanto, yo os quiero igual con regalos que sin ellos.

—Aitana, que nos conocemos —dijo mi abuelo mirando a mi abuela, mientras se reían, porque me conocían y sabían que soltaría una de las mías.

Ahí iba yo.

—Aunque debo admitir que si es con buenos regalos todo es mucho más llevadero. Y bien, ¿dónde está ese magnífico regalo que me habéis comprado para hacerme un poquito más feliz?

Se partían de risa conmigo y es que con lo torbellino que era, pues no era para menos. Vamos que les ponía el mundo pata arribas como un huracán cada vez que entraba por la puerta.

—Sabes que con tu locura nos haces reír y ser felices como nadie.

Y tanto que lo sabía, por eso intentaba hacerlos reír siempre, porque la felicidad de ellos era la mía y si tenía que hacer tonterías, pues se hacían. Total, en eso consiste parte de la vida, en intentar hacer felices a los seres que amas con todo tu corazón, y yo a ellos los amaba con todo mi ser.

—Venga, vamos, dadme mi regalito, que ya me comen los nervios por saber qué será.

Mi abuelo se levantó, fue hacia el aparador y abrió un cajón del que sacó una cajita de una firma que me volvía loca. Vino hacia mí y me la entregó con una gran sonrisa.

Ellos me conocían y sabían cuáles eran mis gustos, así que siempre acertaban con los regalos que me hacían. Nunca fallaban y, aunque alguna vez lo hicieran, que nunca se había dado el caso, yo saltaría también como una loca y les haría ver que me encantaba.

Abrí la caja y me encontré con un juego de pendientes, gargantilla, pulsera y anillo. Eran una auténtica pasada. De oro, muy fino y con clase, pero, a la par, alegre y juvenil.

Dios, era maravilloso, me emocioné y se me escaparon algunas lagrimillas, pero de felicidad, que conste.

—Si llegamos a saber que te ibas a poner a llorar, no te hubiéramos regalado nada —dijo mi abuelo mirándome fijamente.

Sabía que lo decía en broma, porque ellos veían que yo lloraba de tanto que me había gustado el regalo.

—Vosotros no me dejaríais sin mi regalo, no tenéis corazón para hacerme eso. Además, sabéis que mis lágrimas son de felicidad porque me ha encantado. De verdad que muchísimas gracias. Me habéis dejado sin palabras y para que eso suceda porque es complicado, sois conscientes de la gran impresión que me he llevado. Siempre tengo respuesta para todo, pero este regalo me ha llegado al corazón porque habéis demostrado todo lo que me conocéis. Os quiero con locura. Lo sabéis, ¿verdad?

—Claro que lo sabemos, cariño. Y nosotros también te queremos con esa misma locura de la que hablas —dijo mi abuela emocionada, mientras venían los dos hacia mí para darme un abrazo y llenarme de besos.

Pasé la tarde con ellos y hablamos un poco de todo. Me sentía una privilegiada de poder compartir todos estos momentos juntos. A eso de las nueve de la noche me despedí, prometiéndoles que dentro de pocos días volvería a venir para compartir otra buena tarde con ellos.

Y es que no podía tener unos mejores abuelos. Los dos eran especiales para mí, pero la conexión que me unía a mi abuelo era única, desde bien pequeña. Con una simple mirada nos entendíamos, me hablaba sin necesidad de decir nada, y me comprendía como nadie.

Llegué a mi casa y mis padres ya tenían la cena preparada. Su idea era que cenásemos los tres juntos y que les contara cositas sobre mi escapada de fin de semana.

—Si es que poco os puedo contar. Devis se ha encargado de todo y yo no sé nada de nada. Por no saber, no sé n el destino al que vamos.

—Hija, eso es muy romántico. Felipe…

—Ay, Dios, ya me va a pedir tu madre que le organice un viaje igual, ¿tengo razón, Claudia?

—Claro que sí, que la niña lo está diciendo y me ha picado el gusanillo.

—Mami, di la verdad… A ti lo que te ha entrado es la envidia cochina. —Le busqué un poco la lengua.

—Cochina no sé, pero un poco envidiosilla sí que me he puesto. Me han entrado muchas ganas de viajar.

—Pues nada, ya se verá todo.

—Sí, Felipe. Esperamos a que vuelva la niña y, si me gusta el destino, me llevas también a mí.

—¿La has escuchado? Si le gusta el destino. Yo ni pincho ni corcho, Aitana.

s —Papá, no te quejes… Si mamá te quiere mogollón.

—Me quiere para que le organice viajes.

—No tengas mala lengua, Felipe, que hace mucho que no me sorprendes.

—Y encima se va a quejar de tu lengua, papá… Yo no te digo nada —le solté pícara.

—Hija, que se avecina guerra…

Todo en broma. Ellos se llevaban a la perfección y a mí no podía alegrarme más verlos siempre bromeando y felices.

Tras la cena, subí a mi dormitorio. Ya lo tenía todo preparado para mi escapada. La cucada de maleta que me había comprado para la ocasión estaba llenita a reventar. Lo mismo que mi corazón, que estaba llenito y bien llenito. ¡¡Qué nervios!!

ı i

—Mami, di la verdad… A ti lo que te ha entrado es la envidia cochina. —Le busqué un poco la lengua.

—Cochina no sé, pero un poco envidiosilla sí que me he puesto. Me han entrado muchas ganas de viajar.

—Pues nada, ya se verá todo.

—Sí, Felipe. Esperamos a que vuelva la niña y, si me gusta el destino, me llevas también a mí.

—¿La has escuchado? Si le gusta el destino. Yo ni pincho ni corcho, Aitana.

—Papá, no te quejes… Si mamá te quiere mogollón.

—Me quiere para que le organice viajes.

—No tengas mala lengua, Felipe, que hace mucho que no me sorprendes.

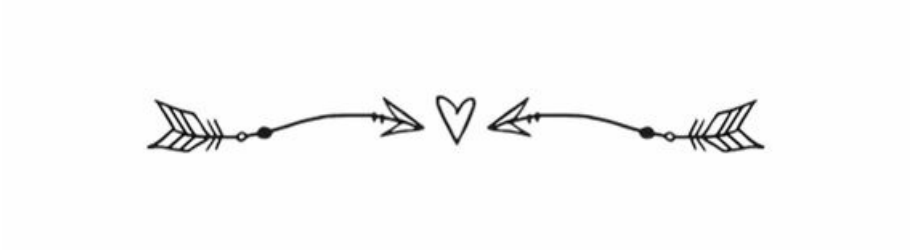
—Y encima se va a quejar de tu lengua, papá… Yo no te digo nada —le solté pícara.

—Hija, que se avecina guerra…

Todo en broma. Ellos se llevaban a la perfección y a mí no podía alegrarme más verlos siempre bromeando y felices.

Tras la cena, subí a mi dormitorio. Ya lo tenía todo preparado para mi escapada. La cucada de maleta que me había comprado para la ocasión estaba llenita a reventar. Lo mismo que mi corazón, que estaba llenito y bien llenito. ¡¡Qué nervios!!

Capítulo 14



Me despedí de mis padres con unos nervios tan grandes que se me habían instalado todos en el estómago.

Metí en el maletero mi equipaje de mano y saqué el coche del garaje de casa para dirigirme al trabajo. Escuchaba por el camino a Dani Martín, me gustaban muchos de sus temas y los tenía añadidos en mi *Playlist*.

Al llegar a la oficina Paula ni levantó la cabeza, cosa que era muy normal en ella, si no estaba Devis no se partía el pescuezo.

Yo hice también como si estuviese amordazada, porque no le daría la satisfacción a la niñata esa de decir ni mu cuando demostraba ser tan maleducada que parecía que la habían hecho de encargo.

Me acomodé en la oficina y no tardó en aparecer Andrea para darme un besito y decirme que me lo pasara muy bien con su padre. Ella estaba encantada de vernos juntos y yo estaba llena de inseguridades, porque era una historia que estaba viviendo con mucha intensidad, pero, sin embargo, me daba mucho respeto, ya que no me sentía a la altura de alguien como Devis, que sí, que eran cosas mías, pero la diferencia de edad me daba a mí que iba a jugar en mi contra.

De todos modos, y aunque pensase eso, trataba de sacarle todo el jugo, eso también es verdad. Y no dejaba de pensar que, con independencia de su duración, estaba siendo la gran aventura de mi vida. Y no solo a nivel sexual que en ese sentido me resultaba extraordinaria, sino a todos los niveles.

Devis tenía tres reuniones y ni siquiera había pisado las oficinas a primera hora de la mañana. Ya contaba con eso, aunque no podía reprimir mis enormes ganas de verlo. ¿Cómo podía sentirme tan atraída por él? Si es que con solo una mirada de las suyas me cargaba las pilas para todo el día.

Aproveché la mañana al máximo porque no me había dicho a qué hora nos incorporaríamos el lunes, y él para ese día no tenía nada urgente. Cuanto más atareada estuviese menos le daría vueltas a la cabeza, con todo esperaba que diese de sí el fin de semana.

Apareció a la una de la tarde con una sonrisa que me deshacía por completo. Tras un guiño me dijo que nos

íbamos. Me sorprendió un poco porque no lo esperaba tan pronto y, porque en el fondo, siempre quería darle la impresión de que para nada me escaqueaba de mi trabajo. Que estuviese con él no quería decir eso. Una cosa no quitaba la otra.

—Pero es muy temprano —expuse extrañada.

—El jefe nos dio permiso. —Me hizo un gesto con la cabeza.

—No me digas, no lo esperaba.

—Es que el jefe tiene muchas ganas de estar contigo —me confesó.

—Pues en ese caso, no tengo más remedio que complacerle.

—Mmmmmm —soltó por toda respuesta.

—No me refería en ese sentido, pero también. —Claudiqué ante su infalible sonrisa, esa que hubiese sacado de mí todo lo que quisiera.

Apagué el ordenador después de enviar un correo y me levanté para marcharnos.

—Nos vamos en tu coche —tenía su maleta en la mano.

—Vale.

—Lo dejaremos en el aeropuerto.

—¿Aeropuerto? Mira que solo llevo ropa de abrigo, que estamos en otoño y no me avisaste de nada. Procuré ser previsora pero, aun así, no podía llevarme el armario entero.

—Y eso sí que te hubiese gustado, ¿o me equivoco?

—No te equivocas en absoluto.

—Eso es porque te voy conociendo. —Me guiñó el ojo.

—Un poco—murmuré.

—De todos modos, tranquilízate porque el clima será el mismo…

—Tú y tus misterios. ¿En serio no me vas a decir a dónde vamos? —pregunté mientras lo seguía a despedirnos de Andrea, que nos dio un abrazo a cada uno. No podía ser más mona y adorable, a mí me tenía encantada.

—Pásatelo fantástico. Deja la mente en blanco, y espero que mi padre también te ponga los ojos igual, en blanco —susurró en mi oído.

—Andrea, por favor…

—¿Qué pasa? Si eso es salud, Aitana.

—Eres un caso único…

—Único e irrepetible. Por eso me quieres mogollón.

—En eso tienes razón, pequeñaja.

—En eso y en todo. Venga, corre, que mi padre es un poco impaciente.

Nos fuimos hacia mi coche en donde metió su maleta y se acomodó en el asiento del conductor, ya que iba a conducir él.

—Así que nos vamos hasta el lunes por el mundo —murmuré cuando puso su mano en mi muslo y con la otra conducía.

—Eso parece. —La llevó hasta mi entrepierna y rozó mi zona.

r

—*Tate* quieto, que al final nos estampamos. Lo estoy viendo, es que lo estoy viendo —le sonreí.

—Estoy atento a la carretera. —No dejaba de rozarme—. Bájate el pantalón y súbete el jersey hasta las caderas —me exigió. Cómo me ponía ese tono de voz y, aun así, me negué en principio porque no estaba muy convencida de poder hacerlo.

—No, Devis, no. —Me reí nerviosa. Me parecía demasiado. Con él estaba cambiando mucho el chip y, aun así, había cosas que me sobrepasaban.

—Déjame tocar lo que es mío —me exigió de nuevo y en un tono que me ponía más cada vez.

—Devis por Dios, que nos pueden ver.

—Te dejas caer la chaqueta por encima. Hazlo, o luego puedes tener consecuencias —me advirtió y le creí, porque no solía hablar por hablar.

—Joder, si contigo nada es normal —dije riéndome y bajándome los *leggings* y las bragas hasta las botas altas que llevaba. Me eché por encima el abrigo. No miento si digo que no estaba demasiado convencida de aquello, pero no me atrevía a llevarle la contraria. No cuando estaba demasiado enganchada a él.

—Ábrelas bien. —Cogió algo de su bolsillo que me puso el corazón a mil, como cada vez que me hacía una de esas propuestas suyas tan sexuales que me llevaban a enloquecer.

—Por Dios, ¿en serio me vas a meter eso? —Me reí.

—Claro, ábrete los labios.

—Joder. —Solté el aire y noté cómo lo ponía y fue empujando poco a poco.

—¿Quieres tocarte? —preguntó cuando lo introdujo hasta el final.

—No, en serio, que me muero de la vergüenza. —Noté que puso en funcionamiento el vibrador dentro de mí. Mis mejillas echaban fuego y tenía la sensación de que cualquiera podría darse cuenta de lo que estaba sucediendo en el interior de aquel coche, donde la temperatura iba subiendo por minuto que pasaba.

—Tócate un poco… —insistió. Ya sabía yo que no pararía hasta salirse con la suya. Él era así, no lo podía remediar. Ni quería, por supuesto. Parecía encantado de ser como era, de quedar siempre por encima de mí, de hacer prevalecer sus muchos caprichos.

—Vale. —Puse mis dedos en mi clítoris y comencé a hacer círculos.

—Apriétate más —me exigió una vez más, porque no era solo que hiciera lo que me pidiera, sino de la forma que él deseara.

—Devis…

—Quiero escucharte gemir —me aclaró sin dejarme añadir nada más.

Aceleré el ritmo presionando y comencé a gemir como quería, me salían sin cesar y es que me estaba poniendo de lo más mala. Con Devis todo era una aventura. Solté el aire cuando llegué y vi cómo se le formaba una sonrisilla.

—Eres muy capullo conmigo —dije sacando de mi bolso toallitas húmedas para limpiarme los dedos, que habían quedado impregnados de mi esencia, como él deseaba.

—¿Crees que no vengo desfogado? —me preguntó junto con una atractiva sonrisa de medio lado que era para comérsela.

—No me lo cuentes, no hace falta. —Me reí subiéndome los *leggings*.

—Soltar la tensión es lo más normal del mundo —me confesó con total parsimonia.

—Anda, mira hacia adelante que te vas a llevar una colleja.

—Y tendría sus consecuencias…

—Sí hombre, ¿todas las consecuencias son para mí? ¿Se supone que tú puedes hacer lo que quieras sin tener que asumirlas?

—Eres la peque, le debes respeto al mayor.

—Hostias lo que me ha dicho —murmuré riendo.

—Y ahora, no sigas por ahí. Un poquito de respeto —insisto.

—Es que esto, más que el respeto, roza ya la sumisión, perdona que te lo diga.

—¿Y tiene algo de malo?

—No, no. Pero que fuera al contrario, entonces ya te contaría yo.

—Nunca podría ser al contrario, y lo sabes.

—Y encima chulito, no te digo…

—Mírame, Aitana —me pidió.

—Ya te estoy mirando esa cara tan bonita que tienes, capullo. Porque eso lo reconozco.

—No me llames capullo…

—Ya, porque podría haber consecuencias. Me lo he aprendido de memoria, te lo puedo garantizar.

Llegamos al aeropuerto y pasamos el control de seguridad sin facturar, ya que solo llevábamos el equipaje de mano. Cuando llegamos a la puerta de embarque, me di cuenta de que íbamos para Roma.

—¿Italia? Me muero, yo lo he recorrido dos veces con mis padres. Estuve en todas las ciudades principales, pero, a Roma siempre es grato regresar. Mi madre se reirá…

—¿Y eso por qué?

—Porque le dijo a mi padre que, si le gustaba el destino de nuestra escapada, él también debería llevarla. Y cuando se entere de que es uno en el que ya ha estado más de una vez…

—Le dará igual. Nunca son demasiadas veces para visitar Italia.

—En eso tienes toda la razón. Me encanta, me fascina.

—Me alegro de que te guste.

—Mucho, tienes muy buen gusto. Una cosa, en este viaje me tienes que dejar pagar algo, no me gusta ir de gorra, te recuerdo que tengo mi salario y que llevo dos años trabajando, con lo cual tengo unos ahorros que para ti serán insignificantes, pero para mí, es mucho.

—¿Cuánto tienes ahorrado? —me preguntó cuando nos sentamos en el avión.

—Pues calcula, llevo veinticinco meses cobrando unos mil setecientos euros más pagas que con esas me las dejo en una cuenta a parte para caprichos de ropa y demás, y, aun así, también tengo seis mil euros en esa cuenta, pero en la principal que es donde tengo lo del mes de ahorros, siempre meto mil trescientos euros al mes y ya tengo unos treinta mil euros.

—¿Y tú coche? —se interesó. Se notaba que era un empresario y que los números eran lo suyo.

—Me lo regalaron mis padres.

—No, no me invites a nada en Roma, mejor me pagas un viaje en otro momento —dijo causándome una risa.

—Donde quieras, no hay problema.

—No, en serio, llevas muy bien tu economía. Eso me parece ideal, es importante. Habla bien de ti.

—Sí, es que ya te digo, que me quedo con cuatrocientos y pico euros todos los meses, de los cuales solo pago gasolina, desayunos, cafés y poco más, cuando salgo a comer, que tampoco es que salga mucho, hasta ahora que fui con Andrea, pero siempre iba con mi familia y ellos pagaban. La ropa y eso lo cojo de la cuenta de las pagas, o los regalos que le hago a mi familia. No tengo más gastos y mis padres no me permiten que aporte un euro…

—Y dividido en dos cuentas... Rectifico, eres muy responsable con tu economía. Ya te digo que eso me parece tan inteligente como seductor.

—¿No me digas? No son dos, sino tres cuentas, tengo en la que me entra la nómina que dejo los cuatrocientos y pico para mis gastos diarios, transfiero mil trescientos a la cuenta de ahorro y cuando me llegan las pagas va a otra cuenta para ropa y regalos, o si quiero cambiar de móvil.

—Y fijo que en la de los gastos diarios también tienes ahorros. Porque viendo lo bien que te manejas…

—Mil doscientos creo. —Me reí orgullosa porque veía que le estaba llamando la atención y eso me molaba mucho.

—Voy a necesitar que me asesores urgentemente, porque a mí los números no me salen —me dijo aclarándose la voz.

—Pero si estás forrado. —Me reí.

—Yo vivo con un sueldo.

—De diez mil euros por lo menos.

—Siete mil. Y me sobran dos mil. Obviamente todo el dinero de la empresa está en la cuenta de la sociedad y si necesito cojo de ahí lo que sea, pero que mi sueldo son siete mil, y no soy capaz de reunir más.

—Te lo gastas en viajes. —Me reí.

—Eso lo paga la sociedad —matizó.

—¿Hipoteca?

—Dios me libre.

—¿Coche?

—Todos pagados.

—¿Qué facturas tienes entonces? ¿Limpiadora? ¿Cocinera?

—Sí, una señora en la casa, pero también lo paga la sociedad, al igual que al que me mantiene el jardín y la zona exterior. Está todo controlado, como ves.

—¿Entonces tú en que te gastas cinco mil euros al mes?

—En compras para la casa mil euros…

—¿Para dos personas?

—Bueno y a veces más, somos de gustos caros.

—Pero caros, vamos. ¿Y en comer en la calle?

—Siempre lo pago con la tarjeta de la sociedad.

—La leche, pues aparte de la comida del supermercado, ¿en qué más gasta?

—Buenas botellas de vino, ropa para mí, caprichos para la niña, mantenimiento de luz de la casa que son unos trescientos, la cuota de la urbanización que son seiscientos euros mensuales…

—La gasolina también te la paga la empresa… Si vives como un rey.

—Sí. —Reía—. Y también pago cuatrocientos euros del club al que pertenezco, que es muy elitista, dado el precio.

—Vamos que tiras más dinero que el que guardas porque si pagas mil de comida, más seiscientos de

comunidad, más trescientos por poner el caso de luz y lo del club, te deberían sobrar de los siete por lo menos cuatro mil quinientos y solo te sobran dos. Te fundes dos mil quinientos euros en tonterías.

—¿Me estás riñendo? Porque es lo que parece, Aitana.

—No, pero joder que eres un inmaduro. Por no decir todo lo que pagas de tu empresa, que tuya es, pero si no reúnes personalmente, es porque no estás haciendo bien las cosas.

—Tengo mis propios ahorros, que llevo muchos años trabajando. Eso no lo estás teniendo en cuenta.

—Podrías tener más. —Me reí.

—¿Para qué? También hay que disfrutar de la vida.

—También podrías gastar un mes eso y dos no, yo qué sé, pero allá tú. —Solté una carcajada.

Durante todo el vuelo, estuvimos discutiendo sobre temas económicos. Aunque es cierto que él tenía la posibilidad de ponerse un salario mensual de treinta mil euros como director ejecutivo, y eso no afectase negativamente en la empresa, me hacía ver que, de algún modo, no estaba aprovechando al máximo su situación. A pesar de que podía darse la vida padre, no lo hacía. Y tenía razón, pero yo es que era muy hormiguita y me gustaba mirar por un euro, y no por eso era tacaña.

comunidad, más trescientos por poner el caso de luz y lo del club, te deberían sobrar de los siete por lo menos cuatro mil quinientos y solo te sobran dos. Te fundes dos mil quinientos euros en tonterías.

—¿Me estás riñendo? Porque es lo que parece, Aitana.

—No, pero joder que eres un inmaduro. Por no decir todo lo que pagas de tu empresa, que tuya es, pero si no reúnes personalmente, es porque no estás haciendo bien las cosas.

—Tengo mis propios ahorros, que llevo muchos años trabajando. Eso no lo estás teniendo en cuenta.

—Podrías tener más. —Me reí.

—¿Para qué? También hay que disfrutar de la vida.

—También podrías gastar un mes eso y dos no, yo qué sé, pero allá tú. —Solté una carcajada.

Durante todo el vuelo, estuvimos discutiendo sobre temas económicos. Aunque es cierto que él tenía la posibilidad de ponerse un salario mensual de treinta mil euros como director ejecutivo, y eso no afectase negativamente en la empresa, me hacía ver que, de algún modo, no estaba aprovechando al máximo su situación. A pesar de que podía darse la vida padre, no lo hacía. Y tenía razón, pero yo es que era muy hormiguita y me gustaba mirar por un euro, y no por eso era tacaña.

Capítulo 15



Y aterrizamos en la ciudad eterna, la bella Roma…

Recordé las palabras que un día me comentó mi madre cuando estábamos en esta ciudad. Me dijo que algún día tendría que volver para disfrutarla con alguien especial, alguien que me regalara los momentos más bonitos en un lugar tan mágico como este.

Nunca podría haber imaginado en ese momento, que volvería en tan grata compañía y encima a vivir aventuras sexuales como esas que me caían en cualquier momento con Devis, que debía ser el hombre más despierto del mundo en ese sentido. Me costaba seguir el ritmo de sus exigencias a veces, aunque siempre terminaba por hacerlo.

Roma era mucho más que la ciudad con un montón de monumentos que ver, era una ciudad en donde sus calles con fachadas anaranjadas y sus patios interiores llenos de macetas, te transportan a un rincón digno de observar relajadamente. Tenía algo especial que atrapaba por completo.

Siempre la vi así, aunque en aquella ocasión mucho más. Unos días en Roma con él, me servirían para llevarme una serie de sorprendentes recuerdos en la cabeza. De eso no tenía yo ninguna duda, de que mi estancia allí me resultaría de lo más especial en su compañía.

Mientras íbamos en el taxi, nos adentrábamos en una ciudad que parecía cobrar vida a través de su mitología; cada edificio a nuestro alrededor contaba una historia por sí mismo.

Siempre me dio por pensar ese tipo de cosas cuando llegaba allí, aunque en aquella ocasión reconozco que esos pensamientos se mezclaban con otros que me estremecían, con otros que tenían que ver con los momentos tan especiales que viviríamos a otros niveles.

Cada vez que me sorprendía a mí misma pensando así, me figurara que ya era oficial; estaba enganchada a Devis y de un modo irremediable.

El mismo taxista le entregó la llave cuando nos dejó en una de las entradas de la Piazza Navona, donde justo

estaba el apartamento que había alquilado. El propietario, con el fin de facilitar nuestra llegada, había enviado al taxista para que nos recogiese y nos hiciera entrega de la llave.

Me pareció ideal. Un tipo de alojamiento así nos proporcionaba más intimidad que un hotel. Y con él eso era muy necesario, pues de otra forma podríamos salir en las noticias. Un día, alguien grababa un vídeo de mis gritos y se hacía viral. Contemplaba esa posibilidad en mi cabeza y tuve que reprimir la risilla que me causó.

Eché una visual por esa plaza que tanto me gustaba y que tan pintoresca era, de la que me venían infinidad de recuerdos con mis padres.

—¿Vamos? —me preguntó sonriendo.

—Sí, claro.

Me tomó de la mano y caminó a paso ligero. No solo era caprichoso, sino que, dependiendo del momento, también podía ser impaciente.

Por suerte, había ascensor, ya que nos tocó la tercera y última planta de unas escaleras antiguas y empinadas. Al abrir la puerta del apartamento, me llevé una grata sorpresa, ya que el espacio era sumamente luminoso y tenía una terraza con vistas a la plaza.

—Por favor, ¡qué bonito! —exclamé.

—Aitana, no creerías que te iba a traer a un zulo.

—Mira, he llegado a pensarlo —bromeé.

—¿Y eso por qué? ¿Hay algo en mí que te haga pensar que puedo llegar a ser así de cutre?

—No, no es por eso. Es porque te vendría ideal tenerme secuestrada para ciertas cositas que me haces.

—No necesito tenerte secuestrada para eso.

—Y luego dices que no eres chulo. Lo eres más que un ocho.

—Tampoco necesito ser chulo para eso.

Era un *loft* completamente diáfano, a excepción del baño, que era independiente. Se notaba que habían hecho

una buena reforma, ya que estaba todo de lo más coqueto y bonito. La cocina era realmente una monería.

De todos modos, y dado sus exquisitos gustos, al menos a priori, no nos veía cocinando a ninguno de los dos allí. Y a él mucho menos.

Se paró detrás de mí y olió mi pelo antes de liar sus manos en él y sujetarme con la otra mano por la barriga.

—Estás tardando en desvestirte —murmuró en mi oído poniéndome taquicárdica.

—No, hemos dicho que soltábamos las cosas y nos íbamos a cenar…

—Has sido tú la que has dicho que íbamos a salir a cenar, precisamente lo que vamos a hacer. —Me pegó a sus caderas y noté cómo su miembro ya estaba a punto de explotar.

—Eres un tramposo. —Se me escapó una de esas tantas risillas nerviosas mientras él iba levantando mi jersey para deshacerse de él.

—No sigas por ahí o habrá consecuencias.

—Comienzo a pensar que, haga lo que haga, habrá consecuencias. —Solté con lentitud el aire de mis pulmones

Me terminó desnudando y poseyendo con ansias, como a él le gustaba, controlando cada movimiento de mi cuerpo para que marcase el ritmo que él quería.

—He traído un arsenal de aparatitos —susurró, provocando que el que llevaba dentro de mí desde esta mañana comenzara a vibrar.

—¿Un arsenal? —pregunté con la voz entre ahogada.

—Pero eso será para otro momento. —Empezó a mover en círculos su dedo sobre mi clítoris.

—Vale, vale, lo que tú digas. Total, si va a ser así de todos modos.

—Creo que ya lo vas captando.

—Lo capté desde el primer momento, lo que ocurre es que…

—Es que ahora te estás volviendo más descarada, eso es lo que ocurre.

—Yo iba a decir otra cosa, pero da igual…

—Dila, dila. Tienes mi permiso.

—Pues ya no la digo. Oye, ¿eso del permiso va en serio? —le pregunté subiendo una de mis cejas.

—¿Tú qué crees?

—Que todo esto podría llegar a írsete de las manos.

—En ningún momento, te lo aseguro.

—¿Cómo puedes estar siempre tan seguro de todo?

—Supongo que es una cuestión de actitud, nada más.

—Madre mía, pero no… Que se supone que chulo no eres —sonreí.

De pronto, dejé el tema y empecé a gritar porque nunca había sentido un vibrador con tanta fuerza, y eso que este ya me había puesto a prueba en más de una ocasión.

Me corrí rápidamente, momento que aprovechó para sacarme la gran bola y penetrarme contra la pared. Ni cama ni nada. La fogosidad estaba servida.

Devis tenía una energía inagotable y un deseo insaciable, siempre quería más y nunca se hartaba. A mí me dejaba sin fuerzas, pero al mismo tiempo, me encantaba esa forma en que dependía de mí y de mi cuerpo.

Eran las ocho de la noche cuando pisamos de nuevo la plaza, esta vez para disfrutar de ella. Hoy no íbamos a hacer mucho turismo, sino que viviríamos lo que quedaba de noche desde la tranquilidad.

Nos acomodamos en una mesa donde teníamos un ángulo perfecto de toda la plaza. Devis ya tenía claro antes de bajar, en qué restaurante nos íbamos a relajar.

Pidió una botella de vino y unas ostras de entrante.

—Eso tú pidiendo cosas afrodisiacas… Como si no tuvieras bastante con lo que ya traes de serie.

—Y tú un poco descarada. —Por su tono, de broma no llevaba ni un ápice.

—¿Qué te pasa, Devis?

—Parece que te van los camareros, vaya sonrisilla le has regalado.

—Pero ¿tú de qué vas? No te entiendo, es que cuando te pones así de tonto, no sé lo que te haría.

—Háblame bien. Ni se te ocurra faltarme al respeto, Aitana.

—¿Y tú a mí sí me puedes faltar el respeto?

—Baja ese tono. No te lo voy a repetir. Estoy muy molesto.

—Estás obsesionado, Devis, obsesionado —protesté antes de dar un buen trago y de pensar en que menos mal que me dijo que sus celos no me causarían problemas. Menos mal que no…

—¿Vas a montar un escándalo o te vas a comportar ya? —Me puso en el dilema, como si yo hubiese montado ese circo.

—Eres tú el que me has atacado. Ahora no le des la vuelta a la tortilla porque eso solo tiene un nombre, y es manipulación.

—He dicho que ya —murmuró en un tono que me dejó en un completo silencio.

¿Pero qué le pasaba a este hombre? Solo había sido amable con el camarero al que sonreí mientras nos explicaba los platos de la carta, pero nada más allá de eso.

No podía entender nada de nada. Estábamos en uno de los escenarios más idílicos del mundo, con una temperatura fenomenal y con un fin de semana entero para disfrutar. Para disfrutar si él lo permitía, claro, porque cuando se ponía así es que no lo podía soportar.

Las ostras estaban buenísimas, me puso una delante lista para comer a la que ya le había echado el limón, eso sí mi enfado era monumental y aunque intentaba disimular, a mí no se me pasaba.

Es muy fácil lanzar una acusación así y luego querer actuar como si no pasara nada. Pero no, cuando me veo atacada tengo mi orgullo, aparte de que soy una persona sensible a la que ese tipo de ataques no le van en absoluto y le duelen cantidad.

Cada vez que venía el camarero a traer algo o a preguntar si faltaba algo, yo agachaba la cabeza hacia él móvil y me ponía a disimular, pero ¿qué necesidad tenía yo de estar así? Ninguna, pero mi miedo a enfadarlo y perderlo era más grande.

Me estaba haciendo sentir realmente violenta, lo que me llevaba a comportarme de una manera que no tenía nada que ver con mi forma habitual de ser. No era mi culpa, solo trataba de evitar una discusión tremenda, porque con él no sabía ya en qué momento podía estallar una de esas situaciones que hacen que la cena te caiga de pie en el estómago.

—Podrías estar más simpática, no sé, parece que estás obligada —murmuró con un tono un tanto de reproche. Lo que me faltaba. Él me la montaba y yo tenía que sonreír como una mema porque, si no, el señor se daba por ofendido.

No le respondí, era incapaz de hacerlo, porque si lo hacía, estaba segura de que iba a liar una tangana que íbamos a terminar muy mal, y eso era precisamente lo que estaba intentando evitar.

—Te estoy hablando —dijo después de que pasaron unos segundos sin que yo despegara mis labios. Le hubiera dicho tantas cosas que tuve que pensármelo un poco, pues no quería desatar su ira y que nuestra estancia allí se convirtiese en un infierno. Con todo y con eso, sentía que debía decir algo, porque de otro modo, iba a estallar.

—Estás enfermo si piensas que yo he mirado al camarero de una manera diferente.

—No me vuelvas a llamar así…

—Si no puedo hablar no me pidas que lo haga. Me siento totalmente cohibida y a eso no hay ningún derecho.

—Una cosa es hablar y otra llamarme enfermo. Hay una diferencia que deberías conocer.

—Si vas a interpretar la frase como te dé la gana, no es mi problema.

—Lo es, porque tú lo has provocado.

—Devis, no me hagas explotar. Estoy tratando de ser comedida, pero, como cualquier persona, tengo mis límites.

—Luego te agarras a las consecuencias.

—A mí no me amenaces, que traumas peores he superado.

—¿Me estás comparando con tu ex? Porque ya sería lo que me faltase. Justo eso sería el colmo.

—¡Vete a la mierda! —dije dando con las palmas de la mano un golpe en seco sobre la mesa— Demasiado perfecto eras para ser cierto —murmuré apretando los dientes.

—Te vas a arrepentir.

—Lo mismo te llevas una sorpresa y te arrepientes tú.

—A mí tú no me adviertas. Ni se te ocurra hacerlo, Aitana.

—¿Y en qué me diferencio a ti?

—Te vas a arrepentir —repitió murmurando.

—Veremos quién se arrepiente —murmuré echando mi espalda hacia atrás y di un trago a la copa de vino mientras me ponía a observar a todos los transeúntes que paseaban por la plaza.

Su gesto era de un perro a punto de ladrar, pero a mí me daba igual, lo amaba con todo mi corazón, estaba segura de ello, pero joder, de ahí a que ya por segunda vez me montara un circo por ser amable con un camarero, como que iba un mundo. Y esta vez su enfado se notaba más elevado.

Pues bien empezábamos un viaje en el que aún nos quedabas dos días completos por delante, y ya estábamos de esta manera.

Me bebí dos copas seguidas y extendí el vaso para que me echase la tercera. Necesitaba alcohol corriendo por mis venas en cantidades desmesuradas.

—Aminora el ritmo que te puede sentar mal.

—Si no quieres gastar el vino me lo dices que yo pago otra botella.

—Son trescientos euros. —Me la rellenó.

—Normal que no te dure una mierda el sueldo.

—Habla bien.

—Te voy a advertir una cosa…

—No, no me vas a advertir nada.

—Sí que te la voy a advertir, y a mí no me vengas ahora con esa sonrisilla como que eres San Devis, pero como me toques hoy de nuevo las narices o en estos días, me planto en España en el primer vuelo.

—¿Ryanair o Vueling?

—El coño de tu prima —dije riéndome porque tenía tela el muchacho, y yo sabía por dónde iba.

—Habla mejor anda…

—No me toques las narices, que te has pasado dos pueblos.

—Solo quiero ser esa persona que tú miras.

—Escucha, no me vengas ahora con cosas sentimentales porque me vas a enfadar mucho más. Puedo mirarte a ti de una manera especial y diferente al resto de los hombres, pero no soy ciega. No voy a dejar de sonreír ni mirar a nadie solo porque tú tengas un ataque de cuernos. Tu problema es que piensas en cosas que no tienen sentido, porque yo no miro con ninguna mala intención.

—No lo vuelvas a hacer. —Cogió mi mano y la besó, pero yo se la quité.

—Lo haré tantas veces quiera, ¿entendido?

—No, no lo he entendido, luego arriba me lo explicas.

—No me amenaces que el fuerte es fuerte hasta que el débil quiere.

—Luego lo hablaremos.

—¿Follando?

—Por supuesto, vas entendiéndolo.

—De verdad, que hostia tienes en estos momentos —negué después de coger el aire y soltarlo bien fuerte.

—Eso tendrá sus consecuencias.

—Verás que duermes hoy solo.

—Eso también las tendrá.

—Pues como sigas así, me vas a tener que dar una sarta de palos, porque no me pienso callar ni una, pero vamo que, si me das un azote, te cruzo la cara, que, si hay que jugar al dolor, vamos a medias.

—Sería lo último que hicieras.

—Pues córtate un poco, si no quieres que sea lo último que hagas tú también.

Me levanté sin darle opción a contestarme y me dirigí al servicio. Desde luego que lo de ser perfecto, eso no existía…

—Eso tendrá sus consecuencias.

—Verás que duermes hoy solo.

—Eso también las tendrá.

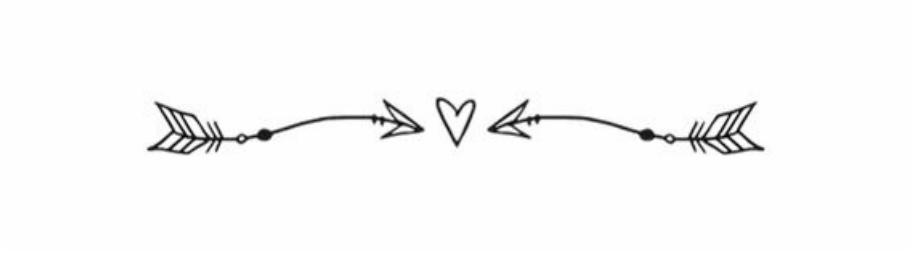
—Pues como sigas así, me vas a tener que dar una sarta de palos, porque no me pienso callar ni una, pero vamos que, si me das un azote, te cruzo la cara, que, si hay que jugar al dolor, vamos a medias.

—Sería lo último que hicieras.

—Pues córtate un poco, si no quieres que sea lo último que hagas tú también.

Me levanté sin darle opción a contestarme y me dirigí al servicio. Desde luego que lo de ser perfecto, eso no existía…

Capítulo 16



Pensaba que al regresar del baño ya habría pagado la cuenta, pero no, había pedido dos copas y estaba mirando su móvil, cosa que era extraño en él porque no era el típico tío que se pasara todo el día con él en la mano.

Al pasar por detrás me di cuenta de que estaba jugando al *Candy Crush*. ¿En serio? Volteé los ojos sin que me viera antes de volver a tomar asiento.

Me resultaba increíble que tuviese la sangre fría de estar jugando como si nada en un momento así, pero bueno, que mejor no pensar. Si algo estaba dándome cuenta respecto a él era que se trataba de un hombre totalmente impredecible. En muchos momentos para lo bueno, pero en otros, también para lo malo. Qué se le iba a hacer.

Le di un trago al *gin-tonic* y me acomodé en la silla. La terraza contaba con unas estufas exteriores, lo que hacía que se estuviese de lujo, a pesar de la brisa nocturna; aquí podías estar sentada cómodamente sin abrigo, ya que se estaba de lo más calentita.

Suspiré… Me salió así. Suspiré hondo porque me lo había hecho pasar mal y no había derecho, pero bueno.

Dejó el móvil sobre la mesa y se quedó mirándome fijamente. Yo le devolví la mirada, ladeando la cabeza y sin hacer ni el más mínimo gesto de nada. Quería ponerme nerviosa, se notaba, pero para eso ya me había dado tiempo a aprender mucho con él, así que no le di ni el más mínimo gesto que le hiciera suponer que lo había conseguido, todo lo contrario.

—¿Se te pasó el enfado? —preguntó viendo que le sostenía la mirada sin titubear. No iba a hacerlo, no me achantaría ante él o estaba perdida.

—No, no se me ha pasado, simplemente paso del tema. No voy a entrar en un juego que solo es producto de tu imaginación. Soy lo suficientemente inteligente como para no seguir cayendo en esa provocación.

—Te veo muy subidita.

—¿Acaso me quieres ver agachando la cabeza y actuando como una de esas sumisas que ahora tanto se llevan de moda? No, mis padres no me criaron para que ningún hombre me haga sentir mal. Mi educación es muy distinta. Has dado en hueso duro si es eso lo que crees.

—Pues lo hicieron…

—Ni se te ocurra atacarme con mi pasado ni con lo que me hicieron, ya que eso es otra historia. Estoy segura de que no te gustaría mi respuesta, porque si tú me atacas, yo me defiendo. Te lo advierto, no me amilano con facilidad y no voy a consentir que utilices con una información que te he dado para hacerme daño, porque eso me parecería muy ruin.

—¿Vas a defender a tu ex? ¿Es eso? Porque si es eso, me lo aclaras, Aitana. Igual es hora de comenzar a saber quién es quién en esta historia.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿En serio? No de verdad, no vayas por ahí que te lo estoy advirtiendo. No te lo voy a consentir. Esto no es juego limpio.

—Baja el tono. No te lo voy a repetir más.

—No me hagas subirlo más, que no es lo mismo —le advertí mirándolo muy intimidatoriamente.

—A tu edad te cuesta comprender las cosas. Eso se ve a las claras y, aun así, me veo en la obligación de ponerte en tu sitio.

—¿Ahora me vas a atacar con mi edad? ¿En serio? Pues cuando me has hecho todo lo que te ha dado la gana y más, no te ha preocupado mi edad. Se ve que para eso sí que me consideras mayorcita.

—Baja el tono, no me saques de quicio… —volvió a pedirme.

—Pues no me busques, Devis, no me busques. Porque si me sigues buscando, me vas a encontrar. Ya te he dicho que a mí no me educaron para ser un títere en manos de ningún hombre. Yo no voy a bailar al son que tú me marques cuando actúes así, más que nada porque no te lo mereces y porque tengo dignidad. Espero que, al menos, eso lo valores.

Demasiado bonito era todo para ser cierto, pero lo del tema de esos celos infundados sin venir al cuento cuando mejor estábamos, ya se le estaba yendo de madre. Y por ahí no, había sufrido mucho con mi ex cuando me decía que estaba loca y mira, mira todo lo que me hizo. Ni de coña iba a pasar por la piedra. Se pusiera como se pusiera y me costara lo que me costase, que con el miedo de no perderlo le estaba dando un poder que no le pertenecía.

—¿Otra? —me preguntó cuando la acabamos. Parecía tener ganas de entablar conversación conmigo, de dejar atrás un episodio al que se veía que no le daba mayor importancia. Pero yo sí, yo tenía que dársela porque, de otro modo, me estaría ninguneando claramente.

—Me da igual, lo que a ti te apetezca —le contesté de mala gana, con total desdén, porque me había amargado la noche. Hace falta echarle muchas ganas para joderte una noche en un lugar así, pues él se las había echado.

—¿Se lo pido yo o se lo pides tú? —me retó.

—Eres imbécil elevado a la máxima potencia —negué enfadándome más. ¿Hasta dónde quería llegar?

—No me insultes. No se te ocurra hacerlo, Aitana, a mí no me vuelvas a faltar al respeto.

—Tú también lo haces diciendo esas cosas y se supone que me tengo que morder la lengua. Pues no… Ya te dije una vez que no tengo pelos en la lengua.

—Y también me dijiste que no los tenías en ningún otro lado.

—No me hace gracia. Nada de lo que digas me la hará ahora. No te pienso bailar el agua, Devis.

—Cuando te pones así, no hay quien te aguante.

—Ya, que ahora la culpa será mía.

—La culpa es un concepto muy jodido, mejor no entrar en esas, Aitana.

—Sí, sí, claro… Lo que tú digas y como tú digas.

—Ya veo que nada de lo que diga te caerá bien esta noche.

—Por fin lo has captado.

—Pediré más vino, parece ser lo único que puedo ofrecerte para que te sientas a gusto.

Devis pidió dos copas más al camarero, y yo me quedé observando de nuevo toda la vida que había en la ciudad. Tenía una sensación extraña de que esto iba a estallar en cualquier momento y, de nuevo, me entraba la tristeza porque así es como me sentía realmente.

Ni me atreví a mirar al chico en ningún momento. El agobio era máximo, ¿no se daba cuenta de que me obligaba a actuar de un modo muy distinto a como yo era realmente?

—Salud. —Chocó su copa con la mía que estaba sobre la mesa.

Ni le contesté, ¿para qué iba a hacerlo? Solté el aire en repetidas ocasiones y es que no podía ocultar ese agobio que sentía.

—Te tomas las cosas muy a pecho…

—Devis, ya, para. Si yo estoy callada, no vuelvas sobre lo mismo. Deja que se me pase, no quieras forzar las coas. Lo creas o no, no todo está en tu mano.

—No te estoy diciendo nada malo, a ver si ahora no me voy a poder dirigir a ti. Ya sería lo que me faltase, Aitana. Me estás jodiendo la noche.

—¿Yo te la estoy jodiendo? Lo que hay que oír…

—Pues sí, lo estás haciendo.

—¿Dónde está el tipo gracioso y correcto? Porque pareces otro, te lo digo en serio.

—¿Y dónde está la chica que todo se lo tomaba a humor? Creí que podrías echarte unas risas y ya, no darle tanta importancia a algo que no la tiene.

—¿Crees que lo que has dicho acerca del camarero es para tomárselo así? ¿En serio? Porque si quieres me lo tomo, pero deja tus amenazas al lado de que tendré mis consecuencias. Tú dame consecuencias que la hostia te la vas a llevar, solo te digo eso.

—No vuelvas a amenazarme de esa manera. No se te ocurra hacerlo.

—Manera la que tienes tú de verlo todo a la forma que te da la gana. Hay que tener valor para hablar de consecuencias y luego venir con esa niñería de que a ti no te amenace. Hay que tener mucho valor…

—Baja el tono. Te lo he pedido ya muchas veces, ¿es que careces de buenos modales?

—Pues no me provoques, que ya me lo has dicho cincuenta veces, pero son cien las que tú no te has callado. Y buenos modales tengo gracias a mis padres, ¿puedes afirmar lo mismo de ti?

—Baja el tono. Es que no lo voy a repetir más, ¿estás sorda, Aitana?

—Me estás poniendo al límite, Devis. ¿Quieres callarte un poco y dejarme en paz?

—Retira eso… —murmuró muy relajadamente moviendo su copa sobre la mesa.

—No, no lo voy a retirar. Ya está bien. Tus órdenes me pueden resultar muy seductoras cuando se trata de cuestiones sexuales, pero en el resto no vale todo. A mí no me vas a manejar porque no me da la gana.

—No sabes lo que dices, Aitana.

—El problema es que lo sé demasiado bien, y a ti eso no te conviene. Ese es el verdadero problema.

—Esta se ha convertido en una conversación para besugos, paso.

Le hizo un gesto al camarero de que trajese la cuenta. Me bebí un trago y dejé la mitad de la copa sobre la mesa Por mucho que le hubiese dicho, no quería irme de allí borracha. Mejor controlar lo que saliese por mi boca.

Cuando pagó, nos levantamos y él se apartó para que pasase. Le sonreí al camarero de modo despedida y sabía que eso, ese gesto tan normal y amable que cualquier ciudadano de a pie haría, eso, me iba a costar muy caro.

Ya estaba bien de acatar las órdenes de alguien que desvariaba en ese sentido. No iba a quedar como una maleducada solo porque a él le saliera de las narices. No pensaba hacerlo y no lo haría porque estaría claudicando ante un hombre a quien le faltaba un tornillo en ese sentido.

Abrió la puerta del edificio y se apartó para que pasara. Ni lo miré, tenía la corazonada de que de nuevo nos íbamos a enzarzar en una bronca que, sin público, sería más elevada de tono. No le tenía miedo ni mucho menos, nada que ver con eso, pero sí que me daba rabia que se produjeran estas cosas cuando…

No le daría esa satisfacción. A veces, la callada por respuesta es lo que más descoloca. Y era hora de plantarle cara.

Nada, olvidar lo hablado. Fue entrar al ascensor, pulsó el botón y me agarró la barbilla con su mano para luego darme un beso fuerte en los labios. Eso me sorprendió cantidad porque creí que venía otra bronca de categoría en camino.

—¿Y ahora hacemos como si nada? —pregunté un tanto aturdida.

—Dicen que hay que declarar una guerra para hacer el amor.

—A ti no te hace falta declarar nada, ya que nunca te he negado nada —respondí mientras me alejaba para salir justo cuando el ascensor se abrió.

—Los problemas se quedan en la calle. Ahora vivamos nuestra intimidad.

—Pues a ver si a partir de ahora no voy a salir para que no los tengamos.

—Me crucé de brazos esperando a que abriese.

—Vete desnudando. —Se apartó para que pasara.

—No voy a pasar de la que has liado a ahora tener un revolcón contigo; que la vida no funciona así. Te crees con derecho a todo, pero no… Va a ser que no.

—¿Y cómo es la vida? —me preguntó frenándome, agarrándome del brazo y pegándome a él— Porque si tú lo que quieres es un príncipe azul para que todo tu mundo sea perfecto, me lo dices y te llevo a Disney, pero es normal que donde hay sentimientos, haya miedos, al menos así veo yo el amor. —Me soltó el brazo y se fue a cambiarse.

—Pues vaya visión que tienes tú. Dios te conserve el oído, porque lo que toca la vista, esa te va fatal.

—De mí no te burles, Aitana.

—Te estoy soltando lo que siento, no se trata de ninguna burla.

Pues eso, que ahora me hacía sentir mal a mí y preguntarme si no había sido yo muy exagerada. Para matarme. ¿En serio me hacía dudar de mí misma?

Enfadada salí a la calle mientras él estaba en el baño. Entré en un estanco que había cerca, y compré un paquete de cigarrillos. Llevaba sin fumar seis meses, pero ahora o me lo fumaba o me tiraba por la terraza.

Cuando entré en el bloque me encontré con Devis que se había vuelto a vestir y había salido a buscarme. No dijo nada. Se apartó, miró mi mano viendo que tenía el paquete y me siguió al ascensor.

Pensé que me iba a echar una bronca por haberme ido sin permiso, pero no, se mantuvo en silencio y para

mayor sorpresa, cuando cogí el cigarrillo para salir a la terraza y dejé el paquete sobre la mesa, él también cogió uno y se salió a fumarlo.

, El silencio era total, se podía escuchar a las personas que aún paseaban por la plaza o seguían disfrutando en las terrazas. La vida que tenía este punto era increíble, le pasaba como, por ejemplo, a la Fontana de Trevi, que siempre estaba abarrotada.

Tenía una sensación de lo más extraña y cuando acabé el cigarrillo, me fui a lavar las manos y los dientes para meterme en la cama. Él hizo lo mismo.

Se pegó a mí por detrás y me rodeó con su mano la cintura. Pensé que iba a buscar algo, pero no.

¿Dónde estaban esas risas y todo lo bonito que habíamos vivido? ¿Por qué no nos quedábamos con ese momento? Con él se veía que era imposible.

Era triste acostarse con este mal sabor de boca, pero él lo había ocasionado y no era justo que quisiera darle la vuelta a la tortilla…

mayor sorpresa, cuando cogí el cigarrillo para salir a la terraza y dejé el paquete sobre la mesa, él también cogió uno y se salió a fumarlo.

El silencio era total, se podía escuchar a las personas que aún paseaban por la plaza o seguían disfrutando en las terrazas. La vida que tenía este punto era increíble, le pasaba como, por ejemplo, a la Fontana de Trevi, que siempre estaba abarrotada.

Tenía una sensación de lo más extraña y cuando acabé el cigarrillo, me fui a lavar las manos y los dientes para meterme en la cama. Él hizo lo mismo.

Se pegó a mí por detrás y me rodeó con su mano la cintura. Pensé que iba a buscar algo, pero no.

¿Dónde estaban esas risas y todo lo bonito que habíamos vivido? ¿Por qué no nos quedábamos con ese momento? Con él se veía que era imposible.

Era triste acostarse con este mal sabor de boca, pero él lo había ocasionado y no era justo que quisiera darle la vuelta a la tortilla…

Capítulo 17



Noté que no estaba a mi lado y lo vi tras los cristales en la terraza fumándose un cigarrillo. Al final se iba a dar al vicio por mi culpa, y era ya lo que me faltaba.

—Buenos días —le dije cuando abrí la puerta de cristal que daba a la terraza.

—Buenos días. ¿Bien?

—Sí. Oye, ¿qué haces fumando tan temprano? No me parece lógico.

—Fumaba hasta hace poco, lo dejé un día antes del evento y conocerte a ti me dio el empujón que necesitaba para dejar de hacerlo definitivamente. Hasta anoche no había vuelto a tocar un cigarrillo.

—Ay, Dios, la que he liado. —Me llevé la mano a la frente.

—Tranquila, ¿vamos a desayunar?

—Claro.

Quise dejar correr un tupido velo, como suele decirse. Nos quedaba bastante en Roma y no era plan de pasar todo el tiempo con cara de corderos degollados. Ya habíamos desperdiciado una noche espléndida y sería una pena seguir haciéndolo.

Nos vestimos y, para mi asombro, no hizo ningún intento de nada, lo de ayer había terminado como él quería, aparentando ser la víctima, pero conmigo no iba a ir por ahí porque, aunque a veces me viniera abajo, luego recordaba por todo lo que pasé y me venía arriba. Nunca más.

Una cosa era que no continuase con la cara larga todo el día y otra muy distinta pasar por el aro de todo lo que le viniese en gana a Devis. Eso ni en broma.

Con Kiko era lo contrario, yo le decía que veía o notaba cosas y siempre me decía que era una loca obsesionada de lo más celosa. Hasta me lo hizo creer, y luego resultó que no me había equivocado en nada. Ahora era yo la que provocaba los celos, cosa que no era verdad, en fin, por un lado, o por otro, nunca me daban la razón.

Me daba lo mismo. Yo sabía detectar muy bien cuándo había un problema y estaba en mí plantarle cara a quien fuese. De algo tenía que valerme la experiencia, pues dijera lo que dijese él, ya no era una niña. Y, además, que había vivido lo mío.

Desayunamos en la misma plaza, donde nos pedimos unas tostadas con mantequilla y mermelada, acompañadas de café y un yogur natural con muesli y cereales.

—¿Mejor? —le pregunté intentando un acercamiento y que no se nos estropease el día. Era momento de enterrar el hacha de guerra y de tratar de disfrutar de un día que podía ser alucinante.

—Sí. —Acarició mi mano por encima de la mesa y a mí me estremeció.

—Hoy no vamos a discutir, ¿vale?

—Pues no lo provoques…

—Imposible, no discutir contigo es misión imposible. —Me reí negando y volteando los ojos. A cabezón no le ganaba nadie.

—No existe nada imposible cuando dos personas quieren, eso ya deberías saberlo, Aitana.

—Vale, vale, lo que tú digas.

—Tampoco me des la razón como a los locos.

—No, no, haya paz.

Nos trajeron los cafés y sacó el paquete de tabaco de su bolsillo y casi se me salen los ojos.

—Tú lo has comprado, no me mires así.

—A mí no me culpes de tu recaída. Eso fue en un momento puntual. A partir de ahora, cada palo que aguante su vela. Lo que hagas es responsabilidad tuya.

—¿Y tú qué hacías fumando?

—Yo fumaba hasta hace seis meses que lo dejé, pero ayer me pusiste al límite. Y no lo pude evitar… Me fui corriendo a por el paquetito, pero no pensaba que con eso te estuviese tentando. Lo siento, es que no pude evitarlo Estaba que arañaba.

—Luego dices que no te busque, pero bien que atacas.

—No te lo tomes así. —Volteé los ojos y solté el aire. Tenía que derrochar santa paciencia con él. Menudo hombre, qué temperamento tenía.

—Pues entonces, relájate un poquito.

—Como me relaje, sabe Dios lo que puedes hacerme. Que tú no tienes mucho pudor por el hecho de que estemos en público —le recordé.

—Eso es verdad. —Su mirada libidinosa me puso, pero no le hice el menor aprecio porque capaz era de liarla allí mismo, que a él se le iban enseguida los dedos. Y siempre para el mismo sitio.

Al final, hasta yo me encendí el cigarrillo, porque echaba humo por la boca o lo sacaba por el cerebro, pero por algún lado tenía que explotar. En el fondo, y aunque quisiese aparentar total normalidad, estaba nerviosa. La sensación era la de que tenía ante mí a un hombre que era nitroglicerina pura y que podía desestabilizarme de nuevo en cualquier momento. La aparté de mi mente porque eso era ir demasiado lejos. A veces, pensé, yo misma sacaba las cosas de quicio. Era un tanto susceptible y no se me podía toser.

Le cogí la mano por encima de la mesa y se la acaricié. Sonrió respondiendo a ese gesto y es que no era mal tipo, solo un poco más celoso de lo normal y eso no lo controlaba, pero algo me hacía confiar en que, poco a poco le irían desapareciendo.

—Si hemos llegado hasta Roma, podemos llegar al fin del mundo.

—¿Tú crees?

—Estoy totalmente segura… —Me incliné hacia él y le planté un beso en los labios, logrando que sonriera de la mejor manera.

—¿Sabes que me tienes a tus pies?

—No lo sé, pero me encantaría descubrirlo.

—¿Qué más necesitas para que lo sientas?

—Que nos miremos siempre con una sonrisa. ¿Puede ser?

—Lo podemos intentar. —Carraspeó mirándome fijamente.

—Pues hagámoslo, por favor. Para mí sería muy importante. Además, me dijiste que no me crearías problemas.

—Y no me apetece creártelos, Aitana.

—Vale, pues me quedo con eso. Es estupendo para mí.

—Trataré de que te sientas lo mejor posible el resto del viaje.

—Eso me agrada mucho.

—Y yo que me alegro.

—¿Sabes que eso lo dice un famoso *youtuber*? Se llama AuronPlay. Yo lo sigo mucho, me parto con él.

—¿Y es guapo?

—¡¡Por favor!!

—Que es broma, preciosa, que es broma…

Después de desayunar en un ambiente más relajado, nos fuimos hacia una de las calles a buscar una tienda donde alquilaban vespas, ya que a él se le había metido en la cabeza pasar el día en una.

A mí también me pareció una idea divertida porque esa marca de motos está íntimamente relacionada con Italia por lo que se trataba de un vehículo casi emblemático en el que nos lo podríamos pasar muy bien.

Por fin algo que me sacaba la sonrisa. Y a él también. Se había levantado muy animado, eso tenía que reconocerlo. Nada que ver con la cara de perro rabioso de la noche anterior.

Nos decantamos por una en color rojo y nos dieron los cascos en blanco. Me subí a la moto una vez que él estuvo sentado y salimos de esa calle. Eso sí, comenzó a darme vértigo de lo loco que conducían los italianos,

pero se veía que Devis tenía soltura, pero debo de recalcar que los coches tenían mucha cortesía con las motos y cedían el paso o se echaban a un lado.

Lo primero que hizo fue dirigirse hacia el Castillo de Sant'Angelo. Un lugar que servía de refugio durante los ataques a la ciudad y donde se refugiaban los papas, ya que tenían un túnel que conectaba con el Vaticano.

Lo que más me gustaba era el puente que llevaba hasta él por el lado opuesto del río Tíber.

El conocido aún por el mausoleo de Adriano era sin duda una de las atracciones turísticas más visitadas de la ciudad. Nos hicimos varias fotos juntos y por separado. Lo bueno es que yo llevaba un trípode en el bolso que se levantaba lo suficiente para cogernos por completo en las fotos, dejándolo con el temporizador puesto en el móvil

De allí nos dirigimos a la plaza principal del Vaticano, que estaba repleta de turistas sacándose fotos y una larga cola para entrar en la Basílica de San Pedro, pero ninguno de los dos estaba por la labor de perder el tiempo. Tomamos varias fotos antes de sentarnos en una terraza a tomar un par de refrescos, ya que al ir en moto no íbamos a beber nada de alcohol hasta que la devolviésemos por la tarde.

Ya se le notaba más relajado y bromista. El día anterior había tenido un arrebato de lo más tonto que se le había ido un poco de las manos. Confiaba en que no le volviese a ocurrir. Al fin y al cabo, cuando se mostraba tan alegre y ocurrente no se parecía en nada al ogro en el que se volvía en otros momentos. Me quité esa idea de la cabeza y me centré en el tipo sensacional que tenía a mi lado.

Regresamos a donde teníamos aparcada la moto para dirigirnos al Coliseum, y cuando cogió una rotonda, me acordé de su santa hija y del día de la policía.

—¡La rotonda! —le grité con todas mis fuerzas y el negó.

—Que no pasa nada, Aitana.

—No pasa hasta que pasa, que mejor ni te cuento.

—¿Algo que debiera saber?
,

—Calla y mira para delante, por tu santa madre. Y no lo quieras saber todo.

Sinceramente, qué cierto era eso de que de tal palo tal astilla. Cada vez iba más insegura en la Vespa y me estaban dando unas ganas horribles de saltar a la acera. Lo mismo hasta me hacía menos daño que saliendo disparada por delante, porque dos frenazos más y el salto iba a ser olímpico.

Si Andrea lo hubiese visto, habría tocado las palmas. Esa loquita de su hija tenía también más peligro al volante que un mono con dos pistolas. En eso no se diferenciaba mucho del jodido de su padre, que vaya si le echaba arrojo a la conducción.

Llegamos al Coliseum al que no pensábamos entrar, ya que los dos lo conocíamos por dentro. Solo queríamos dejarlo inmortalizado con nosotros desde diferentes puntos.

Puse el móvil en el trípode y corrí para ponerme a su lado, pero este me cogió como a una bebé y se plasmó la foto más bonita que jamás pude imaginar, esta sin duda se iba a convertir en mi favorita.

—Pásamela, es una pasada.

—Sí, jamás imaginé tener una foto así y encima el sol nos acompañó dando un brillo y calidad increíble.

—La pondré en mi oficina.

—¿En serio?

—¿Me pones en duda? —Carraspeó pegándome a él y sacando de nuevo ese instinto que tenía.

—Para nada, para nada. Me encanta ese gesto.

—Y te enmarcaré otra para tu oficina.

—Vale. —Dejaba que mordisqueara mi labio.

Cuando tenía ese tipo de gestos conmigo, me enamoraba más y más, haciendo que me olvidase de esos otros que me ponían al borde de un ataque de nervios.

Me derretí con lo que me dijo. No lo esperaba y me pareció francamente bonito.

Después de tomar algunas fotos más, optamos por devolver la moto y comer en la Piazza Navona, que estaba al lado de nuestro alojamiento. Nos apetecía degustar unos vinitos y, si era posible, descansar un poco.

Entregamos la moto y el tío nos miró sorprendidos. Devis le explicó que íbamos a beber. Me moría de la risa viendo cómo se inventaba el italiano para que el otro lo entendiera. Yo creo que le decía el sí de los locos.

Subimos un momento al apartamento para cambiarme de ropa. Me dolía mucho el pie con las botas y decidí

ponerme unos *leggings* negros con un jersey blanco largo y unas deportivas del mismo color. Total, íbamos a esta en la terraza de abajo del apartamento y con estufas, no necesitaba más que estar cómoda. Que no por eso no estaba mona. Y no le dejé acercarse a mí, salí precipitadamente de allí, ya que tenía hambre.

—He visto lo que has hecho, no creas que no me he dado cuenta —me comentó al llegar a la calle.

—Es que, si no salgo corriendo, ya me puedo dar por follada.

—¿Y eso te supone algún problema?

—Ninguno, ya sabes que me encanta, pero alimentar, lo que se dice alimentar, no es que el sexo lo haga, la verdad.

—Eso lo dirás tú.

—No pienso discutir nada contigo, se siente.

—Eso, eso, siéntate —me contestó muy cómico.

El camarero se acercó y yo simplemente me tapé los ojos con las manos y escuché cómo a Devis se le escapaba una carcajada.

Le pidió una botella de vino y unos mejillones al vapor como entrante.

—Eres una payasa.

—Pero te has reído, ¿a qué sí?

—Pero este era muy feo, no te tenías que tapar la cara.

—Pues anda que el de ayer era muy guapo. Qué poco conoces mis gustos… —Me reí negando.

—¿Y cuáles son tus gustos?

—No pienso hablar si no es en presencia de mis padres. Por cierto, a ver si vas a conocerlos un día.

—Es curioso, me llevo con ellos los mismos años que contigo.

r —Así es, pero te repito, a ver cuándo vas a conocerlos.

—¿Para qué? ¿Se me perdió algo allí? Yo solo quiero conocer a la hija, el resto de la familia me da igual.

—Espero que estés bromeando.

—¿Me ves cara de hacerlo?

—Pues me parece una bordería muy grande por tu parte.

—Estoy bromeando. Tú dime en qué plaza están, y yo me lanzo al ruedo.

—Me has asustado, idiota.

—¿En serio quieres que conozca a tus padres?

—Sí, poder tomarnos en la ciudad una cerveza con ellos, no sé, quiero que lo conozcas, no te estoy diciendo de que te vaya a presentar como mi novio, pero sí como un amigo. —Aguanté la risa porque mis padres sabían que yo me había acostado con él y lo que había pasado entre nosotros.

—Para presentarme como un amigo no voy, o lo soy todo, o no soy nada… —Mordisqueó mi labio y se echó para atrás cuando el camarero vino con la botella.

—Pues nada, te presento como mi futuro marido y lo mismo nos cae hasta un aguinaldo. —Le devolví el beso cuando el camarero se marchó.

—Vale, acepto. —Me hizo un guiño mientras me ponía la copa en la mano.

No me pareció que lo dijese por decir, ni tampoco que le diese ningún reparo. Si una cualidad podía señalar de Devis era su seguridad y en esa ocasión volvió a echar mano de ella.

Me quedé mirando a mi alrededor. Roma nunca defrauda, eso lo tengo claro.

Lo que más me gustaba de la plaza era su forma alargada y esa fuente que resaltaba con las cuatro figuras gigantes y el obelisco que había al otro lado. Normal que fuera una de las principales de la ciudad eterna, debido al impacto que tenía por su arquitectura y señorío.

—¿Sabes que antiguamente esta plaza era un estadio? —le pregunté afirmado a Devis.

—Sí, además que podía albergar a unas treinta mil personas. Fue después del imperio romano cuando el estadio ya no se usó más.

—¿Hay algo de lo que no entiendas?

—De mujeres —murmuró causándome una carcajada—. Muchas bromas, pero al final va a ser cierto eso que dicen de que deberías venir con un manual de instrucciones.

—¿Cómo que deberías? Hablas primero en general y luego me señalas a mí clara y evidentemente. Y a vosotros los hombres, ¿quién os entiende?

—Nosotros mismos.

—No, en serio Devis, de mí no te puedes quejar ni lo más mínimo, desde que te conocí he estado muy implicada en todo y jamás puse objeción alguna a nada, y sin embargo tú me has atacado con lo que ya sabes.

—Ponle nombre.

—Celos, eres muy celoso.

—Cuido lo que es mío.

—Rectifico, celoso y posesivo.

—Analicemos eso que tú describes de esa manera.

—Venga, pero sin pelearnos —le advertí.

—Lo intentaremos, pero es que te pones como una energúmena.

—Ah no, ese ataque es muy bajo. ¿Energúmena yo? Jamás te dije ni por qué miras allí, allá, acá o a ningún sitio.

—Soy respetuoso, no te doy motivos.

—Tienes una jeta increíble. ¿Y yo te la di con alguno de esos camareros?

—Afirmativo, la intensidad de tu sonrisa y el brillo de tus ojos te delataron.

—No, Devis, fue el producto de tu imaginación que te llevó a unos celos infundados. Y eso, no quiero que pase más.

—Pues no mires así a ningún otro hombre.

—Voy a mirarlos Devis, no me puedes prohibir nada y eso de que lo que es tuyo…

—¿No eres mía?

—No, puedo ser tu complemento perfecto, pero no nací para ser de posesión de nadie, ni yo ni ninguna persona

—Mía, que no se te olvide.

—Lo peor es que no sé si estás bromeando o no, aunque si no lo estás tienes un problema muy jodido. —Me comí un mejillón.

—Tenemos, porque no te pienso perder.

—Come un mejillón y deja de decir tonterías. ¿Por qué me vas a perder? —Le acerqué uno a su boca.

—No sé, si sigues comportándote así. —Se lo comió.

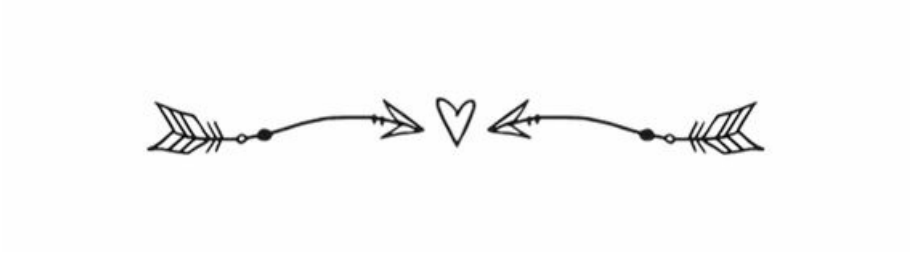
—No vayas por ahí, porque de verdad que eso nos puede joder mucho, no quiero que pienses así de mí porque no actúo con maldad. Y lo de «eres mía», que sepas que suena muy feo.

Me daba cuenta de que hablar de esa manera con él era imposible, y es que estaba empecinado en algo que no tenía que ver con la realidad.

No me resultaba fácil, porque tenía como la necesidad de que él me entendiese, pero me resultaba misión imposible, dijese Devis lo que dijese al respecto.

En fin, que quería pensar que poco a poco iríamos acercando posturas, porque eso era muy importante para mí. Y me dejaría la piel en ello, dado que me estaba enamorando de ese hombre. Y mucho. Solo esperaba que el tiro no me saliese por la culata. No otra vez.

Capítulo 18



Entre las copas de vino y la discusión de los celos que él no lo veía como tal, subimos a la habitación a descansar un rato…

Quien dice descansar dice que tal como entré, cerró la puerta y me pegó contra la pared.

—Me tenías ganas —sonreí cuando puso mis brazos por encima de la cabeza agarrándola con sus manos.

—Muchísimas. —Metió su mano por dentro de mi camiseta y jersey, directo a mi pecho, ese que apretó con fuerzas mientras mordisqueaba mi barbilla.

Su mano fue descendiendo hasta introducirse por mis *leggings* y braguita, alcanzando mi zona íntima, donde apretó con fuerza, provocando que se le escapara un rugido de su garganta mientras mi corazón comenzaba a acelerarse.

—¿De quién es? —preguntó con mi sexo en su mano.

—Mío —murmuré mordisqueando mi labio.

—Repito. ¿De quién es? —Lo refregaba con su mano para estimularme más de lo que ya estaba.

—Mío…

Eso lo encendió, sabía que no le gustaba esa respuesta, pero no le iba a decir algo que no me salía de dentro, porque ni mis padres en sus tantos años juntos se trataron jamás como una posesión, y eso me lo inculcaron bien.

A mí no me doblegaría, lo sentía por él, pero por ahí no pasaría.

—Desnúdate…. —murmuró a la vez que él se iba desvistiendo.

—Dímelo con cariño. —Me puse delante de él y le di un mordisco en los labios.

—Desnúdate, mi vida, lucero de mis ojos.

—Eres un idiota. —Me reí.

—No sabes lo que quieres, lo que yo diga.

—Ven para acá, tonto. —Lo abracé mientras se quitaba la ropa y se enganchó a mis nalgas.

—¿Cómo me has llamado?

—Mi celoso favorito.

—Di lo otro…

—No, no. —Caí en su trampa y me propinó dos nalgadas simultáneamente, una en cada cachete. No se excedió podía haberlo hecho con más fuerza, pero no lo hizo.

—Si me llegas a haber dado fuerte, estrenas mi mano. —Me reí mordiéndole el labio y subiéndome a sus caderas.

—¿Qué hago contigo?

—De todo, conmigo puedes hacer de todo y lo sabes, pero siempre con cariño. —Apreté los dientes y lo abracé bien fuerte.

Tenía que dejárselo claro. Si aquello tenía posibilidades de salir adelante sería sin celos ni imposiciones por su parte. De otro modo, íbamos de culo y cuesta abajo.

—Me estás volviendo demasiado loco. —Me pegó contra la pared y comenzó a lamer y mordisquear mis pezones, ya que me había deshecho de mis prendas de arriba.

Notaba su miembro duro y me lo imaginaba en mi interior. Desataba la locura en mí, y es que el sexo se estaba convirtiendo en mi parte favorita de nuestra relación. Algunos lo describirán como un calentamiento, mientras que otros lo verán como la fusión de una conexión que fue inmediata.

Su mirada me atravesaba mientras me aferraba a su pelo, y sus embestidas rozándome la cadera me resultaban

de lo más ardientes. Su sonrisa era de lo más pícara. Los besos lascivos se hacían más continuos. Me bajó y me ordenó con la mirada que terminase de desnudarme para él.

Me volvió a pegar a él una vez estuvimos completamente desnudos, y metió sus dedos entre mis nalgas, podía notar sus dedos rozando mi ano. Su aroma era excitante y yo me dejaba hacer.

En momentos como aquellos, estaba en una nube con él. Me elevaba alto, haciéndome flotar en un universo donde la lujuria era la protagonista.

Tiró de mi mano y me llevó hasta la cama donde me puso frente a ella para ordenarme con un solo gesto que me recostase bocabajo, medio cuerpo, las piernas en el suelo y mis caderas altas abierta para él.

Una nalgada seca e inesperada hizo que agarrara las sábanas con fuerza.

Abrió los cachetes de mi culo y noté cómo aplicaba un aceite mediante un difusor, primero una dosis y luego otra. Contuve la respiración.

Noté mucho calor con el contacto de algo que puso en la entrada de mi ano y que fue introduciendo poco a poco mientras yo soltaba el aire despacito, concentrándome en no contraerme.

Lo llegó a introducir por completo, notando que no era muy molesto, era ligero y me daba la sensación de que era de silicona. Sonrío por el placer que me producía. Comenzó a moverlo en mi interior y no puede evitar gritar sumergida en una excitación demasiado extraña y profunda, pero de lo más alocada.

Me hizo poner derecha con el aparato dentro y entonces tapó mis ojos con un antifaz. Sentí un dolor intenso en los pezones cuando me puso algo, lo que me hizo soltar un quejido mientras apretaba los dientes. A continuación, dejó caer un líquido que alivió la presión.

Iba lento, jugando conmigo desde la oscuridad en la que me había sumergido. Era una pluma lo que noté que pasaba por todo mi torso y entre mis piernas, llegando a penetrar en mi interior como un juego en el que él solo tenía el control.

—Las piernas siempre abiertas —murmuró exigiéndome.

Sentí un frío intenso entre mis labios cuando comenzó a penetrarme con un cubito de hielo de forma ovalada. Noté cómo el líquido frío caía entre mis piernas y, justo cuando iba a hablar, él me frenó. Quería que todo fuera en silencio.

Colocó un aparato en mi mano y lo dirigió a mi clítoris. Lo encendió y lo soltó para que fuese yo la que lo

manejase, mientras él dio un tirón a las pinzas que me había puesto en el pecho, haciéndome gritar como una loca

Noté cómo eso me absorbía y empecé a gemir de placer mientras inclinaba la cabeza, pero él la levantaba de nuevo, señalándome que no lo hiciera.

El vibrador anal iba cada vez más rápido, llevándome a niveles de placer inimaginables. Comencé a volverme loca de placer mientras él masajeaba todo mi cuerpo con un aceite bien caliente, sintiendo cómo mi piel ardía de deseo.

Agarró mi mano que sujetaba el succionador y noté cómo le subía la velocidad. Grité de placer al sentir cómo él apretaba mi mano con más intensidad, aumentando el impacto en mi área más sensible.

Grité con todas mis fuerzas, lo que provocó que él apretara aún más las pinzas que sujetaban mis pezones, intensificando el momento. Introdujo su dedo pulgar en mi boca, y empecé a lamerlo y succionarlo como si fuera su pene.

Y justo cuando iba a correrme, me penetró levantándome y poniéndome erguida, sin dejar de presionar con el succionador. Grité una vez más con todas mis fuerzas totalmente superada por ese triple placer, ese que me estaba dejando a punto del desmayo. Esa sensación era la que sentía en esos momentos en los que me había corrido y él seguía a toda velocidad con el vibrador de atrás mientras me azotaba por delante y no dejaba que quitara el succionador de mi clítoris. Caí laxa sobre la cama, con su ayuda, cuando terminé. Me temblaba todo el cuerpo y me daba la sensación de que me iba a desmayar, así me sentí durante todo el tiempo.

Lo escuché llenar la bañera, que era amplia y de forma ovalada. No me podía mover. Se acercó a mí para retirarme el juguetito anal y volvió a aplicar en mi ano otro líquido que me alivió al momento.

Iba cogiendo el aire poco a poco, cuando escuché cómo preparaba un café, al menos comenzaba con el primero. Yo no podía con mi alma, pero fue levantándome poco a poco.

—Métete en la bañera que te lo llevo —me ofreció y no le dije que no. Necesitaba volver a mi ser y el café lograba ese efecto en mí.

—¿Se pude fumar allí? —le pregunté porque a veces sus normas eran estrictas y no quería molestarle. No cuando acabábamos de vivir un momento así de sensacional. Devis era único procurándome placer.

—Claro. —Me hizo un guiño y cogí un cigarrillo porque en estos momentos lo necesitaba.

Apareció con un café para cada uno y lo puso sobre el borde. Se metió en la bañera frente a mí y su pie comenzó a jugar con mi zona.

—No puedo ir a por otro —murmuré poniendo cara de agotamiento. Era lo que sentía en ese momento en el qu no podía con mi alma.

—Eres muy joven para decir eso.

—Luego dicen que las mujeres cuando se casan ya no quieren tanto sexo, pero es normal, si es que nos dais antes el acumulado. —Me reí causándole a él una risilla.

Me hizo un gesto para que fuera hasta él y me ayudó a sentarme entre sus piernas. Comenzó a masajear mis hombros y espalda mientras yo movía la cabeza disfrutando de ese momento.

No parecía que fuese a llevarme la contraria. Activó el modo mimoso, no era sexo lo que deseaba regalarme en ese momento y lo agradecí.

Estuvo de lo más cariño conmigo, momento en que no solo me masajeaba, sino que besaba mi cuello y me decí en repetidas ocasiones y de mil maneras todo lo que le gustaba.

Parecía como un mantra, como si quisiera metérmelo en la cabeza, como si su idea fuese en todo momento hacerme ver que, si le hacía caso, todo iría como la seda porque era perfecta para él.

Yo le escuchaba embelesada. Me encantaba cuando actuaba con tanto mimo y cuando me daba cuenta de que mi disfrute era muy importante para él.

Nunca había conocido a un hombre como Devis y mucho menos me había acostado con alguien así. De momento, todo me resultaba muy excitante, aunque también muy misterioso.

Después de salir de la bañera y secarnos, nos acostamos un rato abrazados. Queríamos descansar antes de tirarnos a la calle de nuevo a pasear y cenar. No dormimos más de dos horas, pero nos sentó de lujo.

Notaba que necesitaba descansar y lo hice. Dormir a su lado era como que me llenaba el depósito de energía a tope. La misma energía que él me hacía gastar por otra parte.

De nuevo en la calle y dirigiéndonos a ningún lugar, paseando a la deriva, de la mano mientras disfrutábamos del arte que se respiraba en cada rincón.

Era un verdadero lujo y yo llevaba una amplia sonrisa en el rostro. Durante un rato, logré contagiársela, como habíamos pactado. Pero claro, él era él y tenía esa facilidad de estropearlo todo…

Un chico español nos preguntó por un lugar donde poder cenar y le recomendé el restaurante donde solíamos ir nosotros, el que estaba debajo del apartamento en plena plaza. Fue irse y…

—Te faltó tiempo para mandarlo a donde vamos nosotros.

—¿Te molestó, en serio?

—Parece que te gustó…

—¡Vete a la mierda! —grité enfadada y dos turistas que pasaron pareció que me entendieron a la perfección, porque giraron sus cabezas.

—Ni se te ocurra volver a decirme algo así.

—Y a ti ni se te ocurra volver a insinuar que me gustan todos y que actúo como una fresca, ¿te haces una ligera idea de cómo me siento cuando te comportas así?

—¿Y tú? ¿Te la haces tú de cómo me siento yo cuando les pones ojos a todos?

—¿Yo les pongos ojos a todos?

—Sí, eso es justo lo que haces.

—Y luego no quieres que mencione que estás enfermo, pero lo estás.

—Por ahí no sigas o habrá…

—¿Consecuencias? ¡A la mierda tus posibles consecuencias! —le chillé.

—No te voy a consentir que me hables así, no cuando eres una mocosa.

—¿Me has llamado mocosa?

—Sí, te lo he llamado porque es lo que estás demostrando ser. Si tuvieras más madurez…

—¿Tú me estás hablando de madurez cuando eres un celoso patológico?
¿En serio lo estás haciendo? Necesitas ayuda, Devis.

—¿De qué clase de ayuda me estás hablando? No me gusta lo que insinúas.

—No lo insinúo. Lo afirmo y lo grito a los cuatro vientos si es necesario.

—Pues no grites tanto, no se te ocurra alzar la voz.

—Haré lo que me salga del higo, que para eso me estás tocando los mismísimos ovarios. Ya está bien, hombre, ya está bien.

—Eso digo yo. Ya está bien. No ha pasado nada tan grave como para que te pongas así.

—No, no, claro que no. Si tú lo dices, llevas toda la razón.

—No es la primera vez que te digo que no me trates como a un loco.

—Si te pica es porque ajos comes.

—No estoy como un cencerro, Aitana, no lo estoy.

—Pues entonces, no te comportes como si lo estuvieras.

—No me parece justo lo que estás haciendo.

—Ni a mí tampoco me lo parecen muchas cosas y es lo que hay. Hay que joderse, vaya…

—No te pongas así, ya vale. No ha sido tan grave.

—Nunca lo es… La lías parda y, cuando te sale de los cataplines, quieres hacerme ver que no ha tenido importancia y, hasta en ocasiones, que toda la culpa ha sido mía. ¿Qué digo en ocasiones? La culpa siempre es mía. Pronto la tendré hasta por respirar si no te paro los pies.

—A mí no me para los pies nadie.

—Claro que no. Tú estás por encima del bien y del mal.

—Más o menos…

—No bromees, Devis, yo no lo estoy haciendo.

—Ni yo tampoco.

—O sea, ¿crees de verdad esa chorrada?

—Aquí la única que dice chorradas eres tú, que a veces actúas como una niña.

—Es para mearse y no echar ni gota, te juro que lo es. Al final nos quedaremos sin cenar.

—No, de eso nada, que tengo hambre.

—Pues a mí se me está quitando toda, en realidad.

—Hay que cenar, es saludable.

—También lo es convivir en paz y en armonía. Y contigo nunca se sabe cuándo se va a declarar la guerra.

—Sí, la III Guerra Mundial voy a declarar ahora.

—Pues será porque te falte el poder, no las ganas. Y no me vayas a salir con que también tienes poder para eso porque me doblo en dos de la risa.

—¿Te piensas reír de mí?

—No, porque no tengo ganas, pero no porque me falte valor.

—Eso ya lo veo, no te falta en absoluto.

—Por supuesto que no. Es que ni lo dudes.

—Ya, que a ti te han criado para enfrentarte a todo, no me acordaba.

—¿También te vas a meter con mi educación? Porque te juro que entonces es que no respondo.

Imaginad la hora de discusión que tuvimos que al final terminamos cenando en otro lugar porque él decía que por sus cojones yo no volvía a ver a ese…

Me alteré muchísimo y no era para menos.

Me pasé toda la cena sin hablarle, lo mismo que él a mí, pero es que eso ya se le estaba yendo de las manos. Sus celos se estaban convirtiendo en lo más enfermizo.

Cuando llegamos a la habitación me acosté y él hizo lo mismo. Me abrazó sin decir nada y ahí me quedé pensativa por lo menos dos horas, esperando a coger el sueño y que se me pasara la rabia que sentía tan grande.

Me alteré muchísimo y no era para menos.

Me pasé toda la cena sin hablarle, lo mismo que él a mí, pero es que eso ya se le estaba yendo de las manos. Sus celos se estaban convirtiendo en lo más enfermizo.

Cuando llegamos a la habitación me acosté y él hizo lo mismo. Me abrazó sin decir nada y ahí me quedé pensativa por lo menos dos horas, esperando a coger el sueño y que se me pasara la rabia que sentía tan grande.

Capítulo 19



Después de unos días cargados de deseo y lujuria, donde Devis me hizo el amor de mil posturas diferentes que me llevaron a un montón de orgasmos, pues como que me costaba un poco abrir los ojos.

Era lo que pasaba… Que con él subía al cielo y luego descendía a los infiernos, pero mientras me estaba elevando me olvidaba de eso que me dolía, de los ataques celosos tan gratuitos que sufría en ocasiones por su parte.

Y en ello estaba cuando empecé a sentir esos besos desde la base de mi cuello hasta llegar a mis labios y de ahí hasta mis ojos, porque Devis era fogoso y le gustaba mucho el sexo caliente y apasionado, pero tenía momentos en los que la ternura no le faltaba.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras esta mañana?

—Buenos días, Devis, un poco cansada, aunque en esto tú tienes gran parte de culpa ¿Verdad, señor Smith? —conteste mientras él seguía dándome besos por toda la cara y dejaba de lado todos esos encontronazos que habíamos tenido.

—¿Yo? La culpa es tuya, porque me pones tan cachondo que soy incapaz de estar a tu lado y no tocarte, me encanta como tu cuerpo me corresponde y oírte decir mi nombre en medio de un orgasmo es sublime.

—Devis, que tenemos que levantarnos y ducharnos si queremos salir para desayunar fuera, y si sigues así, creo que no nos vamos a levantar de esta cama nunca —le dije mientras se me escapaba un gemido.

—No te preocupes, tenemos tiempo más que suficiente para ducharnos y salir, todavía es muy temprano y ahora mismo tengo más ganas de ti.

Me deje llevar por el momento, por sus caricias y besos, estaba excitándome por momentos, pero esta vez era distinto, lo hacía con mucha ternura y dulzura.

Parecía muy cambiado. Con él podía disfrutar de lo más salvaje y también de lo más tierno y dulce. Esa mezcla adictiva me arrollaba, y más cuando nunca sabía qué porción me iba a tocar ni en qué momento.

Se puso encima y me miraba con un brillo especial donde sus ojos transmitían lo que sus labios no decían.

No sé si ese comportamiento era una disculpa silenciosa por las escenas de celos que había hecho estos días. Porque Devis celoso era un rato, la verdad.

Podía ser, sí, su forma de disculparse. No es que me valiese, también lo digo, sino que en momentos así de ardientes procuraba no pensar en esas escenas que me llevaban por la calle de la amargura cuando sucedían.

Me seguía besando y acariciando todo el cuerpo, lo iba haciendo sin prisa, con una lentitud que me asombraba, pero con tanta sensualidad que ya me tenía en el límite.

Me penetró lentamente y me sentí tan bien, que cerré los ojos dejándome llevar por ese momento de tanto placer, en el instante que los cerré él paró.

—Devis, no pares por Dios —le pedí, porque no lo hubiese podido soportar. Lo necesitaba dentro de mí, dándolo todo, demostrándome que yo estaba por encima de cualquiera para él.

—Si quieres que siga mírame, quiero que me mires a los ojos, quiero ver en tu mirada lo que sientes, lo que te gusta tenerme entre tus piernas, quiero ver lo que disfrutas conmigo y quiero disfrutar de esa mirada llena de lujuria y pasión —me ordenó y comprendí que para él era importante. Que lo necesitaba en ese momento.

Devis era pura seguridad, pero parecía que necesitaba de mi complicidad en esos momentos para tener la certeza de que podía apostarlo todo por mí. Una sensación extraña que no puse en tela de juicio en ningún momento. Por la cuenta que me traía, mejor hacer lo que me decía.

Lo miré y se empezó a mover lento, pero profundo, sentía cada centímetro que entraba y salía de mí. Se notaba lo mucho que me estaba dando, lo que me entregaba en cada embestida.

Mis manos tenían vida propia, le cogía del pelo, le acaricia la espalda y le clavaba las uñas en el trasero. Necesitaba hacerle ver igualmente que también era importante para mí, mucho.

Devis había llegado a mi vida para darle un giro total. La puso patas arribas, eso era indudable, y deseaba seguir teniéndolo en ella.

Solo nos faltaba darle un giro de tuerca a la situación, eso era lo que pensaba. Un giro de tuerca que le hiciese entender que éramos un equipo, que ambos remábamos en la misma dirección y, sobre todo, que en mí podía

confiar, que no le haría ninguna faena.

Besos, caricias y muchas miradas cómplices es lo que teníamos en ese momento. Quise perpetuarlos porque, cuando me sentía así de bien con él, no quería que parase.

Yo necesitaba más y así se lo hice saber, fue subiendo la intensidad con cada nueva penetración que era más fuerte y profunda que la anterior, hasta que me hizo estallar en un orgasmo que me puso los ojos del revés y por e que él se dejó llevar momentos después.

—¡¡Joder!! —chillé entonces.

—De eso se trata, de joder —me soltó con total descaro—. Dime que nadie te jode como yo.

—Eso lo afirmo contundentemente. Y en todos los sentidos —le sonreí.

—¿Qué has querido decir con eso?

—No, no. Por favor, no empieces… No he querido decir nada. Se trata de una bromita. De una bromita inocente.

¿Y después de este despertar, quién era la guapa que se levantaba de la cama para recorrer parte de Roma?

Había que hacerlo, ya que habría sido una pena perdérselo, pero me quedé un poco enroscada en su cuerpo, saboreando con la vista cada centímetro de su privilegiada anatomía. A veces, incluso pensaba que no estaba a la altura en el físico. Supongo que eran inseguridades propias de lo mucho que me imponía y, a pesar de eso, termin por preguntarle algo que le sorprendió.

—Devis, ¿tú crees que me hace falta perder algunos kilos?

Me miró extrañado porque seguramente mi pregunta no la entendía.

—¿Por qué me preguntas eso? Si tienes un cuerpo espectacular que ya lo quisieran tener muchas modelos.

—No, si yo digo porque a la mínima me estas poniendo a hacer deporte y con tanto toma y dale, me voy a quedar más fina que un papelillo de fumar.

Tal como le solté eso, estallé en unas carcajadas que me dolía hasta la barriga. Enseguida se me pasaron las inseguridades. Normal, con lo rápido que me respondió y con la tranquilidad que lo hizo… Estaba loco por mis

huesos, según decía, igual que yo por los suyos.

Nos duchamos por separado porque conociéndole como le iba conociendo ya, sabía que si lo hacíamos juntos jamás saldríamos de este apartamento y yo quería pasar el día fuera, recorriendo las calles de Roma.

Salimos del apartamento con nuestras manos entrelazadas. En este viaje me estaba demostrando algo tan bonito l y especial que cada vez me estaba enamorando más de él, pero también estaban esos momentos de discusiones que no sabía cómo interpretar, me tenía hecha un lio.

—Que sepas y entiendas que he vuelto a detectar esas ganas tuyas de salir pitando esta mañana. Espero que no tenga nada que ver con que el sexo conmigo esté decayendo —me comentó y estallé de nuevo en carcajadas.

—Bien sabes que no, porque me lo ves en los ojos mientras lo estamos haciendo.

—Eso es verdad, tienes razón. Cuando la tienes, la tienes.

—La tengo siempre —me burlé.

—En serio, pequeñaja, me encanta hacerlo contigo y no podría soportar que no fuese mutuo.

—Pues por esa parte, te puedes quedar tranquilo, porque hacer el amor contigo me gusta más que comer con los dedos. —Reí.

—No sabes lo que me alegra escucharlo.

é

—Y hablando de comer, es hora de llenarnos la barriga.

—También me encanta verte de tan buen humor y con tanto apetito.

No sabía a dónde me llevaría todo esto, pero de lo que estaba segura, es de que me iba a dejar llevar por completo.

No podía soportar la idea de abandonarlo por cobardía. Me había perdido muchas cosas en la vida y lo que Devis me estaba ofreciendo, pese a los problemas que me acarreaban de vez en cuando sus celos, lo deseaba vivir con toda intensidad.

Ya habíamos recorrido algunas calles cuando vimos una cafetería con una terraza superbonita y muy cuqui, con sus sillas en amarillo pastel, sus mesas en celeste y con unos manteles de cuadros en rosa y blanco.

—¿Quieres que nos sentemos ahí?

—Sí, quiero —le respondí tajante y enseguida vi el brillo en sus ojos.

—Ojalá un día me sueltes uno así a mí. Ya te imaginas en qué circunstancias…

—No digas esas cosas, que harás que se me agüen los ojos, tontorrón.

Me enamoré de esa terraza y allí nos sentamos para pedir un buen desayuno, de esos que hacían hasta resucitar un muerto.

La camarera fue muy simpática con nosotros, cuando nos trajo el desayuno nos dijo por dónde podíamos ir andando y a la misma vez adentrarnos por unas calles bonitas y sin que estuvieran tan llenas de turistas, donde llegaríamos a salir a la Fontana di Trevi.

En realidad, reconozco que agradecí al cielo que se tratase de una chica y no de un chico. No quería pensar en que se liase cada vez que apareciese uno, pero mejor así.

El café estaba buenísimo, tenía una cremosidad increíble, vamos, que solo por este café me quedaba a vivir aquí, las tostadas no se quedaban atrás o sería que yo tenía mucha hambre y todo me sabía a las mil maravillas.

Terminamos de desayunar, Devis pagó la cuenta y le dejó a la camarera una buena propina por lo agradable y bien que nos trató. Se le notaba eufórico, con unas ganas de hacerme disfrutar increíbles.

Íbamos caminado abrazados, él me tenía el brazo echado por encima de los hombros y yo le tenía agarrado por su cintura, se paraba cada dos por tres para besarme con mucha ternura, apoyaba su frente en la mía y me dedicaba palabras muy dulces y tiernas.

Yo estaba en la mismísima gloria. Esos eran los momentos que ansiaba con el hombre que me hacía suspirar a cada paso. Y me estaba regalando un buen montón de ellos, unos detrás de otros.

Nos íbamos haciendo muchas fotos también, esas calles eran mágicas y tenían unos rincones maravillosos para poder inmortalizarlos y tenerlos siempre para el recuerdo.

Y este viaje se me estaba quedando bien grabado, aun con los altos y bajos de Devis por culpa de sus celos, no sabía qué pensar de esos cambios, me frustraba muchas veces, otras me hacía enfadar y otras hacía que me olvidara de esos malos momentos haciéndome sentir como una princesa, y justo era así como me estaba haciendo sentir hoy.

Íbamos paseando muy tranquilos, ya que prisa no teníamos, puesto que regresábamos al día siguiente. Al pasar por delante de una tienda de ropa vi una gabardina de tres cuartos blanca que me volvió loca, era muy bonita, idea para ir vestida casual o para cuando quisiera ir vestida más elegante, también valía.

—Ven, vamos a entrar, quiero ver cómo te queda esa gabardina. —Me cogió de la mano y tiró hacia él, cuando me tuvo completamente pegada a su cuerpo me susurro al oído—. Quiero vértela algún día sin nada debajo, ¿cree que serías capaz de darme esa sorpresa alguna vez?

Si Devis se pensaba que me iba a cohibir estaba muy, pero que muy equivocado.

a

Me acerqué un poco más a él y le dije pegando mis labios a los suyos mientras le tiraba un mordisco.

—Cuando menos te lo esperes y en el lugar menos indicado te daré esa sorpresa, pero a cambio tú me tendrás que hacer gritar como una loca mientras me comes entera y después me haces tuya, ¿hay trato o no?

Lo vi tragar con fuerza y pude notar cómo se empezaba a poner muy duro, como dije antes, a este juego podíamos jugar los dos.

—Joder Aitana, me has puesto cachondo, nos vamos ahora mismo de vuelta para el apartamento que te voy a enseñar lo que es que follar de verdad.

—Devis, tú estás mal de la cabeza si te crees que nos vamos a ir sin que yo pueda ver la Fontana di Trevi. Para follar, como tú dices, siempre hay momentos, para yo tirar mis tres monedas, no.

—¿De verdad tú me estás diciendo que me cambias a mí con tal de tirar tres monedas a una fuente?

a

—No, yo no he dicho que te cambio a ti, yo te he dicho que no me voy a encerrar ahora en el apartamento para que me folles a gusto, que no me quedo sin tirar mis tres monedas.

—¿Sabes que eso es cuento de viejas y que solo vale para que al final del año hayan cogido cientos de miles de euros a costa de personas que viven soñando?

—Sí, tú suelta por esa boquita todo lo que tú quieras, pero que vamos a ir, dalo por hecho, y tú al igual que yo, vas a tirar tres moneditas —le dije mientras ponía delante de su cara tres dedos—. Además, a ti te sobran monedas y a mí me faltan sueños, así que hacemos un dos por uno.

Le guiñé el ojo y tiré de su mano para adentro de la tienda, porque yo no me quedaba sin comprarme la gabardina y menos ahora que pensaba presentarme algún día ante él, solo con ella puesta.

Me sentaba sensacional y así me lo hizo saber. Cuando estaba de buenas, era el hombre más encantador del lmundo. Ganas me dieron de meterme en el probador con él y hacer paz y guerra allí mismo, pero me las controlé.

Después de la tienda, seguimos paseando hasta que al fin llegamos a la tan famosa Fontana di Trevi.

s Y no era para menos, porque cuando vi esa majestuosa fuente y justo a su espalda la fachada trasera del Palacio me quedé sin palabras. Por mucho que ya la hubiese visto, volví a quedarme embelesada ante esa imagen.

Era majestuosa, con sus casi sus cincuenta metros de frente, toda ella rodeada por multitud de personas que venían de todos los rincones del mundo para tirar sus tres monedas, la verdad imponía y mucho.

—Devis, vamos, ve sacando los seis euros.

—Aitana, que yo te doy a ti todo lo que tú quieras, pero que yo no pienso tirar ninguna moneda.

Me paré frente a él y llevé mis manos a su cara para cogérsela y que me mirara, mientras le ponía cara de niña buena y le hacía unos pucheros.

—Sí que vas a tirar tus tres euros, ¿y sabes por qué lo vas a hacer? Porque tú me quieres ver feliz y mi felicidad hoy depende de tus monedas, y las tienes que tirar de espaldas a ella, con la mano derecha y por encima de tu hombro izquierdo o al menos eso es lo que cuenta una de sus leyendas, así que arreando que se nos hace tarde.

Nos hicimos un selfi con la fuente detrás y después tiramos las monedas, vamos buena era yo cuando se me metía algo entre ceja y ceja.

Él parecía más cabezón de lo que era en realidad, porque en momentos así no dudaba en hacer cualquier cosa que le pidiese, por mucho que no entrasen en sus esquemas.

Cuando estábamos a punto de irnos se me acercó un muchacho para pedirme si le podía hacer una foto a él y su grupo de amigos, no vi nada de malo en ello y no me negué. No pensé en las consecuencias, como hubiera dicho uno que yo me sé.

En el momento que le devolví el móvil a su dueño y me volví hacia Devis vi que tenía otra mirada, ya no tenía s el brillo y la diversión de antes, ahora estaba oscura y fría. ¿Qué había pasado para que tuviera ese cambio de actitud tan grande? No, otra vez el fantasma de los celos no, por favor.

Aunque ya me imagina yo por dónde iban los tiros y no era otra cosa que el ataque de celos que le volvió a dar. De verdad este hombre tenía graves problemas con sus cambios de personalidad, pero como ya me lo iba

conociendo y no tenía ganas de que estropeara este día tan bonito, me acerque a él diciéndole.

—Devis, me tienes que enseñar a ser como tú, sí, no me mires así de extrañado. De verdad, tengo que aprender a decir que no, y no querer agradar a todo el mundo, es que el tener cara de niña buena es lo que tiene, que todo el mundo te pide favores—. Mientras le decía todas esas chorradas me iba acercando más y más a él, hasta que le di un pico —. Vamos a comer a algún sitio que estoy muerta de hambre y necesito tener bastante energía para la noche que nos espera.
’

Tras decirle aquello le guiñé un ojo mientras me mordía el labio inferior, hala, ya me lo tenía ganado y ataque de celos momentáneamente pasado.

Otra cosa no, pero hacer la pelota cuando a mí me daba la gana se me daba de lujo y es que una tenía un arte que no se podía aguantar.

Buscamos por allí cerca un restaurante que tuviera una terraza bonita con muy buenas vistas, y lo encontramos.

El restaurante era de cuatro plantas y tenía la terraza en la última, desde donde se podía ver toda la plaza de la Fontana di Trevi, esas vistas eran espectaculares, ahí teníamos que hacernos más fotos.

Se veía que el sitio era con bastante clase, todo cuidado al mínimo detalle, el personal muy agradable, esta comida le iba a salir a Devis por un buen pellizco, de eso estaba completamente segura.

Ya sentados en la mesa, Devis pidió un vino rosado espumoso para acompañar la comida,

De entrante pidió una brocheta de tomates y albahaca, y como plato principal, yo decidí pedir un risotto con setas y parmesano y él se decidió por los típicos espaguetis a la carbonara, también quiso pedir la típica *pizza margherita.*

Con cada bocado que dábamos era una explosión de sabores, todo estaba buenísimo, el broche de oro fue el *tiramisú,* tenía una cremosidad increíble y esos contrastes de sabores entre la crema, el café y el cacao, hacía de su sabor algo maravilloso.

Cuando terminamos, decidimos seguir paseando y así aprovechar más el día.

Recorrimos infinidad de calles, en todo momento me llevaba de la mano o con el brazo por encima, estuvo todo el día superatento, cariñoso, siempre intentado complacerme en todo, regalándome palabras dulces.

Este viaje iba a hacer estragos en mí, porque después la caída sería más grande, me lo estaba viendo venir, pero no por ello iba a dejar de vivir junto a este hombre estos momentos maravillosos e inolvidables, me seguiría

dejándome llevar hasta el final, después ya vería lo que pasaría.

El sol se estaba poniendo y decidimos cenar también fuera de camino al apartamento, sería algo rápido, ya que el día nos cundió mucho y teníamos ganas de regresar a ponernos cómodos.

Acabábamos de entrar cuando sentí que tiró de mi mano para detenerme, y al girarme para ver qué es lo que pasaba me pego a la pared y empezó a besarme con una ferocidad increíble.

—Ya no aguanto más Aitana, llevas todo el día volviéndome loco y ahora lo único que quiero es hacer que te corras tantas veces como seas capaz, quiero estar muy dentro de ti y que nunca te olvides de mí.

Dios, esas palabras me encendieron al momento y se lo hice saber, correspondiéndole a ese beso tan intenso que me estaba dando.

Nos empezamos a desnudar con prisas, con brusquedad, los dos teníamos muchas ganas el uno del otro.

Una vez desnudos, fue bajando por mi cuerpo mientras con su lengua iba saboreándome entera, se paró en un pezón y le dedicó mucho tiempo, lamiéndolo y mordiéndolo. Llevó una de sus manos a mi vagina y empezó a tocarme, pasaba los dedos, me acaricia el clítoris, me penetraba con ellos, mis gemidos cada vez eran más fuertes.

Se puso de rodillas ante mí y me hizo poner una pierna sobre su hombro, ante el primer contacto de su lengua recorriéndome y después haciendo círculos sobre mi clítoris, creí morir de placer, a la misma vez seguía penetrándome con dos dedos. Dios, aquel placer era lo máximo, los jadeos me salían unos detrás de otros, no paró hasta que me corrí y me dejó sin fuerzas.

Tal como como se levantó, me puso mirando a la pared con los brazos en alto y sacando mi culo hacia fuera, se situó detrás y me penetró de una estocada fuerte y rápida, lo sentí muy dentro de mí.

—Aitana, me vuelves loco, este va a ser muy rápido, pero es que ya no aguanto más.

Mientras me decía eso, me iba penetrando cada vez más fuerte y profundo, de mi boca ya no salían gemidos, ahora eran gritos de puro placer.

—Devis, necesito más.

Con una mano me tenía agarrada de la cintura y la otra la llevó hasta mi clítoris y empezó a mover los dedos a la misma velocidad que iba penetrándome, no podía dejar de chillar, el placer que me estaba dando era algo colosal.

Me corrí a puros chillidos.

—Me encanta sentir cuando te corres y al contraerte estrujas mi miembro, es el mayor placer que me puedes dar. Dios, Aitana, me vuelves tan loco que estaría todo el puto día follándote sin parar.

Este hombre tenía una resistencia increíble, salió de mí, me dio la vuelta y me llevó hacia la mesa, me hizo subirme a ella muy pegada al filo con las piernas flexionadas y muy abiertas, estaba totalmente expuesta.

Comenzó a lamerme nuevamente; este hombre tenía una habilidad extraordinaria con su lengua. Realizaba movimientos circulares sobre mi clítoris, alternando ritmos lentos y rápidos, penetrando con su lengua. Pronto, sentí que otro orgasmo se estaba formando, y cuando llegó, mi cuerpo temblaba del placer tan grande que me recorrió.

—Esto todavía no ha terminado.

Fue decir aquello y volvió a penetrarme con mucha más fuerza que antes, con él me gustaba que fuera brusco, como lo estaba haciendo ahora o tierno como esta mañana, con él sentía que me volvía loca de placer.

Seguía penetrándome rápido y fuerte, mientras con su dedo pulgar iba trazando círculos en el clítoris, aquello era demasiado placer y no tardaría mucho en volver a correrme, pero esta vez él también se dejaría llevar.

—Córrete Aitana, córrete. Estoy a punto y necesito que te dejes de llevar para terminar los dos juntos.

Y así lo hicimos, nos corrimos juntos en medio de mis gritos y sus gruñidos.

Me hizo bajar las piernas y quedaron colgando de la mesa, puesto que yo seguía sentada en ella, me incorporé y lo besé con todas mis ganas.

Después de esos momentos vividos de pasión, nos duchamos y nos fuimos a la cama porque por la mañana había que madrugar, ya que el avión salía muy temprano.

Ya en la cama nos dejamos llevar otra vez, nos teníamos muchas ganas el uno al otro, nunca nos cansábamos, siempre queríamos más y más.

Pero esta vez fue como el de la mañana, lleno de caricias, besos, miradas cómplices y palabras no dichas. Lento sin prisa, pero sin pausa.

—Buena noches, Aitana, que descanses.

—Buenas noches, Devis, muchas gracias por este viaje, gracias por todo lo que me has hecho vivir en estos días junto a ti.

—No me tienes que dar las gracias, lo único que quiero es verte feliz, que disfrutes junto a mí y yo disfrutar de ti.

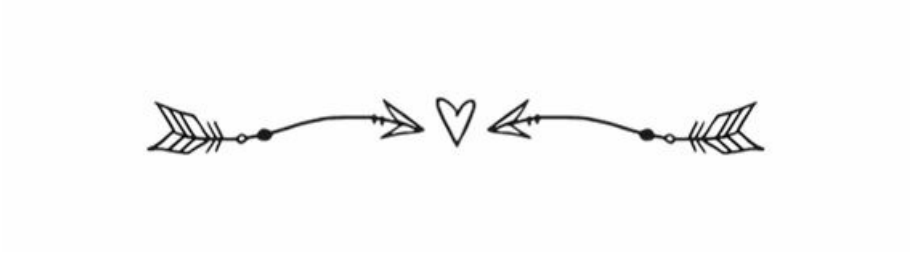
Apoyé mi cabeza en su pecho y, mientras iba rememorando todo el viaje, me dejé llevar y atrapar entre los brazos de Morfeo.

—Buenas noches, Devis, muchas gracias por este viaje, gracias por todo lo que me has hecho vivir en estos días junto a ti.

—No me tienes que dar las gracias, lo único que quiero es verte feliz, que disfrutes junto a mí y yo disfrutar de ti.

Apoyé mi cabeza en su pecho y, mientras iba rememorando todo el viaje, me dejé llevar y atrapar entre los brazos de Morfeo.

Capítulo 20



Iba medio dormida en el taxi hacia el aeropuerto donde al llegar, lo primero que hicimos fue pedir un café después de pasar el control policial.

El vuelo salía demasiado temprano y eso se notaba en el cuerpo. Con decir que cuando nos montamos cerré los ojos y no los abrí hasta llegar a España…

Iba reventada y era normal. Entre lo muchísimo que habíamos caminado, lo poco que dormimos y la cantidad de veces que nos entregamos a los juegos más lujuriosos… Lo raro fue que pudiese llegar al avión por mi propio pie y no tuviese que llevarme él en un carrito de esos que se utilizan para el equipaje.

Nos montamos en mi coche que de nuevo condujo Devis hasta el trabajo, donde llegamos a las once de la mañana.

Paula al vernos entrar, sin las maletas, ya que la mía se había quedado en mi coche y él metió la suya en el suyo Nos miró sonriendo con ese falso gesto que tan mal le salía.

—¡Estoy encabronada! —Escuchamos gritar a Andrea que venía hacia la recepción hablando sola.

—¿Qué te pasa? —le pregunté cuando nos vio.

—Qué tenemos una inútil en las oficinas, bueno unos cuantos, pero esta —señaló a Paula— se lleva todos los méritos. —Me abrazó y luego abrazó a su padre.

—Relájate, ¿qué ha pasado? —le preguntó Devis.

—Quiero que la eches ahora mismo, papá. Me acaba de llegar esta imagen de manera anónima, pero sé que es alguien de la oficina el que me la mandó.

—Mi vida es privada —dijo Paula viendo la foto y yo casi me desmayo.

—¿Estás con esta cosa, en serio? —le pregunté incrédula al ver la foto con Kiko, mi ex.

—¿Quién es?

—Mi ex, Devis, mi ex —le comenté abatida porque un golpe así de bajo no lo esperaba en ese momento en el que, además, el cansancio no me permitía estar demasiado lúcida.

—Esta no deja cabeza en su sitio, se folla a Sergio, el abogado, y ahora se tira a tu ex.

—Yo no me follé a Sergio.

—No me hagas demostrártelo —la retó Andrea, que se la tenía jurada.

—Paula, recoge tus cosas, estás despedida —le soltó Devis, algo que la dejó atónita.

—A mí si me echas por estar con el que un día estuvo con tu amante, te la verás conmigo.

—No la vuelvas a nombrar de esa manera, no es mi amante, es mi chica, te guste o no. ¿Me estás oyendo? Hablas de ella como es debido, y ahora ¡¡largo!! —vociferó.

—Pero chica, ya veo que te van las menores —se burló.

'.

—Eres una… —Me aguantaron entre Andrea y Devis porque le iba a dar.

—Te jode que este con él, quien ríe la última, ríe mejor. —Me hizo un guiño y de nuevo me tuvieron que frenar

—O la echas tú, o me voy yo —le advertí a Devis.

—Me acabas de poner cachonda, creo que me voy a volver lesbiana —dijo Andrea causándome una risita mientras negaba.

—Dile a tu abogado, que los míos lo esperan. —Le hizo un guiño Devis—. Tienes cinco minutos para salir de aquí si no quieres que te tengan que sacar a la fuerza.

—¡Ese es mi padre! —Andrea puso con los dedos el gesto de la «V» de la victoria. No podía estar más contenta la chiquilla. Su aprecio por mí era total y su lealtad incondicional.

—Os veréis con mis abogados —dijo ella como si fuera alguien.

—Sus abogados, pues sí que es problemática para necesitar más de uno —contestó Andrea y el padre le hizo un gesto de que se callara.

—Me voy con mi poli, ese que me pienso comer cada día de mi vida —me dijo en un intento de provocación mientras que cogía el bolso y se lo echaba al hombro.

—Debe abandonar la empresa: ¡La tonta de turno! —gritó Andrea y el padre le echó otra de sus miradas fulminantes.

—Lo pagaréis, y este —me miró mientras señalaba a Devis— me lo follo yo cuando quiera —soltó y no hubo manera de que me agarraran a tiempo cuando ya la tenía enganchada de la coleta y tiraba de ella hacia fuera.

—Suéltala —me pedía Devis agarrando mi mano que estaba cerrada de manera blindada.

—¡Te voy a denunciar! —gritaba mientras yo la sacaba y los otros intentaban que la soltara.

—A la puta calle. —La dejé en la puerta.

—Vais a salir en todos los medios y ganaré una millonada con la denuncia, os vais a cagar —nos advirtió mientras se alejaba con el pelo medio suelto, ya que le había dejado la coleta como semi peinado.

—Papá, ahora vas y echas al resto que tienes en la lista, porque esto se nos va a ir de madre y yo no estoy para tonterías. Aquí tú y yo sabemos que hay un par de ellos que no son de fiar.

—Me piro al despacho —dije adentrándome muy enfadada.

—Espera, nena, que vamos contigo. —Corrió Andrea para ponerse a mi lado y cogerme del brazo—. Ni caso, que se lo tire y haber si la preña de sextillizos. Cuando le ponga los cuernos como hizo contigo, que mastique y trague.

—Qué hija de puta es. Y lo peor de todo es que sabe lo que ese tipo me hizo sufrir y se reía preguntando si ya no venía mi *noviete* a por mí cuando lo dejamos —dije con tristeza.

—No te pongas así que tú ahora estás viviendo un momento muy dulce.

—Me da rabia. —Me adentré en mi oficina sentándome en mi sillón y se puso de lado en el brazo de este. Vi

como Devis seguía de largo a su despacho.

—Piensa que lo está haciendo para joderte. Esa tía lo buscó bajo tierra para que tú te enteraras y estoy segura de que es la misma que me mandó la foto, y si no fue ella mandó a alguien de las oficinas. No llores, que me parte el *cuore* verte así. —Me abrazaba.

—Tengo mucha rabia. —Comencé a secar mis lágrimas.

—Ya está en la calle, no la veremos más y a partir de ahora, me encargo de coger yo el puesto, que a mí estar encerrada siete horas en una oficina me da asquito. Deja de llorar, voy a ir a hablar con mi padre para comunicarle mi cambio de puesto. ¿Vale?

—Tranquila estoy bien.

Solté el aire cuando salió con sus taconcitos a buscar al padre. La adoraba, era un sol de niña, pero ahora no tenía ganas de hablar con nadie. Estaba superdeprimida y hasta me notaba una ligera ansiedad. ¿De verdad? ¿Así de bajo caían los dos? Es que parecía como si los fantasmas del pasado volvieran al presente para jorobarme, no había derecho.

Una hora después se asomó Devis por mi puerta sin entrar hacia dentro.

—Me voy a una reunión, nos vemos mañana —dijo sin un intento de acercarse, en un tono tan frío que sentí que me helaba el corazón.

—Siento el numerito. Lo lamento de verdad.

—Y yo que no le hayas olvidado y hayas sacado esas garras por alguien que no soy yo. Que seas feliz, mañana nos vemos—me soltó sin un atisbo de piedad por su parte.

El «que seas feliz» no puso sonarme más irónico. Pues anda que podía serlo cuando me había dejado sentada de culo. Qué habilidad tenía para congelarme la sangre en las venas cada vez que algo de lo que yo dijese o hiciese le descolocaba.

Sin habla, con la tensión por los suelos y con las lágrimas que comenzaban a cegar mi vista, así me había quedado.

Juro por mi vida que pensaba que me había entendido, y no era como él lo había dicho. Lo mío era rabia, mis sentimientos no eran los mismos por Kiko desde que Devis entró en mi vida. No sé, para mí estaba casi superado, pero lo poco que quedaba no era de la manera que él lo había interpretado.

Sin duda, en mi interior solo quedaba algo del dolor por el daño causado, pero no ya porque continuase queriendo a esa persona y no porque en mi corazón hubiese un ápice de enamoramiento hacia él. Lo que yo sentí fue de nuevo el mazazo de la traición por parte de ambos. Y la traición era lo que dolía, solo eso. Y tampoco fue para tanto. Si eso me llega a pillar sin Devis al lado, me caigo muerta. Como muerta me dejó su reacción.

—¿Qué te pasa? —preguntó asustada Andrea al entrar y verme con la vista perdida, pálida y llorando.

—La he cagado, Andrea —murmuré sin quitar mi vista de ese punto al que miraba.

—¿Por qué dices eso, niña? —Se sentó en el brazo de mi sillón y me echó la mano por el hombro y con la otra limpiaba mis lágrimas.

—Tu padre me ha dicho que siente que no lo haya olvidado y que me haya puesto así por él. Me dijo que mañana nos veríamos y que fuera muy feliz.

—¿Te ha dejado? —Se llevó la mano a la boca.

—Parece que tú también lo has entendido como yo.

—Se va a cagar, deja que lo coja en casa.

—No le digas nada, por favor.

—Espero que eso sea un arrebato porque como haya destruido su felicidad, comienzo a cantar por Camela y te vas a enterar de todo —dijo levantándose para irse.

—Eh, para, ¿de qué me tengo que enterar?

—De ese pasado que él tampoco puede olvidar. —Hizo una mueca y se marchó.

¿Qué pasado y qué leches? ¿Qué estaba pasando aquí? Me dirigí a recepción que ya había cogido ella rápido el puesto.

—A mí dime a qué te has referido con qué él también tiene un pasado que no puede olvidar —le pedí entre lágrimas.

—Nena, no llores aquí que la gente es muy mala. —Me agarró del brazo y volvimos a la oficina.

—Dímelo, por favor.

—Si lo hago me mata.

—Sabes que tu padre nunca haría eso, pero también sabes que, si me lo cuentas en secreto, yo jamás le diré nada.

—¿Me lo juras por mí?

—Te lo juro por ti y por mí —sonreí con tristeza.

—El nunca olvidó a mi mamá…

—¿A tu madre? Solo fue una aventura de poco tiempo, según me dijo.

—Él que quiso que fuera una relación duradera. Mi padre se enamoró perdidamente y ella se quedó embarazada cuando llevaban viéndose tres meses. Al mes de enterarse y cuando él estaba feliz de la vida, ella lo dejó por otro, por otro que precisamente mi padre le decía que veía cosas raras, pero ella lo negaba, hasta que dio un paso al frente y lo dejó por ese. A mi padre lo destrozó psicológicamente en todos los sentidos, luego se enteró que no solo había estado con ese por el que le había dejado, sino que llevaba enrollada el mismo tiempo que con él, con dos más.

»Es una mujer demasiado liberal y poco responsable por lo que me he enterado y no solo por boca de mi padre. Él nunca ha vuelto a estar con nadie hasta que estuvo contigo —murmuró dejándome más en *shock*— Tuvimos que vivir fuera durante un tiempo para que él no se encontrase con ella, porque verla en otros brazos lo hacía enloquecer de celos. Lo ha pasado muy mal. Ella ya ha estado con veinte mil hombres, aquel le duró menos que el embarazado.

—Estoy flipando.

—Mis abuelos obligaron a mi padre a que se hiciera una prueba de paternidad…

—Sois iguales. —Arqueé la ceja.

—Sí, pero de recién nacida eso no se ve como ahora.

—Ya, y con los antecedentes que ella tenía imagino que querían asegurarse.

—Sí. Lo más gracioso es que ella ha intentado volver con mi padre en muchas ocasiones, pero él a pesar de amarla con todo su corazón jamás perdonó que hubiera amado a otro hombre estando con él, porque ella le dijo que lo dejaba muy enamorada del otro.

—Estoy flipando.

—Mi padre se ha enamorado de ti, te lo juro, Aitana. Jamás pudo estar con nadie y a pesar de lo divertido que es, ha llorado por esa mujer todos los días de su vida.

—No sé si reír, llorar, darme dos *chocazos* o tirarme de un puente.

—¿Nos vamos a comer juntas?

—Te lo agradezco, pero lo único que me apetece es tirarme en la cama y cerrar los ojos.

—Mañana todo estará bien. —Me abrazó—. Y, aunque no quieras almorzar nada, al menos coge un poquito de lo mío.

—No quiero, de verdad que no.

—Pues pido algo de picoteo y que nos lo traigan aquí. Sé que ahora no quieres hablar, pero no te voy a dejar sola.

—No estaré sola, mis padres llegarán en un rato a casa.

—Ya, pero hay cosas que las puedes hablar mejor con una amiga que con los padres. Mira, ahora mismo pienso en el mío y es que lo estrangulaba con mis propias manos. Ya voy pidiendo…

—Andrea, no.

No hubo manera de detenerla, ella era muy impulsiva y siempre hacía y decía todo lo que se le pasaba por la cabeza, ¿a quién saldría?

Pidió *sushi* en un japonés muy lujoso que habían abierto cerca de las oficinas.

—Mira qué cuqui lo han servido todo, ¿no me digas que no te entra ni un poquito de hambre?

—Te puedo garantizar que no. Se me ha cerrado el estómago por completo.

—Lo entiendo, no te disgustes tanto. Igual se trata de una ventolera de mi padre y se le pasa enseguida.

—Andrea, tú le conoces igual que yo.

—Ya, que tiene genio para parar el tren. Lo sé muy bien porque lo he heredado. Abre la boca.

—Que no, que no me puedes alimentar así con los palillos.

—Si quieres, voy a la farmacia a por una jeringuilla y te alimento como a un pajarillo o, mejor aún, te lo inyecto en vena.

—No quiero, amor, de verdad que no me entra.

—Pues hablando de eso y para cambiar un poquillo la conversación, a ver si logro que dejes de llorar, tengo algo que contarte…

—¿Te ha ido sensacional con Ricky este finde? Dime que a alguien le ha ido bien, porfi.

—Me ha ido mejor que bien, pero no con Ricky. Es verdad que nos dimos el lote y todo eso, y que el tío está buenísimo. Pero buenísimo de…

—Ya me imagino, vi la foto. Es una monería.

—Pues sí, pero yo tengo metido aquí, en pleno *cuore*—se lo señaló— a Hugo.

—No, si cuando nos empeñamos en lo difícil, somos únicas. Ten cuidado, que no quiero verte sufrir como lo estoy haciendo yo.

—No, yo no pienso llorar por él como una *McDalena*.

—Será como una Magdalena, ¿no?

—No, como una *McDalena*, que son la que ponen ahora en McDonald's… ¿Quieres que te pida una? Si no vas a comer *sushi*, algo tienes que meterte en el cuerpo. Aunque, claro, seguro que vienes ya hartita de meterte cosas con el chalado de mi padre.

—Ni me lo recuerdes, cuéntame lo tuyo, porfi.

—Pues nada, que Ricky me ha servido para ponerle las pilas a Hugo. Ha visto mis publicaciones del Insta y me ha escrito.

—Ya, porque a tus fotos con Ricky no le habrá puesto corazoncitos.

—Ni en broma. Ha reaccionado, pero de otra forma. Hemos hablado y va a reunir el valor para salir del armario

—Ya, y si no, lo sacas tú de un empujón.

—Justo así, de un empujón. —Me miró con cara de malvadilla.

—Me encanta cuando le echas ese descaro a todo, Andrea.

—En esta vida hay que tener morro —me lo dijo poniendo morritos—. Venga, ponlos tú también y nos hacemos un selfi.

—Para eso estoy yo. En cuanto termines de comer, ya estoy en mi casa.

—Vale, pero un trocito te zampas. Abre la boca, que te hago el avioncito.

—Menuda azafata estás tú hecha.

—Que no, que voy pilotando. Venga, abre la boca…

—Pues nada, que Ricky me ha servido para ponerle las pilas a Hugo. Ha visto mis publicaciones del Insta y me ha escrito.

—Ya, porque a tus fotos con Ricky no le habrá puesto corazoncitos.

—Ni en broma. Ha reaccionado, pero de otra forma. Hemos hablado y va a reunir el valor para salir del armario.

—Ya, y si no, lo sacas tú de un empujón.

—Justo así, de un empujón. —Me miró con cara de malvadilla.

—Me encanta cuando le echas ese descaro a todo, Andrea.

—En esta vida hay que tener morro —me lo dijo poniendo morritos—. Venga, ponlos tú también y nos hacemos un selfi.

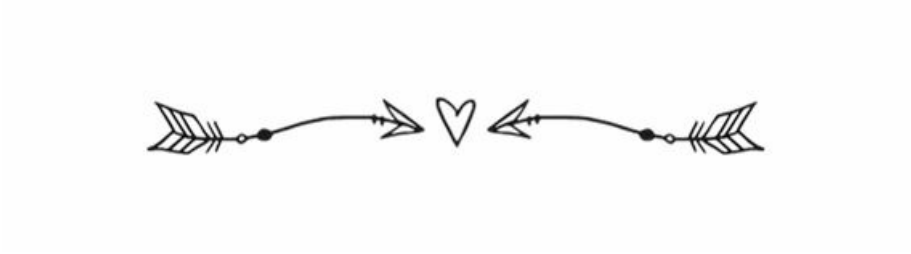
—Para eso estoy yo. En cuanto termines de comer, ya estoy en mi casa.

—Vale, pero un trocito te zampas. Abre la boca, que te hago el avioncito.

—Menuda azafata estás tú hecha.

—Que no, que voy pilotando. Venga, abre la boca…

Capítulo 21



Eran las seis de la mañana y ya estaba en planta tomando un café. Me notaba destemplada y con el cuerpo muy cortado.

La tarde anterior la pasé llorando encerrada en mi cuarto y a mis padres les conté algo por encima, no todo.

Andrea tenía razón en que hay cosas complicadas de contarles y, además, que no deseaba hacerles sufrir demasiado. Bastante tendrían con verme con esa cara devastada. Tampoco quería ponerles en contra de Devis, pues no es mi estilo y, aparte, que albergaba la esperanza de que se pudiese arreglar y habría sido una cagada más

Andrea me había escrito varias veces en la tarde preguntándome cómo estaba y animándome a tomar un café, pero no pude, no tenía las fuerzas suficientes. Bastante tuve con el episodio de *sushi* y el avioncito, que casi termino echándolo por la nariz.

Mi madre se levantó antes y vino a darme ese abrazo con el que volví a soltar las lágrimas que reprimía desde hacía rato.

—Siento que la vida es muy injusta conmigo, mamá.

—No hija, solo será una pelea tonta y ya está. Él se ve que está muy encaprichado contigo. Los sentimientos no cambian de un momento para otro, Aitana.

—No sé, mamá, no sé.

—¿Es que hay algo feo que debiéramos saber? Me gustaría que me lo contases en el caso de que fuese así. Sabes que la confianza entre nosotras siempre ha sido total.

—Lo sé, mamá. No te preocupes por nada. Ojalá tengas razón y todo pase.

Estuvimos un rato charlando en un intento de ella por consolarme, pero el no haber tenido noticias de él y ayer

decirme eso, me tenía completamente desgarrada pensando en que ya no quisiera tener más acercamientos conmigo.

Devis era testarudo y estaba muy dolido. Su errónea interpretación debía llevarle a estar muy escocido, era lo que me temía.

Me costó un mundo arrancar para vestirme, era como un quiero y no puedo, me daba tanto miedo llegar y darme cuenta de que no quería saber nada de mí, que me descomponía con solo pensarlo.

Aparqué el coche y me dirigí hacia la entrada. La sonrisa de Andrea en la recepción me esperaba acompañada de unos abrazos abiertos para cobijarme.

—Está muy enfadado, no le hagas mucho caso —me advirtió dejándome más nerviosa de lo que estaba. Las piernas me comenzaron a temblar y, por un momento, hasta temí irme al suelo.

—Bueno, voy a ver qué me encuentro —le comenté porque, a pesar de todo, no soy de meter la cabeza debajo del ala. Soy más bien de encarar los problemas y cuanto antes, mejor.

Me dirigí a su despacho mientras rezaba interiormente porque la cosa estuviera más floja, pero a la vez sabía que tras las palabras que me había dicho su hija, como que eso iba a ser imposible.

—Hola, Devis —dije asomándome con timidez.

—Hola, Aitana. —Me miró seriamente. Sus ojos parecían estar inyectados en sangre, se le veían las venitas rojas, señal de no haber dormido en toda la noche. De no ser porque no me atrevía a tomarme ninguna licencia, le hubiera llevado un botecito de Vispring para que se le aclarasen.

—Quiero volverte a pedir disculpas por lo…

—Si no es de trabajo, a mí no te dirijas —murmuró mirándome muy seguro de sus palabras y con un rostro que nunca había visto en él, ni con esos ataques de celos que le entró en muchos momentos.

—Te entiendo —murmuré afirmando tristemente—. ¿Necesitas algo?

—Privacidad, solo eso.

—Está bien. —Salí hacia fuera y cerré la puerta con cuidado.

Me dirigí al baño en donde me encerré a llorar un buen rato. Si algo tenía claro es que lo había perdido. Él no perdonó a esa mujer a pesar de amarla y tener una hija en común, no lo iba a hacer conmigo. Para él yo seguía pillada de mi ex y no se le iba a poder demostrar otra cosa. Tristemente algo quedaba en mí, pero nada más lejos de la realidad de que aquello ya estaba casi muerto.

Cuando salí del baño para lavarme la cara allí estaba Andrea esperándome de brazos cruzados.

e

—¿Ya? —se refirió a si había soltado todas las lágrimas.

—Lo he perdido, Andrea —murmuré intentando no romperme—. En sus ojos he visto hoy la decepción y nada de esos sentimientos que antes se apreciaban a través de sus ojos.

—¿Aún lo amas como él cree?

—No, te juro que no, queda algo, tampoco te voy a mentir, pero no lo amo ni desearía por nada del mundo estar con él. Amo mucho a tu padre, demasiado, me enseñó a vivir algo tan fuerte y bonito en tan poco tiempo que se convirtió en mi vida —le confesé—. Pero bueno, la vida está en mi contra. —Le acaricié la mejilla y le di un beso

—Ojalá esto se arregle, te tengo mucho cariño.

—Lo sé, pero sabes que está la cosa complicada. Está obcecado en que siento algo romántico por mi ex, cuando ya no es así. No es así.

—Sí, no te voy a mentir, no te podría engañar.

—Dicen que todo se supera en la vida. Imagino que será cuestión de tiempo.

—¿Quieres que vayamos a comer luego?

—No, en estos días por supuesto que iremos, pero ahora mismo no tengo ánimos de nada.

—Vale, pero que no se te olvide que siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé, preciosa. Hoy, de veras que quiero a irme a casa en cuanto termine. No pidas nada, porfi.

—De acuerdo, basta de encerronas para tratar de sacarte la sonrisa. Eso sí, no creas que te librarás de mi amistad. Pase lo que pase con mi padre, yo voy a seguir en tu vida.

—Eso no hay ni qué decirlo. Por cierto, ¿qué tal lo tuyo con Hugo?

—Como si nos hubiésemos montado en un patinete y le estuviésemos dando caña a tope. Sin casco y sin nada. A tope. No paramos de hablar.

—Ya, no veas cómo conduces el coche y quieres ir en un patinete sin protección. Te doy una colleja que te sabe a gloria.

—Anda, por un segundo he logrado sacarte la sonrisa.

—Se me habrá escapado —le solté afligida.

Se echó a reír sin poder parar.

—Qué payasa, Aitana.

—Lo mismo me dijo tu padre en una ocasión, lo mismo. A veces me recuerdas demasiado a él.

—Pues no será en ese carácter de ogro que le sale de vez en cuando. Mira que le adoro, pero cogía uno de esos paraguas que hay en el paragüero de la entrada y lo desmontaba a paraguazos.

—Por Dios, Andrea, qué cosas dices.

—La verdad, nena.

—Si es que encima tenía que estar lloviendo hoy, normal. Hasta el cielo está triste.

—Pues menos tristezas que aquí no se ha muerto nadie, ¿me oyes?

Me pasé toda la mañana encerrada trabajando y sin dejar de llorar. No podía evitar sentir un vacío y una desolación de lo más grande. Andrea apareció por mi despacho dos veces: una con un café y un sándwich y otra con una cajita de bombones. Era todo un ser de luz que intentaba sacarme alguna que otra sonrisa en estos momentos en los que yo solo concebía el llorar.

No volví a ver en toda la mañana a Devis. Me despedí de Andrea cuando salimos a la par, y nos fundimos en un abrazo.

—Venga, que no se acaba el mundo. Aquí está el tsunami Andrea para lograr que veas un poco de color en un

día como hoy.

—Sí, de color gris. No veas los nubarrones que se avecinan.

—Es verdad, parece que va a caer la monumental. La tarde está para quedarse en casa.

—Yo es que no pienso ir a ningún lado. Antes de conocer a tu padre no salía mucho. Y lo mismo volveré a hacer.

—No te me vengas abajo que no eres un oso para hibernar tú, ¿eh? En todo caso lo es mi padre, que tiene garras el tío.

—No la tomes con él. Contigo es un padre sensacional, Andrea.

—Sí, pero si no te trata bien, a mí me tiene de uñas. Y bien no te está tratando.

—No es tu guerra, no te metas, cariño.

—Que no se te olvide que mi *cuore* está al lado del tuyo. Tu guerra es mi guerra.

En el coche iba escuchando a Camela y llorando como si tuviera quince años y me robaran al amor de mi vida, así sentía yo a ese hombre que no me creía y que me había sacado de manera fulminante de su vida.

Después de lo de Kiko, siempre pensé que ningún otro palo sentimental podría dolerme, ni de lejos, igual. No podía estar más equivocada. El de Devis me dolía más, y eso que lo nuestro había sido muy breve, pero tan intenso…

Llegué a casa y esperé a que mis padres llegaran, solo les hizo falta mirarme para darse cuenta de que yo estaba por los suelos.

—Hija, todo pasará. Para bien o para mal, todo pasará —me decía mi madre mientras se desvestía y yo la miraba desde su cama, en la cual me senté.

—Yo lo que quiero es lo que tienes tú, mamá.

—Aitana, ¿mis joyas? Cariño, que todavía estoy viva, ya las heredarás cuando muera.

—Que no, mamá, sabes que no me refiero a eso. Tu verdadera joya es papá. Seguro que planea llevarte de viaje

como le pediste.

—Más adelante. Ahora no nos iremos a ninguna parte. Tú eres lo primero.

—Sois una pareja envidiable. Ojalá alguien, algún día, me demuestre la mitad del amor que él siente por ti.

No comí a penas a pesar de la insistencia de ellos, pero es que no me entraba nada. Solo necesitaba cerrar los ojos abrazada a mi almohada.

Pasé la peor tarde de mi vida, jamás, ni con Kiko, sentí tanta desolación y desgarramiento. Quería agarrarme a un clavo ardiendo y pensar que pasaría algo y nos daría la oportunidad de volver a estar juntos, pero por otro lado recordaba toda su historia y sabía que eso estaba muy lejos de una posibilidad.

La noche no fue mejor, todo lo contrario. Cuando se hizo la oscuridad, sentí miedo. Miedo a no volver a ver la vida con color nunca más. Miedo a quedarme atrapada en aquella caverna oscura en la que se había convertido mi mente en esos días.

Por la mañana no estaba Andrea en la recepción cosa que me esperaba, ya que me había puesto un mensaje de que llegaba media hora tarde porque tenía que ir a recoger a correos un paquete que no le pudo ser entregado.

Me metí en mi oficina a trabajar y no pasé a dar los buenos días a Devis, ya que no quería provocar nada, pero lo que no sabía es que ese iba a ser uno de mis grandes errores.

—¿Qué pasa que ahora tú eres más chula que nadie y puedes ponerte a trabajar sin preguntar si quiera si necesito algo? Deja de mezclar las cosas, que aquí tienes una responsabilidad.

—Perdón, no quise molestar.

—Quiero los expedientes de Málaga a última hora en mi mesa, y con todo correlativo.

—Lo tendrás.

—Hasta mañana —dijo marchándose, ya que tenía varias reuniones.

Me quedé afligida, con un nudo en la garganta que no podía quitar de ningún modo. Cuando llegó Andrea rompí a llorar de un modo que hasta ella terminó desgarrada y diciendo que no soportaba verme así.

Pasé toda la mañana sin levantar cabeza e incluso salí una hora más tarde, ya que quería dejar todo bien atado.

Le dejé los expedientes encima de la mesa antes de marcharme y me dirigí hacia la calle para irme a mi casa.

La tarde no fue mejor y mis padres estaban desesperados de verme así, hasta a mi padre le escuché decir algún que otro disparate refiriéndose a Devis.

Lo que no sabía que lo del miércoles había sido una broma para lo que me esperaba el jueves…

—Buenos días, preciosa —me dijo Andrea.

—Hola, cariño. —La abracé con tristeza—. ¿Está tu padre en su despacho?

—Sí —murmuró y pude ver en su rostro que ese hombre seguía igual.

Me dirigí a su despacho nerviosa perdida, sentía que las piernas me iban a flaquear en cualquier momento.

La puerta estaba abierta y me asomé.

—Buenos días, Devis ¿Necesitas algo?

—No, nada. —Su mirada no era la que yo conocía y me hacía sentirme tan pequeñita que solo quería desaparecer.

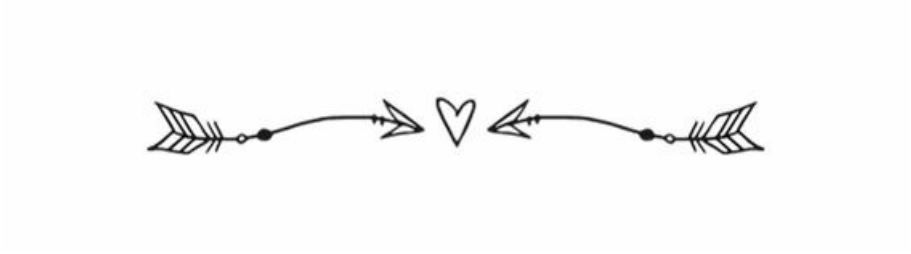
—Cualquier cosa estaré en mi despacho.

Ni me contestó y eso dolía tanto como esa mirada que desconocía y que me daba mucho miedo. Miedo porque no veía en ella nada de lo que un día nos hizo vibrar.

Pasó toda la mañana sin penas ni gloria, con una Andrea que venía a darme algún que otro abrazo, pero sin rastro de Devis, al que no vi ni siquiera al salir.

Lo peor de todo es que ya no lo vería hasta el lunes, dado que era fiesta al día siguiente. Tenía todas en contra mía. El fin de semana se presentaba horriblemente mal. Me dolía pensar en el anterior, en lo distinto que había sido todo. Perdí a Devis y todo mi mundo se desmoronó, se vino abajo como si de un castillo de naipes se tratase. El dolor era total en mí y las lágrimas serían mis compañeras en el peor finde de mi vida.

Capítulo 22



Viernes por la mañana y ayer, según mis padres, tenía una depresión de caballo…

Ellos tampoco trabajaban hoy, ya que disfrutaban de sus días festivos como el resto de los mortales. Además, tenían la suerte de tener turnos fijos y sin guardias. Se habían ganado ese privilegio con los años. Contaban con mucha calidad de vida y yo me alegraba inmensamente por ellos de que así fuese.

Era ya mediados de noviembres y el frío se comenzaba a sentir bien fuerte. Abrí la ventana y sentí como si me hicieran un *lifting*, tuve que cerrarla de inmediato. Al menos ya no llovía, porque durante la noche cayeron chuzos de punta.

Las tormentas siempre me habían puesto nerviosa y pasé una noche de perros. Una noche desvelada en la que, s no me levanté y me metí en la cama de mis padres, fue porque me dio vergüenza, ya que por mi gusto lo habría hecho. Pero claro, ya no era una niña y hacía años que no me daba por hacer algo así.

Los escuchaba hablar desde la cocina y salí a tomar un café con ellos. Había retardado el momento porque me costaba un mundo salir de la cama.

—Pero bueno, ¿qué haces aquí? —pregunté riendo al ver a Andrea sentada en la cocina con mis padres tomand el café.

—Mira que chica más mona nos ha visitado hoy —murmuró mi madre.

—Ya te digo. Vaya si es guapa —dije agachándome y dándole un beso en la mejilla a ella y luego a mis padres.

—Aquí que he venido a levantarte el ánimo.

—Pues tienes faena —sonreí mientras me preparaba un café.

—He pensado en que nos podemos ir a dar una vueltecita con mi coche.

—No, claro que no, me niego por completo. —Me reí causando una risa en todos ellos que estaban al tanto de las peripecias de esta adorable niña al volante.

—¿En serio no te fías de mis conducciones magistrales?

—No mucho, ¿para qué voy a mentir?

—He mejorado mucho en estos días, niña, si ya voy como «una potra salvaje». —Se puso a cantarla con ese tono que a mi madre se le caía la baba y mi padre no dejaba de alucinar muerto de la risa mientras ella se sentía toda una cantante.

Hasta tiró de mi brazo mientras hacía ese paso tan característico de avanzar hacia delante de la cantante y me hizo tararear el estribillo con ella.

Después de tomar los cafelitos y las tostadas, subimos a mi habitación a la par que le enseñaba la casa.

—Me encanta, ¡cuánto glamur, niña! Qué gusto tienen tus padres y mira, muero con tu habitación. Esto es una joya. Cualquier noche me quedo aquí a dormir contigo.

—Cuando quieras.

—Joder, qué cómoda —dijo tirándose a plomo en la cama y dejando las piernas por el aire.

—Hasta los huevos te he visto —dije llorando de la risa.

—Bien grandes que lo tengo, si es que yo soy como un Kinder sorpresa, tengo para todo y todos. —Se rio en plan supercursi y me tuve que echar a reír—. Que ganas tengo de ver a Hugo esta noche. —Rio a la vez que aplaudía—. Pero eso sí, mañana me vengo a dormir contigo.

—No me digas que has quedado con él. Eso no me lo habías contado.

—Sí, sí. Es que me da hasta un poco de pena. Como tú estás así.

—Ya, llorando por las esquinas. Pero eso no quiere decir nada. Que yo me alegro tela por ti.

—Vale. Entonces te iré contando. Tengo muchas ganas de verle, aunque espero que espabile y que todas las cosas que me ha dicho sean verdad, porque si no, le voy a dar una patada en el culo que lo sacaré de la ciudad.

—No te pongas en lo peor, que no tienes ningún motivo para pensar mal de él.

—No, pero es un hombre y son un todos un poquito…

—Impredecibles, ya.

—Iba a decir cabrones, pero vale, tú eres más fina. —Se hartó de reír—. Bueno, pero ahora nos vamos las dos a tomar unas tapitas y cervecitas.

—Si bebes no conduces.

—Yo cervecitas sin alcohol, que eso lo dejo para esta noche.

—Vamos mejor en mi coche.

—¡Guau, nena! ¡Qué emoción, me vas a dejar conducir tu coche! ¡Qué sorpresa, estoy *in love*!

—En el tuyo, en el tuyo, nos vamos en el tuyo —dije cambiando de opinión, que a mi coche le tenía yo más respeto que a mis padres. Anda que no lo cuidaba.

—Ya me extrañaba a mí. —Se puso la mano en la boca mientras se reía.

Me vestí sin ganas, pero después de la chiquilla venir hasta aquí y hacer de todo por animarme, ¿cómo no iba a ir con ella? Lo que peor llevaba era el tener que aguantarla al volante, eso como que para mí eran de las cosas más tenebrosas que había vivido.

Nos despedimos de mis padres a los que les dijo que mañana vendría a dormir y nos fuimos hacia su coche.

Me persigné tal como me puse el cinturón de seguridad.

—Eres muy exagerada, nena —dijo arrancando el coche teniendo la primera metida y eso dando un zarandeo para venirse abajo.

—Exagerada dice… —Solté el aire—. ¿Conduzco yo?

—No, no, que contigo yo tampoco me siento segura —dijo la muy descarada, bromeando obviamente.

—Será verdad. —Me reí.

Salió del aparcamiento y ya se llevó la pitada de un coche por no mirar antes de incorporarse. Empezábamos de puta madre.

—Tú tranquilita, no pises el acelerador y mantente a este ladito sin perder la distancia de seguridad —dije provocando que lo pisara y adelantara a dos coches en plena ciudad—. No digo nada más. —Me puse pálida agarrándome al reposabrazos cuando vi que la policía le hacía señas para que se echase a un lado.

—Otro gilipollas —dijo haciendo caso.

—Mis muertos, es Kiko, lo que me faltaba —le dije viendo a mi ex, quien estaba allí presumiendo de uniforme, para no variar.

—Buenas tardes —dijo asomándose por la ventanilla. Momento en que me vio—. Vaya sorpresa, Aitana… — Se le cambió el tono de voz. No se corrió de milagro al creerse en una situación de superioridad. Era lo peor, el se más miserable con el que me había topado en todos los días de mi vida.

—Que te den por culo—le contesté sin pensármelo.

—Eso, que te den por culo —repitió Andrea.

—Pues multita para las dos por insulto a un agente de la autoridad y os la pondré con la máxima que son seiscientos eurillos. Y dame tu DNI, el de ella me lo sé de memoria.

—Eso no es, solo el papel higiénico con el que me limpio el culo vale más caro que eso —dijo Andrea y luego echó su risita. Menuda era ella. Si ese impresentable se había creído que cerraría la boca, así como así, la llevaba clara.

—¿Algo más? —le pregunté como dejándole claro que nos queríamos ir.

—Otra multa de doscientos euros por adelantar en un carril que no estaba permitido. Y espera que piense —hiz como que entrecerraba los ojos—, porque seguro que se me ocurren varias infracciones más.

—Y ponme otros cien por mandarlo a la mierda, anota. Ah no, que no puedes poner doble infracción por una misma infracción, que te puedo estar mandado a la mierda de aquí a que nos des vía libre. Por cierto, ¿folla bien Paula?

—¿Y a ti? ¿Te gusta dar o que te den? —preguntó Kiko apretando la mandíbula y bajando la cabeza para verno

a las dos bien cerquita.

—Siempre que me den, pero oye, que también doy y bien duro. —Se mordió el labio mi niña. No, con ella no la iba a tomar porque, a poco que lo hiciera, se las vería conmigo.

—Kiko, mídete con alguien de tu edad —le reté.

—Aitana, no me hagas reír. Contigo no tengo ni, para empezar.

—Ya, eso me quedó claro en su día, cuando me di cuenta de que necesitabas liarte con más tías. Y te creerás más hombre por eso. Tú eres un asqueroso por muy temprano que te levantes y por muy duchado que vengas.

—¿Te sigue poniendo mi perfume, Aitana?

—Sí, me pone de los nervios. Me repugna tela.

—Qué tonta eres. Ni que no supiera que todo lo dices por despecho. Bueno, menos cháchara, aquí tenéis vuestro regalito —dijo tirando las multas hacia dentro del coche con el DNI de ella también—. Puedes seguir.

—Por cierto —le dijo ella frenándolo—. Tú no tienes competencia para poner una multa de tráfico, ni de este tipo por haber retenido el coche sin llamar a los agentes competentes como son los municipales o locales, esto sabes que no es legal, con lo cual —rompió las multas—, dale gracias a mi generosidad de que no te voy a denunciar ante la fiscalía por acoso a tu expareja y usar tu puesto para amedrentarla. Dicho esto —tiró los papeles afuera de la ventanilla— que tengas un buen día, señor chulo de mierda.

—Joder, lo has dejado blanco.

—Que venga a por otra, que yo aún no estudié la carrera, pero conocimientos tengo más que el gilipollas este. A ti no te trata de joder nadie delante de mí porque me lo llevo por delante si es preciso.

—Mira para adelante que viene una rotonda. —Me volví a persignar—. Y a uno te lo llevas por delante fijo, en eso estamos de acuerdo.

—Que no, que tienes que reconocer que ya voy mucho mejor, ¿o vas a decir que no?

—Yo no digo ni mu. Más que nada porque voy rezando.

Menos mal que donde íbamos estaba cerquita porque yo tenía una fatiguita que no podía con ella, se me había

venido todo el café hacia arriba. Me tuve que pedir una Coca-Cola para quitarme esa sensación que se me venía hacia arriba.

—¿Qué tal está tu padre? —le pregunté como con la esperanza de que me dijese que se había producido un milagro y que ya iba aflojando.

—De ese ni hablemos, no se aguanta ni él, parece que lo han abducido. Te juro que me tiene ya más cabreada que a una mona.

—Pero contigo estará normal.

—No, conmigo no está normal, conmigo las paga todas y te puedo garantizar que lo quiero mucho, pero que en cualquier momento arde Troya porque no lo aguanto, ese malhumor, no. Yo no tengo la culpa de que esté amargado por haberte dejado, porque en el fondo es eso lo que le pasa.

—Se le ha ido un poco todo de las manos. Más bien es eso.

—Muchísimo. Pero que todo viene por lo mismo. No sabe controlar su genio ni sus celos y lo paga con las demás. Se está colando y yo ya se lo he advertido; que le va a pasar factura.

—También he pensado que está con rabia porque no puede olvidar a tu mamá. Quizás sea eso, y yo no haya sido más que una especie de pasatiempo para él.

—Mi padre el tiempo que ha estado contigo es el en que más feliz lo he visto. Sí que conmigo siempre fue muy risueño, cariñoso y divertido, pero estaba viviendo algo bonito contigo y lo transmitía más. Ahora está hecho un desastre, da pena. Créeme, Aitana, esto ya no tiene nada que ver con mi madre. Él la amó, la amó muchísimo, pero lo superó contigo. Y ahora quien le tiene así de mal eres tú.

—No hay manera de hablar con él.

—No sufras, no te lo mereces, tú lo has querido mucho y se ha notado.

—Y lo quiero más de lo que se pueda imaginar.

—Lo sé. —Se levantó y se puso de cuclillas para abrazarme.

—Tranquila, poquito a poco estaré mejor —murmuré—. Por cierto, dice que tu madre intento volver con él en alguna que otra ocasión.

—Por no decir infinitas.

—¿Y contigo no quiso tener un acercamiento?

—Sí, en dos ocasiones, pero yo no soy tonta ni mi padre tampoco, sabíamos que era para ganárselo a él. Yo le dije claro que conmigo ni un saludo, que soy mucha mujerona para tan poca madrecita. Si me abandonó por ser brillante, que se joda, que mi brillo sigue más prendido aún. A mí no me va a utilizar, eso te lo aseguro.

—Vales mucho, Andrea y conmigo has sido muy buena.

—Y lo seré, no te quepa la menor duda —dijo cogiendo mi mano—. Lo que haya pasado entre mi padre y tú, o más bien lo que ese cabezota se haya querido imaginar, queda al margen de nuestra amistad.

Después de estar un par de horas con ella, me llevó de regreso a mi casa, no sin antes meterme un par de sustos con el coche.

—No vemos mañana.

—Sí, haremos una fiesta pijama, todo el día así —dijo emocionada.

—Ten cuidado con el coche, por favor.

—Sí, mi amor, si a esta cosita la tengo dominada.

—Bueno, te me cuidas. —Le di un beso en la mejilla.

—Chao, bombón mío.

—Adiós preciosa —sonreí.

Pese al evidente miedo que volví a pasar al ir en el coche con ella, porque el hecho de que Andrea fuese de piloto era deporte de riesgo, le agradecí mucho su visita.

Ella era un ser de luz de esos que lo iluminan todo a su paso. La quería muchísimo y no podía evitar la pena al recordar cuando, en broma, en alguna ocasión me llamó «madrastra». Ojalá hubiera salido lo mío con su padre, ojalá hubiésemos podido ser una familia.

Llegué a casa justo para comer, aunque había tapeado algo y con lo cerrado que tenía el estómago no me

apetecía nada, pero hice un esfuerzo para no despreciar ese arroz meloso que tenía tan buena pinta.

Mis padres estaban haciendo todo lo posible por mimarme y, en la medida que pudiera, yo debía corresponderles. Los amaba mucho, muchísimo, lo mismo que ellos a mí. Admiraba su relación y no podía dejar de pensar que nunca tendría la suerte de ambos al haber encontrado al otro en su vida.

El resto del día lo pasé cabizbaja, en la habitación y llorando, ya que echaba mucho de menos a Devis, pero es que no me quería ni ver, esa era mi pena.

Si al menos me dejase acercarme y hablarle. Pero, no, Devis era tozudo a más no poder y se había cerrado en banda. Por muchos intentos que hiciera, no lograría nada. Eso ya lo tenía bastante claro, lo cual me hacía jirones e corazón. Ojalá no le quisiera tanto.

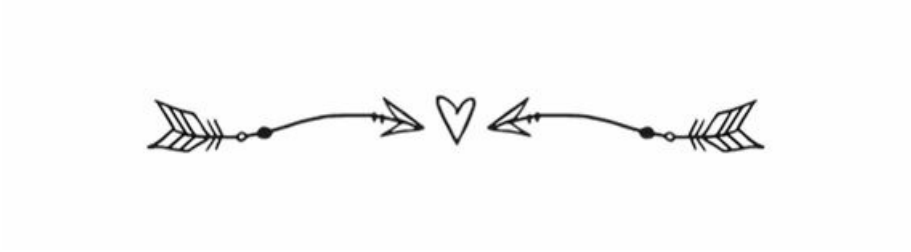
apetecía nada, pero hice un esfuerzo para no despreciar ese arroz meloso que tenía tan buena pinta.

Mis padres estaban haciendo todo lo posible por mimarme y, en la medida que pudiera, yo debía corresponderles. Los amaba mucho, muchísimo, lo mismo que ellos a mí. Admiraba su relación y no podía dejar de pensar que nunca tendría la suerte de ambos al haber encontrado al otro en su vida.

El resto del día lo pasé cabizbaja, en la habitación y llorando, ya que echaba mucho de menos a Devis, pero es que no me quería ni ver, esa era mi pena.

Si al menos me dejase acercarme y hablarle. Pero, no, Devis era tozudo a más no poder y se había cerrado en banda. Por muchos intentos que hiciera, no lograría nada. Eso ya lo tenía bastante claro, lo cual me hacía jirones el corazón. Ojalá no le quisiera tanto.

Capítulo 23



Sábado por la mañana y cada vez me notaba más cabizbaja y peor…

—Buenos días, familia —dije entrando en la cocina donde estaban con su cafelito.

—Buenos días, preciosa. Vaya carita.

—Necesito un café, me voy al porche a tomarlo que me fumaré un cigarrillo. Lo necesito.

—Vale, pero por favor contrólalo, no vuelvas a caer como antes que fumabas mucho —me pidió mi padre preocupado, como era normal.

—Tranquilo, hoy no creo que me fume más de treinta o cuarenta —bromeé causando una risa. Algo era algo. A menos me había salido con él, porque se lo merecía.

—Fuera hace frío, hija. Sácate la estufa portátil y te la pones al lado.

—Es verdad, mamá, ni la recordaba, ahora la saco del trastero.

—Voy yo mientras te preparas el café y me haces otro, me voy afuera contigo —dijo mi padre.

—Pues yo voy a darme un baño, me apetece.

Preparé los cafés y lo saqué hacia fuera y ya mi padre había enchufado la estufa en el porche y me había dejado sobre uno de los sillones una mantita. La verdad es que se estaba bien y me apetecía que me diera el aire. Necesitaba respirar el fresquito de la mañana y, aunque tenía toda la razón en que las temperaturas se habían desplomado, me vendría genial.

—Hoy viene Andrea a quedarse, ¿no?

—Sí, papá, ¿pedimos algo de comer a la calle?

—Había pensado en *sushi*. ¿Qué te parece?

—Sí, a ella le gusta mucho y a nosotros también. El otro día, sin ir más lejos, volvió a pedirlo, aunque yo no quería comer. Si la llegas a ver haciendo el avioncito para convencerme…

—Anda, pues como yo cuando eras peque.

—Algunas veces me gustaría volver a ser peque, papá —suspiré.

—Y a mí que lo fueras para ahorrarte sufrimientos. Lástima que no sea posible. ¿Estás algo mejor?

—Un poquito, pero solo un poquito. No te quiero preocupar, pero tampoco mentirte.

—Es que no puedes hacerlo, hija. Por mucho que lo intentes, no lo lograrías. Te cazo las mentiras al vuelo. No tengo más que mirarte.

—Lo que tienes es mucho peligro, papá. De pequeña creía que tus ojos eran como rayos X.

1 —Bendita inocencia, Aitana. Si estás mejor de verdad, esta noche salgo con tu madre.

—Contaba con ello, pero tranquilo, haremos una sesión de pelis y palomitas.

—Perfecto. Me gusta mucho esa chica, es muy noble y simpática.

—Lo es, es una de las mejores personas que he conocido en el mundo y está muy pendiente a mí.

—Con lo del padre me he llevado una gran decepción, y si no fuera porque tú lo ibas a pasar mal, ya me hubiera colado a decirle unas cositas. No tiene derecho a tratarte como te ha tratado, las cosas se hablan. Odio que nadie le haga daño a mi niñita. —Me colocó el brazo por encima en un gesto protector.

—Da igual, papá, en esto te tienes que quedar a un lado. Soy mayorcita, pese a que te cueste asimilarlo, y tengo que aprender a solucionar mis problemas, cosa que no hay ninguno, simplemente que no quiere saber nada más de mí de otra manera que no sea laboral.

—Lo hago por ti, pero que faltas no me ganan.

—No se te ocurra hacer ningún comentario feo del padre delante de Andrea. Eso te lo pido como un favor personal. No se merece sufrir. Bastante le ha tocado pasar en la vida con el abandono de su madre. Y con el carácter de su padre, que ahora se está comiendo el marrón de sus movidas mentales.

—Hija, ella no tiene culpa de nada, pero no se me ocurriría, ante todo es su padre y ella puede enfadarse y decir lo que quiera de él, que eso no significa que no le haga daño lo que digan los demás, solo ella tiene derecho.

—Así es. Porque yo me puedo enfadar contigo y decir que eres un cabrón por cómo me siento en esos momentos, pero que a nadie se le ocurra decírtelo porque le saco los ojos.

—Eso es. —Me acarició la mejilla y cogió un cigarrillo de la cajetilla.

Mis padres no fumaban, pero, sin embargo, habían tenido el arte de poder disfrutar fumando un cigarrillo de vez en cuando y no pasar de ahí, por ejemplo, los sábados cuando salían no fumaban, pero si se encartaba se fumaban uno y ya, no por eso iban a por otro.

Eran muy comedidos en todo y encontraron un perfecto equilibrio en su vida. Un verdadero ejemplo que siempre tenía presente porque, de entre todos los padres del mundo que me hubieran podido tocar en suerte, caí en manos de los mejores. Y lo mismo pensaba de mis abuelos.

Y volviendo al tema del cigarrillo, ahora quería acompañarme con uno, era empatía más que ganas, conocía a mi padre y más que machacarme intentaba acompañarme en estos momentos en los que veía que lo estaba pasando muy mal.

Mi padre se fue a la cocina para prepararme otro café y unas tostadas. Se lo agradecía en el alma porque estaba tan a gusto en el porche que me apetecía quedarme ahí un buen rato, inmersa en mis melancólicos pensamientos.

Me conformaba con muy poquito, a mí nadie me tenía que traer la luna, con su aroma y estar entre sus brazos me sobraba el resto del mundo, hasta el buen vino y la comida, con él una tostada con manteca era un manjar, pero ahora no tenía nada, lo había perdido todo y lo echaba tanto de menos que me dolía en el alma. Y ese nudito de la garganta que no cesaba.

—Mira qué pinta más rica —dijo mi padre poniendo el plato alargado delante de mí.

—Guau, papá —no podía tener más clase preparándola—. Qué pinta todo.

—A comer, he dicho.

—Lo intento, pero estoy segura de que algo comeré.

La tostada tenía una fina capa de queso blanco, luego encima una rodaja de pavo, otra de queso fundido pincelado con mermelada de fresa.

Estaba de vicio, metí un gemido que hacía mucho que no daba, hasta a mi padre se le escapó la risilla de escucharme.

—Eres el mejor cocinero del mundo.

—Gracias, hija. El secreto está en prepararlo con amor. Voy a ver a tu madre que capaz es de haberse dormido en la bañera.

—Vale.

Cinco minutos después me entró un mensaje.

Andrea: *Cari, 'good morning', estoy en el centro comercial comprando unos pijamas iguales para las dos y ya voy para tu casa. ¿Qué número de pie tienes? Es que hay unas zapatillas a juego de lo más 'fantasy'.*

Aitana: *Hola, bombón. Mi número es el treinta y ocho. Sabía yo que ibas a hacer una de las tuyas. Compra palomitas y muchas chuches en la tienda del centro, luego te paso Bizum.*

Andrea: *Ya las compré jajaja. En nada estoy por tu casa.*

Aitana: *Cuidado con el coche…*

Andrea: *Soy la mejor piloto del mundo, nena.*

Un ratito después la escuché llegar y salí a recibirla en la puerta.

—Por Dios, ¿has comprado medio centro?

—No, *love*, solo lo imprescindible para que nos sintamos divinas en el día de hoy. A tu mamá también le compré el mismo pijama y a tu papá en versión de hombre.

—No tenías que haberte metido en eso. Además, ellos salen esta noche.

—Te confieso una cosa…

—Dime. —Me aparté para que pasara para el jardín.

—El abuelo ayer me dio un aguinaldo para que comprara cosas para las dos hoy y también me dijo que me acordara de tus papis.

—Jo, Samuel, cómo lo echo de menos.

—Quinientos pavos que me dio, así que ahora verás todo lo que he comprado, hasta mascarillas para la cara para ponernos luego con todo el glamur. Estoy loca por ponerme el pijama. ¡Hola! —Levantó la mano para saludar a mi padre que estaba en el porche de nuevo.

—Hola, guapísima. —Le dio dos besos—. Pues sí que vienes cargada.

—Tranquilo que solo vengo por veinticuatro horas.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, Andrea.

—¡Ay que mono! Te has ganado otro besito. —Se fue para él y le besó la mejilla. Mi padre se meaba de la risa.

Mi madre apareció y le dio un abrazo.

—Estás preciosa, Andrea.

—¡Qué bien! —dijo ella emocionada—. Esta bolsa es para ti y para tu marido. Lleva un par de pijamas, una caja de bombones y unas mascarillas para la cara para que estéis divinos para esta noche.

—Gracias, cariño, no debiste…

—Fue mi abuelo que me dio dinerito y me dijo que lo invirtiera en todos. Es verdad que las mayores beneficiadas hemos salido nosotras dos. —Se reía.

—Vamos al cuarto a soltarlo todo —le dije tirando de ella y cogiendo las bolsas.

—Que de cosas monas, ya estoy duchada y todo, solo es ponerme el pijama y ya estamos a dúo.

—Yo me tengo que duchar, pero te dejo en el cuarto o bajas al jardín. Yo no tardo.

—Mira te enseño.

Sacó unos pijamas en rosita y blanco de cuadritos en plan pantalón y chaquetita, debajo tenía una camiseta en blanca con los ribetes bordaditos. Tenía un gusto la niña que era increíble. Las zapatillas eran tipo bailarina blancas de pelito. Traía además dos batas blancas del mismo tejido que las zapatillas y una bolsa a reventar de bolsitas de chuches de todos los tipos, palomitas de colores, normales y un montón de chocolatinas. Ni en Reyes que mis padres se pasaban tres pueblos, había tantas chuches como en esa bolsa.

—Madre mía, hasta ropa interior —dije abriendo una cajita con unas bragas y un sujetador deportivo de lo más cómodo y bonito.

—Yo también me hice del mismo conjunto —dijo ella feliz causándome una risilla.

Me metí en la ducha y cuando salí me puse el pijama nuevo con la ropa interior y las zapatillas. Eran una cucada. A ella me la encontré igual en el cuarto haciéndose fotos. Estaba preciosa.

Bajamos y mis padres estaban ya con sus pijamas también puestos. Habían tenido todo el detalle de hacerlo. Nos tiramos una foto que pidió Andrea los cuatro juntos.

—Voy a pedir *sushi* para comer —le dijo mi padre a ella.

—Me encanta, sí, sí, es mi pasión. Yo debo tener algo de japonesa.

—Pues no se hable más —sonrió mi padre.

Mi madre abrió una botella de vino y puso unas patatas chips, olivas y un platito de jamón del que me regaló el abuelo. Nos sentamos en el porche a charlar de lo más abrigaditos y cómodos. Andrea estaba de lo más divertida contando su noche anterior.

Estuvimos sentados hasta que llegó la comida, que también la hicimos en el porche y es que se estaba genial.

El *sushi* llegó y Andrea se frotó las manos al ver la bandeja con cien piezas.

—Niñas, me voy a poner púa —dijo aplaudiendo y riendo de lo más feliz.

Después de comer nos echamos un rato y nos despertamos a las siete de la tarde después de dormir las dos juntas una siesta de campeonato en mi habitación.

Mis padres ya estaban preparándose para salir a cenar con los amigos y de fiesta, como cada sábado y nosotras fuimos directas a prepararnos un zumo de naranja que nos llevamos al salón.

—¡Qué guapos, por favor! —dijo ella al verlos, levantándose y poniéndose sus manitas en la boca.

—Quedaros aquí, ahora ya empieza a hacer frío en el porche por mucha estufa que pongáis —nos dijo mi padre

—Tranquilo, que de aquí no nos movemos.

—Cualquier cosa nos llamáis.

—Mamá, disfrutad, estaremos bien. Vamos a pedir *pizzas*.

—Toma os invito yo —dijo mi padre sacando un billete de cincuenta euros y dejándolo sobre la mesa.

—Gracias —dijimos al unísono.

Tal como se fueron, nos fuimos al baño a lavarnos la cara con mis productos y luego nos pusimos la mascarilla. Regresamos al salón y nos tiramos un selfi con ella puesta y los pijamas iguales. Quedó de lo más bonita.

Cogimos un bol grande y metimos todas las chuches y en el otro pusimos las palomitas sin abrir para cuando llegase el momento. Lo dejamos todo sobre la mesa para más tarde, primero tocaba cenar y fuimos pidiendo las *pizzas* por la aplicación.

Ella salió a recogerlas a la puerta mientras yo preparé la mesa con los vasos, servilletas y refrescos. Nos sentamos en el sofá de nuevo, ya que lo había colocado en la mesa de delante.

Mientras comía las *pizzas* me acordaba de ese viaje a Roma donde viví momentos desagradables, pero otros de lo más bonitos. Dolía mucho. Dolía porque lo echaba tanto de menos que me desgarraba. Intentaba disimular con Andrea, pero ni ella era tonta, ni yo lograba esconder ese sufrimiento por el que estaba pasando.

—No pienses más, que se te pone la carita muy triste.

—Tranquila, ahora vemos una peli y dejo de pensar. Pero antes me tienes que contar qué tal te fue ayer con Hugo.

—Sí, claro y yo me chupo el dedo, por lo de que dejas de pensar, digo.

—Lo intento al menos. ¡Oye!, quien tiene muchas cosas que contarme eres tú, porque ardo en deseos de que me sueltes qué tal te fue ayer con Hugo.

—Pues mira, no te creas que terminé la noche dando botes de alegría. Ni otro tipo de botes tampoco, no me mires así, *love*.

.

—¿Y eso por qué? ¿Las cosas no fueron todo lo bien que deberían?

—Ni la cuarta parte. Ese mucho cascar de que va a salir del armario, pero cuando le ves en persona, te das cuenta de que sigue encerrado en él. Y bien escondido, para mí que se hace un ovillo y se mete en el altillo.

—Pero bueno, ¿y entonces a qué está jugando?

—Supongo que igual sí quiere, pero, a la hora de la verdad, se hace caquita en los pantalones. Y yo para eso no estoy, que valgo mucho, nena.

—Claro que vales mucho. Vales muchísimo. Será idiota el niño.

—Sí, sí, pero que como no espabile, ya te digo yo que se va a acordar de mí… Y de toda mi familia. Conmigo no juega, antes le doy una patada que se cae el armario entero con él dentro, aunque sea empotrado se cae. Te lo juro por mi coche, que es una de las cosas que más quiero en el mundo.

—Pues para quererlo tanto, a ver si lo cuidas un poquito más, *darling* —reí— que un día lo estrellas. Y no será eso lo peor.

—Ya, sino que estrelle mi preciosa cara.

—No lo digas ni en broma, que te pasa a ti algo y me da un telele.

—A mí no me puede pasar nada malo, soy un poco brujilla y me echaron un conjuro.

—Pues a mí me echaron otras cosas que no son un conjuro… Ay, Dios, mejor no lo recuerdo.

—Cambia el tema, que ningún tío se merece el reflejo del sufrimiento en tu carita bella. ¿Has pensado qué tipo de peli quieres? Porque tendrá que ser algo divertido, no te veo yo a ti para mucho drama.

—No, drama no, por favor. —Me reí.

Al final nos decantamos por una comedia de una familia que se iba de vacaciones y la liaban parda. Lo que nos reímos con ella fue lo más grande y me valió como un alto en esa tristeza que me embargaba.

Luego nos decantamos por ver unos documentales de personas desaparecidas y toda la investigación para esclarecer el caso. Eso sí, de no querer comer, ahora me estaba poniendo las botas con las chuches y palomitas.

Nos acostamos a la una de la madrugada. Al yo tener una cama de matrimonio grande, ella se volvió a acostar conmigo como a la tarde con la siesta.

Esta adorable niña no sabía que además de hacerme mucho bien, me traía un pedacito de ese hombre que amaba y que sentía que había perdido.

La vida era injusta y como tal, debía de entender que no todo se podía tener, pero yo pedía muy poco, no sentía que fuera una egoísta que pidiera el mundo o lo quisiera todo, solo lo quería a él y lo echaba tantísimo de menos que me dolía en el alma.

Nos reímos un rato antes de quedarnos dormidas, y es que ella parecía que me leía los pensamientos y soltaba todo lo que por mi mente se pasaba.

Al final nos decantamos por una comedia de una familia que se iba de vacaciones y la liaban parda. Lo que nos reímos con ella fue lo más grande y me valió como un alto en esa tristeza que me embargaba.

Luego nos decantamos por ver unos documentales de personas desaparecidas y toda la investigación para esclarecer el caso. Eso sí, de no querer comer, ahora me estaba poniendo las botas con las chuches y palomitas.

Nos acostamos a la una de la madrugada. Al yo tener una cama de matrimonio grande, ella se volvió a acostar conmigo como a la tarde con la siesta.

Esta adorable niña no sabía que además de hacerme mucho bien, me traía un pedacito de ese hombre que amaba y que sentía que había perdido.

La vida era injusta y como tal, debía de entender que no todo se podía tener, pero yo pedía muy poco, no sentía que fuera una egoísta que pidiera el mundo o lo quisiera todo, solo lo quería a él y lo echaba tantísimo de menos que me dolía en el alma.

Nos reímos un rato antes de quedarnos dormidas, y es que ella parecía que me leía los pensamientos y soltaba todo lo que por mi mente se pasaba.

Capítulo 24



Lunes por la mañana…

Me sentía cada vez más de capa caída y con una tristeza increíble.

El día anterior, Andrea se fue después de merendar, ya que se pasó casi todo el domingo en casa con nosotros. La verdad que haberla tenido a mi lado había hecho todo más llevadero.

Mis padres se acababan de despedir mientras yo me tomaba el segundo café de la mañana. Fregué el vaso antes de irme hacia el coche.

Puse la emisora de radio y ni estaba pendiente a la música ni a nada, solo a mi corazón, ese que estaba nervioso por ver a Devis, pero también sentía miedo. ¿Me habría echado de menos el fin de semana? Yo seguía agarrada a cualquier clavo ardiendo.

Cuando llegué, ya estaba Andrea en la recepción de lo más guapa y sonriente.

—Hoy el mal follado está de peor humor que nunca, pero te digo una cosa, que él está perdiendo porque ayer le puse fino filipino, lo llamé de todo menos bonito —murmuró a mi oído.

—No te metas, Andrea, cariño. Es tu padre y como tal fue todo un ejemplo. Sabes lo que te quiere.

—Pero yo lo estoy viendo destruirse por culpa de tener una barrera delante que no es capaz de derribar, y si le tengo que abrir los ojos a punta de directas, no me voy a cortar ni un pelo. Por cierto, no sé, te veo extraña y mucho más guapa.

—Me puse un poco de rubor.

—Debe ser eso, pues échatelo más a menudo que te sienta bien, pero eso sí, coge algo de peso que se te ve de lo más delgada, has perdido mucho peso.

—Tranquila, estaré bien. —Le di un beso en la mejilla y me marché hacia dentro directa a su despacho.

—Buenos días, Devis. ¿Necesitas algo?

—Sí, perderos a todos de vista, pero como eso no va a poder ser, pues nada, no necesito nada.

—Vale, cualquier cosa me avisas —le contesté con tristeza.

Pues sí que tenía mal humor, mucho, demasiado diría yo. Pero es que ¿qué podría hacer yo si ya no era ese hombre divertido, cariñoso y sensual al que había conocido y que se desvivía en miradas conmigo?

Lloré cuando me acomodé en la silla y me prometí a mí misma que lo iba a superar. Hoy me daba por vencida, porque esa mirada con la que antes me hacía sentir especial, ya no existía.

Eran las once de la mañana cuando Andrea vino a por mí para ir a desayunar.

—No tengo ganas de verás, no me encuentro bien.

—Deberías de irte a tu casa, estás destemplada —dijo poniendo sus labios en mi frente.

—No, no, solo que no me apetece salir.

—Te traigo un café y una tostada.

—Un Cola Cao, por favor, no me apetece café.

—Vas a caer enferma, lo estoy viendo, yo cuando me encuentro mal me paso al Cola Cao también.

—Tranquila, es solo agotamiento mental, pero no me traigas tostada, por favor.

—Te la voy a traer y te la vas a comer delante de mí. ¿Te has enterado? —Le dio un golpe a la mesa y sonrió.

—Haz lo que quieras —sonreí.

Tal como se fue, de nuevo me derrumbé a llorar. Me dolía tanto la cabeza que ni la pastilla que me había tomado antes de venir me hacía efecto.

Lo peor fue a la hora de la salida cuando me encontré en los pasillos con Devis. Me echó una mirada que no sabía yo si era de odio, rabia, decepción, frustración o algo igual de feo, pero bonita no era. Agaché mi cabeza y continué para despedirme de su hija e irme para mi casa.

Cuando salí de la empresa en el coche llovía mucho, y encima yo iba llorando de tal manera que mis ojos se nublaron. Tuve que parar a un lado de la carretera a terminar de echar todo ese dolor que no me dejaba ver el camino.

Un coche se paró a mi lado y vi cómo se bajaba Andrea. Llovía mucho y me hizo señas para que bajara la ventanilla.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó preocupada mientras su padre seguía mirando al volante ya que ella iba con él.

—Nada, solo necesitaba estar parada un poco. Ya prosigo, tranquila. Métete en el coche te estás mojando.

—¡Vas a caer enferma por culpa del desgraciado este! —gritó consiguiendo que su padre dirigiera la mirada hacia nosotras.

—Andrea, por favor —le pedí llorando.

—¡Yo también estoy sufriendo! —dijo subiéndose en el coche y cerrando la puerta de muy malas maneras.

El padre me echó otra de esas miradas fulminantes y aceleró el coche marchando a toda leche.

¿Qué le había hecho yo para que me tratase así? ¿Qué le había hecho? Esto era lo más injusto que había vivido nunca, por encima de lo que pasé con Kiko.

Tardé como diez minutos de salir del *shock* y luego me dirigí hacia mi casa. Había escampado un poco y aproveché para ir más tranquilamente.

✣ ✣ ✣

El martes desperté como una muerta viviente a la que le costaba arrastrar los pies. Hasta el hecho de llegar a la cocina me costó un mundo. Aparecí cuando mis padres estaban a punto de irse.

—Hija, estás cayendo enferma, en estos días deberías ir a hacerte unas pruebas.

—Papá, por favor, es solamente que no estoy bien como tantas personas que sufren un desamor. Solo es eso. Lidiaré con todo y saldré como tuve que salir la anterior vez.

—Eso esperamos, hija —contestó mi madre dándome un beso después que mi padre—. Luego nos vemos.

Estaban de lo más preocupados y era normal, yo también tenía espejo y me veía…

Me dirigí al trabajo y allí me encontré a Andrea un tanto triste.

—¿Me das un abrazo? —le pedí.

—Y la vida, sabes que te quiero mucho, pero tienes que cuidarte. No te ves, pero estás destruida.

—Sí me veo, pero es que no sé cómo hacerlo. Pero saldré de esta, te lo prometo.

Nos fundimos en otro abrazo y luego me dirigí a ese momento incómodo de presentarme ante él.

—Buenos días, Devis. ¿Necesitas algo?

—No, nada, sabes lo que tienes que hacer, no te tengo que recordar tu trabajo.

—Ya, pero si no vengo me dices que…

—Nada, chica, vete a tu oficina —me dijo señalando con su mano y con gesto de desprecio.

Era inhumano ese trato hacia mi persona. ¿Tan mala había sido para él? Me encontraba de tal manera que era como si sintiera cómo lentamente iba perdiendo toda mi energía, mis fuerzas, mi alegría, mis ganas de vivir, porque hasta eso se estaba llevando.

A las diez y media vino Andrea con un Cola Cao para mí y un café para ella. Ni me había preguntado de ir a desayunar porque sabía que no me apetecía. Me estaba cuidando sensacional y yo no tendría vida para agradecérselo.

—Mi abuelo no le habla a mi padre —me contó en ese momento.

—¿Cómo que no le habla?

—Mi abuelo está al tanto de todo, sabía que se estaba viendo contigo. Le advirtió que no te hiciera daño. Ahora he sido yo la que le he contado lo que está haciendo y lo llamó. Lo puso en su sitio, pero a mi padre parece que todo le da igual. Con decirte que sabía que era yo la que lo había puesto al tanto y no me ha dicho ni media.

—No deberías de haber dicho nada, Andrea, ya está todo demasiado caliente como para echarle más leña al fuego. No quiero crear problemas en tu familia.

—Te quiere mucho mi abuelo. Ha jurado que mientras que su hijo no te trate bien, no tendrá su simpatía. Y di que es un hombre con palabra, se va a cagar mi padre.

—Lo sé, pero no me ignores. Te pido por favor que no te metas. Estoy sufriendo demasiado y no quiero que esto vaya a más. Necesito un poco de paz dentro de la guerra mental que tengo. No podría soportar que más gente sufriera como yo.

—Yo también estoy sufriendo —repitió como el día anterior cuando paró con el coche a mi lado—. Yo también, porque te veía como esa persona que ibas a llegar para llenar nuestras vidas.

—Me vas a tener siempre, Andrea.

—Ya, pero no es lo mismo. —Se emocionó y se puso a llorar.

—Ven —me levanté—, dame un abrazo fuerte.

Nos abrazamos y las dos rompimos a llorar. Era cierto que esto nos iba a llevar por delante a todos, porque los daños colaterales también contaban.

—Y que yo tenga que pagar nóminas por esto…

Nos separamos y vi que Devis salía. Agarré a Andrea y le puse la mano en la boca porque sabía que le iba a soltar algo.

—No lo hagas por favor —le imploré.

—Te juro que por mucho que lo ame y sea lo más importante de mi vida, esto no se va a quedar así, porque está siendo muy desagradable, injusto y mala persona. No lo reconozco —dijo con tristeza.

✣ ✣ ✣

En la cocina escuchaba como mis padres, antes de irse a trabajar, me decían que cada vez estaban más preocupados y que mi aspecto iba a peor por días. Les pedí que me dieran unos días, que iba a salir de este pozo sin fondo en el que me encontraba y si no, prometía ir al psicólogo.

Me dirigí hacia el trabajo con el temor de saber con qué palabras me encontraría hoy. Sinceramente ya me esperaba cualquier cosa de esa persona que ya ni reconocía.

Andrea no estaba, ya que hoy tenía que hacer unas cosas que le había encargado el abuelo a ella. Lo bueno que aquí todo iba por desvío de llamada y cualquier cosa lo podíamos atender cualquiera.

Lo que más me gustaba de la oficina es que los demás compis estaban en otro pasillo y no tenían que pasar por el nuestro, cosa que hacía que no me los tuviera que encontrar a menudo.

Me asomé al despacho de Devis y le pregunté si necesitaba algo.

—No, nada, pero sí te agradecería que dejes de poner a mi hija en mi contra.

—Yo no estoy haciendo eso.

—Tú no haces nunca nada —respondió con asco e ironía.

—Cualquier cosa estoy en mi despacho.

—Por mi como si te vas de paseo y no vuelves…

Ni lunes, ni martes, ni hoy miércoles había ni un poco de tregua para mí, la situación se me estaba haciendo insostenible y mis padres cada vez estaban más preocupados de ver en lo que me estaba convirtiendo. Volvían a revivir esos fantasmas del pasado.

A media mañana terminé un expediente muy importante que debía de entregarle y me dirigí a su despacho tragando saliva y pidiéndole a la virgencita del Carmen que me echara un capote y que no me dijera nada.

—Hola, tengo aquí el expediente de Marruecos.

—¿Y qué quieres que me levante a cogerlo?

—No, perdón. —Me dirigí hacia su mesa y lo puse sobre ella.

—Tienes mucha suerte de que mi padre expresó su interés en que fueras intocable, de lo contrario, ya te había mandado con el Kiko ese —dijo haciéndome más daño aún si podía.

—No te preocupes, renuncio a esto. No me compensa seguir. Puedes enviarme los papeles cuando quieras que los firmaré sin poner objeción.

—Eso espero —murmuró sonriendo y me giré sabiendo que esta era la última vez que lo pensaba mirar a la cara. Hasta aquí había llegado.

Recogí todo lo que me pertenecía de mi despacho y salí de allí jurándome a mí misma que nunca, ningún hombre volvería a hacerme sentir tan chiquitita.

Llegué a casa después de comprar el pan y me puse el pijama. Mis padres habían dejado pasta hecha y yo me puse a preparar una masa de croquetas de jamón y huevo duro con bechamel. Quería hacer algo, aunque fuese sentada porque las piernas las tenía de lo más flojas.

Cuando regresaron me derrumbé llorando y les conté lo sucedido.

—Has hecho muy bien en dejarlo. Se está llevando por delante tu salud, hija. —Me abrazó mi padre mientras mi madre acariciaba mi espalda.

—No voy a volver a trabajar para nadie, y, es más, voy a luchar por lo que estudié. Voy a montar mi propia revista digital desde cero, yo sé que puedo.

—Siempre tendrás todo nuestro apoyo, hija.

—No, perdón. —Me dirigí hacia su mesa y lo puse sobre ella.

—Tienes mucha suerte de que mi padre expresó su interés en que fueras intocable, de lo contrario, ya te había mandado con el Kiko ese —dijo haciéndome más daño aún si podía.

—No te preocupes, renuncio a esto. No me compensa seguir. Puedes enviarme los papeles cuando quieras que los firmaré sin poner objeción.

—Eso espero —murmuró sonriendo y me giré sabiendo que esta era la última vez que lo pensaba mirar a la cara. Hasta aquí había llegado.

Recogí todo lo que me pertenecía de mi despacho y salí de allí jurándome a mí misma que nunca, ningún hombre volvería a hacerme sentir tan chiquitita.

Llegué a casa después de comprar el pan y me puse el pijama. Mis padres habían dejado pasta hecha y yo me puse a preparar una masa de croquetas de jamón y huevo duro con bechamel. Quería hacer algo, aunque fuese sentada porque las piernas las tenía de lo más flojas.

Cuando regresaron me derrumbé llorando y les conté lo sucedido.

—Has hecho muy bien en dejarlo. Se está llevando por delante tu salud, hija. —Me abrazó mi padre mientras mi madre acariciaba mi espalda.

—No voy a volver a trabajar para nadie, y, es más, voy a luchar por lo que estudié. Voy a montar mi propia revista digital desde cero, yo sé que puedo.

—Siempre tendrás todo nuestro apoyo, hija.

Capítulo 25



Llevaba un rato despierta en la cama, pero no tenía fuerzas ni ganas de levantarme, otra noche más sin poder dormir a causa del llanto y otra noche más intentado no hacer ruido al llorar porque tampoco quería preocupar a mis padres, que ya de por sí lo estaban. Veían como día a día, me iba convirtiendo en un alma en pena, de verdad que intentaba poner de mi parte para que ellos no me vieran sufrir, pero me costaba un mundo hasta hacer el intento de una sonrisa.

Me costaba, me costaba mucho seguir adelante, pero debía hacerlo y, es más, debía poner todo mi empeño en ello.

Era mi primer día sin trabajo, y la verdad lo agradecía porque ya no me quedaban energías para seguir viendo el desprecio con el que me seguía tratando Devis. No me consideraba débil, aunque el daño que me causó fue mucho, tanto que me dolía el alma.

El dolor que sentía era tan grande y me oprimía tanto el corazón que hasta me costaba respirar en muchas ocasiones, y sí, sabía que era ansiedad y que todo venía por el estado tan depresivo en el que me encontraba.

Todavía no lograba entender como una persona podía cambiar tanto su actitud, tratarla con esa clase de prepotencia y ese desprecio sin tener motivos de peso, y más a una persona con la cual había compartido tanto y en tampoco tiempo, ¿no tenía corazón?

Finalmente me levanté de la cama, fui al baño, me di una ducha y me puse otro pijama limpio, total no pensaba salir de casa en todo el día.

Llegué a la cocina y ya estaban allí mis padres preparando el desayuno para los tres.

—Buenos días familia —les dije al entrar, y me fui a darles un beso a cada uno.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te encuentras hoy? —me preguntó mi madre mientras me abrazaba con todo el mimo del mundo. En su cara se reflejaba el orgullo que sentía por la valiente decisión que tomé.

—Estoy un poco mejor mamá, esta noche he dormido algo más.

—Aitana, a nosotros no nos puedes engañar, somos tus padres y te conocemos como nadie, sabes que en esta casa siempre hemos expresado los sentimientos, ya sean buenos o malos, y no queremos que por nada en el mundo empieces a taparlos por intentar no hacernos sufrir, solo queremos verte bien —me dijo mi padre tras darme un beso en la frente.

Y sé que en mi casa siempre se expresaban los sentimientos y las emociones, pero ya me encontraba lo suficientemente mal como para que ellos también lo hicieran y por supuesto que sabía que no colaría mi intento d mentira, porque en eso se quedó, en un intento, ya que como dijo mi padre ellos me conocían como nadie.

—Lo sé, de verdad que lo sé y siento haberos dicho que me encuentro mejor, pero es que no quiero que sufráis por mí —les dije mientras se me escapaban las lágrimas.

—Cariño, tienes que entender que tu dolor es nuestro dolor y que tu alegría es nuestra alegría, sabemos que este momento es muy duro para ti y que con Devis lo estas pasando peor de lo que lo pasaste con Kiko, pero si superaste a ese, ¿no crees que puedes superar a este? Piénsalo, hija, eres mucho más fuerte de lo que crees a priori

—No lo sé mamá, lo que siento por Devis es mucho más intenso y pasional de lo que sentía por Kiko, supongo que con el paso de los días lo superaré o, por lo menos, dejará de doler tanto, ahora mismo es todo tan reciente qu duele demasiado. Te estoy abriendo mi corazón, es justo lo que siento. Ojalá pudiera decirte que ya duele mucho menos, que se me empieza a pasar. De todas maneras, confío en el que el tiempo se aliará conmigo para eso.

—Pues tienes que poner un poquito más de tu parte, y apoyarte en nosotros y en los abuelos, porque a ellos tampoco les gusta verte así. Sabes que te aman con todo su corazón, el mismo que tienen destrozado ahora mismo por ti.

—Papá, te prometo que voy a poner todo de mi parte para superar este momento —le dije mientras me dejaba envolver por un abrazo suyo, por uno de esos abrazos sanadores que solo pueden darte quienes más te quieren, quienes nunca te harían daño.

—Pues vas a empezar poniendo de tu parte comiéndote todo el desayuno, que has perdido mucho peso en muy poco tiempo y eso no es sano. Digas lo que digas, tienes que abrir la boca. Y si es necesario, también te haré el avioncito para que comas.

—Anda, mira ella cómo ha sacado su vena médica conmigo —le dije para hacerle sonreír.

Nos pusimos a desayunar sin prisas, ya que mis padres se habían cogido algunos días libres porque tenían vario asuntos que atender, o eso es lo que me dijeron, yo creo que se lo cogieron para no dejarme sola en casa en estos momentos. Eran muy cucos ellos.

—Aitana, sabes que si no he ido a hablar con él es por ti, ¿verdad? Porque ganas no me faltan, pero no quiero que sufras más —me dijo mi padre y ahora lo decía totalmente serio. Su gesto de rabia contenida me lo confirmaba.

—Papá, no merece la pena, te lo digo de corazón, si conmigo que ha compartido momentos íntimos y según él, en su día, decía que eran maravillosos, me trata con tanto odio y desprecio, ¿cómo crees que te iba a tratar a ti? De verdad, déjalo pasar y todo será mejor y más llevadero, tú eres mucho más hombre que él y no tienes que ponerte a su mismo nivel. Él tendrá mucho más dinero que nosotros, pero es mucho más pobre de corazón. Nosotros tenemos algo que Devis nunca poseerá, por muy rico que sea.

—Felipe, la niña tiene razón —le dijo mi madre mientras cogía su mano—. Dejemos pasar el tiempo y todo volverá a su sitio. No vamos a buscar un problema donde no lo hay. Sería darle a ese hombre más importancia de la que tiene.

—Gracias, sois los mejores padres que alguien podría tener —les dije mientras los abrazaba a los dos a la misma vez, pronunciando en alto lo que me repetía a mí misma siempre.

Terminamos de desayunar y nos pusimos entre los tres a recoger la mesa, estaba llevando los vasos del zumo al fregadero cuando sentí un leve mareo y la vista se me puso borrosa, después todo se volvió negro.

✣ ✣ ✣

Escuchaba un leve pitido y no sabía cuál era su procedencia, no era familiar, o, por lo menos, no lograba reconocerlo, pero molestoso era un rato.

¿Tan pronto había pasado el día que ni me había enterado? El último recuerdo que tenía era estar desayunando con mis padres. Me puse a intentar recodar y entonces ahí fue cuando caí en la cuenta de que estaba llevando unos vasos al fregadero y se me nubló la vista, después de eso no recordaba nada más.

Fue abrir los ojos y me encontré con que estaba tumbada en una cama de hospital, y mis padres estaban allí a los pies de mi cama hablando en susurros con un médico.

—Mamá, papá, ¿qué me ha pasado? Solo recuerdo que iba hacia el fregadero y ahora me despierto aquí.

—Cariño, te has desmayado y te hemos traído aquí para que te hicieran una analítica, porque creíamos que el desmayo podría ser causa de una repentina anemia, has estado comiendo muy poco y has bajado mucho peso en

muy poco tiempo —me dijo mi madre mientras se iba acercando a mí para coger una de mis manos.

—¿Entonces, es eso lo que me ha pasado?

—No, Aitana, no es eso lo que te pasa. —Esta vez fue mi padre el que hablo

—Hija, ¿cuándo te tiene que venir el periodo?

—No entiendo muy bien por qué me preguntas eso papá, pero de todos modos no me tiene que venir hasta dentro de seis días.

—Buenas tardes, Aitana, soy el doctor Guirado, compañero de tus padres y seré tu medico hasta que salgas de aquí, por lo que me han contado tus padres llevas un tiempo un poco baja de ánimos y si a eso le sumamos que no te alimentas bien y duermes muy poco, tu cuerpo puede colapsar. Seguramente el desmayo ha sido ocasionado por todo eso, pero te hemos hecho unas analíticas para como bien ha dicho tu madre descartar anemia o cualquier otro tipo de cosa. Anemia no tienes y tampoco nada preocupante, pero en los resultados ha salido que estás embarazada, supongo que no ha sido planificado y mucho menos te lo esperabas, ¿verdad?

Sin palabras me había quedado, no, eso no me podía estar pasando a mí, no sabía cómo reaccionar. Miré a mis padres llorando a lágrima viva y preguntándole con la mirada si era cierto eso que estaba diciendo el doctor.

Los dos asintieron con la cabeza y le dijeron a doctor Guirado si podía dejarnos solos un momento, que necesitaban hablar conmigo, por supuesto que el docto dijo que sí, se fue y cerró la puerta tras salir dejando un silencio absoluto en la habitación que era solo interrumpido por mi llanto.

—Cariño, por favor no llores más, te vas a poner mucho peor de lo que ya estabas — me decía mi madre mientras me tenía abrazada dándome todo su cariño y amor.

—Mamá, esto no me puede estar pasando a mí. ¿Qué voy a hacer ahora con un bebé? Yo no me siento preparada para ser madre en estos momentos, solo quiero olvidarme de Devis y seguir con mi vida, y con este bebé no lo podré olvidar nunca.

Me miraron con tanta pena que más lloraba yo. ¿Cómo una persona puede llorar tanto? Jamás en mi vida había llorado con esta intensidad que me desgarraba por dentro, sentía mil agujas clavadas en el corazón.

Sé que nadie muere de pena y que el dolor a veces te hace más fuerte, pero ¿cuánto dolor es capaz de aguantar una persona?

Esto para mí era un palo muy grande y nada esperado, que sí, que sé que esta puede ser unas de las

consecuencias de tener sexo, pero ¿todo me tenía que pasar a mí?

—Cariño, somos tus padres y sabes que te queremos con todo nuestro corazón y que vamos a estar a tu lado en todo momento. A este bebé no le faltara nada, y de lo que más va a tener es cariño y mucho amor, porque todavía no está aquí y ya lo amamos con todo nuestro corazón.

—Sé que no le va a faltar amor, pero no era así como me imaginé que algún día sería madre, siempre había soñado en tener un amor tan bonito como que el que tenéis vosotros, tener a mi lado a hombre que me quisiera, y eso no lo voy a tener y mi bebé tampoco, por lo que parece.

El doctor volvió a entrar en la habitación, me dio algunas indicaciones a seguir y que me cuidara mucho, así qu salí del hospital acompañada por mis padres y envuelta en unos pensamientos que no sabía por dónde tirar.

Apenas notaba que caminaba. De nuevo flotaba, pero no como en el pasado, cuando lo hacía de alegría con Devis. Sentía algo raro, como si no estuviese en este mundo, y todo a consecuencia de la sorpresa que me acababa de llevar y que fue mayúscula.

Lo que sí tenía muy claro es que iba a luchar por mi bebé y por mí, que mi hijo se criaría rodeado de mucho amor y que sería muy feliz, porque pensaba dejarme la piel para que no notara la ausencia de su padre.

consecuencias de tener sexo, pero ¿todo me tenía que pasar a mí?

—Cariño, somos tus padres y sabes que te queremos con todo nuestro corazón y que vamos a estar a tu lado en todo momento. A este bebé no le faltara nada, y de lo que más va a tener es cariño y mucho amor, porque todavía no está aquí y ya lo amamos con todo nuestro corazón.

—Sé que no le va a faltar amor, pero no era así como me imaginé que algún día sería madre, siempre había soñado en tener un amor tan bonito como que el que tenéis vosotros, tener a mi lado a hombre que me quisiera, y eso no lo voy a tener y mi bebé tampoco, por lo que parece.

El doctor volvió a entrar en la habitación, me dio algunas indicaciones a seguir y que me cuidara mucho, así que salí del hospital acompañada por mis padres y envuelta en unos pensamientos que no sabía por dónde tirar.

Apenas notaba que caminaba. De nuevo flotaba, pero no como en el pasado, cuando lo hacía de alegría con Devis. Sentía algo raro, como si no estuviese en este mundo, y todo a consecuencia de la sorpresa que me acababa de llevar y que fue mayúscula.

Lo que sí tenía muy claro es que iba a luchar por mi bebé y por mí, que mi hijo se criaría rodeado de mucho amor y que sería muy feliz, porque pensaba dejarme la piel para que no notara la ausencia de su padre.

Capítulo 26



Cuatro días habían pasado desde que me enteré de que estaba esperando un bebé…

Cuatro días que puedo calificar como los más extraños de mi vida. Cuatro días en los que no era consciente de lo que me estaba pasando.

Aún estaba en *shock*, con muchos sentimientos contradictorios y con ganas de contárselo a Andrea, pero no al padre, aunque estaba en su total derecho de saberlo y, obviamente, se lo comunicaría mi padre, sí, mi padre.

Él había insistido en hacerlo así y, si me ponía en su lugar, nada podía objetar porque yo lo habría hecho igual. Si tuviese a mi hija embarazada y tan susceptible como yo lo estaba, sería lo normal.

Además, que no iba a enfrentarme a alguien que me trataba con tanto desprecio y que no se había preocupado n lo más mínimo estos días por mí, aun sabiendo que me tenía sumergida en un constante mar de lágrimas.

A eso había que añadir que Devis me había demostrado tener una lengua viperina y no quería volver a escuchar ninguna de las maldades que salían por su boca, las cuales me sonaron a verdaderas atrocidades.

Ya me había hecho bastante daño y encima, como el destino puede llegar a ser así de caprichoso, me había quedado embarazada de él, del hombre al que más había querido, pero también al que más detestaba. O al menos lo intentaba.

No voy a decir que lo lograra del todo, pero sí que trataba de hacerlo por mi propia paz y salud mental. Todo, menos dejar que me siguiera afectando tanto, porque la criatura que crecía en mi vientre no se lo merecía, es que no se lo merecía para nada. Esa pequeña vida necesitaba una madre que la trajese al mundo con arrojo y que no siguiera pillada de un tipo que había demostrado estar en este planeta porque tiene que haber de todo.

Estaba desayunando con mi madre en el salón. Mi padre hacía rato que se había ido a las oficinas para hablar con él, sin cita previa, pero no iba a tener ningún problema porque Andrea al verlo lo haría pasar sin dudarlo.

Se iba a llevar una tremenda sorpresa, aunque dudaba que a ese insensible le importase un comino a estas alturas. Y si se le removía algo, sería más bien a consecuencia de que pensase que eso le generaba una responsabilidad, pero no por otra cosa. Había demostrado tener un corazón blindado a prueba de amor, jugando conmigo como nunca habría podido llegar a imaginar al principio.

El día anterior me había llegado el finiquito al banco y ya estaba dada de baja en su empresa. Había sido tan chulo que no me mandó mi renuncia, sino el despido de la empresa. Obviamente, a mí me venía mejor, ya que así podría cobrar el subsidio por desempleo. En realidad, me dolía, pero eso lo tuve que agradecer porque me dejaba un margen.

Aunque mis padres no hubiesen tenido el más mínimo inconveniente a la hora de mantenerme, es obvio que no soy un parásito, y que siempre quise aportar para mis propios gastos, contar con mis ahorros… Y deseaba que pudiera seguir siendo así, y más en este momento en el que me venía un hijo en camino. Devis demostraría ser un desastre respecto a él, estaba casi segura, pero precisamente por eso yo no podía fallarle al bebé. Y por supuesto que no lo haría.

Eso sí, el señor Samuel me llamó para saber mi versión y solo me pude echar a llorar y decirle que pronto hablaría con él pero que ahora no podía.

Me envió muchísimo ánimo, me habló de que era una campeona y, en definitiva, me dejó llena de orgullo con sus palabras, pero con una enorme pena porque me recordaba mucho a Devis y a todo lo que habíamos vivido.

i

Quién me lo iba a decir el día que le conocí, cuando todas esas mariposas revolotearon en mi estómago, que lo que terminaría causándome sería una tremenda acidez en ese mismo órgano, una acidez que me consumía porque la situación se me hacía tremenda. Y no era para menos.

—Cariño, no dejas de suspirar…

—Mamá, estoy muy nerviosa, no sé cómo reaccionará ese hombre.

—De ninguna manera, papá no se lo permitirá. Ya sabes cómo es.

—Sé cómo es papá. Pero, por desgracia, a estas alturas también sé cómo es el otro. Y es capaz de decirle algo muy borde.

—¿A tu padre? En ese momento será cuando se equivoque. Puede parecer el hombre más tranquilo del mundo, con un talante estupendo. Y, no obstante, si le tocan a sus chicas se transforma por completo.

—Y sus chicas somos nosotras. Y quizás venga otra en camino, ¿qué será, mamá?

—Da igual el sexo, hija, será una preciosidad.

Hizo que la sonrisa me apareciese de lado a lado en el rostro. Mi madre era una mujer buena, igual que la bondad estaba presente también en mi padre. Con personas como ellos, nada malo podía sucederme. No se parecían a Devis, ellos siempre sostendrían mi mano.

—Es verdad, mamá. Mira que todavía falta tiempo para el nacimiento y que aún sigo en *shock*, pero, sin embargo, no paro de pensar ya en las ganas que tengo de verle la carita.

—Vas a ser una madre estupenda, Aitana, lo vas a ser…

—¿Tú lo crees? Porque la realidad es que tengo mucho miedo.

—¿Y crees que yo no lo tenía cuando me quedé embarazada de ti? Era una cría, cariño.
—Lo sé, aunque tenías a papá al lado y ese es un plus muy a valorar.

—Sé que es posible que tú no lo tengas, que quizás Devis no quiera estar al lado de ese bebé, lo cual no significa que te verás sola en ningún momento. Siempre estaremos contigo, igual que tus abuelos, igual que Samuel…

—E igual que Andrea, que se volverá loca de contenta ejerciendo de hermana mayor, eso ya me lo puedo imaginar.

—Mira, pues solo con imaginártelo, ya te acaba de salir otra sonrisa en tu bonita cara, hija.

—¿He sonreído? Ojalá lo vaya haciendo más a menudo. Mi bebé se merece una madre alegre.

—Y la va a tener, Aitana, confía en mí.

Estábamos hablando largo y tendido cuando mi padre apareció por la puerta con una sonrisa de tranquilidad, al menos eso reflejaba.

—Me preparo un café y me siento con vosotras.

—Vale—le contesté porque lo último que deseaba era atosigarle, aunque en realidad, tenía ganas hasta de morderme las uñas, algo que no se me habría ocurrido hacer, pero las ganas las tenía a consecuencia de esos nervios que me estaban atacando.

Los nervios se me intensificaron más. Mi madre agarró mi mano y la acarició. Ella permanecía tranquila porque en el fondo sabía que, pasara lo que pasase, todo iría bien porque nos mantendríamos unidos.

—Tranquila, hija, nos tienes a nosotros—me recordó con tanto cariño que me emocionó por completo.

—Lo sé, mami, eso no lo dudo—le comenté soltando con lentitud el aire de mis pulmones como para tratar de digerir las posibles noticias nefastas que mi padre me trajese por parte de Devis.

Esperé impaciente hasta que él apareció con su cafelito y se sentó en el otro sofá. Necesitaba algo de paz y calma para contarme, yo le conocía muy bien.

—Bueno, os cuento. Llegué a las oficinas e imaginad la cara de Andrea al verme por allí, pero se lanzó a darme un abrazo sin dudarlo. Esa niña es pura luz y amor. Qué especial.

—Es muy mona, por descontado que lo es —dijo mi madre.

—Le dije que necesitaba hablar con su padre y me dijo que ahora mismo, que lo siguiera. Ni lo avisó. Me condujo de inmediato hacia su despacho, sin titubear lo más mínimo.

—Esa es ella —sonreí con tristeza.

—Total, que le dijo que tenía visita y abrió la puerta. Él me reconoció del tirón y eso que nunca me ha visto, pero lo hizo.

—Por fotos sí —murmuré—. Yo le enseñé varias de vosotros. Me gusta presumir de padres guapos —les sonreía, porque estaba tremendamente orgullosa de ambos.

—Se levantó y extendió su mano para apretarla y acto seguido me pidió que me sentara. El desconcierto se reflejaba en su rostro. Le dije que era rápido lo que le iba a decir que no se preocupara y él pareció interiorizar que era lo normal. Supongo que como padre se puso en mi piel y entendió que no deseaba quedarme de cháchara con él, a pesar de que no podría ni sospechar la bomba que le iba a soltar.

—Se quedaría muerto —murmuró mi madre.

— No anduve con rodeos, le conté que estás embarazada, que lo sabíamos desde hace cuatro días y que tú no tienes ninguna intención de verlo para hablar por ahora. Le expliqué que nos sentíamos en la obligación de que estuviera al tanto, pero que no había ido a pedirle ningún tipo de responsabilidad, simplemente que tuviera constancia, y ya que él decidiera si quería ser un padre presente o no. También le advertí que no se le ocurriera

molestar a mi hija o hacerle pasar un mal rato, porque si eso pasaba, no dudaría en ir por las malas. Se lo dejé claro, tanto con lo que dije como con mi actitud, que no creo que le dejara dudas.

—No, porque supongo que habrá entendido que a la más mínima idiotez te tirarás a su yugular. ¿Qué dijo? —preguntó mi madre lo que yo no era capaz.

—Pálido, le costaba hablar. Le dije que me marchaba, pero que por ahora si quería hablar algo iba a tener que ser conmigo, ya que a mi hija no le iba a permitir que se acercara para dejarla peor de lo que estaba. Le dejé mi tarjeta sobre la mesa y me marché. Al salir, le dije a Andrea que hablase con su padre y que él ya le explicaría, y que, si no lo hacía, podía venir a casa y se lo explicaríamos nosotros. La pobre se quedó preocupada. Si pálido estaba él, no digamos ya cómo se quedó esa niña, con lo mucho que te quiere.

—Me escribirá en nada…

En nada, pero tan en nada que ya estaba tocando al timbre de la puerta y mi padre le abrió. Había venido directamente desde el trabajo. No se lo pensó ni un minuto.

—Buenos días, familia —dijo entrando en el salón y abrazó a mi madre primero y luego a mí—. Ya te vale no habérmelo contado —me dijo acariciando mi tripita, esa que seguía plana como si nada pasara, pues la evidencia del embarazo todavía no se apreciaba en ella. Era demasiado pronto, todo llegaría.

—Andrea, no podía. Teníamos que decírselo primero a tu padre —le contestó el mío por mí—. Seguro que lo comprendes. Es un tema demasiado delicado y con muchas implicaciones.

—Ya lo sé, pero tu hija sabe que jamás la vendería y siempre la voy a apoyar. —Acariciaba mi espalda. Y tanto que yo lo sabía. En ella tenía a una aliada increíble, a una aliada tremenda, a la mejor que pudiese imaginar.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté sabiendo que me iba a decir la verdad.

—Le pregunté que qué había pasado y me dijo que la historia se repetía… —negó con la cabeza superdisgustada. Se la notaba muy afectada y no era para menos. El tema tenía tela marinera.

—Eso lo sabía yo, pero es la verdad, desde su mundo hay mucho paralelismo, aunque no tenga que ver con la realidad. Está muy equivocado tu padre. A mí no me ha llegado a conocer en ningún momento —suspiré.

—Pues eso, acto seguido me ha dicho que estás embarazada. Lo miré y le dije que, si te señalaba con el dedo de algo que no era verdad, me iba de casa. Lo dejé allí en su mundo y cogí el bolso para venirme hacia aquí. No esperé a escuchar lo que tuviera que soltar por su boca porque no me importa lo más mínimo.

—No te enfrentes a él, cariño. —Le agarraba la mano y mi madre le trajo un café—. Ten presente que, pese a todo, es tu padre.

—Me enfrentaré a él y al mundo si hace falta porque no puedo con las injusticias y está actuando fatal. Y otra cosita te voy a decir: mi abuelo ya lo sabe, se lo he contado por el camino. No me digas nada porque tiene derecho, no sabes lo emocionado que está.

—Ay, Dios. —Me llevé la mano en la frente.

—Sabes que él te adora. Nunca habría imaginado una madre mejor para un segundo nieto.

—Sí, pero no deberías haberlo hecho tú, Andrea.

—Pues eso, se emocionó mucho, pero está muy enfadado con su hijo. Con él lo estamos todos, esto se le fue de las manos. Sabes que voy a estar contigo todo el embarazo, ¿no? —Me acarició la mejilla—. Pase lo que pase y opine lo que opine mi padre. Ya te puedes imaginar por dónde me paso yo sus opiniones.

—Sí, cariño lo sé —murmuré y vi cómo mis padres se emocionaban.

Para tener dieciocho añitos era de lo más centrada, pese a vivir en su mundo, pero ella tenía un corazón de oro. Se tomó el café confesando que le hacía mucha ilusión el embarazo y se levantó para irse.

Se notaba la tremenda sinceridad en esa niña que era lo más bonito del mundo. En una criatura que no había tenido suerte con su madre. Desde mi perspectiva, aún lo entendía menos, ¿cómo se puede abandonar a un hijo como esa mujer lo hizo? Y encima por el motivo que fue… Patética, su madre era patética. Y, pese a todo, ella salió adelante con un arte que no se podía aguantar.

—Quiero ser la madrina de mi bebé —dijo tocándome la barriguita.

—Claro, cariño, no habrá nadie mejor que tú. —La abracé.

—¡Un hermanito! Estoy que no me lo creo, ya me veo tirando del carrito por la calle de lo más glamurosa —dijo causando una risa en todos.

—Y yo también me lo imagino. Eso sí, piensa que el carrito del bebé no lo podrás conducir como tu coche.

—Ya salió el temita, si a los críos les encantan las emociones fuertes, Aitana. Además, que tampoco es para tanto, más que nada son habladurías.

—¿Habladurías? Mejor eso, no me hagas hablar. Que todo va bien de momento y, si me subo contigo, eres capaz de que se me revolucione el cuerpo y me entren unas náuseas de esas que no me dejen levantar la cabeza.

—Que no, que a ti no te va a caer todo en lo alto. Bastante con el disgusto que te ha dado el inepto de mi padre. Ya lo verás… El embarazo irá sobre ruedas. —Me guiñó el ojo.

—Sobre ruedas, sobre ruedas. Vamos, que ya estás deseando darme una vueltecita. Ahora no me subo contigo ni de coña. Las embarazadas no podemos practicar deportes de riesgo.

Se marchó y yo me quedé con mis padres en el salón de lo más planchada. Tenía una incertidumbre grandísima y no sabía por dónde iba a salir todo esto…

—Al menos ya ves que Andrea está como loca. Me la imaginé feliz, si bien lo está todavía más de lo que pensaba. Y emocionada a tope, Aitana. Ya tienes madrina para el bebé —me decía mi madre para consolarme.

Estábamos almorzando en la cocina cuando llegó un repartidor preguntando por mí. Era un ramo de flores y una caja de bombones del señor Samuel.

«*Felicidades y que nadie apague tu luz. Estoy deseando conocer a mi nietecito o nietecita. No estás sola cariño*»

Me derrumbé llorando, y es que tenía la suerte de tener a todos conmigo, al igual que la desgracia de estar en esta situación con el padre de mi bebé. Me daba mucha tristeza, rabia, dolor y detestaba, en cierto modo, a Devis porque sentía que había jugado conmigo…

—Mamá, mira qué cosa más bonita me ha escrito. —Se lo enseñé con lágrimas en los ojos.

—Lo que tú te mereces, hija. Y estos bombones tienen una pinta estupenda. Ahora mismo abres la caja y te tomas uno, que tienes que comer, apenas lo estás haciendo.

—Hazle caso a tu madre, que ella sabe lo que dice, hija. Además, que una embarazada no puede estar como un bicho palo.

—¿Bicho palo me vas a decir, papá? Cielos, la que se avecina. Un embarazo con dos médicos en casa.

—Y más pesados que un choco, Aitana. Que te conste que vamos a insistir mucho en que te cuides.

—Ya lo sé, mamá —suspiré—. Me quejo por vicio, pero no os podéis hacer una idea de lo importantes que sois para mí en este momento. Sois lo más, los dos lo sois…

—Hija, nosotros vamos a estar siempre contigo y con el bebé. Y que sepas que, aunque haya llegado en el momento más inesperado, estamos muy felices e ilusionados.

—Hija, nosotros vamos a estar siempre contigo y con el bebé. Y que sepas que, aunque haya llegado en el momento más inesperado, estamos muy felices e ilusionados.

Capítulo 27



Dos meses y medio habían pasado desde que nos encontramos con la noticia de que estaba embarazada, y vaya si había llovido…

No había hablado en todo este tiempo con Devis, ni había hecho el más mínimo intento de hablar conmigo ni preguntar a mi familia, es más, había terminado por chocar con su hija y esta se había ido a casa de su abuelo a vivir, esos que tampoco le hablaban a su hijo por cómo está gestionando todo esto.

Andrea venía cada dos por tres a verme y me lo contaba.

—Pero cariño, es que tú deberías tratar de hacer las paces con él —le pedía yo, porque me daba mucha pena qu estuviese de uñas así con su padre.

—Cuando se comporte como un ser humano contigo, entonces. Que parece que ni tiene *cuore* ni tiene nada. Y yo que siempre pensé que estaba *in love* con la vida y que fue lo de mi madre lo que le destrozó. Y ahora resulta que él también sabe jugar al mismo jueguecito perverso. Es que lo pienso y no reconozco en ese tipo a mi padre.

—Pues lo tienes que reconocer porque lo es. Además, que me da mucha pena que estéis así. Lo pienso y mira, ya tengo los ojos vidriosos.

—Qué bonita eres, nena. Pero eso te pasa porque estás muy sensible y es normal.

—Ya te digo, si con nada lloro. Estoy hecha una llorona.

—*«Aunque la vida me cueste, llorona, no dejaré de quererte»*

Me la comía… Empezó a cantar haciendo unos movimientos sensuales y elegantes mientras entonaba esa famosa canción que sale en la película *Coco* de Disney.

—Por favor, como para ver la peli esa estoy yo ahora. Anda que no lloraría nada.

—Pues va a ser que no. Ya veremos tú y yo otra más alegre. ¿Te parece si vamos uno de estos días al cine? Tienes que hacer cositas, amor.

—Es que no tengo ganas. No sé qué me pasa, pero no las tengo.

—Pues claro que sabes lo que te pasa. Y eso no se puede consentir… No se puede, cariño. Tienes que estar contenta por el bebé, y pasar del culo de mi padre porque te recuerdo que ese no se merece que le demos ni agua.

—Ya, si lo intento. Te prometo que lo intento todos los días. Y a ti, ¿cómo te va con el tema de Hugo? Solo hablamos de mí y no sueltas prenda.

—Ese es otro que mejor baila… Me terminaré haciendo lesbiana por su culpa… Sigue ahí y, cada vez que va a dar un paso adelante, luego da otro para atrás.

—Pues como en la canción *María* de Ricky Martin, ¿no?

—Igualito.

e

—¿Y vas a pasar de él?

—Si es que me parece que me ha hecho un amarre o algo, ¿tú crees en ese tipo de rituales? Porque a veces pienso que el pavisoso ese ha encargado de que me hagan uno.

—Pero ¿cómo se te ocurre decirle pavisoso? Te prometo que me meo contigo.

—Porque lo es… Hugo no es como yo, no tiene mi evidente desparpajo y, aunque es *pijito* y eso, no es glamuroso ni le gusta tanto brillar como a mí. Pues da igual, mira que trato de poner los ojos en otro sitio, pero al final, el *cuore* es el que manda y termino pensando en él.

—Sé de lo que hablas… Y, aun así, te tiene decepcionada.

—Pues sí, porque todo son promesas y luego no las cumple. Y eso que dice que quiere ser militar como su padre, pues como todos tengan la misma palabra, vamos listos. A ver quién está con nosotros como entremos en un conflicto y haya que defender la bandera.

—Mira qué patriota me ha salido la niña. Sabes que hay militares estupendos, gente que se dejaría la piel.

—Pues sí, aunque yo no le pido ni tanto, con tal de que levante…

—La bandera gay, ya —le sonreí.

—Entre otras cosas —bromeó porque mi niña era la más picante del globo.

Pese a esos ratitos en los que Andrea me sacaba la sonrisa, el dolor seguía en mí, la tristeza y todos esos sentimientos que nublaban parte de mis días, pero debo reconocer que tuve a una Andrea que no hubo un solo día en el que no estuviera pendiente de mí o trayéndome alguna cosita para el bebé.

De hecho, llegó un momento en el que tenía un verdadero arsenal y le tuve que comentar que parase el carro porque no tendríamos dónde meter tantas cosas.

—Es que el bebé será *influencer* desde su nacimiento —argumentaba en su favor.

—Pues entonces, como su hermana mayor, que si no se dedica a eso como profesional será porque no quiera.

—Ya, porque estilo tengo para dar y regalar, ¿no es eso lo que me dices siempre?

—Y lo que te seguiré diciendo.

—Pues lo mismo un día me hace falta, porque la cosa está calentita y cada vez soporto menos trabajar con mi padre.

—Andrea, debes tener paciencia…

—¿Yo sola debo tenerla? Porque el tío está que araña. Encima…

—Le habrá sentado fatal que te fueras de casa.

—Pues que se lo hubiera pensado mejor antes de perdernos a todas. Que le den…

Esas palabras presagiaron lo que estaba por venir. Y no por la parte de *influencer*, que eso no se lo planteó, sino porque Andrea dejó el trabajo, ya que terminó muy mal con ese papá al que adoraba, pero al que no le aplaudía lo que estaba haciendo ni como se estaba comportando. Ahora se había metido en una academia a estudiar estética y peluquería, obviamente su abuelo acarreaba gustosamente con todos sus gastos.

—Se te dará genial. Si tú entiendes muchísimo de estilismo, amor —la solía animar yo.

—Se me dará bien todo lo que haga. Claro que sí, nena… Mira que, por suerte, sigo teniendo abuela, pero yo me doy bombo solita.

—De bombo no me hables, que esto ya va para arriba —le comentaba yo.

—Y qué ilusión me hace. Ay, ¡¡qué voy a ser hermana mayor!!

✣ ✣ ✣

Acababa de salir de la consulta ginecológica en el hospital donde trabajan mis padres y con los que me había encontrado para que nos dijeran el sexo del bebé.

Aunque no era lo que más me importaba, me hacía tremenda ilusión saberlo. Mis padres sostenían mi mano en el emocionante momento en que la ginecóloga, que se llamaba Margarita, me habló.

Recuerdo que me cogí con la otra mano a la sábana de papel de la camilla y, de los evidentes nervios, la destrocé.

—Por esta colita que veo sobresalir, poca duda hay. —La señaló—. Estás esperando un niño, Aitana. Es chico.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y los de mis padres también, al unísono.

—Un niño, un niño —repetía sin poder parar.

—Un nieto, Felipe, vamos a tener un nieto. —Hacía mi madre lo mismo con mi padre.

Me despedí de ambos quedando en vernos en casa para comer cuando se acabaran sus turnos. Puse el manos libres en el coche para llamar a Andrea y comunicarle que era un niño.

—¿Un niño? Me meo, eso pensaba mi padre de mí y mira, soy la mujerona más sexi del planeta, nena.

—Será lo que quiera ser, pero en principio su sexo es niño hasta que no se demuestre lo contrario. —Me reí.

—Deja que se lo diga al abuelo, se va a poner loco —dijo refiriéndose al suyo, al leal Samuel.

—Mis padres dicen que en estos días van a empezar la remodelación de mi habitación. Tienen planes de derribar la pared que separa mi habitación de la de invitados, hacer un arco para unirlas y así crear un espacio para la habitación del bebé.

—Que guay, dos habitaciones en una y sin perder espacio. Mola.

—Dice mi padre que la obra solo durará un día o dos, ya que es tirar y hacer el arco, y que entre dos hombres no llevará más.

—Si quieres esos días te vienes a la casa del abuelo.

—No, por Dios, ni que fueran a dormir los de la obra en la casa. —Me reí.

—Bueno, ya sabes que la casa del abuelo es de todos, menos de mi padre que ese es un cabrón cabezón que va a tener que venir arrastrándose.

—No hables así de tu padre, por favor.

—¿No? Pues que te den. —Me colgó y me eché a reír.

Estaba acostumbrada a que me colgara cada dos por tres, pero es que así ella era. No podía parar la carcajada que me había provocado.

Poco sabía Andrea que se había convertido en uno de los grandes pilares de mi vida. Ese ser de luz era además pura alegría y personas como ella necesitaba en mi día a día para ir sobrellevando esa tristeza que, pese a no ser tan intensa como en los primeros días, se resistía a marcharse.

Llegué a casa y me cambié de ropa para ponerme el pijama. Era febrero y hacía un frío que calaba en los huesos. Tan frío como las Navidades que pasé llena de dolor, sintiéndome de lo más cabizbaja y sin noticias del hombre que ni se preocupaba por cómo estaba llevando el embarazo de su hijo. Tan frío como el enero que fue desolador, pero bueno, estaba dispuesta a superarlo todo.

Lo de las Navidades reconozco que me impactó más. Siempre fueron unas fiestas que me encantaron y, sin embargo, en aquellas lo que sentí como regalo por parte de Devis fue un dolor punzante en el corazón; el de saber que no nos quería en su vida.

Por mucho que todos trataron de que las pasara lo mejor posible, hubo muchos momentos en los que lloré a lágrima viva por una pérdida, la del padre de mi hijo, que sentí especialmente en los que debieron ser unos días alegres y entrañables.

Todo eso había quedado atrás, muy atrás. Solo deseaba que recuerdos como ese no empañasen un día particularmente especial en el que conocimos el sexo del bebé que todos esperábamos con ansia. Una vez en mi casa, me dispuse a cortar verdura, ya que tenía las pechugas de pollo troceadas para hacer una crema cuando me entró un mensaje de un número desconocido.

Lo abrí y lo único que había era una foto de Devis apoyado en una barra con una mujer vestida de rojo, con su mano en la cadera de ella, muy pegados y sonrientes mientras tomaban una copa. Se me cayó el cuchillo de las manos y mis ojos se inundaron de lágrimas. Encima era reciente, porque detrás ponía el letrero del pub que había sido muy sonado, ya que se inauguró en Navidades precisamente, así que había sido de estos dos últimos meses.

Ni idea de quién me la mandaba, pero tenía mucho interés en que la viera para estar alerta o para hacerme daño…

Me tuve que sujetar a la encimera, ya que sentí hasta un leve mareo. Una cosa era no saber de él (y aun así dolía mucho) y otra muy distinta ver cómo se lo pasaba genial por ahí con otra mientras yo lloraba por las esquinas.

Se la reenvié a Andrea, quería que la viera y me diera su opinión, esa que evidentemente no podía ser otra de la que se veía ahí bien clara.

Andrea: *Estoy flipando, a mí acaba de llegarme esta…*

Me envió una imagen con la misma chica de otro momento, en esta ocasión besándose claramente.

Dolía demasiado, pero era obvio que, si no quería estar conmigo, tampoco tendría que estar para vestir santos, pero bueno, aun así, dolía y mucho.

Aitana: *Se le ve feliz, me alegro por él.*

Andrea: *Y yo, tanto que lo he bloqueado…*

Aitana: *Es tu padre, no puedes hacer eso. Es su vida, aunque no nos guste como hizo las cosas, pero ¿quiénes somos nosotras para molestarnos porque rehaga su vida?*

Andrea: *Yo, su hija y tú, la madre del que estás esperando. ¿Te parece poco? Ha perdido la cabeza. Ya tiene las fotos mi abuelo en su móvil, verás cuando las vea.*

Andrea era muy impulsiva y yo no tenía fuerzas para broncas ni nada, solo quería tener a mi hijo en brazos y cuidarlo muchísimo. Por lo demás, únicamente deseaba olvidarme de lo que acababa de ver, aunque me conocía

muy bien y sabía que esas fotos traerían cola para mí, que no se me olvidarían tan fácilmente.

Continué preparando la comida mientras lloraba desconsolada. Yo amaba a ese hombre y, además, lo hacía con todo mi corazón. Verlo con otra me había roto en más pedacitos y era duro, demasiado duro, pero lo tenía que aceptar.

Mis lágrimas caían, una detrás de otra, sobre la encimera. Mi desconsolado llanto ni siquiera me servía como alivio.

Cuando llegaron mis padres les conté lo sucedido y les enseñé las fotos. La cara de impotencia de mi padre lo decía todo. De haberlo tenido delante, dudo mucho que se hubiera resistido a aplaudirle la cara. Y yo lo habría tenido que entender.

Mi madre solo se limitó a decir que como padre ya estaba resultando un desastre cuando no había mostrado ni e
ı más mínimo interés, que no era de extrañar que como hombre fuera así. En mi casa no lo tragaban ni lo más mínimo, y él mismo se había apartado de su familia, con la locura que sentía por su hija y ahora ni la llamaba.

¿Sabes qué pasaba? Que yo me había propuesto ser fuerte y solo era la única opción que me quedaba.

Aitana: *¿Qué te parece si nos vamos el viernes de finde a algún sitio?*

Andrea: *Acabo de correrme del gusto. Si tengo que faltar a la academia no pasa nada por un día o dos. Voy la primera de mi promoción, voy sobrada…*

Me tenía que reír con sus cosas y es que ella lo decía tan natural que podía ver su risilla al escribirlo. No hacía falta que para ello me pusiera un emoji ni nada.

Aitana: *Lo dejo en tus manos, que eres un hacha buscando vuelos y hoteles.*

Andrea: *¿Algún sitio en especial?*

Aitana: *Menos Italia, lo que quieras. Eso lo tengo claro. Hoy por hoy, no se me pasa ni por la cabeza volver a pisar ese país.*

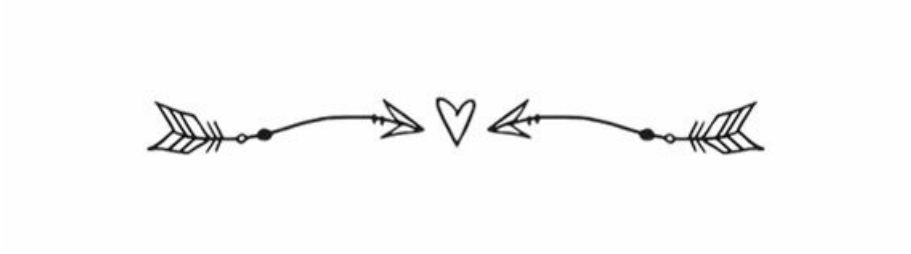
Mis padres se pusieron muy contentos con mi decisión y estuvieron comentando todo el día las opciones que m
iba dando Andrea. Al final nos decantamos por irnos a Frankfurt, ninguna de las dos habíamos estado en Alemania, así que era la opción perfecta.

No es que estuviese alegre por ello ni mucho menos, pero al menos reconocía que un cambio de aires me

vendría genial. Y Andrea era la mejor compañía posible en una escapada que, con ella, prometía ser memorable. Eso cuando menos.

vendría genial. Y Andrea era la mejor compañía posible en una escapada que, con ella, prometía ser memorable. Eso cuando menos.

Capítulo 28



Seis de la mañana del viernes y ya estábamos las dos en su coche dirigiéndonos al aeropuerto. Me había pensado si subirme con ella o no, aunque tenía un as en mi manga y no tardé en soltarlo.

—Por tu hermanito, ve más lenta.

—Por mi hermanito, dice. —Se rio—. Su hermana mayor y futura madrina —recalcó—, es la que más glamur lleva al volante.

—Tú ten cuidado, haz el favor.

—Cagueta eres. —Se reía y más nerviosa me ponía porque se le achinaban los ojos y eso podía ser motivo de perder visibilidad.

—Soy previsora, eso es lo que soy.

—Cagueta y más cagueta. No me busques la lengua, nena.

Sentí un alivio cuando estacionó el coche en el aparcamiento del aeropuerto, que había reservado *online* y salía mucho más barato, aunque he de decir que, este viaje iba totalmente subvencionado por el señor Samuel, el abuelo, ese que cuando se enteró, se encargó de pagar todo y encima le dio dinero para que gastásemos en el viaje Si más santo y no nacía.

Sabía de buena tinta por Andrea que estaba más que pendiente de mi embarazo y de mi bienestar. Él mismo me lo demostraba en multitud de momentos, aunque era su nieta quien me confirmaba que se pasaba el día relatando sobre la ilusión que le hacía volver a convertirse en abuelo. Y también que yo fuese la madre del bebé.

Para verla moviendo sus caderas mientras tiraba de su equipaje de mano y llevaba un pañuelo anudado a un lad de su cuello. Parecía toda una azafata, además que había elegido un *outfit* de lo más parecido a propósito, y le quedaba que ni pintado.

Andrea me recordaba a su padre en el tema de lo segura que se movía. Por allí lo hacía como pez en el agua. Suerte que en otras muchas cosas no se parecía en nada a él, como si comparamos un huevo con una castaña.

La gente la miraba y sonreía, era adorable y su elegancia evidenciaba el glamur que era el conjunto de todo lo que ella desprendida. Hasta la azafata le dijo que llevaba un *look* precioso y estaba guapísima.

Con esa misma estuvo hablando un rato antes de avisarnos de que íbamos a despegar y me encontré con la sorpresa de que Andrea se puso en medio del pasillo con una azafata delante y otra detrás explicando los temas de emergencias. Lo que me reí fue brutal y todos, incluida yo, la grabamos con el móvil.

Todos aplaudieron y vitorearon cuando terminó, mientras ella les tiraba besitos al aire con toda esa dulzura y simpatía que derrochaba mi niña.

—¿Lo hice bien?

—Muy bien, de verdad, eres una estrella.

—Si es que estoy feliz, voy a tener un hermanito. —Se agachó y besó mi barriga antes de abrocharse el cinturón.

—Ya sé que estás feliz. Y, aun así, eso que has demostrado es tuyo y solo tuyo, con independencia de lo demás. De veras que has nacido para destacar y lo sabes.

—Sí que lo sé —suspiró.

—¿Suspiras por qué las cosas con Hugo no van mejor?

—De momento no, aunque ya se la jugaré.

—¿No me digas que estás pensando algo?

—Yo siempre estoy pensando algo, nena.

—Chiquitaja, acabas de darme miedo.

—¿A ti? Pues quien se tiene que cagar por la patilla abajo es él —me aseguró.

El vuelo lo pasamos de lo más divertido y es que tenía a toda la cabina revolucionada. Enseguida se le olvidó el malestar que le producía lo del tema de Hugo y activó el modo revolucionario de nuevo. Con decir que puso a cantar a todos la *Chica ye ye,* mientras ella hacía la coreografía…

—Me cago en la vida del clima de aquí —dije sintiendo que se me congelaba la cara una vez que aterrizamos porque me quedé sin respiración a causa del frío inicial.

—Sí, nena, esto es todo un *lifting low-cost.* —Reía mientras nos montábamos en el taxi—. Pero no te preocupes, que una vez que nos instalemos en el hotel estaremos bien calentitas.

—Sí, pero nosotras no hemos venido a hacer turismo al hotel, que yo sepa.

—No, *my love*, pero lo decía para animarte. En la calle habrá que apretar los dientes y aguantar el tipo.

—El tipo se me está diluyendo a mí, que ya le dije chao a mi cintura.

—Y bien guapa que estás. Te pienso hacer un *book* fotográfico en este viaje que vas a hacer que tus redes ardan

—¿Qué redes? Si ya no las uso… Nunca me entusiasmaron demasiado, pero es que ahora ni las abro.

—Ya lo sé, ya. Pues es hora de que las reactives, igual que se nos va a reactivar aquí el flujo sanguíneo con este frío.

—Dios te oiga, porque también puede ser que se nos congele la sangre en las venas.

—Imposible. Eso les pasará a ciertos individuos que prefiero ni nombrar, pero no a nosotras, que somos latinas de sangre caliente.

—Yo de caliente ahora mismo no tengo nada. Los pies los llevo como dos cubitos de hielo.

Nos llevaron hasta el hotel situado en la plaza Römerberg, en pleno corazón de la ciudad. En todo momento confié en el buen criterio de Andrea para elegir alojamiento, y no me equivoqué. Y es que ella tenía buen gusto en general, y eso se reflejaba en todo lo que iba haciendo.

La ciudad se veía tan histórica que impresionaba, transportándote a épocas pasadas. Lo que más me gustaba es que era peatonal, donde se podía ver a muchas personas paseando o bien sentadas en sus innumerables terrazas con una mantita, cortesía del local, por lo alto, así como con estufas y chimeneas para calentar al cliente.

En realidad, se trataba de un apartahotel muy bonito en el que nos recibieron y nos dieron la llave rápidamente, después de escanear nuestros documentos.

Nos dieron la segunda planta de las cuatro que había. Subimos en el ascensor, porque íbamos con las maletas. Las vistas eran a la plaza y me recordaba a Roma, aunque la arquitectura era diferente, pero yo había estado en un apartamento así, con terraza y vistas a una plaza.

Bueno, el apartamento este era más rustico y diferente, se notaba en la decoración y los tipos de muebles, que nada tenían que ver con los de Italia, pero, por lo demás, me recordaba mucho a ese viaje.

Y mira si me lo recordaba, que me derrumbé en filo de la cama sin poder evitar que las lágrimas brotasen de mi ojos.

—Ni de coña, por ese necio no te quiero ver derramar ni una lágrima más.

—No es eso, es que me vinieron demasiados recuerdos bonitos a su lado.

—Pues céntrate en acordarte de los feos y verás lo pronto que se te pasa. Ahora mismo nos vamos a comer una salchicha típica del país, y vamos a olvidarnos de esos hombres que solo hacen que dañar nuestras vidas.

—Yo espero que mi hijo no sea un rompecorazones.

—¡Qué te levantes, leches! Abrígate bien que nos tiramos a la calle ahora mismo, que de penas nada. Estamos en Alemania y somos dos mujeres empoderadas, que nos amamos y nos queremos. ¿Te has enterado, mami?

—Cuando me llamas así me haces vieja. —Me reí entre lágrimas.

—Mami, porque me da igual que solo me saques ocho años, pero si eres la madre de mi hermano, también eres la mía, que a mí también me haces mucha falta. Así que, por tu hija favorita, levanta el coño que nos vamos.

—No hables así. —Me reí.

—A ti para que te enteres hay que hablarte alto y claro. —Me hizo un gesto con la cabeza.

—Venga, vamos —resoplé agobiada.

—Desde luego, que vaya cara. ¿Pues no parece que nos vamos de velatorio?

—Peor, nos vamos a congelarnos, ya podrías haber elegido las islas Canarias y así habernos garantizado el tiempo.

—Tú quéjate que te hago rodar por las escaleras.

—Capaz eres, Andrea.

—Total, si ya comienzas a estar redondita.

Me tenía que reír porque ese corazón con patas no era capaz ni de dañar a una hormiga. Decir, podía decir cualquier tipo de barbaridad porque así era ella. Pero dañar… Eso nunca. Al menos, no a la gente a la que adoraba. En cuanto a su padre, con él estaba sacando la versión más afilada de su lengua, pero solo porque me consideraba la parte débil de la historia y porque no le perdonaba que nos hubiera deshecho el cuento de hadas.

Si un día se hizo el gracioso hablándome de lo que para él era el romanticismo y el verdadero significado de los príncipes azules y demás, bien había demostrado no tener ni la menor idea de lo que era nada de eso. Se trataba de la antítesis del príncipe azul, era el jodido sapo, por mucho que su atractivo envoltorio despistase.

—Empiezo a tener hambre. Al final, mis padres se están saliendo con la suya y comienzo a comer bastante mejor, Andrea.

—Y que no me entere yo de lo contrario. Tú tienes que estar fuerte y bien fuerte, como Hulk, para cuando tengas que empujar porque, se siente, pero eso no lo podremos hacer ninguno por ti.

—Ya, mejor ni pensarlo.

—¿Te da miedo el parto?

—Un poquito, me da corte confesarlo, pero un poquito.

—¿Corte de qué? Mira, si tuviera que dar a luz yo, pediría que me anestesiaran desde la punta del pelo hasta la del dedo meñique del pie. No he nacido para sufrir —suspiró.

—Te como la gracia esa que tienes.

—Mejor te vas a comer otra cosa que estoy viendo ahí al final de la acera. Oye, a falta de sexo, mira…

Imaginé que se trataba de un disparate de los suyos porque todo lo que hacía o decía era de lo más cómico.

Enseguida me di cuenta de a qué se refería, porque nos dirigimos hacia una tienda de perritos calientes que tenía una cola impresionante y por eso nos dejamos guiar.

Las dos cogidas del brazo y aguantando un frío que era de lo más intenso. Cuando nos tocó pedir, optamos por un combo que incluía patatas fritas y refrescos. Las dos coincidimos en que lo mejor era regresar al apartamento y comer allí, bien calentitas.

El frío era demasiado intenso en la calle y se dejaba sentir de una forma que hasta dolían las extremidades, y eso que íbamos bien preparadas. Pero, como masoquistas tampoco éramos, pasamos olímpicamente de sufrir.

Por supuesto que nos interesaba conocer la ciudad y ya lo haríamos. Pese a ello, lo más importante para ambas era pasar buenos momentos juntas, compartirlos, disfrutarlos y recordarlos a nuestra vuelta.

Nos pusimos hasta los pijamas y pegamos la mesa a la cama donde nos sentamos en el filo a comer con los pies cruzados. Aunque ya no me notara la cintura igual, la falta de una tripa grande me hacía estar de lo más ágil y aunque la tenía redondita y con forma, no era nada como para que me comenzara a molestar.

La salchicha estaba deliciosa y hasta las patatas eran de categoría superior… Nos supieron a gloria.

—Esto es vida, aquí como dos *royals* y sin hacer nada de nada. Podría acostumbrarme con mucha rapidez —murmuró ella.

—Y tu abuelo también podría cortarnos el grifo enseguida, que una cosa es darnos una alegría para el cuerpo y otra muy distinta que viera que nos convertimos en dos zánganas.

—Mira, yo creo que el abuelo te quiere tanto, que le daría lo mismo. Cualquier cosa con tal de verte feliz. Con lo que no comulgaría sería con que te quedases aquí, que él quiere ver crecer a su nieto cerca. Está que se le cae la baba.

—Igualito que otros…

—Ni lo menciones porque no se lo merece. Ya las pagará todas juntas. A mi padre lo vamos a ver un día suplicando por ti, ¿hacemos una apuesta?

—Cuando quieras y como quieras, porque no pienso que sea así para nada. No me quiere, ya está. Fin del cuento.

—Ese es que no sabe ni lo que quiere. Y jugaba a darme lecciones de moral a mí que, no es por nada, pero creo haber demostrado que le doy tres vueltas en todo, nena.

—En categoría humana, sobre todo, que no te llega ni a la suela del zapato.

—De mis zapatos de tacón, bonita. Que soy…

—Puro glamur y elegancia, eso eres.

Después de darnos el atracón, nos echamos un ratito en la cama y como era obvio y debido al madrugón que no habíamos dado, nos quedamos dormidas.

Yo no estaba mal a nivel de náuseas y demás, que esas no me llegaron en ningún momento. Pero en lo tocante al cansancio, no os quiero contar nada.

—Si es que te quedas dormida en el palo de un gallinero —me solía decir con toda la gracia Andrea al ver que, tan pronto apoyaba la cabeza en cualquier sitio, ya estaba sopa.

Cuando nos levantamos, nos fuimos a la calle a dar un paseo, cosa que, si a las dos hacía frío, a las siete no quiero ni contaros. Íbamos abrigadas, sí, pero la zona de la cara era todo un suplicio.

—Este frío es perfecto para congelar mis óvulos —dijo ella causándome una carcajada, pero bien a lo grande.

—Lo que no se te ocurra a ti, no se le ocurre a nadie, Andrea. ¿Cómo puedes decir esas cosas?

—Porque ser como yo soy requiere tener siempre un disparate en la punta de la lengua. Es el arma perfecta para luchar contra tanto cavernícola que todavía no entiende que a las personas hay que aceptarnos como somos.

—¿Sabes lo que les deseo a todos los que no te respetan, cariño? ¡¡Que les jodan bien jodidos!! —exclamé alto y claro.

—Eso es… Vamos a chillarlo, que aquí no nos entiende nadie. ¡¡¡Que les jodan!!!

Un chico se nos quedó mirando y ella se rio.

—El pobre debe pensar que estamos locas perdidas. A saber, lo que habrá entendido que estamos chillando.

—Has chillado que les jodan, no sé a quiénes, pero eso.

—¿¡Perdona!? ¿Tú cómo me has entendido y cómo puedes hablar castellano sin acento alemán ni nada? Flipo,

tío.

—¿Será porque soy de Cáceres? Me llamo Leo. —Se presentó, y ella se partió de la risa.

—Toma ya… Encantada, Leo. Yo soy Andrea y ella es mi mami, Aitana. —Se presentó también dándole dos besos.

s —¿Es tu madre? ¿Y qué clase de *lifting* se ha hecho?

—En realidad sería una historia muy larga de contar y nos congelaríamos.

—En eso tienes razón, ¿vuestro primer día aquí? Lo digo porque no lleváis orejeras. Os recomiendo que os compréis unas si no queréis pasarlo mal y que os terminen saliendo sabañones.

—¿En las orejas? Antes muerta… Si hace falta, me llevo las tuyas —le dijo con total gracia y hasta quitándoselas.

—Va, tienes un don… Te las regalo. —Se las puso en la mano.

—Pues gracias, Leo. ¿Dónde podríamos ir de compras?

—Por aquellas calles. Feliz estancia en Frankfurt, chicas.

ı Andrea me miró y me las puso sin pensárselo.

—Que no, cariño, que te las ha regalado a ti.

—¿Y qué? No quiero que te entre un dolor de oídos y, por ende, otro a mi hermanito.

—Eso no funciona así. No todo lo que a mí me duele le duele también a él. Por suerte.

—Ay, lo dices por lo del corazón, es verdad. Pronto no te dolerá, ya lo verás.

Nos metíamos en todas las tiendas que encontramos en las calles que nos señaló el bueno de Leo, lo primero para resguardarnos del frío y lo segundo porque a cada cuál era más bonita y todo nos llamaba la atención.

Allí nos hicimos con otras orejeras para Andrea, pues era muy cierto que las necesitábamos ambas. Menudo fresquito.

Un rato después, eran las ocho y media de la tarde y al abuelo le iba a costar un ojo de la cara el viaje porque Andrea no dejaba de quemar tarjeta con lo que él le había depositado. Compraba para las dos todo lo que mirábamos y ya me estaba enfadando a mí con tanto capricho.

—Mami, no te pongas así.

—Anda que no te las sabes todas. —Me reí—. Pero en serio, no se puede comprar por comprar, hay que mirar por el dinero.

—El abuelo ha dicho que a sus niñas no les falte de nada.

—Ya, pero no por eso debes pasarte. Andrea, por Dios, demasiado que nos pagó el viaje.

—Calla y come. —Me dio a probar dos bombones que había comprado.

—Cenar, tenemos que cenar, esto nos quitará el apetito —resoplé.

—Mami, ¿no hay nada más bonito que ver mi sonrisa?

—Sí, que la tengas sin estar quemando tarjeta. —Me reí.

Si el viernes compró tonterías, no quiero ni decir la que lío el sábado que tuvimos que comprar una maleta grande para facturar a la vuelta. No pude con ella ni con el derroche de caprichos que se dio. Si más que monumentos lo que visitamos fueron todas las tiendas de la ciudad.

Y no solo eso, también nos dio desde el primer día por los combos con salchichas y eso es lo que estuvimos comiendo durante el fin de semana.

Gracias a Dios que eran tres días, que si llega a haber sido una semana… en fin, que estábamos pasando unos momentos de lo más especiales allí.

No es que Frankfurt tuviese el poder de apartar a Devis de mi mente, pero, al menos, la juvenil y fresca compañía de Andrea me estaba sirviendo para quitarme muchas cosas de la cabeza.

Con ella todo eran risas y no consentía que me viniese ni un momento abajo. A la que intuía que eso iba a pasar ya tenía un disparate para soltar en la punta de la lengua. Y la seguridad de que sacaría mis carcajadas.

Capítulo 29



Nada más despertarme, me fui directa a la ducha no sin antes dedicarle unas palabras cariñosas a mi bichito mientras me acariciaba la barriga, y por lo que parecía le encantaba que todos los días se las dedicara, porque era empezar a hablarle y comenzaba a moverse que daba gusto.

Para mí se había convertido en un ritual que me encantaba y al que no renunciaría por nada en el mundo. Eran momentos de intimidad con él, momentos en los que le recordaba lo mucho que le quería, que se había convertido en el motor de mi vida y que siempre lucharía por verle feliz.

Qué sensación tan extraña, pero a la misma vez maravillosa, no sé bien cómo explicarlo, la primera vez que lo sentí fue como si tuviera un gusanillo moviéndose de un lado a otro, un pequeño cosquilleo que me dejó paralizada por un momento ahí fue cuando sentí la conexión mucho más grande con mi bebé.

Son cosas difíciles de describir con palabras, cosas que te dan vida, que de pronto lo ponen todo en su sitio y, por encima del resto, que te ayudan a saber valorar qué es lo importante y qué es lo secundario.

Cada día estaba más volcada en ese bebé que era parte de mí, la parte más tierna, y esa que me generaba un instinto de protección tremendo.

Y su padre seguía en esa historia con esa mujer que nadie sabíamos quién era, pero de la que nos seguían llegando fotos. Eso es lo que más me jodía.

Dolía, dolía como si me estuviesen marcando a fuego. Nada podía hacer al respecto. Ni un solo reproche saldría de mis labios.

Mi embarazo iba avanzando, ya me sentía con más fuerzas en determinados momentos y no por eso se me pasó por la cabeza ni una sola vez acudir a su despacho o a su casa a montarle el pollo. Devis había demostrado no tener sentimientos ni tampoco dignidad, lo cual no significaba que me pusiese a su altura.

De él, me estaba quedando con lo mejor; con sus dos hijos. Y bien sabe Dios que no porque tuviese ni la más mínima intención de arrebatarle a Andrea, sino porque ella eligió libremente posicionarse de mi lado, por muchos

consejos que le di de que no abandonara a su padre.

Estaba arreglándome, ya que Andrea quería venir a recogerme para ir de *shopping* porque a su hermano le teníamos que ir comprando unos *outfits* ideales que fueran la envidia de todo el mundo, esas eran sus palabras, vamos que a mi niño su hermana lo llevaría siempre a la última moda, me lo estaba viendo venir.

—Cariño, pero si ya no sé ni dónde meter tanta ropita para el bebé —le decía yo.

—Pamplinas, siempre hay sitio para guardar trapitos. Y si no lo hay, se hace. Habla con tu padre y, como está dispuesto a hacer obras, que mande construir también un vestidor gigante, que os hará falta —me solía proponer en esos momentos.

Me decanté por ropa cómoda, ya que sabía que me tendría todo el día de arriba para abajo. Ella estaba con el modo compras activado y no habría quien la convenciera de darle un respiro a la tarjeta.

—Buenos días, parejita —saludé a mis padres al entrar en la cocina, y me dirigí a servirme un zumo, ya que me cuidaba muchísimo debido a mi estado.

—Buenos días, cariño, ¿todo bien? —me preguntó mi padre después de que me dieran un beso cada uno.

—Si, todo va prefecto, este bichito se porta como un angelito con su mami

—Vas a salir con Andrea, ¿verdad?

—Si, mamá, ella quiere que le compremos más ropa, dice que hay que comenzar a llenar el armario, que la habitación ha quedado muy cuqui, pero que el armario todavía se ve muy vacío. Y eso que empieza a estar atestado. Hasta me propone que me hagáis un vestidor —les dije mientras volvía los ojos y ellos se reían.

—Lo que haga falta, hija. Si a ti te hace feliz…

—Ni caso, ¿eh? Que ella es así. No hace ninguna falta.

—Esta niña da vida y alegría por donde quiera que vaya, siempre tan alegre y viendo todo en color de rosa, se hace querer. Es la mejor compañía que puedas tener en estos momentos.

—Si, papá, es un alma tan pura y a mí me ha dado tanto amor desde el primer momento, que no sé qué hubiera hecho si no la llego a tener junto a mí en estos momentos, la verdad es que me da vida.

—Pues eso lo tienes que aprovechar. Es oro puro para ti, Aitana. Y más en tu estado, que estás un poquito más sensible.

—¿Un poquito? No gano para pañuelos de papel, papá. Todo me hace llorar o, al menos, sacarme la lagrimilla. Andrea dice que soy una llorona y hasta me canta supersimpática la canción.

—Eso lo tenemos que ver tu madre y yo.

—Pues nada, seguro que nos propone hacer un día un karaoke en casa.

—Propónselo tú. Pero no un sábado por la noche.

—No, que en esos no se os puede echar el lazo. Y me parece lo mejor. Disfrutad, que sois muy jóvenes.

—Pues anda que tú, hija.

—Ya, pero a mí me viene ahora una época casera, que voy a convertirme en mami.

—Ese bebé tiene mucha gente con quien quedarse, empezando por nosotros. Así que, llegado el momento, no tendrás que hacer sacrificios, Aitana.

—No son sacrificios. Tampoco salía antes de conocer a Devis.

—Pero eso era porque tenías el corazón roto por Kiko, hija. Es que vas de uno en otro. En fin, que tu madre y yo queremos verte muy feliz.

—Y lo seré, papá. Con el cariño de todos vosotros y con mi bichito en el mundo, lo seré.

Tocaron el timbre y mi padre se dirigió a abrir la puerta.

—Ya está aquí lo más bonito que vais a ver en todo el día —dijo Andrea nada más entrar por la cocina, mientra daba un giro sobre sí misma y se acariciaba el cuerpo con sus manos.

—Hija, desde que entras por la puerta te haces de notar allá donde vayas —le dijo mi madre muerta de risa.

—Mamita de Aitana, ¿tú no sabes que lo bonito hay que enseñarlo y presumirlo? Pues más bonita que yo no ha nadie, así que me tengo que hacer notar para que no se pierdan mi belleza. Es mi aportación a un mundo en el que la generosidad escasea, y yo lo doy todo. Mi brillo alumbra más el firmamento.

—Ha nacido una estrella. Ven aquí y dame un beso.

—Te como a besos mejor. Y a mi hermanito ni te digo. —Bajó hasta mi barriguita y le dio varios.

Me encantaba esta niña, tenía una autoestima tan alta y se quería tanto a sí misma, que era todo un ejemplo por seguir. Era digna de admirar con esa gracia y salero que tenía.

—Anda, belleza, tira para fuera que se nos echa el tiempo encima —le dije mientras tiraba de ella hacia fuera y me despedía de mis padres.

Al llegar fuera y ver cómo tenía el coche aparcado la mire con una ceja arqueada.

—Andrea, cariño mío, tú sabes que la acera está destinada para que los peatones puedan transitar sin correr ningún peligro, ¿verdad?

—Anda nena, pues claro que lo sé, pero es que no me cabía el coche de otra forma. Cada una aparca como le da la gana.

—Eso suena muy bien, aunque me temo que no va la cosa así. Luego llegan las multas.

—Según quien las ponga, ya sabes lo que hago con ellas —me sonrió.

Y lo dijo tan campante, mientras yo miraba ese pedazo de aparcamiento en el que cabía una furgoneta de las grandes. Me persigné y recé mentalmente.

—Andrea, ¿quieres que conduzca yo? Te lo digo porque así tú puedes ir de copiloto e ir retocándote el maquillaje. Cada vez te maquillas mejor gracias al curso que estás haciendo y ese talento no se debería desaprovechar.

—¿Qué tengo en la cara? ¿Se me ve algún corte de la base o algo? Ains, por Dios, dime que estoy bien que me s
da un chungo —decía la pobre con la mano puesta en el pecho y asustada.

—Que no, ¿no te acabo de decir que está naciendo una estrella del maquillaje también?

—En eso tienes razón, ya me quedo más tranquila.
y

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo…

Porque más presumida que ella no había nadie y salir de su casa con algo fuera de lugar, para ella era una catástrofe. Para mí lo era ir de copiloto de aquella niña a la que adoraba, pero que me hacía coger el baño a lo justo cada vez que se empeñaba en conducir.

—Nena, no veas el susto que me has dado, que mi cara tiene que ir siempre perfecta, igual como el resto de mi cuerpo. Anda, sube ya que tú no puedes conducir en tu estado, porque si conduces te estresas y mi hermanito tiene que ir relajado, así que aquí estoy yo para hacerte de chófer.

—¿Relajado contigo? No me haga reír.

—También, también. La risoterapia es algo fantástico y conmigo te sale gratis, ¿qué más quieres?

Y lo decía tan convencida que hasta ella misma se lo creía, me resigné y me subí sabiendo el mal ratito que me esperaba hasta llegar al centro comercial.

Fue arrancar y poner la marcha atrás y del acelerón que metió por poco me deja como pegatina contra la luna delantera y eso no fue lo peor, resulta que escuchamos un pitido y es que venía una moto y porque el pobre muchacho tenía reflejos que, si no, se hubiera incrustado en el maletero.

—Chico, debes tener más cuidado, no sabes que así no puedes circular por las calles. Después pasa lo que pasa, pero claro, si vas atontado, ¿qué vas a esperar?

—¿Atontado yo? Un poco más y doy un salto olímpico por encima de tu coche, ¿es que no tienes ojos en la cara?

—Y encima chulo. Los tengo y bien bonitos, ¿estás cegato? Ni contestes, es evidente que sí, eso lo explica todo

—Y tú chalada, chalada perdida estás, ¿te ha tocado el carné en una feria?

—¿Y a ti? ¿Te han tocado la cara alguna vez? Porque tienes una hostia que no veas y a mí me está picando la mano.

—Andrea, por favor, ya, que la culpa no la ha tenido él —murmuré dentro del coche.

—¿Y entonces quién la ha tenido?

El pobre muchacho ni le contestó más, pasó de ella por suerte, y a mí me iba dar un ataque al corazón y eso que acababa de montarme en el coche.

—Andrea, por Dios, que llevas a la madre de tu futuro hermano contigo, y no va a haber futuro hermano si no gastas más cuidado, que el muchacho no ha tenido culpa. ¿Sabes que los espejos están para mirar por si viene alguien y no para que te mires y te digas lo guapa que eres?

—Nena, admítelo, ha sido culpa suya que apareció por detrás mía como arte de magia.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero a partir de ahora con mil ojos puesto en la carretera.

—Nena, que poca confianza tienes puestas en mis habilidades conductoras, si sabes que no tengo la culpa de que la carretera este llena de ineptos que no saben ni por dónde van.

Con esta niña era para mear y no echar ni gota, pero te partías de risa con sus ocurrencias, además de que las decía tan convencida que ni ella misma se las creía.

El camino al centro comercial fue casi del mismo estilo que la otra vez, con la diferencia que por lo menos en esta no cogió las rotondas en sentido contrario, ni tampoco nos tropezamos con policías, pero que vamos, a mí me llevó todo el tiempo con el corazón en la garganta.

—Tienes mala cara, Aitana, ¿te has mareado o algo? —me preguntaba.

—Nada, nada, ganitas de llegar que tengo. Si es que solo se me ocurre a mí.

—¿Qué? ¿Qué es eso que solo se te ocurre a ti?

—Ni caso me hagas, a ver si llegamos ya y aparcas, que necesito tomar un poquito de aire fresco.

—Anda, pues si es por eso, te pongo el aire acondicionado y listo, amor.

—No, no. Tú hazme caso.

Cuando por fin nos bajamos del coche a mí me temblaban hasta las piernas y estaba blanca como la pared, por Dios, qué rato me había hecho pasar esta chiquilla.

—Nena, ¿qué te pasa?, ¿sigues mareada? Te has puesto muy pálida, seguro que es por mi hermanito y te ha dado algún mareíllo de esos que os dan a las embarazadas, vamos a que te tomes un zumo y verás lo prontito que se te pasa. Tú lo único que necesitas es un poquito de azúcar para ese cuerpazo de futura mami tan bonito que tienes.

—Seguramente ha sido por eso y no por tu forma de conducir —le dije mirándola directamente—. Andrea, por Dios que casi haces que me salga tu hermano por la boca, a la vuelta conduzco yo, por favor.

—Nena, no seas exagerada que yo conduzco muy bien, pero que, si a ti se te ha antojado conducir, yo con tal de que a mi hermanito no le salga un antojo en mitad de la frente, te dejo conducir.

—Si, cariño, eso es, que tu hermano quiere ver como conduce su mami.

—Uff, todavía no ha nacido el enano y ya me tengo que empezar a sacrificar por él —dijo poniéndose la mano en la frente de forma teatral.

—Sí, cariño, demuéstrame lo buena hermana mayor que eres.

Mi bichito ya tenía muchas cositas que le habían ido comprando mis padres, mis abuelos y yo, lo mismo que ella, pero Andrea afirmaba que necesitaba muchas más. Sobre todo, ropita.

Ya habíamos estado en unas cuantas tiendas y le había comprado un poco de todo, a ella todo le parecía poco para su hermano. Le dije que me negaba a que le comprara más ropa, ya que no llegaría a usarla a penas y era una verdadera lástima, pero al final me convenció para entrar en una última tienda.

—Amor, pero la última de verdad y nos vamos. Si quieres, nos sentamos un ratito en una cafetería, pero es que de compras estoy ya hasta la punta del moño.

—Qué loquita eres, Aitana, si llevas el pelo suelto.

Fue en ese justo momento cuando vio una camiseta rosa que la volvió loca.

—Nena mira qué cosa más cuqui, ¿te imaginas lo precioso que va a estar con esta camiseta?, además no he visto que le hayas comprado nada de este color y eso no puede ser, yo quiero que él tenga dónde elegir. A mí no me lo condiciones que esas cosas no van conmigo.

—Pero ¿cómo va a elegir si será un bebé? Andrea tú te escuchas lo que dices —le dije entre risas, y es que era para reírse en todo momento con ella.

—Pues si él no la puede elegir aquí tiene a su bellísima hermana para que la elija por él, además, de que se la compramos, se la compramos y tú chitón, que para eso es mi regalo. Ains, si es que ya me lo puedo imaginar con ella puesta y lo mono que va a estar —dijo con la mano en el pecho mientras que suspiraba de pura emoción.

La convencí para que diésemos el episodio de las compras por zanjado y nos sentamos de nuevo a tomar algo. Ella volvía a mirar una y otra vez el interior de cada bolsita o caja.

—Muero con estos, ¿cómo se llaman?

—Son patucos, patucos…

—Ideales, te lo juro. ¿De verdad tienen el pie tan pequeño cuando nacen? No me lo imagino.

—Gracias al cielo, sí. Porque el tamaño del pie es proporcional al de la cabeza y no me quiero ni imaginar cómo sería traer al mundo a un cabezón así.

—Metafóricamente, como salga a mi padre, tendrás un cabezón igualmente. Ese cabrito es más testarudo…

—Cariño, ¿cuándo dejarás de hablar de él así?

—Cuando las ranas bailen reguetón.

—Estamos apañadas entonces.

—O cuando te pida perdón.

—Bailarán las ranas reguetón antes.

—Me parto contigo, nena. ¿Cómo van a bailar las ranas reguetón?

—Pero si lo has dicho tú. ¿A mí qué me cuentas?

Llegamos a mi casa y por supuesto iba yo conduciendo. Me despedí de ella hasta otro día. La verdad es que había sido buenísima su compañía, siempre era un no parar de reír estando a su lado y se lo agradecía en el alma. No obstante, por el mal trago de ir de copiloto con ella no quería volver a pasar. Dos veces en un día me pondría la tensión por las nubes.

Mi padre había salido a caminar y mi madre, que estaba un poquillo resfriada, me recibió con un chocolate caliente y unas pastas.

—Quiero que me lo enseñes todo. Cielo, cuántas cositas traes. Nos tendremos que plantear lo del vestidor.

—De eso nada. Le he dicho a Andrea que tiene que parar ya el carro.

—¿Y desde cuándo te hace caso? El alma de Andrea es tan pura como libre. No la veo yo en esas.

—Ay, mamá, mira qué cucadas traemos. ¿Te imaginas a tu nieto con ellas?

—Todas y cada una de las horas del día. Tu padre y yo estamos como locos con su llegada. Quiero que sepas que nos ha caído del cielo, este niño nos ha caído del cielo.

—Mamá, pronto debería empezar con las clases de preparación al parto, ¿querrás acompañarme? Es que la mayoría de las chicas van con sus parejas, como es lógico, y yo…

—Y tú irás conmigo. Estaba deseando que me lo pidieras. Aitana, no vas a verte sola en ningún momento. Sé que te gustaría que tu compañía fuese otra y, por desgracia, en eso no tengo mano. Pese a ello, deseo que te sienta querida y acompañada siempre.

—Y así será, mami. Vienen meses de cambios muy emocionantes por delante.

—Meses que quiero que disfrutes hasta el último segundo. El embarazo es una preciosa etapa que, como todas las demás, se marcha para no volver. Así que debes sacarle todo el jugo.

—Lo haré, mamá, te lo prometo.

—De eso nada. Le he dicho a Andrea que tiene que parar ya el carro.

—¿Y desde cuándo te hace caso? El alma de Andrea es tan pura como libre. No la veo yo en esas.

—Ay, mamá, mira qué cucadas traemos. ¿Te imaginas a tu nieto con ellas?

—Todas y cada una de las horas del día. Tu padre y yo estamos como locos con su llegada. Quiero que sepas que nos ha caído del cielo, este niño nos ha caído del cielo.

—Mamá, pronto debería empezar con las clases de preparación al parto, ¿querrás acompañarme? Es que la mayoría de las chicas van con sus parejas, como es lógico, y yo…

—Y tú irás conmigo. Estaba deseando que me lo pidieras. Aitana, no vas a verte sola en ningún momento. Sé que te gustaría que tu compañía fuese otra y, por desgracia, en eso no tengo mano. Pese a ello, deseo que te sientas querida y acompañada siempre.

—Y así será, mami. Vienen meses de cambios muy emocionantes por delante.

—Meses que quiero que disfrutes hasta el último segundo. El embarazo es una preciosa etapa que, como todas las demás, se marcha para no volver. Así que debes sacarle todo el jugo.

—Lo haré, mamá, te lo prometo.

Capítulo 30



Mediado de julios y me encontraba de ocho meses, y con un barrigón redondito de lo más cuqui, como decía Andrea.

El tiempo había transcurrido de manera sorprendentemente rápida en aquel inesperado embarazo, el cual se convirtió en una experiencia muy emotiva.

Me quedaba poco para dar a luz y me encontraba relativamente preparada. Los nervios estaban ahí, haciendo acto de presencia. Y las emociones seguían a flor de piel. Mentalmente, me preparé todo lo que pude para traer a mi hijo al mundo.

No voy a negar que me seguía dando bastante respeto el momento de entrar en el paritorio, aunque tanto la matrona que me impartió las clases como mi madre, me tranquilizaron mucho al respecto.

Eran las ocho de la tarde y mi padre ya estaba preparando la barbacoa para luego recibir a las visitas. Andrea estaba aquí desde el día anterior y es que aprovechaba estos días de verano para pasar el mayor tiempo posible conmigo.

Disfrutaba mucho de aquellas reuniones familiares en casa, aunque Andrea se encargaba de que saliera bastante también a la calle. No me refiero a salir de marcha, porque no se me habría ni pasado por la cabeza, pero sí a pasear, a ir de compras, a celebrar meriendas de chicas con ella. A todas esas cosas que me hicieron mi estado mucho más ameno.

Los abuelos de Andrea habían estado muy volcados los últimos meses conmigo y mi familia. Vinieron más de una vez a comer y se les notaba el dolor que estaban pasando con esa actitud del hijo al que no reconocían desde hacía muchísimos meses.

Obvio que no estaba en su mano, igual que no estaba en la de nadie, hacerle cambiar de opinión. Tampoco habría tenido ningún sentido en aquel momento porque, aunque no le riera la gracia a Andrea cuando se refería a Devis de esa manera, ella tenía razón en que se trataba de un cabrón. Y, por eso, ya no habría tenido arreglo.

Andrea sí había retomado el contacto con él, pero por teléfono, no accedía a quedar para comer o verse un rato. Ella era una mujer de ideas fijas y decía que ese no era su padre. Un contacto mínimo para no hacer sangre y porque él insistió, pero nada más.

Yo le hacía ver que podía estar a su lado sin que por eso tuviese que alejarse de mí, ni mucho menos, que éramos compartimentos estancos, pero ella repetía una y otra vez que no podía perdonarle y que no se pondría delante de él porque no respondía.

Devis seguía con esa mujer y las fotos nunca dejaron de llegar, tanto a Andrea como a mí, pero no solo eso, la tenía como su asistenta personal, supliendo así mi puesto.

En esos casos, prefería ni pensar porque esas cosas me hacían muchísimo daño y no eran buenas ni para mí ni para el bebé. Cada vez que un recuerdo bueno se me venía a la mente y los ojos amenazaban con aguárseme, pensaba en que no valía la pena y en que había renunciado a su hijo por no dar su brazo a torcer.

Por supuesto que no lo había olvidado, pero desde un tiempo atrás, tenía claro que no solo me había dejado tirada como si fuera una mierda, sino que por mucho que se arrastrase pidiendo perdón, a mí no me iba a recupera en la vida.

Para mí como hombre ya estaba enterrado, obviamente su lugar de padre no se lo iba a quitar ni hoy, ni mañana ni nunca, cosa que por ahora por lo que veía no estaba en sus planes.

Era gracioso que él me contó que la mamá de Andrea la abandonó, con esas palabras me lo dijo. ¿Y cómo se definía a lo que él había hecho con mi hijo?

Hacía falta tener morro. Él se había portado igual de mal que esa mujer a la que tanto le reprochó su comportamiento, ¿acaso todo lo malo se contagia? No estoy de acuerdo, para eso hay que valer y él valía. Por lo que estaba viendo, Devis valía para sembrar el mal por allí por donde pasaba.

Andrea le reprochaba todo cada vez que él le hablaba por teléfono, pero parecía que ni contestaba, como si lo d mi bebé no fuera con él. Eso le hacía mucho daño a su hija, más que a mí, ya que a estas alturas no esperaba nada de ese señor.

Prometo que me afectaba más el sufrimiento de los que amaba respecto a su actitud que el mío propio. Procuraba mantenerme impasible, él no merecía otra cosa.

Mi padre se la tenía jurada y es que no podía ni escuchar su nombre, es más, decía que lo mejor que le podía pasar a su nieto es que ese hombre no apareciera nunca más.

Sus palabras podían sonar muy fuertes, ¿y qué? Tenía todo el derecho del mundo a sacar su dolor fuera. Mi hijo no tendría un padre, pero sí un abuelo que sería el mejor y que haría las veces de él. Y otro abuelo que era Samuel pues ya no me permitía que me dirigiese a él como «señor» … Otro abuelo que no se quedaría atrás, lo mismo que sus abuelas, su hermana y el resto de la familia. Si algo le sobraría a mi hijo sería cariño.

Mis cuatro abuelos llegaron para la barbacoa y no solo eso, también llegaron los abuelos de Andrea, mi abuelito Samuel como me obligaba a llamarlo. Le adoraba.

Cuando estábamos todos charlando con la tele del porche donde salían las noticias, una de ellas hizo subir a mi padre el volumen.

Me quedé perpleja y me ladeé como si así pudiese escuchar mejor todo lo que estaban diciendo, pues cada uno de nosotros giró la cabeza y nos encontramos con Devis en directo, charlando animadamente con un reportero de las noticias.

No me podía creer lo que estaba escuchando, ¿era cierto o soñaba? No, soñando no estaba porque me di un rpellizco fuerte a modo de comprobación y vi las estrellas.

—Golpe a una de las bandas de narcotráfico más importantes que conectaban la isla de Lanzarote con la de , República Dominica. Aquí tenemos el placer de hablar con el jefe de la Brigada de España en colaboración con la de República Dominicana, que se ha encargado de la investigación estando como infiltrado durante los últimos diez años. Mucho gusto, señor Smith.

—Un gusto, señor González.

—¿Se puede decir que habéis conseguido desarticular la banda que traía en jaque a estos dos países durante los últimos años?

—Sí —sonrió, y en sus ojos pude ver de nuevo al Devis que conocí un día. Las lágrimas me caían: ¿quién era él e realmente?

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Samuel dando un golpe en la mesa. Nunca le había visto así de alterado.

—¡Abuelo, calla! —gritó Andrea que estaba muy pendiente a la tele y nerviosa como todos.

—Tu cargo lo has mantenido en secreto durante los últimos diez años, ya que no había nadie de tu familia que supiera de tu relación con una Brigada de este calibre, ni menos que pertenecías al cuerpo.

—*Así es* —contestó aclarándose la voz a continuación. Se le notaba tan contento como emocionado.

—*Cuéntanos un poco cómo pudiste llevar la operación en conjunto trabajando para la constructora y promotora que fundó tu padre sin que nadie se diera cuenta de tu doble vida. Porque, si me permites el comentario, no creo que te haya resultado nada sencillo.*

—*Creo que el trabajo con mi padre fue clave para poder infiltrarme en esta operación, así que debo darle las gracias. Dado que, lo primero que hice fue buscar unos terrenos para desarrollar un proyecto hotelero en Lanzarote, de ahí a que me conocieran como el constructor de ese hotel.*

»Esto facilitó mi integración en un grupo que me conectó con contactos en República Dominicana, donde adquirí terrenos a los cárteles del narcotráfico en la isla. Posteriormente, construimos en esos terrenos y los vendimos a una cadena hotelera. Sin embargo, como mencionas, el proceso no fue sencillo y requirió concesiones que me resultaron muy dolorosas.

—*Por lo que hemos sabido, lo más difícil fueron los últimos meses, ¿verdad?*

—*Esos me han desgastado por completo* —sonrió emocionándose y el periodista hizo un silencio respetando el momento.

—*Lena Martín, tu pareja de los últimos meses y líder de esa banda en España, estaba afincada en Lanzarote hasta que se trasladó contigo a la península.*

—*Lena Martín, la persona que soñaba con ver en la cárcel y que por fin hoy ya lo está. Sí. Esa que fingió que era mi asistente personal para pasar desaperciba sin saber que estaba en las manos del lobo. Ella solita cayó en su propia trampa, y no sabes cómo me alegro por ello.*

—*Tuviste que meterte en una relación con ella para terminar de desarticular la banda.*

—*Sí, así es, las cosas se pusieron complicadas y la única vía para no perder todo el trabajo de años fue tener una relación con ella. No me siento orgulloso por ello, dado que sé que causé daño. No obstante, eran daños colaterales que tuve que afrontar si quería ganar la guerra que estaba librando.*

—*Una relación nada real para ti, sin embargo, para ella sí, sin saber que estaba cayendo en tu trampa. ¿Cómo crees que se siente?*

—*Supongo que decepcionada y dolida, aunque ni la mitad de dolida que las familias que resultan afectadas cada año cuando sus propios hijos se ven metidos en temas de adicciones. El narcotráfico es una epidemia que hay que cortar de raíz, caiga quien caiga. Y todos los que lo manejan deben dar con sus huesos en la cárcel. Lena sabía muy bien qué era lo que se traía entre manos al liderar esa banda. Jugó con fuego y se quemó.*

—Los muertos de mi padre —murmuró Andrea—, ¿será posible que haya llevado adelante todo esto él solito y callado?

—Eso parece —suspiré tan hondo que creí que la vida se me iba en ello.

La entrevista prosiguió. Devis era un héroe y como tal lo estaban tratando.

—¿Y tuviste que apartarte de tu propia familia? ¿No es así?

—Efectivamente, el objetivo era proteger mi vida y la de mis seres queridos. —Soltó el aire—. *Se complicó la cosa, y comenzaron a sospechar de mí y de un compañero. Era consciente de que la única opción era ceder a los deseos de esa mujer que quería estar a mi lado. Era la única manera de demostrarle que mi vida era tal como le había dicho; tenía que lograr que llegara el momento en que me revelara algo que nos permitiese poner fin a todo.*

—¿Y tú familia? ¿Cómo crees que lo ha llevado?

—Mi familia pensó que había perdido la razón; los saqué a todos de mi vida para ponerlos a salvo, ya que, si me descubrían, pondría en peligro a todo mi entorno, ese que pensó que había cambiado, ya que nadie me reconocía.

»Fue muy duro lograr que mi hija abandonara mi casa; lo único que me consolaba era saber que iría a casa de mis padres, quienes la cuidarían mejor que yo, me refugiaba en eso. Además, perdí a la mujer más maravillosa del mundo, y poco después descubrí que estaba embarazada de mí… —En ese momento rompió a llorar en un silencio abrumador.

—¿Has vuelto a ser papá?

—Lo seré en estas semanas, tenía mucho miedo a no poder terminar con esto cuando eso sucediera. No me habría perdonado no llegar a tiempo para confesarle que los amo con todas mis fuerzas, tanto al bebé como a ella.

—¿Has podido hablar con ellos?

—No —sonrió—. *A ver con qué cara me presento.* —Apretó los dientes.

—¿Crees que ese amor que ahora espera un hijo tuyo te perdonará?

—Sí —murmuró un tanto emocionado—. *Ha pasado y sufrido mucho, pero entenderá que todo lo hice por*

ponerlos a salvo. Puede que le cueste, puede que me cueste conseguirlo, pero estamos hechos el uno para el otro. Y me voy a dejar la piel en demostrárselo.

»Ojalá que en este mismo momento me esté viendo, porque no hay nada que desee más en esta vida que su perdón y poder estar con ella; poder recuperar el tiempo perdido, ese que no le he podido dedicar y que le debo.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo te planteas la vida? Porque supongo que tras ese desgaste del que hablas necesitarás un descanso.

—Ahora me retiro del cuerpo pidiendo una excedencia indefinida y me volcaré en la empresa que fundó mi padre en exclusiva y a mi familia, esos que estoy deseando volver a abrazar. Creo que, por mi parte, ya he dado de mí todo lo que podía. Es suficiente y no deseo tener que renunciar a ningún momento más relacionado con mis seres queridos, esos con los que ansío reunirme.

—Felicidades por el gran trabajo que habéis hecho a lo largo de los años y por tu próxima paternidad, mucha suerte con el amor, estoy seguro de que todos ahora estarán muy orgullosos de ti. Has demostrado ser un hombre que está hecho de una pasta especial y eso debe ser premiado, no solo en lo profesional, sino también en lo personal.

—No lo sé, más bien enfadados, pero gracias.

—Todo el mundo callado, hablo yo —dijo Andrea—. ¿Y qué hacemos ahora con él? Porque a ver, tiene dos hostias, una patada en la boca y un par de abrazos. ¿Por dónde empezamos?

a

—Por llamarlo, empecemos por llamarlo —contestó mi padre dejándome boquiabierta, ya que no lo quería ni ver hasta ahora y eso que no me salía ni una sola palabra ni un gesto.

—Yo lo pienso matar con mis manos —dijo Samuel causándonos una risa—. ¿Y desde cuando tuvo ese, devoción por la policía?

—No lo sé, pero bien que hemos pagado todos su mala decisión —dijo su mujer un tanto enfadada.

—Hija, ¿tu novio es poli? —me preguntó mi abuela paterna causándome una carcajada.

—¿Novio? Los ocho meses que me ha dado que le van a costar una eternidad que le perdone, abuela. Esto ha sido un verdadero suplicio. Es que lo pienso y no me lo creo, ¡¡todo tenía una explicación!!

—Pues te las vas a ver conmigo, que mi padre es un héroe —me advirtió Andrea y mi madre negaba en *shock* —. Y mira que yo era la primera que no quería verle ni en fotos. Pero nena, ahora he de reconocer que me lo comería a bocaditos pequeñitos. Anda que no voy a fardar nada de padre.

—¿Y dónde está ese hombre ahora? —volvió a preguntar mi abuela—Porque yo lo único que digo es que su sitio está aquí. Bastantes momentos se ha perdido ya.

—Yo qué sé, abuela, pero yo estoy de los nervios —dije cuando vi a Samuel levantar el teléfono y alejarse en su sillita. Llevaba la lagrimilla en los ojos y era normal. Enterarte de pronto que ese hijo del que has renegado ha hecho todos los sacrificios habidos y por haber por tener unos valores que ya los quisieran muchos… Eso no tiene precio.

A mí la cabeza me bailaba, como si estuviese borracha, solo que sin haber probado ni una gota de alcohol. Me tuve que sentar para ir digiriendo poco a poco todo eso de lo que me había enterado. Mi madre se sentó a mi lado y me cogió la mano. Andrea estaba hasta bailando de felicidad, en su pompa. Ella se sentía muy avergonzada de la conducta de su padre y, de pronto, era como si le hubiese tocado la lotería.

Todo era mucha información, demasiada, no me daba tiempo a digerirlo, no me daba tiempo a asimilar que todo, absolutamente todo lo hizo por protegernos, ya que estaba involucrado en una operación a gran escala. ¿Policía?

Era lo último que hubiera podido sospechar. Supuse que el día que me dijo que procuraría que sus celos no me hicieran daño se refería a largo plazo, porque mientras, tuvo que hacer el paripé para alejarme de él, logrando así que también todos los demás le dieran la espalda.

Hasta lo de las fotos tuvo que ser cosa suya, haciendo que llegaran a nuestros teléfonos. Así mantendría vivo por nuestra parte un estado en el que no querríamos verle ni en pintura, en el que le detestaríamos. Todo cobraba forma.

Samuel estaba emocionado por teléfono, se veía a lo lejos, pero a la vez le estaba echando en cara por los gestos que hacía. Yo solo sabía que, por sus palabras, él iba a aparecer en cualquier momento para hablar conmigo.

—Está a dos horas de aquí, pero no puede regresar esta noche hasta que mañana no hable con la jueza —dijo Samuel—. Me ha dicho que te transmita que se muere por verte, Aitana, pero que tiene que rematar su trabajo.

—Lo entiendo perfectamente. No ha llegado tan lejos para dejar ahora las cosas sin terminar, Samuel —suspiré.

—¿Cómo lo has encontrado? —le preguntó su mujer.

—Como siempre, bromista y emocionado. Se ha ganado una bronca, pero él solo pide perdón porque jamás imagino que fuese a acarrearle todo esto de los últimos meses. No sé si lo hizo bien o mal, pero hemos recuperado a un hijo —dijo emocionándose y su mujer se agachó a abrazarlo.

—Nos alegramos mucho, familia —le dijo mi padre—. Espero conocer a ese buen hombre que todos habláis y no al que conocí este tiempo por esos desprecios. Las cosas han dado un giro monumental, el que nos faltaba en esta familia para que todos pudiéramos saborear al completo las mieles de la felicidad.

—Pues yo no sé si lo quiero volver a ver —murmuré causando una carcajada en todos—. Que entiendo sus nervios, que lo entiendo todo, pero ¿quién me entiende a mí?

—Dos hostias te doy. ¿A quién has amado tú más que a mi padre? Nena, si solo hay que ver el brillo que ya tienes en tus ojos, ese que llevabas apagado desde que pasó todo.

—Tú es que lo ves todo en color de rosa, pero joder que a mí me las hizo pasar putas, Andrea. —Me toqué la barriguita.

—Haya paz… —dijo Samuel— Dejemos que él venga y que actúe sin presión.

—Yo también opino lo mismo.

—Papá, muy benevolente estás tú hoy. Te miro y no te conozco.

—Pues soy el que más tiene que perder, porque a ese sin que lo sepáis, lo he pillado dos veces y le he dicho de todo menos guapo. Hasta le metí una patada al espejo retrovisor de su coche y se lo partí en su cara.

—¿¡Qué!? —pregunté incrédula y mi madre se echó a reír negando.

—Todo se arreglará, ya es hora de que eso pase —murmuró Samuel—. Felipe, si hiciste eso, yo te aplaudo. En ese momento, mi hijo se lo merecía. No tienes por qué disculparte. Bien hecho está.

—Gracias, Samuel. Es que se trata de mi hija y la sangre me hervía.

—Normal que te hirviese, pero todo está aclarado.

—Nos alegramos mucho, familia —le dijo mi padre—. Espero conocer a ese buen hombre que todos habláis y no al que conocí este tiempo por esos desprecios. Las cosas han dado un giro monumental, el que nos faltaba en esta familia para que todos pudiéramos saborear al completo las mieles de la felicidad.

—Pues yo no sé si lo quiero volver a ver —murmuré causando una carcajada en todos—. Que entiendo sus nervios, que lo entiendo todo, pero ¿quién me entiende a mí?

—Dos hostias te doy. ¿A quién has amado tú más que a mi padre? Nena, si solo hay que ver el brillo que ya tienes en tus ojos, ese que llevabas apagado desde que pasó todo.

—Tú es que lo ves todo en color de rosa, pero joder que a mí me las hizo pasar putas, Andrea. —Me toqué la barriguita.

—Haya paz… —dijo Samuel— Dejemos que él venga y que actúe sin presión.

—Yo también opino lo mismo.

—Papá, muy benevolente estás tú hoy. Te miro y no te conozco.

—Pues soy el que más tiene que perder, porque a ese sin que lo sepáis, lo he pillado dos veces y le he dicho de todo menos guapo. Hasta le metí una patada al espejo retrovisor de su coche y se lo partí en su cara.

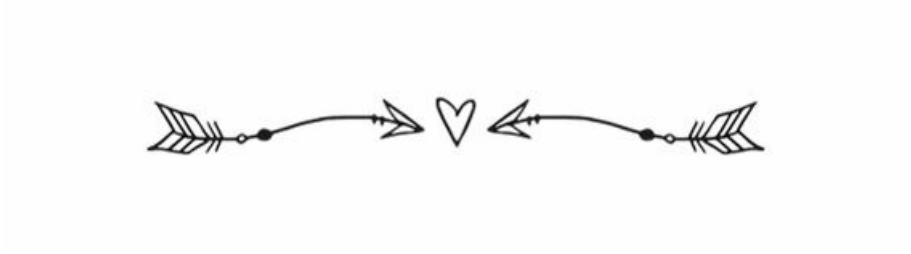
—¿¡Qué!? —pregunté incrédula y mi madre se echó a reír negando.

—Todo se arreglará, ya es hora de que eso pase —murmuró Samuel—. Felipe, si hiciste eso, yo te aplaudo. En ese momento, mi hijo se lo merecía. No tienes por qué disculparte. Bien hecho está.

—Gracias, Samuel. Es que se trata de mi hija y la sangre me hervía.

—Normal que te hirviese, pero todo está aclarado.

Capítulo 31



No había dormida nada, y me pasé hasta las tres de la mañana leyendo las noticias sobre la infiltración de Devis en la organización.

Las luces de mi casa estaban apagadas, mis padres dormían (aunque también les costó conciliar el sueño). Los escuché hablar hasta muy tarde porque todos estábamos muy nerviosos. El giro de los acontecimientos había sido brutal, hasta el punto de que todo lo que antes veíamos negro, de pronto era blanco.

Qué curioso me resultaba… Devis era un hombre del que todos estaban orgullosos. Si hasta era evidente que le caería alguna condecoración por haberse expuesto como lo había hecho.

Se trataba de un héroe, porque no dudó en cumplir con su cometido. ¿Y si le hubiesen descubierto? Esa gentuza no se andaba con tonterías. Entonces, nuestra alegría se habría tornado en tristeza porque estaríamos lamentando su pérdida. Una banda así no perdona.

Tanto tiempo pensando en que mi hijo tendría que sufrir la pena de que su padre le abandonase incluso antes de nacer, y de pronto, me enteraba de que era Devis quien había sufrido lo más grande por no poder estar con nosotros durante el embarazo. ¿Conmigo también? ¿Lo había entendido bien?

Me daba miedo haber malinterpretado todo y que él solo quisiera saber del bebé, pero no de mí, pero luego releía sus declaraciones y no podía ser así, había hablado de mí en unos términos muy bonitos, poco, pero suficientes para expresar esos sentimientos que un día noté que tenía hacia mí.

Por razones lógicas, dado la confidencialidad del caso, no quiso nombrar a ninguno de sus familiares ni tampoco a mí. Me refiero a revelar nuestras identidades, pero dejó claro que deseaba reunirse con esa mujer que no era otra que yo.

¿Acaso todos esos celos fueron para ir dando paso a lo que podía pasar? ¿Eran una justificación para provocar un conflicto? Volvía a esos pensamientos que me asaltaban una y otra vez. Eso era algo que me generaba gran frustración, porque yo sabía que él era un buen hombre, pero celoso un huevo y parte del otro. No, eso también tenía una explicación, estaba claro que sí, que se mostró así para que no volviese a acercarme a él. Necesitaba

repetírmelo hasta la saciedad, porque por un lado me lo creía y me quedaba tranquila. Y momentos después ya estaba otra vez en las mismas.

Y otra cosa que me mataba era el saber que se había estado acostando con ella, porque no creo que ella fuera tan gilipollas de estar con alguien que no le daba vidilla.

Eso debía entenderlo porque formó parte de su plan, pero no era un plato de gusto para mí, ni mucho menos. Dicen que, en casos así, has de ponerte en los zapatos del otro. Trataba de ponerme y no encontraba ninguna razón que me hubiese llevado a acostarme con nadie más que él. Eso era lo que me decía el corazón. Después hablaba la razón y esa me decía que yo no lo entendía porque no pertenecía al Cuerpo de Policía como él. Si me hubiera visto en su piel, igual tendría que haber realizado un sacrificio supremo por tratar de darle un hachazo a lo grande al narcotráfico.

Rumiaba y rumiaba sobre todo aquello, no era fácil, pero había una chispa de esperanza. Si dejaba todo mi dolor a un lado, debía reconocer que se me había presentado una oportunidad para volver a ver la luz en alguien que solo veía oscuro hasta ese momento.

La noche había sido larga y apenas eran las seis y media de la mañana. Andrea se fue con sus abuelos la noche anterior y yo estaba que me subía por las paredes esperando alguna noticia, pero claro, todavía tenía que ir ante la autoridad judicial y estaba a dos horas de aquí, lo mismo no se sabría nada de él hasta la noche.

Las horas se me harían muy largas, era casi seguro, por no decir del todo. Debía ser paciente y esa no era mi especialidad, menos aún en un caso así en el que la incertidumbre estaba pudiendo conmigo.

Debía mantener un estado de serenidad, lo cual no me resultaba sencillo en absoluto. Y no me resultaba sencillo porque, lo reconociera o no, le seguía amando… Y el hecho de saber que todo tenía una explicación, que cada uno de mis momentos de tristeza obedecían a un motivo tan loable como aquel, me arrojaba a sus brazos.

Mis padres seguían durmiendo, probablemente debido a la gran conmoción que experimentaron. La noticia nos llegó totalmente por sorpresa y cada uno la estaba gestionando como buenamente podía.

Estaba sentada en la cocina con los sentimientos encontrados y llorando por todo y por nada, lo mío era de locura, como la que estaba pensando hacer. Lo primero fue mirar si ya me hubiera desbloqueado, porque me tenía de lo más bloqueada por todos lados, y sí, ahí estaba ya pudiendo ver su foto de WhatsApp que me hizo romper a llorar al descubrir que era una de los dos en el Coliseo en Roma que tanto me enamoró.

No pude contenerme. Todo volvía a ser, todo volvía a la normalidad, a la que fue nuestra normalidad, esa que un día creó para nosotros: un universo sensual y sexual a tope en el que en ningún momento faltaron tampoco los sentimientos. Y pensar que lo dudé en muchos momentos… Sí, fueron cantidad de ellos en los que pensé que solo

fui un títere en sus manos, que me utilizó para saciar sus instintos animales.

Reconozco, por qué no hacerlo a estas alturas, que llegué a sentirme un poco tonta por haber caído en su juego, en sus provocaciones… Por haberme dejado llevar por la autoridad de su voz, por sus órdenes, por esas advertencias de que habría consecuencias.

Y, de repente, me daba cuenta de que todo ese juego, ciertamente, lo habría creado para ambos, para seducirme, para regalarme el placer que nadie me había regalado antes, no a esos niveles.

Me sentía pletórica. Y de ahí nacería nuestro hijo. De uno de esos momentos de pasión. Suerte que jamás se me pasó por la cabeza no tenerlo por ser también hijo del hombre que me había hecho tanto daño. De otro modo, al descubrir la verdad, jamás me lo habría perdonado a mí misma.

No, yo siempre tuve la certeza, desde el minuto uno, que llevaría adelante ese embarazo y tendría un hijo que, a menos por mi parte, sería realmente amado. Y acababa de descubrir que también por parte de su padre. Sin duda, la mejor de las noticias cuando estaba a las puertas de dar a luz.

Miraba y remiraba esa foto suya del perfil y no pude dejar los dedos quietos. Era hora, al menos por mi parte, de dar un paso adelante, pues él ya lo hizo a través del mensaje que me envió por televisión.

Aitana: *Hola, Devis. Aún estoy conmocionada con la noticia. Solo quiero que sepas que conmigo puedes hablar cuando lo desees.*

Después de darle a enviar, hinché mis pulmones y solté el aire mientras veía que Devis ya lo había leído. Me eché un vaso de leche y volví a sentarme, él estaba escribiendo y yo de los nervios… No podía esperar para leerlo En ese momento sí que estaba colapsando de verdad.

Devis: *Buenos días, mami. Te he echado demasiado de menos. Te daré todas las explicaciones del mundo, pero solo te pido una cosa antes de todo eso.*

Aitana: *Dime…*

Las lágrimas ya me brotaban a cántaros y es que esas palabras no las esperaba, y lo de mami me había llegado muy a dentro. Yo también le había echado tanto y tanto de menos…

Devis: *Cuando nos encontremos, solo te pido que nos fundamos en un abrazo. Luego te daré todas las explicaciones del mundo, porque si hay una única verdad en todo esto, es que te he amado cada segundo de mi vida.*

Aitana: *Lo del abrazo está complicado, pero lo intentaremos. Ya la barriga está bien crecidita.*

Devis: *Andrea me dijo que no tienes aún nombre del bebé.*

Aitana: *Se llamará Samuel, es una sorpresa que le tengo preparada a tu papá. Nadie lo sabe, pero siempre tuve claro que se llamaría como él.*

Devis: *Mira que con Andrea acertamos porque le pusimos Andrés y solo invirtió la última letra, pero lo de «Samuela» no lo veo.*

Aitana: *Eres muy bobo, jajaja*

Devis: *¿Qué te parece si esta noche salimos a cenar a la playa?*

Aitana: *Si prometes que no me acusarás de mirar a los camareros más allá que por respeto y simpatía.*

Devis: *Puedes incluso piropearlos. Sé quién eres y cómo eres.*

Aitana: *¿No eres ni un poquito celoso?*

Devis: *Claro que sí, pero lo mismo que tú. Jamás me diste razón para ello, pero desde que fuimos a Cabo Verde, yo sabía que estaban las cosas poniéndose feas y fui preparando el terreno.*

Aitana: *Joder, pues vaya manera de prepararlo, me la metes hasta la garganta y luego me montas el numerito.*

Devis: *Sé cómo hacer las cosas y a ti también te quería proteger. No habrá más numeritos, te lo prometo. Solo quiero recuperar todo lo que dejamos atrás.*

Aitana: *Hay cosas que no tienes que recuperar porque te pertenecen, pero otras que te pueden costar un poquito. Estoy feliz de que de algún modo hayas regresado, pero hay heridas que por muy justificadas que estén no cicatrizan tan fácilmente.*

Devis: *Siempre fui consciente de que eso te iba a doler mucho. No hubo nada más que un papel fingido, no hubo nada más allá que eso, pero haré que sanes esas heridas.*

Aitana: *¿A qué hora vendrás a recogerme? Solo te pido una cosa, que llames a la puerta y entres a saludar a mis padres. Les debes un respeto.*

Devis: *Y tu padre a mí un espejo retrovisor, pero se lo perdonaré. Allí estaré a las ocho y media.*

Aitana: *Nos vemos entonces. Cuídate.*

Devis: *Te amo con todo mi corazón, y al pequeño muchísimo más. Ya sabes que para mí los niños van por delante. Estoy deseando verte.*

Rompí a llorar cuando me di cuenta de que mi padre estaba entrando en la cocina.

—Hija, ¿qué te pasa? —Se acercó a rodearme con sus brazos.

—No sé cómo digerir todo, acabo de hablar con Devis.

—¿Te llamó?

—No, le escribí yo…

—¿Y?

—Mira. —Le puse el móvil delante para que leyera la conversación.

—Hija, te voy a dar un consejo, como padre, como amigo, como quieras, pero ahora las opciones son claras. No te voy a decir que no lo he odiado con todo mi ser, pero te diré lo mismo que he hablado con tu madre, él estaba implicado en eso desde muchos años antes de conocerte, ni siquiera la familia lo sabía, ha tenido que salir como mejor pudo o supo hacerlo.

»Que sí, que no te merecías nada por lo que te ha hecho pasar y que te pudo haber buscado mucho después cuando eso se hubiera acabado, pero quizás, tampoco te quiso dejar en la empresa para que no te implicaras con ella de ningún modo. Vete tú a saber la de cosas que se le pudieron pasar por la cabeza.

»Pero si lo perdonas, tiene que ser sin peros, ya que esos os llevarán a una relación tóxica, o lo perdonas con todo el peso y las cosas que te duelan, o sana tus heridas si no te ves preparada para una relación ahora mismo. Hagas lo que hagas te vamos a apoyar y a él también, es parte de la familia porque es el padre de mi nieto.

—Yo quiero estar con él —le confesé entre lágrimas—. Pero me da mucho miedo a no sacar eso tan feo que hay dentro de mí. ¿Y si al final entiendo que no puedo perdonarle, papá? ¿Y si lo nuestro está roto para siempre?

—Te entiendo, pero pon sobre una balanza lo bueno y lo malo, eso te llevará a sopesar y ver si merece la pena o no. Sé que ahora mismo estás muy confundida.

—Si hago lo de la balanza, tengo que correr a sus brazos.

—¿Y qué te lo impide?

—En eso tienes razón. Nada me lo impide. En todo caso soy yo… Yo soy la única que me corto las alas.

—¿Cortarte las alas tú? ¿Acaso tu madre y yo te hemos educado para eso? Más bien lo hicimos para que volaras libre, y eso es lo que debes hacer.

—Papá, os quiero mucho a mamá y a ti. Sin vosotros, no puedo ni imaginarme el calvario en el que se habría convertido mi embarazo. Lo siento, siento por lo que habéis tenido que pasar al verme así de triste.

—¿Lo sientes? Yo lo único que siento es que la obra que hicimos no haya valido para nada —bromeó.

—Oye, que aquí todavía no hay nada hablado. Muy pronto nos estás echando de casa a mí y al pequeñito.

—¿Echaros de casa? Mi lado egoísta de padre quisiera que no os fuerais nunca, Aitana. Suerte que luego tengo un lado razonable que me dice que debes volar a su lado, al lado de Devis.

—¿Y tú podrás perdonarle? Porque lo que sientas es muy importante para mí. Mamá sé que lo hará, pero tú eres más…

)

—Puede que sea más visceral y que siempre te vea como a mi niñita. Precisamente por eso solo aspiro a verte feliz. Y visto lo visto, creo que nadie puede lograr sacarte la sonrisa como ese hombre.

Un rato después, justo cuando mi madre se estaba levantando, llegó también Andrea. Su cara era de felicidad total

—*Hello*, familia. ¿Quién ha podido dormir bien esta noche? Porque yo he tenido que utilizar un kilo de antiojeras.

—Y, aun así, luces preciosa.

y

—Tú sí que estás preciosa. Menudo brillo en los ojos, nena. ¿Has podido hablar con mi padre? Porque a mí todavía no me ha llamado. Igual piensa que se la volveré a liar parda o algo.

)

—No, no creo. Yo le escribí y me respondió.

—Dime por favor que le vas a dar una oportunidad porque yo aspiro todavía a que seas mi mami. Que en realidad lo vas a ser de todos modos, *darling*, pero ya me entiendes.

—Él me ha dicho que me lo explicará todo, y a mí…

—Tú te has puesto chorreando, no hace falta ni que lo digas. Ay, perdonad, que estáis aquí. —Se dirigió a mis padres.

—Andrea, te queremos sueltes por la boca lo que sueltes. Tú también eres nuestra niña. —La abrazó mi padre.

—Pues entonces, saca un trozo de la tarta, que se quedó anoche sin partir en la barbacoa, que con todo lo que pasó… Y mira que le había echado el ojo, pues no la caté. Y como no cato nada de nada, al menos necesito azúcar para mi *body*.

Nos reíamos con ella, como siempre. De lo más dicharachera, se sentó a desayunar con nosotros. Ya éramos familia, eso no lo cambiaría nadie. Habíamos vivido lo suficiente juntas para serlo, aunque si nos convertíamos en familia oficial, podía ser que nuestra felicidad se multiplicase de forma exponencial.

Hay ciertas ocasiones en la vida en que la sonrisa sale sola, sin que nadie la llame. Una sonrisa boba y floja que obedece a un estado de felicidad muy potente. Todos la teníamos en la cara en un desayuno que nos supo mejor que nunca.

—Y esta para mi Aitana —decía Andrea mientras, haciendo el payaso, también me hacía el avioncito.

La miraba y me reía. De reojo, también miraba al reloj con el deseo de que las horas comenzasen a correr. Habían sido muchos los meses de separación y ansiaba cantidad ese abrazo del que habló Devis, un abrazo que ambos esperábamos con total impaciencia.

—Dime por favor que le vas a dar una oportunidad porque yo aspiro todavía a que seas mi mami. Que en realidad lo vas a ser de todos modos, *darling*, pero ya me entiendes.

—Él me ha dicho que me lo explicará todo, y a mí…

—Tú te has puesto chorreando, no hace falta ni que lo digas. Ay, perdonad, que estáis aquí. —Se dirigió a mis padres.

—Andrea, te queremos sueltes por la boca lo que sueltes. Tú también eres nuestra niña. —La abrazó mi padre.

—Pues entonces, saca un trozo de la tarta, que se quedó anoche sin partir en la barbacoa, que con todo lo que pasó… Y mira que le había echado el ojo, pues no la caté. Y como no cato nada de nada, al menos necesito azúcar para mi *body*.

Nos reíamos con ella, como siempre. De lo más dicharachera, se sentó a desayunar con nosotros. Ya éramos familia, eso no lo cambiaría nadie. Habíamos vivido lo suficiente juntas para serlo, aunque si nos convertíamos en familia oficial, podía ser que nuestra felicidad se multiplicase de forma exponencial.

Hay ciertas ocasiones en la vida en que la sonrisa sale sola, sin que nadie la llame. Una sonrisa boba y floja que obedece a un estado de felicidad muy potente. Todos la teníamos en la cara en un desayuno que nos supo mejor que nunca.

—Y esta para mi Aitana —decía Andrea mientras, haciendo el payaso, también me hacía el avioncito.

La miraba y me reía. De reojo, también miraba al reloj con el deseo de que las horas comenzasen a correr. Habían sido muchos los meses de separación y ansiaba cantidad ese abrazo del que habló Devis, un abrazo que ambos esperábamos con total impaciencia.

Capítulo 32



—Mamá, te prometo que estoy atacada de los nervios, esto no puede ser bueno para mi corazón —le decía al filo de las ocho y media, la hora convenida para vernos en casa de mis padres.

—Hija, tranquilízate. A ver. —Me puso la mano en el pecho—. Cierto, el corazón te va a mil, deberías tratar de relajarte un poco. Estás preciosa, Aitana, llevas la felicidad escrita en la cara.

—¿De verdad? Me veo hinchada, tengo los tobillos como botas.

—Claro que no. ¿De dónde diablos has sacado esa conclusión? Has cogido el peso justo que te indicaron durante el embarazo, un kilo por mes. Y tus tobillos apenas han sufrido. No puedes quejarte, mi amor.

—Entonces es que me estoy quejando por vicio. Mamá, es que no puedo más con la emoción. Dime que llegará puntual.

—Llegará antes de la hora. De hecho, escucha, están tocando al timbre.

—¡¡Ya está ahí!! —exclamé antes de salir corriendo hacia esa puerta tras la cual se encontraba el que tenía todas las papeletas de ser el hombre de mi vida.

Me había decantado por un vestidito que era una monería, tipo ibicenco y con un poco de vuelo, por lo que tampoco se me notaba tanto esa barriguita de la que, por otra parte, me gustaba presumir. En los pies llevaba unas cómodas sandalias, pero muy *cuquis*, regalo de Andrea para una ocasión tan especial.

—Ya abro yo, hija. No hace falta que corras —me indicó mi padre.

—Lo siento, papá, pero va a ser que no. Esa puerta tengo que abrirla yo —se lo decía mientras le desplacé de un culazo y causando su risa.

La abrí de golpe y me lo encontré allí, delante de mí. Por Dios que no me derretí de milagro. Su mirada, tan

atractiva como siempre, reflejaba además la emoción de un momento único, de un momento soñado por ambos.

—Estás, estás totalmente increíble, amor —murmuró con la voz entrecortada mientras me abrazaba.

Ninguno de los dos nos olvidamos de ese abrazo que habíamos pactado en nuestra conversación.

—¿Me has llamado amor? Nunca me habías dicho algo así —le comenté de lo más emocionada mientras seguíamos abrazados. Se trató de un abrazo largo y cargado de energía positiva por ambas partes, de un abrazo en el que la sensibilidad estuvo a flor de piel y a través del cual nos dijimos muchas cosas sin necesidad de pronunciarlas.

—¿Y cómo quieres que te llame si eres el amor de mi vida? Lo eres junto con este pequeñín —me indicó mientras se iba agachando hacia el suelo besando y acariciando mi vientre.

—Vas a hacer que me desmaye. Demasiadas emociones juntas. Y el chiquitín también está nervioso, ¿lo has notado? ¿Has notado la patada que acaba de dar?

—Perfectamente, ¿crees que puede haber percibido mi presencia?

—Quizás sí. Háblale, debe ir familiarizándote con tu voz. La mía ya la tiene muy vista o, mejor dicho, muy oída.

—Hijo, soy tu padre. Y dirás: «el capullo de mi padre. ¿Se puede saber dónde has estado hasta ahora?». Y con razón, ¿eh? Te juro por lo más sagrado que deseaba con toda mi alma estar contigo y con tu madre, aunque por vuestra propia seguridad no haya podido acercarme hasta ahora. Nunca, nunca más me voy a separar de ti y, si tu mami me lo permite, tampoco de ella.

—Tú lo que quieres es que se me corra todo el rímel. Pues no lo vas a lograr porque, previendo lo que pasaría, apenas me he pintado los ojos —le indiqué.

—Ni falta que te hace. Veía en mi recuerdo tu cara aquí, todos los días. —Señaló su cabeza—. Piensa que no tenía la posibilidad de llevar en mi móvil ninguna foto tuya, pero tu recuerdo me acompañaba día y noche. Pues bien, por muy bonita que te viera en mis pensamientos, no estabas ni la mitad de lo que te veo esta noche.

—Hazme la rosca, sí, que tienes mucho que explicarme —le solté entre la risa y el llanto porque no podía con tanta emoción—. Eso sí, creo que antes les debes algo a estos señores. —Señalé a mis padres quienes, cogidos por la cintura, disfrutaban a tope de la escena.

—Tienes toda la razón. Claudia, Felipe, estoy en deuda con vosotros y lo estaré siempre —les comentó mientra

se acercaba a ellos.

—Ven aquí, que ya somos familia. —Le dio mi madre dos besos y luego lo estrechó entre sus brazos.

—Yo besos no voy a darte, pero sí esto. También estoy en deuda contigo —le contestó mi padre.

—No entiendo, ¿qué es, papá? —le pregunté cuando vi que puso algo en su mano.

—Doscientos euros, hija, que le hice polvo el retrovisor y, si todos estamos dispuestos a partir de cero, hay que hacer las cosas bien.

—Felipe, no voy a aceptarlos, ¿entonces cuánto te debo yo por haber cuidado de ellos todo este tiempo? De Aitana y del bebé. Eran mi responsabilidad.

—Mi hija y mi nieto nunca dejarán de ser nuestra responsabilidad también, pero, si quieres que saldemos deudas de verdad, lo que debes hacer es cuidarlos con todo tu corazón de hoy en adelante.

—Papá, que yo todavía no he dicho nada. —Carraspeé.

—Ya, sé que debéis hablar. Estáis tardando en iros para hacerlo.

—Deseadme suerte —les pidió a mis padres—. Y si la tengo, no la esperéis para dormir.

Mi padre me hizo una carantoña y mi madre me atusó el pelo antes de salir. Ambos gestos fueron muy tiernos, cargados de emotividad y, en cierto modo, lo interpreté como una despedida por su parte.

De sobra sabían ellos que me moría por perdonarle y por comenzar una vida en común con él. Y de sobra sabía también que Devis haría todo lo posible por convencerme.

La noche estaba espectacular, y él me sacó cogida de la mano. Apenas recordaba el tacto de sus dedos y me estremecí por completo.

—Adelante, por favor —me pidió abriendo la puerta de su coche—. Espero que la cena sea de gusto y, si lo es, que gane un puntito más de esos que me hagan ganarme de nuevo tu corazón.

r

—Mi corazón lo tienes ganado, eso te lo confieso, pero también sabes que está dolorido. Necesito respuestas, ¿te parece si lo hablamos en el trayecto? Si me das las que necesito, la cena será mucho más agradable.

s

—Me parece una idea fantástica y muy inteligente por tu parte. Siempre lo fuiste.

—Tanto no lo seré, cuando me lo creí todo. Te creí un ogro, me lo tragué todo, Devis.

—Es que, cuando vi que no tenía más remedio, traté de hacerlo lo más creíble posible. Cualquier duda por tu parte, por insignificante que fuese, podría haber hecho que tratases de tender un puente entre nosotros. Y eso te dejaría con el culo al aire.

—No literal, porque con tus celos…

—Quiero decir que te dejaría vendida, y ahora ya sabes que esos celos desmesurados eran fingidos.

—Sí, sí, ya me has dicho que puedo hasta piropear a los camareros. A lo mejor lo hago y así pagas un poco el que hayas sido un capullo integral. No sabes lo que he sufrido.

—Yo también he sufrido mucho, Aitana, muchísimo. Tienes mi palabra de ello.

—Pero no compares. Yo me he pasado las noches sola en mi cama derramando un millón de lágrimas mientras tú estabas revolcándote con esa tipa. Es que lo pienso y no sé cómo no echo el niño por la boca, Devis.

—Entiendo lo que me dices y ojalá encuentre la forma de aliviar ese dolor que sientes. Lo único que puedo decir en mi defensa, es que ya todo estaba hecho cuando supe lo de tu embarazo. No había marcha atrás y, en cuanto a lo de ella, te prometo que…

—No me vayas a decir que no la tocaste, no insultes mi inteligencia.

—No puedo mentirte. Sí que lo hice, pero, en cada una de esas ocasiones, en todas ellas, veía tu cara y no la suya. Te doy mi palabra de honor.

—Ya, pero te la tirabas a ella, Devis. Es que se me revuelven las tripas.

—Nena, te amo con toda mi alma y dedicaré el resto de mi vida, si me lo permites, a tratar de compensarte.

—Dime una cosa y no me mientas, por favor, porque te voy a pillar… Serás todo lo poli que quieras, pero yo estoy herida y eso me hace tener una especie de sensor en los ojos, ¿jugabas con ella como lo hacías conmigo? Me refiero en la cama… Verás esos juegos nuestros siempre fueron muy especiales para mí. Si también los has compartido con esa mujer…

—Con ella no puse ni la centésima parte de pasión que contigo. Era sexo frío, sexo crudo, sin ningún tipo de sentimiento de por medio. Y, por supuesto, sin ese tipo de juegos… Esos son nuestros y mi cabeza se iba a ellos muchas veces en el día. Me he alimentado de ese recuerdo, pequeña, ha sido mi válvula de escape para no volverme loco.

Sus ojos se aguaron. Devis me hablaba con la verdad. Eso se nota y lo percibí. También que estaba muy afectado. Se veía que, al igual que yo, también lo había pasado rematadamente mal.

—Está bien, te creo, lo cual no puede eliminar el dolor.

—Lo sé y ese es trabajo mío. Deja que, a partir de esta noche, te lama las heridas, Aitana. Y te prometo que no te arrepentirás.

—Estás majara si crees que solo me lamerás las heridas, Devis Smith. Para empezar, después de la cena, quiero una generosa ración de sexo como postre. Estoy embarazada, mucho, pero eso no limita ciertas prácticas. De hecho, el sexo puede ser muy beneficioso durante el embarazo y, por tu culpa, no he tenido ni un solo orgasmo desde que me enteré, porque ni ganas de tocarme me dejaste.

—Mmmm, veo que tendré que aplicarme a fondo si quiero que algún día me perdones del todo.

—Tienes faena por delante, eso no te lo voy a negar. Y tampoco te negaré que, si te doy una oportunidad, es porque en el fondo me ha puesto mucho que seas un héroe.

—No soy un héroe, Aitana, soy un hombre como otro cualquiera. A la vista está que la cago estupendamente.

—Es que todo no podías llevarlo para delante, ahora lo sé. Pero lo que tú has hecho dista mucho de ser normal. Pese al dolor, estoy muy orgullosa de ti. Eso sí, ni se te ocurra pensar que vas a volver a hacer algo similar en tu vida porque antes te cojo por los huevos y me los como de manera literal.

—No se me pasaría ni por la imaginación. Esa etapa está cerrada y bien cerrada. Palabra de poli.

Lo que encontramos abierto fue el idílico restaurante de playa en el que reservó y en el que ya nos estaban esperando. Nos habían preparado una zona muy íntima y bonita, a pie de mar, con una maravillosa decoración y música relajante de fondo.

El ambiente era cien por cien romántico y he de confesar que me derretí cuando, de lo más caballeroso, retiró mi silla y me invitó a sentarme.

—Aitana, deseo que sepas que te quiero con toda mi alma y que espero que este sea el comienzo de una

maravillosa vida en común. No te fallaré, te lo aseguro. Cuando me comprometo con algo o con alguien lo hago hasta las últimas consecuencias.

—Eso ya lo has demostrado, sí. Está bien, tendrás tu oportunidad. Partiremos de cero. Los dos nos lo merecemos, pero, sobre todo, se lo merece él. —Señalé a mi vientre, ese que Devis volvió a acariciar.

—Se lo merece Samuel. Qué detalle más bonito. Mi padre morirá de amor cuando lo sepa.

—Y tú morirás a secas si me vuelves a hacer alguna jugarreta en la vida.

—Jamás, mi amor, jamás. Consagraré mi vida a hacerte feliz. Te lo he prometido y moriría antes de fallarte.

—Déjate de muertes que bastantes penas hemos pasado ya. Ahora lo que deseo en mi vida es ¡¡alegría!! —chill mientras él me besaba y un manto de brillantes estrellas nos alumbraban en una noche increíble; la noche de nuestro reencuentro.

maravillosa vida en común. No te fallaré, te lo aseguro. Cuando me comprometo con algo o con alguien lo hago hasta las últimas consecuencias.

—Eso ya lo has demostrado, sí. Está bien, tendrás tu oportunidad. Partiremos de cero. Los dos nos lo merecemos, pero, sobre todo, se lo merece él. —Señalé a mi vientre, ese que Devis volvió a acariciar.

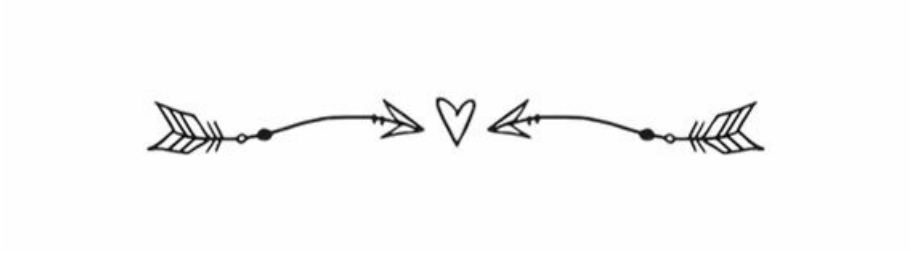
—Se lo merece Samuel. Qué detalle más bonito. Mi padre morirá de amor cuando lo sepa.

—Y tú morirás a secas si me vuelves a hacer alguna jugarreta en la vida.

—Jamás, mi amor, jamás. Consagraré mi vida a hacerte feliz. Te lo he prometido y moriría antes de fallarte.

—Déjate de muertes que bastantes penas hemos pasado ya. Ahora lo que deseo en mi vida es ¡¡alegría!! —chillé mientras él me besaba y un manto de brillantes estrellas nos alumbraban en una noche increíble; la noche de nuestro reencuentro.

Capítulo 33



La cena tocó a su fin y dio lugar a esa otra parte de la noche que él me había prometido.

Por cierto, que aquella sería la primera vez que pisara su casa. Puede sonar contradictorio cuando estaba embarazada de él, a un tris de dar a luz. Nuestra historia podría calificarse de mil formas, soy consciente, y ninguna de ellas sería precisamente convencional. De esto también lo soy.

—Guau, es una casa preciosa —murmuré al verla porque era sencillamente de película. Impresionante, con una dimensiones que podían parecerse a las de una villa olímpica y con una cantidad de detalles y un lujo propios de su estatus social. Pasamos al lado de la piscina y se me ocurrió una idea.

Reconozco que todo ello me había dado tablas. Y tenía ganas de bromear. Mi humor era el mejor. El hecho de que nos hubiésemos dado una oportunidad, de que hubiésemos dejado atrás nuestro, cuando menos extraño pasado, provocó que estuviese muy contenta.

Miré de reojo a la piscina e hice como que tropezaba. De inmediato, y con más reflejos que un felino, me sostuvo y entonces fue cuando le empujé. No lo esperaba y cayó al agua muerto de la risa. Nunca le había visto unas carcajadas semejantes y comenzó a retarme.

—Porque estás embarazada que si no…

—Si no, ¿qué? —le pregunté con los brazos en jarra haciéndome la chulilla.

—Si no te venías al agua conmigo del tirón.

—Tú lo has dicho, estoy embarazada. No tengo ninguna enfermedad —le dije mientras me despojaba del vestido y me tiraba con él.

Me abrazó en cuanto entré. El agua estaba a una temperatura sensacional y comenzó a besarme de un modo muy intenso.

—No quiero que te cortes, ¿vale? Yo pondré el freno si algo me duele, pero te necesito como eres. Hace demasiado tiempo que te necesito —le confesé mientras sus dedos ya comenzaban a buscar la entrada de mi vagina, los unos y mi clítoris, los otros.

Solté un gemido bestial… Como si todas esas ganas de él que fui acumulando a lo largo de esos meses me saliesen de golpe, como si la vida se me fuese en esas caricias que me estaba practicando.

—Así, pequeñaja, gime para mí, gime para mí —me pidió.

—Te vas a hartar de gemidos. No sabes lo que estás haciendo.

—Sí que lo sé y es de lo que más ganas tenía en la vida. No sabes cuánto he echado de menos esto —me comentó mientras sacaba un par de dedos de mi vagina y los llevaba directamente a su boca—. Necesitaba volver a probarte, extrañé demasiado tu esencia.

s

Mientras lo decía, tragaba saliva. Sus gestos me confirmaban que había sinceridad en sus palabras. Al mismo tiempo, la sangre se alborotaba en mis venas y mi clítoris se inflamaba a pasos agigantados mientras que él seguía estimulándolo de un modo que me hacía chillar más y más.

No tendría que esperar demasiado para disfrutar de aquel primer orgasmo que me envolvió en un calor tremendo, en un calor tal, que menos mal que estaba metida en el agua, a la cual debí aumentarle varios grados la temperatura.

—Cualquier cosa menos parar, esta noche te necesito más que nunca, Devis.

—Es que no podría parar, amor. No podría parar de darte placer y, menos, con esa carita que me estás poniendo

Me mordisqueaba el labio inferior. Le necesitaba dentro de mí, jugando conmigo. Y le necesitaba de inmediato.

Me tomó en brazos y me sacó de la piscina. Ni siquiera se había deshecho de mi ropa interior, la cual apartó cuando lo necesitó. Los dos estábamos chorreando y él aún vestido.

Entramos en la casa, que como digo era de película, y en sus brazos llegué hasta la cama. Me secó antes de tumbarme en la cama y lo hizo con un mimo total.

Por fin, estábamos desnudos y nos quedamos mirándonos fijamente, en ese dormitorio suyo que era para perderse en él. Por favor, qué gusto en la decoración. Lo único que le faltaba eran unos cartelitos de esos que indican la salida al baño, al pasillo… Cielos, si es que aquello había que recorrerlo en patinete.

Me soltó sobre la cama, una vez seca, pues para eso era muy meticuloso. Seca por fuera, porque lo que toca por dentro no había estado más mojada en la vida.

—Será mejor que te pongas tú arriba —me susurró mientras pellizcaba una de mis nalgas y les echaba un vistazo lujurioso a mis senos, que habían aumentado un par de tallas debido a mi estado.

—Sí, eso será lo mejor. —Le di la razón porque mi barriguita era ya considerable.

—Siéntelo, preciosa, siéntelo —me pidió mientras mi sexo comenzó a frotarse con el suyo, dejándome llevar, frotándome con él… Su dureza me encharcaba por dentro.

—Lo estoy sintiendo, lo estoy sintiendo… Y más que lo voy a hacer. Devis, no puedo esperar. Te necesito dentro.

Comprendió que era así, que después de tanto tiempo no estaba para más preliminares. Y entonces lo hizo, entró en mí de un modo seguro, pero sin hacer fuerza, como pidiéndome permiso para no hacerme daño.

—No me voy a romper, no soy una muñequita —le susurré y entonces se relajó, terminando de entrar. De hecho, era yo quien se resbalaba desde arriba sobre aquella barra de acero que fui empapando.

—Mi amada, mi querida Aitana —pronunció entonces mientras yo iba sacando el aire de mis pulmones poco a poco, disfrutando de aquello, convenciéndome de que era real.

—No hace falta que seas romántico ahora, necesito de nuevo al Devis que me lo hacía sin contemplaciones. No es necesario que me mires así.

—Está bien, está bien, aunque así pienso mirarte el resto de mi vida, amor.

Aun así, sabía muy bien qué era lo que le estaba pidiendo y me lo dio. Me dio ese sexo que, a su vez, me daba vida. Un sexo que extrañé hasta la saciedad y del que pude disfrutar por horas.

Me soltó sobre la cama, una vez seca, pues para eso era muy meticuloso. Seca por fuera, porque lo que toca por dentro no había estado más mojada en la vida.

—Será mejor que te pongas tú arriba —me susurró mientras pellizcaba una de mis nalgas y les echaba un vistazo lujurioso a mis senos, que habían aumentado un par de tallas debido a mi estado.

—Sí, eso será lo mejor. —Le di la razón porque mi barriguita era ya considerable.

—Siéntelo, preciosa, siéntelo —me pidió mientras mi sexo comenzó a frotarse con el suyo, dejándome llevar, frotándome con él… Su dureza me encharcaba por dentro.

—Lo estoy sintiendo, lo estoy sintiendo… Y más que lo voy a hacer. Devis, no puedo esperar. Te necesito dentro.

Comprendió que era así, que después de tanto tiempo no estaba para más preliminares. Y entonces lo hizo, entró en mí de un modo seguro, pero sin hacer fuerza, como pidiéndome permiso para no hacerme daño.

—No me voy a romper, no soy una muñequita —le susurré y entonces se relajó, terminando de entrar. De hecho, era yo quien se resbalaba desde arriba sobre aquella barra de acero que fui empapando.

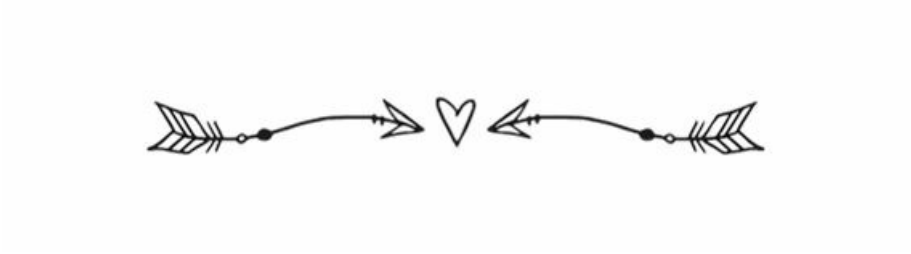
—Mi amada, mi querida Aitana —pronunció entonces mientras yo iba sacando el aire de mis pulmones poco a poco, disfrutando de aquello, convenciéndome de que era real.

—No hace falta que seas romántico ahora, necesito de nuevo al Devis que me lo hacía sin contemplaciones. No es necesario que me mires así.

—Está bien, está bien, aunque así pienso mirarte el resto de mi vida, amor.

Aun así, sabía muy bien qué era lo que le estaba pidiendo y me lo dio. Me dio ese sexo que, a su vez, me daba vida. Un sexo que extrañé hasta la saciedad y del que pude disfrutar por horas.

Capítulo 34



A la mañana siguiente, Devis se reencontró con Andrea. Ella vino a desayunar a su casa, que sería la nuestra, porque ya era oficial que me quedaba allí con él. Llegó con una docena de dulces de una pastelería que era mi perdición.

—Así que eres como esos polis de las películas y te lo tenías muy calladito. Un poco más y te pierdes que esté *in love* contigo para toda la vida. Y no ya por mí, sino por esta señorita —me señaló—, y por mi hermanito.

—Tú sí que te has portado de película con ellos, hija. —Se fundió en un gran abrazo con ella.

—Y tú, ¿cómo estás? —Me miró—. No contestes, nena, no hace falta. El brillo ese que me llevas en los ojos m lo dice todo. Y no digamos ya lo de las mejillas. Nada como un buen polvo para sustituir al rubor.

—Andrea, por favor. —Trató su padre de que se cortara.

—¿Qué pasa? Es que me llegas a decir que no se lo has echado y te pido la porra de poli para liarme a porrazos contigo, papá —le dijo con su preciosa risa, esa que era contagiosa.

Quedamos en que después del desayuno iríamos todos a casa de Samuel, pues él aún no había visto a sus padres.

—Y ya se lo podremos decir, ¿te parece? —le pregunté a Devis.

—¿Decirle qué? —Arqueó ella una ceja.

—Anda, si tú tampoco lo sabes. Solo se lo he contado a tu padre —le sonreí.

—¿Qué le has contado, nena? Mira que dejo de estar en sintonía contigo. Que él acaba de llegar y yo he estado todo el tiempo a tu lado…

—En las buenas y en las malas. Es verdad, discúlpame, cariño.

—Pero solo si me dices lo que es, mami.

—¿Mami? —se preguntó él con un gesto de lo más divertido.

—Sí, me llama así desde hace tiempo. Creo que cuando nos fuimos a Frankfurt ya lo hacía. —Tiré de memoria.

—Sí, no nos mires así porque estuvimos en Frankfurt comiendo salchichas. —Rio ella.

—No me lo piques, no sea que le salga la vena esa celosa, que hay momentos en los que todavía me lo temo —le sonreí.

—Nunca, amor. No quiero que te dé ni el viento, pero hacerte sufrir con celos infundados, eso jamás.

—Bueno, menos pasteleo y a desayunar, ¿qué es eso que tenéis que contarme?

—Eso, menos pasteleo y más pasteles —le dije tomando uno y llevándomelo a la boca—. Guau, esto es eorgásmico.

—No vayas por ahí, que no lograrás sacarme de mis casillas —me advirtió él.

—Vale, eso espero. Pero te estaré poniendo a prueba en todo momento. —Reí porque no podía estar más feliz.

—A quien sacaréis de quicio es a mí, ¡¡quiero esa información!!

—Otra exigiendo, como el padre.

—Oye, *darling*, a mí no me compares con él. —Rio también.

—Perdona, ¿has dicho que no te compare conmigo? ¡¡Te quedas sin la información privilegiada!!

—Es que tú ahora habrá cosas que tengas que volver a ganarte conmigo, papá.

—Vaya, que quieres dejarme la cuenta corriente temblando, en resumidas cuentas.

—Una ligera aportación económica ayudaría, no te lo voy a negar.

—Tienes un morro que te lo pisas, hija.

—Sí, sí, bien grande que lo tengo. No gano para *gloss* labial, de ahí la necesidad de tu aportación.

—Bueno, todos conmigo —les pedí para que me mirasen—. Andrea, la sorpresa que le daremos a tu abuelo ser que el bebé llevará su nombre.

—Joder, menos mal que ya está el pobre sentado todo el día en su silla. Eso evitará que se caiga de espaldas. Aunque, con lo sensible que es, tendremos que coger una sábana para que se limpie las lágrimas. Uff… Qué detalle más bonito, nena. Si no me hubiese eliminado todo el vello corporal con el láser de última generación, se me pondría enterito de punta. Venga, zampemos rápido que me muero por ver la escena ya.

—¿Y tú no nos querías pedir algo? Aparte de dinero, digo —le preguntó su padre. Creo que antes has dejado caer algo.

—Sí, sí. Es que el chico que me gusta, Hugo, ha ingresado en una academia militar para seguir los pasos de su padre y en unos días jura bandera.

—Anda mira qué bien, ¿entonces va mejor la cosita con Hugo? —Me interesé.

—¿A qué te refieres? ¿Ese chico no te valora lo suficiente, Andrea? —Se metió su padre.

—Papá, ese chico está loquito por mí. Tan solo que necesita un impulso para saltar.

—Ya, para saltar del altillo del armario —le solté, cómplice.

—Eso es… Y yo se lo voy a dar.

—Vale, pero ¿qué quieres de nosotros, hija?

—Que me acompañéis a su jura de bandera, es importante para mí.

—Eso está hecho. —Chocó su padre los cinco con ella.

De allí nos fuimos para la casa de los suyos. Al vernos llegar a todos juntos, su madre se abalanzó sobre él mientras que Samuel esperó que le tocase el turno de abrazarlo, en un discreto segundo plano.

Enseguida, tras estrechar en sus brazos a su madre, Devis se fue para él.

—Papá, siento muchísimo por lo que os he hecho pasar. Solo quiero que sepas que te agradezco cantidad que te hicieras cargo de Andrea, sabía que con nadie podría estar mejor que con vosotros, y eso me ayudó a la hora de poder centrarme en mi trabajo. Y también lo mucho que has cuidado de Aitana y del bebé. Sois los mejores padres del mundo.

—Hijo, no tienes nada que agradecer. Daría hasta la última gota de mi sangre por las personas de mi familia a las que amo. Y todos ellos están en la cúspide, junto contigo. No te voy a negar que hasta hace unos días maldecía cuando tu nombre se me venía a la boca. Pero ahora… Ahora no puedo estar más orgulloso de mi hijo y de los sacrificios que has tenido que hacer. Solo te pido que las compenses, porque han sufrido mucho y han formado el mejor equipo —le rogó con lágrimas en los ojos.

—Samuel, ahora igual lloras un poquito más —le comenté cogiéndole la mano.

—¿Por qué, hija? ¿Es que no te encuentras bien?

—Me encuentro mejor que nunca, estoy flotando. Y mira que ahora peso más. Tú también vas a engordar dos o tres kilos de lo ancho que te pondrás cuanto te cuente que hemos pensado que el bebé llevará tu nombre.

—En realidad, lo había pensado ella y a mí me parece la mejor de las ideas —le contó su hijo.

—¿Mi nombre? ¿Mi nieto se llamará Samuel? Aitana, de todos los regalos que pudieras hacerme en el mundo este es el mejor.

—¡¡Ese es mi abuelo!!

Andrea, que era una loquilla total, empujó la silla de ruedas y comenzó a dar vueltas en círculo con ella. Samuel quería llorar de la emoción, pero a la vez reía y su nieta chillaba. Se trató de una escena de lo más emocionante, de una de esas que se te quedan en la cabeza y para siempre.

Enseguida, tras estrechar en sus brazos a su madre, Devis se fue para él.

—Papá, siento muchísimo por lo que os he hecho pasar. Solo quiero que sepas que te agradezco cantidad que te hicieras cargo de Andrea, sabía que con nadie podría estar mejor que con vosotros, y eso me ayudó a la hora de poder centrarme en mi trabajo. Y también lo mucho que has cuidado de Aitana y del bebé. Sois los mejores padres del mundo.

—Hijo, no tienes nada que agradecer. Daría hasta la última gota de mi sangre por las personas de mi familia a las que amo. Y todos ellos están en la cúspide, junto contigo. No te voy a negar que hasta hace unos días maldecía cuando tu nombre se me venía a la boca. Pero ahora… Ahora no puedo estar más orgulloso de mi hijo y de los sacrificios que has tenido que hacer. Solo te pido que las compenses, porque han sufrido mucho y han formado el mejor equipo —le rogó con lágrimas en los ojos.

—Samuel, ahora igual lloras un poquito más —le comenté cogiéndole la mano.

—¿Por qué, hija? ¿Es que no te encuentras bien?

—Me encuentro mejor que nunca, estoy flotando. Y mira que ahora peso más. Tú también vas a engordar dos o tres kilos de lo ancho que te pondrás cuanto te cuente que hemos pensado que el bebé llevará tu nombre.

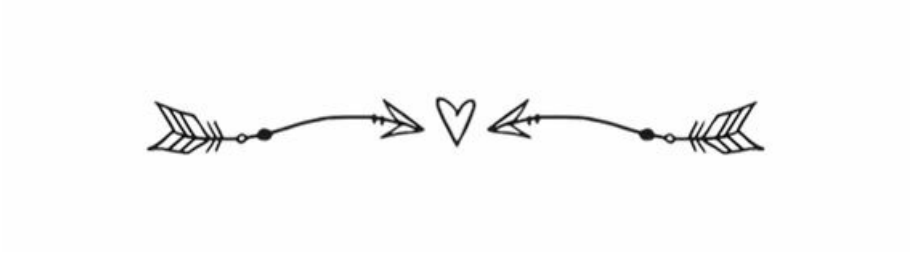
—En realidad, lo había pensado ella y a mí me parece la mejor de las ideas —le contó su hijo.

—¿Mi nombre? ¿Mi nieto se llamará Samuel? Aitana, de todos los regalos que pudieras hacerme en el mundo este es el mejor.

—¡¡Ese es mi abuelo!!

Andrea, que era una loquilla total, empujó la silla de ruedas y comenzó a dar vueltas en círculo con ella. Samuel quería llorar de la emoción, pero a la vez reía y su nieta chillaba. Se trató de una escena de lo más emocionante, de una de esas que se te quedan en la cabeza y para siempre.

Capítulo 35



Unos días después, llegó el momento de la jura de bandera y, haciendo el juego de palabras, os juro que me quedé embobada cuando vi avanzar a Andrea con un elegantísimo mono que le hacía una silueta de infarto, en un color azul eléctrico y uno de sus hombros al descubierto. Estaba increíble al combinarlo con un zapato de altísimo tacón y bolso. *Fashion* a tope.

Llegó con su coche a recogernos y solo os daré un detalle: me tuve que llevar la mano al vientre en todo momento por la posibilidad de que el bebé saliera disparado.

Una vez en el patio del cuartel, me di cuenta de que ella aún no conocía ni a Ernesto ni a Carolina, que eran los padres de Hugo. Andrea se mostró bastante misteriosa al respecto y nosotros respetamos su silencio.

Pese a ser de lo más alocada y alegre, si algo me había demostrado durante los meses de ausencia de su padre era que la cabeza la tenía en su sitio, motivo por el que confiaba mucho en ella.

La jura en sí, no os voy a engañar, fue un poco larga y tediosa por el calor. A mí así al menos me lo pareció, porque las últimas semanas de embarazo se me estaban haciendo más complicadas en ese sentido.

—¡¡Ese es mi Hugo!! —exclamó contenta en el momento en el que le tocó a él rendirle honores a la bandera.

A la par, Ernesto, que estaba sentado cerca de nosotros y que no relacionó nuestra presencia allí con la de su hijo, como que se mosqueó bastante.

—Ese hombre no tiene ni idea, ¿verdad? No te conoce —le pregunté por lo bajini.

—Ese todavía no se ha enterado, nena. Pero ya te digo yo que se va a enterar. —Me dedicó la más pícara de las sonrisitas.

Fue en el instante en que el acto terminó cuando ocurrió todo. Y no pudo ser más emocionante. Ella había hablado con una chica, que tenía un cargo superior, y con quien se puso de acuerdo.

Cuando todos rompieron filas, la chica tomó el micrófono y pronunció el nombre y los apellidos de Hugo para que volviese a acercarse. Todos frenaron y volvieron la cabeza hacia su compañero. Mientras, con todo el estilo que la caracterizaba, Andrea avanzaba hacia él con unos andares tan femeninos y sensuales que ya los quisieran muchas mujeres para ellas.

Sin vacilar ni un solo momento, Andrea se fue para él y, tomando el micrófono, lo miró. La cara de Hugo era un poema, se puso colorado como un tomate, y dirigió la mirada hacia el lugar que ocupaban sus padres.

—Aquí, Hugo, conmigo —le pidió Andrea para que la mirase mientras que Devis me miraba a mí y me decía que su hija la iba a liar como el pollito. Yo opiné que era su apuesta, su momento, que la suerte estaba echada y crucé los dedos para que le saliera bien porque si había alguien en el mundo que se lo merecía era ella.

»Quiero aprovechar este día tan emocionante y con toda la parafernalia —se aclaró la voz— para pedirte que salgas conmigo. Sé que esto no lo esperabas, pero no es traición. Traición es que uno no demuestre sus sentimientos, que deje pasar de largo por su vida a la persona que ame solo por no defraudar a los suyos. Ha llegado el momento de la verdad, ¿me juras fidelidad a mí también o te nomino para salir para siempre de mi corazón?

Hugo se quedó en *shock* por unos momentos y no es reprochable. El chaval podía esperar cualquier cosa menos aquella.

—La mira mucho a los ojos, no puede romper el contacto visual con ella, ¡¡va a decir que se lo jura!! —Aplaudí, y el padre de él me miró con ira.

—Sí, Andrea, tienes toda la razón… Hace demasiado tiempo que estoy guardando mis sentimientos y eso no es lógico —pronunció.

—Sí, sí, los tienes guardados en el armario, ya lo sé —le contestó ella mientras la gente comenzaba a grabar la escena y a algunos se les desencajaba la mandíbula por la sorpresa.

—Cierto y si algo me están enseñando en este lugar son unos valores incompatibles con la cobardía. No quiero que me vuelvas a tachar de cobarde y menos cuando tú no lo mereces porque eres la mujer más valiente que conozco. Sí, Andrea, ¡¡te juro fidelidad y una vida contigo!! —exclamó él mientras la tomaba en brazos.

—¡¡Sí, sí, sí!! —chillé mientras me ponía en pie y comenzaba a aplaudir. Devis me siguió y también la mayoría de los presentes.

A quien le hizo menos gracia fue a Ernesto, quien tiró de Carolina y ambos se marcharon. Su hijo no hizo el menor aprecio a ese gesto porque ni siquiera lo vio. Estaba demasiado entretenido mientras besaba a la que se acababa de convertir en su novia. Y yo besé a Devis también en ese momento tan hermoso del triunfo del amor

que, en el caso de nuestra familia, parecía estar en el aire.

que, en el caso de nuestra familia, parecía estar en el aire.

Capítulo 36



Un par de semanas habían pasado desde el emocionante momento en el que los chicos se besaron delante de todos. Andrea estaba como loca con su novio y él, aunque no contaba con el apoyo de sus padres, también estaba disfrutando muchísimo con ella.

—Al final, se ha enfrentado a todos por la niña, estoy muy contenta —le comentaba camino de ese acto no menos emocionante en el que le iban a entregar una condecoración a Devis, como ya vaticiné en su día.

Nos lo habían anunciado apenas cuarenta y ocho horas antes, y suerte tuve de que no fuera unos días después, pues estaba a punto de salir de cuentas.

Para el acto me había comprado un precioso y elegantísimo vestido en rosa palo. Ya tenía una barriguita más que considerable, si bien he de decir que Devis me repetía a cada momento que me veía rabiosamente guapa. En cuanto a él, para la ocasión lució su uniforme de gala y, a pesar de que ya no se encontraba en activo, me encantó vérselo porque le sentaba de lujo.

—Sí, yo también estoy muy contento por esa parte —me confesó.

—¿Y por cuál no lo estás? Porque tu tono de voz me lo dice.

—No es que no lo esté, pero esta condecoración tiene para mí un sabor agridulce.

—¿Y eso por qué? Debes disfrutarla, es que tienes derecho a hacerlo.

—Y la disfrutaré, pero no puedo evitar que me recuerde que me la dan por algo que te hizo sufrir mucho, mi amor —me decía mientras conducía y acariciaba mi muslo.

—¿Te cuento un secreto? —le pregunté y asintió— Ya duele un poco menos. Y si quieres que siga esa tendencia, disfrútalo. No quiero penas en nuestra vida. Nos merecemos todas las alegrías.

—Yo sí que pienso en muchas ocasiones que no te merezco, preciosa.

—No digas tonterías. No solo eres mi héroe, sino que te has convertido en uno para toda la nación. Mi sacrificio no ha sido en balde —pronuncié en plan teatral.

—Oye, que parece que estás interpretando…

—Es que yo en la universidad estuve en un grupo de teatro, ¿no te lo he contado nunca? Pero mira quién fue a hablar, me parto. No te dieron un Oscar por tu interpretación de milagro. No me busques la lengua.

—Pues tú bien que me la buscas a mí…

—Pero para otras cosas, Devis, que dicen que eso facilita el parto, los orgasmos de última hora.

—Entonces creo que el tuyo será muy facilito, porque me estoy empleando a fondo.

—Tú siempre te empleas a fondo, pero a fondo a fondo.

Habíamos recuperado toda la complicidad y hasta sentía que teníamos mucha más que antes. Eso iba creciendo con los días, lo mismo que mi barriga.

En el acto también estarían presentes sus padres, los míos y, cómo no, Andrea con Hugo, quienes se habían vuelto inseparables.

Me quedé rodeada de todos ellos mientras él subía a que se la impusieran.

—Estoy muy orgullosa de él, muy orgullosa —le decía a su hija—. Y el uniforme es que le sienta de maravilla. Por favor, ¿se puede estar más guapo? Es imposible. Ah…—me quejé en ese momento en el que noté una especie de dolor sospechoso en la zona de la baja espalda.

—¿Qué te pasa, hija? —me preguntó mi madre.

—Nada, mamá. Que creo que me va a dar un ataque de lumbago porque justo resulta que… Ah —repetí de nuevo y mis padres se miraron entre ellos.

—¿Dónde dices que te duele, Aitana?

—Es justo aquí, mamá.

—Ya sabes de qué se trata, Claudia —le habló mi padre.

—Hija, estás de parto —me anunció mi madre.

—No, si no puede ser. Todavía me faltan unos días.

—Ya te digo que estas cosas no son exactas, poquito se parece a hacer una raíz cuadrada.

—¡¡Va a nacer mi hermanito!! ¡¡Yupi!! —chilló Andrea en ese momento poniéndose de pie y sin tener en cuenta la solemnidad del acto. Suerte que ya había terminado y que Devis corrió hacia mí al enterarse.

—¿Es eso verdad, Aitana?

—Qué va. Son cosas de madres, que ya sabes que cuando se les mete algo en la cabeza —le contesté.

—Sí, sí, cosas de madres. Pues tú lo serás en un rato, ya lo verás —me contestó la mía.

En ese momento sentí el mismo dolor junto con una sensación rara en la pelvis. Y un extraño sudor me perló la frente. Fue todo muy inesperado, tanto como el charco de agua que dejé en el suelo.

—¿Te has orinado? —Me miró Andrea cogiéndome la mano.

—No, pero me estoy empezando a hacer caca, qué miedito. —Apreté los dientes.

—Es que ha roto aguas, Andrea —le explicaba mi madre mientras Devis corría a por el coche.

—¿Tú vas a tener miedo cuando le has hecho frente ya a todo con dos ovarios? Ya verás, das tres o cuatro empujones y lo tienes llorando a pleno pulmón. Seguro que te da un recital. —Me cogió Andrea de la mano.

—Mientras no sea de reguetón, todo irá bien —bromeé.

Mis padres se subieron a nuestro coche. Mi madre me ayudaba con la respiración mientras que Devis corría todo lo que podía.

—Levanta el pie del acelerador, que los Smith tenéis mucho peligro al volante y tu hijo no va a nacer en el coche. Qué más quisiera yo que fuera tan rápido —le dije antes de soltar un grito por una nueva contracción, pues habían empezado y dolían tela.

—¿Ahora es mi hijo y no nuestro? —me preguntó sonriendo como para sacar mi sonrisa también.

—Sí, ahora es tu hijo y, mientras me siga acordando de lo que duele esto, continuará siendo así, ¿algún problema? —le pregunté en un tono que debió tener bastante que ver con el de la niña del exorcista. Quizás se lo pregunté hasta en un idioma que no conocía y ni lo recuerdo.

—Vale, vale…

Unos minutos después, llegamos al parquin del hospital. El trayecto se me hizo largo a pesar de que no lo era.

—¡¡Toma ya!! Un poco más y sale solo, no tengo que empujar ni nada —me quejé porque su aparcamiento fue un poco brusco. Aparte de que os confieso que me hubiese quejado de todas formas, que para eso dolía para reventar, y nunca mejor dicho.

Entramos y él me llevaba en brazos. Y yo protestando. Me dolía tanto que todo me parecía mal. Devis no me lo tenía en cuenta en absoluto, me miraba con total amor y ternura.

—Pero bueno, ¿cómo es que no has venido antes? —me preguntó la ginecóloga que me había atendido en los últimos meses, a la que me cambié porque me habían dicho que era la mejor de la ciudad y él estuvo totalmente de acuerdo.

—Candy, ¿y cómo iba a venir antes? Si acabo de romper aguas… Si te parece cojo un avión, aunque la verdad es que con Devis hemos llegado planeando. No sé yo qué decirte.

—¿Acabas de romper aguas? Pues entonces te ha tocado el premio gordo, porque ya has dilatado muchísimo.

—Gordo tiene que ser, porque según duele…

—Te lo digo muy en serio. Este niño va a nacer en nada. Has tenido toda la suerte.

—Ya me tocaba, guapa. Si yo te contara…

Nos condujeron de inmediato al paritorio. Era Devis quien me acompañaba mientras los demás me mandaban besos con la mano.

Candy tenía razón… Por lo que me explicó, en uno de cada muchos partos el proceso es muy rápido. E iba a ser mi caso.

—No es normal en las primerizas, de verdad que no es normal.

Devis me guiñó el ojo, como recordándome que quizás el sexo de los últimos días hubiese ayudado, pues los orgasmos se me encadenaron.

—A mí no me pongas ojitos que no me vuelves a tocar ni con un palo. No sabes lo que duele —le solté junto con una especie de rugido.

—Me cambiaría por ti encantado —me confesó.

—Qué fácil es hablar cuando uno no tiene nada que perder. Pero fácil que es, estás tirando con pólvora ajena. Como no te puedes cambiar de verdad.

—¿Y tú dudas que me cambiaría? —me preguntó llevando uno de sus dedos hacia mis labios, que acarició.

—Tú lo has querido —le advertí dándole un bocado en el dedo.

Aguantó el tipo, no soltó ni un grito ni nada. Y eso que Candy intervino.

—Como esto siga así, tendré que darle puntos.

—Ya me lo temía, se me van a quedar los bajos de pena.

—No, a ti no creo, porque no veas si estás dilatando bien. Me refiero a él, en el dedo…

No me reí porque malditas las ganas que tenía de hacerlo. De todos modos, ella tuvo razón en que se trató de un parto rapidísimo. Tanto que lo malo fue que no me pudo poner la epidural porque no dio tiempo.

—Tranquila, cariño, tranquila, que ya viene —me anunció él cuando di aquel último empujón en el que sentí que se me iba la vida porque, al tener que dar a luz sin anestesia, dolió lo que no está escrito. Pero no, no se me fue, sino que la di; di vida.

—Mi niño, mi niño. —Comencé a llorar al ver su cabecita pelona—. Devis, tiene tus ojos, los tiene. —Lloré todavía más cuando el chiquitín abrió sus ojos y me miró, observando la misma claridad que en las de su orgulloso papá. Y el bebé comenzó a llorar a la par, pues tardó unos segundos en hacerlo.

—Te quiero, os quiero, ¡¡cásate conmigo!! —me pidió en ese momento.

—¿Ahora? —le contesté.

—No, claro, ahora no… Cuando tú quieras, cuando estés repuesta.

—Eso ya me lo imagino, digo que si ahora me lo estás pidiendo —le pregunté mientras que nuestro niño nos regalaba ese llanto que en su caso era muy tranquilizador.

—Ahora, sí, quizás no sea el momento más romántico, pero sí el más emocionante.

Morí de amor con aquella pedida improvisada. Nunca hubiera esperado que lo hiciera allí. Le amaba con todo mi corazón y ya se me había pasado el mal genio del parto.

—Tienes razón cariño, ¡¡me caso contigo!!

Lo exclamé en el mismo momento en el que le pidieron que cortase el cordón umbilical, un corte que solo es simbólico porque tenía claro que a mi hijo permanecería unida de por vida.

Salimos de ese paritorio con un precioso bebé y con la promesa de casarnos, de hacer oficial eso que los dos sabíamos: que nos queríamos más que a nuestras propias vidas. Y no digamos ya a ese bebé que habíamos creado

—Estaré *in love* contigo hasta el final de mis días, pequeñín —pronunció Andrea en el momento en el que lo conoció.

Nunca noté sensación de alegría mayor que esa que vivimos en la habitación cuando todos se reunieron alrededor del bebé. El alboroto era total, le sacaban parecidos. En ciertas cosas era un calco de su padre, pero también tenía otras mías.

Al final, Candy tuvo razón en que ni siquiera tuvieron que darme puntos, por lo que al día siguiente ya estaba en mi casa. Tuve toda la suerte del mundo, quizás porque las malas rachas se acaban y, como dije anteriormente, creía que ya me tocaba.

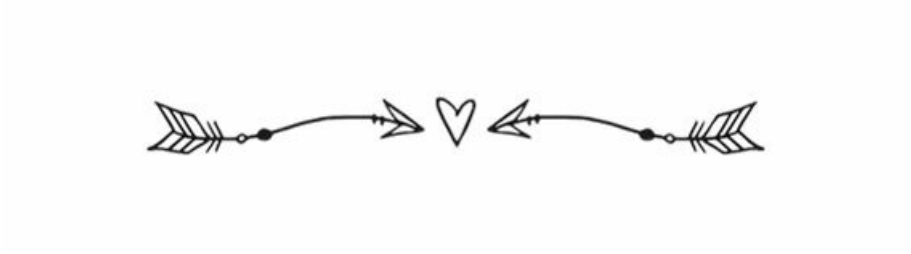
De momento, dedicaría un tiempo al cuidado de mi hijo. No tenía prisa por poner en marcha esos proyectos profesionales a los que les estaba dando vueltas. Hay tiempo para todo, y aquel era tiempo para disfrutar de esa vida que había alumbrado y de esa relación tan bonita que también me servía de faro en la vida.

Estábamos viviendo el episodio más dulce. Y lo pensaba paladear hasta el último segundo. Samuel era un niño precioso que vino para completar nuestra familia. Un regalo tan inesperado como deseado, a cuyos diminutos pies nos tenía rendidos a todos.

La vida me estaba dando todo lo bueno de golpe y no podía más que mostrarme agradecida. Y tenía por delante una romántica boda que organizar, ¿qué más podía pedir?

La vida me estaba dando todo lo bueno de golpe y no podía más que mostrarme agradecida. Y tenía por delante una romántica boda que organizar, ¿qué más podía pedir?

Capítulo 37



Nuestra preciosa boda se celebró el siguiente verano. No teníamos demasiada prisa, porque la vida no nos la cambiaría en absoluto. Lo que sí teníamos era mucha ilusión, pero mucha, mucha.

Meses atrás habíamos celebrado el bautizo de Samuel, un precioso niño que no nos traía más que alegrías. También se trató de un día único en el que Andrea actuó como madrina y Hugo como padrino. Nos lo estuvimos pensando porque ese chico llevaba poco tiempo con nosotros, pero al final llegamos a la conclusión de que lo suyo iba en serio y que se lo merecía.

Aquel era el día de nuestra soñada boda, una que celebramos en un increíble castillo que Samuel alquiló para nosotros, porque el enlace le hacía tanta ilusión al hombre que desde que tuvo conocimiento de él dijo que no podíamos discutirle; que todo corría a su cargo.

Los más íntimos llevábamos allí dos días. La noche anterior habíamos celebrado una cena en familia como colofón a ese par de días en el que, la verdad, lo estuvimos festejando todo.

Y faltaba el plato más especial y dulce… La propia boda. Yo ya estaba vestida mientras Andrea sostenía en brazos al pequeño terremoto Samuel quien, al dar sus primeros pasos, no paraba quieto.

—¿Estás segura de que llegará caminando hasta el altar? —le pregunté porque, pese a ser casi un bebé, portaría el cojincito con los anillos en sus tiernas manitas.

—¿Y tú lo dudas? ¡¡Si va con su madrina!! —exclamó ella, quien estaba preciosa con su original *outfit* de dama de honor, la única que llevé, pero es que me aclaró desde el primer momento que quería ir sola porque no consentiría que nadie le hiciera sombra. Ni que hubiera nacido quien pudiera hacerlo…

Mi padre se acercó para recogerme. La boda se llevaría a cabo en los maravillosos jardines del castillo, al pie de un lago que era de ensueño. No podía imaginarme un entorno más romántico ni un día más luminoso para unir nuestras vidas.

La felicidad era total en todos y los vítores no se hicieron esperar cuando me vieron aparecer. Caminaba a su

lado, cogida de su brazo, mientras sonaba la marcha nupcial a cargo de una violinista, pues ese instrumento me fascinaba de siempre.

—Estás increíble, hija, y te confieso que nunca me había imaginado que te llevaría tan alegre al altar. Durante años sospeché que sentiría como una especie de pérdida, y, todo lo contrario. Vuelas con el hombre al que amas y que te ama por encima de todas las cosas. No hay mayor satisfacción que pueda sentir un padre —murmuraba mientras avanzábamos en dirección a Devis.

—Papá, que se me escapan las lagrimillas y esto no ha hecho más que empezar —suspiré emocionada.

Al pasar por su lado, vi también las lágrimas de emoción en el rostro de Samuel y en el de, mi abuelo, ese hombre que me adoraba, lo mismo que mi abuela, y que se emocionaba con todo. Delante llevábamos a Andrea, quien estaba logrando que el pequeñín continuase con sus cortitos pasos. Cuando alcanzó el punto en el que se celebraría, se volvió y me hizo la «V» de la victoria. No existía nadie con más arte en este mundo.

—Aquí te la entrego. Ámala siempre como la amas hoy, Devis —le pidió mi padre con emoción contenida.

—De eso no te puedo dar mi palabra, Felipe, porque la amaré mucho más —le contestó con determinación.

Para esa ocasión, igual que el día de la condecoración, le pedí que luciera su uniforme de gala, ese que pertenecía a un pasado que un día me hizo sufrir tanto. Ya lo tenía totalmente superado y lo cierto es que estaba increíblemente sexi con él.

A continuación, tras pronunciar esas palabras, se volvió hacia mí y me tomó de la mano.

—Eres la novia más radiante del mundo, la más —murmuró mientras que una lagrimilla se escapaba también d sus ojos.

—Sobre todo, sexi —le indiqué porque fue lo que traté de transmitir con aquel sugerente vestido drapeado de corte sirena y escote corazón que marcaba a la perfección las curvas de mi cuerpo.

—Siempre sexi, mi amor —corroboró.

El sexo no había decaído en ningún momento entre nosotros durante aquel año. Todo lo contrario. La complicidad que reinaba entre ambos logró que fuese a más, que se amplificase, que nuestros sentidos se agudizaran y que los juegos llegasen a un nivel que me erizaba el vello solo de pensar en ello.

Mientras lo meditaba, me imaginaba también esa noche de bodas y esa luna de miel que disfrutaríamos solos, pues los abuelos se daban tortas por quedarse con su nieto. En ese sentido no teníamos el más mínimo problema,

ni en esa ocasión ni en ninguna otra, cuando queríamos gozar de intimidad.

—¡¡Vivan los novios!! —exclamaron los muchos invitados presentes cuando la ceremonia terminó y una lluvia de pétalos de flores cayó sobre nuestras cabezas, mientras nos fundíamos en otro interminable beso, pues ya nos dimos uno ante quien ofició la ceremonia y tras el «sí, quiero».

Comenzó entonces una fiesta que se prolongaría hasta altas horas de la madrugada. No faltaba un detalle para que todos los asistentes disfrutaran de un día que habíamos preparado con mimo.

Podría recalcar muchos momentos de un día tan único e irrepetible, porque así fue. Pero de todos ellos, sin duda, me quedo con aquel en el que lancé el ramo y, por encima del resto de las cabezas, saltó la de Andrea.

—Seré la próxima de la familia en casarme, mami. Estoy *in love* con la vida y con Hugo.

—Me parece muy bien, amor, aunque para eso tienes que esperar aún unos añitos, si no quieres que a tu padre tengan que ponerle un muelle en el corazón.

—No tenemos prisa, ya disfrutamos de la vida intensamente… ¡¡A tope!! —exclamó tomándose un selfi con su ramo y compitiendo en belleza con las flores.

—Pues de eso se trata, cariño mío, de eso se trata.

Se trataba de exprimir los momentos, de agradecer cada día la felicidad que nos envolvía y de buscar la manera de que fuese a más y para siempre. Y después llegaría lo de comer las perdices, porque felices ya éramos.

Capítulo 38

Después de un montón de horas de vuelo, con escala incluida, aterrizamos en el aeropuerto de Bora Bora. Se me había hecho interminable, para que nos vamos a engañar, ya que viajar a un lugar así, era el sueño de la mayoría de las personas, pero el trayecto se hacía bastante insufrible, y eso que nosotros íbamos en primera clase, no me quería ni imaginar para los que iban en turista.

Fuera del aeropuerto nos esperaba un chófer, ya que el hotel contaba con esa clase de servicio, como para no contar con ello, si íbamos al mejor resort de toda la isla.

Me sorprendió gratamente el clima que me encontré al salir, venía con la idea preconcebida de que sería mucho peor, con mucha más humedad y por lo que pude percibir en ese instante, me iba a adaptar rápidamente.

El trayecto fue poco tiempo, cosa que agradecí mucho, porque ya me empezaba a pasar factura tantas horas dando tumbos de un sitio para otro.

—Se te nota el cansancio en la cara, cariño, cuando lleguemos al hotel comemos algo rápido y dormimos un rato, pero no mucho porque si no el *jet lag* nos pasará factura —murmuró mientras me daba un beso en el dorso d la mano.

—Sí, porque, aunque esté cansada no me quiero perder nada de este lugar —le dije mientras iba observando todo el paisaje a través de la ventanilla.

—Tenemos tiempo de sobra, vamos a estar aquí muchos días, así que no te preocupes, que lo podrás ver todo.

Llegamos a la recepción del hotel donde nos recibieron con una copa de champán antes de hacer el *check-in*. Todo se veía con unos colores muy alegres que iban de la mano de una sofisticación y elegancia inimaginable.

El personal era muy atento, queriendo agradar en todo momento. Nos comunicaron que ya habían llevado las maletas a nuestra cabaña y que en la puerta contábamos con un *buggy* para el tiempo que durara nuestra estancia en el hotel y para que nos pudiéramos mover libremente dentro del complejo.

Mientras Devis iba conduciendo yo miraba todo con absoluta alucinación, ya que nunca en mi vida había visto unas playas con ese color de arena y esa agua tan cristalina. Solo de observarla ya estaba deseando colocarme un bañador y meterme en ella. Vamos, que hasta el cansancio había desaparecido por completo.

Todo lo que iba observando me gustaba más que lo anterior y es que el paisaje natural y del resort era de una belleza incalculable.

La cabaña era de lo más bonita, ya que nada más entrar por la puerta se podía ver una mesa redonda que hacía de recibidor en la cual había una fuente con mucha variedad de frutas, y un jarrón con unas flores de muchos colores. De fondo, se podía apreciar un gran ventanal que ocupaba buena parte de la pared. A la derecha había un amplio sofá de color blanco y a la izquierda estaba la cama que no era una cama cualquiera, ya que tenía las medidas de dos por dos. A continuación, estaba el baño que contaba con un *jacuzzi*, un plato de ducha donde cabían cuatro personas, un lavabo doble y a un lado el inodoro, todo en blanco.

En la parte trasera teníamos un porche bastante grande en el cual había una mesa para dos personas, al otro lado un balancín con una mesita baja delante y al filo de la terraza estaba nuestra piscina privada.

En un lateral de la terraza teníamos unas escaleras por las cuales se podía bajar directamente al mar. Era una auténtica belleza el poder asomarse a la terraza y ver el mar en esos tonos turquesas. Desde este lugar, los desayunos debían de ser toda una locura para la vista.

—Cariño, me voy a ir duchando mientras que llamas a tus padres para que les digas que hemos llegado bien, y que te cuenten cómo se está portado el bichito de tu hijo —le dije una vez habíamos deshecho el equipaje.

Me metí en la ducha y estaba terminando de aclararme el pelo cuando lo sentí detrás de mí, llevó sus manos a emi cintura y me besó el cuello.

—Nena, mis padres dicen que todo bien con el niño, que es un angelito, que no nos preocupemos y que disfrutemos mucho.

A la misma vez que me iba diciendo todo eso me iba acariciando todo el cuerpo.

Llevó sus manos a mis pechos y empezó a estimularlos mientras me iba dando pequeños besos desde la base de la oreja hasta el hombro.

Los jadeos se me iban escapando unos tras otros, solo con sus caricias. Fue bajando una mano poco a poco hast posarse en mi pubis y allí la dejó inmóvil hasta que le pedí que me tocara más profundo, en ese punto ya estaba que ardía.

—Te quiero, Aitana, eres mi vida entera, lo sabes, ¿verdad? —me dijo mientras con su dedo corazón trazaba círculos sobre mi clítoris.

—Cariño, lo sé, pero ahora no es momento para el romanticismo, ahora es momento para mi Devis brusco y apasionado. Te necesito con urgencia.

—Aitana, no me digas eso porque entonces es cuando pierdo el control —me dijo con un gruñido mientras me pellizcaba el pezón con una mano y con la otra adentraba dos de sus dedos en mi vagina y los movía a buen ritmo

—Devis, me vuelves loca, pero quiero más.

Fue en ese momento cuando me giró y atrapó mi boca con deseos y ferocidad, como si quiera comerme entera. Yo sé lo devolví con la misma fuerza y urgencia.

Mientras nos íbamos devorando el uno al otro, él siguió penetrándome con los dedos y yo llevé una de mis manos a su miembro, se lo envolví con fuerza y empecé a moverla de arriaba hacia abajo; por el gruñido que soltó se notaba que le encantaba mi forma de masturbarlo.

No paró hasta que me llevó al orgasmo. Cuando me recuperé un poco, me arrodillé y acogí su miembro en mi boca, motivo que le llevó a agarrarme del pelo mientras marcaba el ritmo que debía llevar para que su excitación fuese a más. Me detuvo indicándome que me levantase. Hizo que me colocase mirando a la pared y me penetró con fuerza. Con una mano me tenía agarrada de la cintura y con la otra del pelo. Las envestidas eran profundas, rápidas y certeras ocasionando que me llegaran a lo más profundo de mi ser.

Ya no gemía, lo que salía por mi boca eran gritos de autentico placer, un placer grandísimo que iba en aumento, hasta que ya no pudimos más y nos dejamos ir, terminando los dos al mismo tiempo.

Me di la vuelta, le eché mis brazos por encima de sus hombros y lo besé con mucho amor.

—Te quiero, Devis. —Le miraba a los ojos.

—Yo también te quiero, pequeñaja mía.

Después de ponernos los bañadores, salimos con el *buggy* hacia uno de los restaurantes donde pensábamos comer antes de regresar a la cabaña para descansar un poco, ya que empezaba a pasarnos factura la falta de sueño. aDe todos modos, decidimos pasar el día en plan tranquilo, mañana sería otro día y estaríamos más descansados.

Nos decantamos por comer en el restaurante bufé y así picaríamos un poquito de todo lo que nos apeteciera. Decir que la presentación era maravillosa era quedarse corta, todo estaba cuidado al más mínimo detalle haciendo que se te metiera por los ojos.

De camino a la cabaña decidimos darnos un baño en la playa, el agua tenía una temperatura ideal, era una gozada adentrarte en ese mar tan claro y manso.

—Cariño, esto es el puro paraíso, es una gozada poder estar aquí y más si es contigo —le dije mientras lo abraz por la cintura y le daba un beso en el hombro.

.

—Aitana, la auténtica gozada es estar donde tú estés, no me importa dónde sea si es contigo de la mano. —Me dejó un precioso beso sobre mi cabellera.

Si es que cuando quería era para comérselo enterito, que comérmelo me lo comía cada vez que podía, porque m Devis estaba para chuparse los dedos de lo bueno que estaba.

El resto del día se nos pasó en un suspiro; entre los baños, dormir un rato y salir a cenar, cuando nos quisimos › dar cuenta era tarde y decidimos dar el día por terminado.

Ya no gemía, lo que salía por mi boca eran gritos de autentico placer, un placer grandísimo que iba en aumento, hasta que ya no pudimos más y nos dejamos ir, terminando los dos al mismo tiempo.

Me di la vuelta, le eché mis brazos por encima de sus hombros y lo besé con mucho amor.

—Te quiero, Devis. —Le miraba a los ojos.

—Yo también te quiero, pequeñaja mía.

Después de ponernos los bañadores, salimos con el *buggy* hacia uno de los restaurantes donde pensábamos comer antes de regresar a la cabaña para descansar un poco, ya que empezaba a pasarnos factura la falta de sueño. De todos modos, decidimos pasar el día en plan tranquilo, mañana sería otro día y estaríamos más descansados.

Nos decantamos por comer en el restaurante bufé y así picaríamos un poquito de todo lo que nos apeteciera. Decir que la presentación era maravillosa era quedarse corta, todo estaba cuidado al más mínimo detalle haciendo que se te metiera por los ojos.

De camino a la cabaña decidimos darnos un baño en la playa, el agua tenía una temperatura ideal, era una gozada adentrarte en ese mar tan claro y manso.

—Cariño, esto es el puro paraíso, es una gozada poder estar aquí y más si es contigo —le dije mientras lo abraza por la cintura y le daba un beso en el hombro.

—Aitana, la auténtica gozada es estar donde tú estés, no me importa dónde sea si es contigo de la mano. —Me dejó un precioso beso sobre mi cabellera.

Si es que cuando quería era para comérselo enterito, que comérmelo me lo comía cada vez que podía, porque mi Devis estaba para chuparse los dedos de lo bueno que estaba.

El resto del día se nos pasó en un suspiro; entre los baños, dormir un rato y salir a cenar, cuando nos quisimos dar cuenta era tarde y decidimos dar el día por terminado.

Capítulo 39



Despertar en este lugar y junto a la persona que amas era de los mayores placeres que se podía tener, y placer es el que Devis me estaba dando en este momento.

Con la cabeza entre mis piernas y lamiéndome cada recoveco de mi vagina, así me despertó.

—Quiero que me despiertes todos los días de esta manera —le dije en medio de un jadeo.

—Tus deseos son órdenes para mí, pequeñaja.

Después de ese buen despertar, nos metimos en la ducha, nos arreglamos y decimos pasar el día fuera, recorriendo un poco la isla.

Lo primero que hicimos fue desayunar en una de las cafeterías que tenía el hotel, no nos faltó de nada: fruta, cafés, zumos, tostadas y algunos dulces típicos del lugar, ya que todo estaba delicioso.

Al terminar, fuimos dando un paseo por la orilla y vimos una caseta donde podías inscribirte para hacer esnórquel en grupo o, simplemente alquilar las máscaras y hacerlo por tu cuenta, nosotros decidimos que queríamos hacerlo a solas, así que alquilamos lo necesario y no fuimos a ver el fondo marino.

Había gran variedad de peces, cada uno más bonito que el anterior, con colores tan vivos y variados que te dejaban completamente extasiada mirándolos mientras flotábamos.

Íbamos observándolo todo muy detenidamente, además de que el móvil de Devis era acuático, por lo tanto, iba grabando todo a su paso para dejar inmortalizados estos momentos tan maravillosos que se quedarían para siempre en nuestros corazones.

Cuando nos cansamos de estar en el agua, devolvimos el material de esnórquel y decidimos seguir disfrutando de más lugares de la isla, ya que queríamos empaparnos de toda su cultura, rincones y gastronomía.

—Aitana, ¿qué te parece si alquilo una moto?

—Pero esta vez intenta conducir un poco mejor que en Roma, por favor. Que allí me llevabas acojonada todo el tiempo. —Reí.

—Valor tendrás tú de decirme eso a mí. —Me dio una palmada en la nalga.

—Valor claro que tengo, pero de montarme contigo en moto y con tu hija en su coche, que sois un peligro al volante —dije a la vez que echaba a correr porque lo vi con la intención de darme otra palmada.

;

Sí yo corría, más corría él, ya que cuando me vine a dar cuenta me tenía cogida dirigiéndose hacia el agua.

—No tendrás valor tú de tirar a tú mujer —le dije sin poder parar de reír,

—No te voy a tirar, te voy a meter junto a mí, que es muy distinto. —Y otra cachetada más que me dio.

—Como me des otra más esta noche te ato a la cama y te hago todo lo que yo quiera. —Le tiré del pelo.

—No me provoques nena, que sabes que pierdo el norte cuando te pones en plan sargento. —Tal como terminó de decir eso, me volvió a dar otra.

Decidimos dejar el juego para seguir por la noche en nuestra cabaña, así que nos dirigimos a alquilar la moto. La verdad que fue una experiencia increíble; todo a nuestro alrededor era tan llamativo que no podías evitar quedarte mirando cada detalle con atención.

Fue un día muy intenso, donde vivimos momentos maravillosos e inolvidables.

Esa noche en cuanto llegamos a la cabaña y después de ducharnos, lo até a la cama, como le dije que le haría sí me daba otra cachetada, siendo sincera si no llega a ser porque él puso de su parte, no lo hubiera podido amarrar.

—¿Estás preparado para que te haga todo lo que yo quiera, cariño? —le pregunté, mientras me sentada encima de él y le pasaba las uñas por su pecho.

—Cariño, solo tienes que moverte encima de mí y notarás lo preparado que estoy.

Y vaya que si lo estaba, porque parecía a punto de estallar.

Me acerqué a su boca y le di un mordisco flojito, para después pasarle la lengua por su labio inferior, momento

que aprovechó para atraparme la boca y besarme con ansias. Después fui bajando por su cuello con pequeños besos, mientras me movía encima de él, sus gruñidos por el placer era música para mis oídos.

Fui bajando, poco a poco, por su pecho mientras le besaba y lamí un pezón para después pasarme al otro para seguir bajando por el centro de su pecho hasta llegar al ombligo, el cual rodeé para seguir mi camino hacia su miembro en el cual ya se podía vislumbrar una gota de líquido preseminal, que me ocasionó acercar mi lengua para saborearlo.

—Aitana, esto es una tortura, me estas matando, suéltame para que pueda tocarte a gusto —me dijo ya desesperado.

—Todavía no, tengo que seguir disfrutándote un poco más.

Deslicé la punta de mi lengua por toda la longitud de su miembro hasta la base y de ahí volví a subir para seguidamente rodearle todo el glande hasta que por fin lo introduje en mi boca, donde lo saboreé a conciencia, cuando vi que ya no aguantaba más lo desaté y en un visto y no visto me tenía a cuatro patas penetrándome desde atrás. Fue salvaje, impulsivo y fuerte, dejándome tan temblorosa como siempre.

Los días fueron pasando y, en todos y cada uno de ellos, vivimos momentos mágicos, ya que entre nosotros había mucha complicidad y nos entendíamos con la mirada. Vivimos días muy dulces con muchas risas incluidas. Esos baños en el mar por la noche, donde dejábamos florecer la pasión en el más absoluto de los silencios y los amaneceres haciendo el amor.

Un día hicimos una salida en un barco que tenía todo el suelo de cristal, jamás había visto tantos peces juntos, todos tan llamativos que no podías apartar la vista.

Otro día hicimos una ruta a pie desde Vaitape hasta el monte Otemanu, desde donde estando en la cima tenías unas vistas panorámicas de todo el atolón, que la verdad, eran maravillosas.

El último día decimos que alquilaríamos unas bicicletas para pasar todo el día fuera. Le pedimos al hotel que nos prepararan un picnic, porque un trabajador nos había dicho, que no muy lejos de allí había un trocito de cala que tenía el acceso un poco más complicado y por eso no había nunca nadie allí, pero que era una de las calas más bonitas de la isla.

Allí que decidimos ir nosotros, y nos costó un poco encontrar el lugar para acceder a él, pero mereció la pena.

Un trozo de playita que hacía como media luna. No era muy grande, pero no había nadie, así que decidimos dejar nuestras cosas debajo de un grupo de palmeras.

—Devis, esto es el paraíso, está siendo un viaje de ensueño —le dije mientras me quitaba la ropa y me quedaba en bikini mirando ese mar de ensueño.

—Sí que lo es, cariño, y todo es mucho más bonito viviéndolo junto a ti —murmuró mientras me regalaba una sonrisa.

—Aunque me quedaría aquí siempre contigo, también echo mucho de menos a todos, pero sobre todo a Samuel

—Lo sé, amor, yo también los echo de menos, pero hoy como los demás días, vamos a disfrutar cada segundo, porque nos lo merecemos.

Vino hacia mí y me abrazó muy fuerte, era un abrazo de estos que te reconfortaban y te hacían sentir la mujer más amada del mundo.

Ese día fue para mí el mejor de todos, ya que pudimos disfrutar del lugar a solas. Fue un día muy relajante donde nos dejamos llevar por la pasión en tres ocasiones y todas ellas fueron especiales, aunque con Devis eran todas únicas.

Se estaba haciendo tarde cuando dimos el día por terminado, ya que al siguiente cogeríamos el avión, y queríamos estar descansados para afrontar esas largas horas de vuelo con escala incluida.

✣ ✣ ✣

Ya en el avión, después de despegar nos trajeron la cena, que no estaba del todo mala, pero que tampoco era para tirar cohetes. Cenamos hablando un poco de todo y, al terminar, echamos los asientos para atrás y nos preparamos para dormir todo el vuelo.

Cerré los ojos y me dispuse a dormir, pero no sin antes recodar todo el camino que habíamos recorrido hasta llegar aquí.

Fue un camino muy largo, donde tuvimos momentos muy bonitos, pero también vivimos muchos muy malos. Sé que todo tiene un porqué en la vida, ya que nuestro destino está escrito desde el momento en el que nacemos y sé que el mío era estar junto a Devis, ese hombre del que estaba totalmente enamorada.

¿Qué nos depararía el futuro? Pues no tenía ni idea, lo que sí tenía claro, es que entre los dos afrontaríamos la vida lo mejor que pudiésemos, dándonos mucho amor y amando por encima de todo a nuestra familia.

Epílogo



Siete años después…

Siete años habían pasado desde nuestra increíble boda, y ya estábamos celebrando otra. El tiempo pasa demasiado deprisa cuando el amor se instala en nuestras vidas y, por fortuna, en la nuestra no solo se instaló, sino que se afianzó con el paso del tiempo.

A lo largo de aquellos años, no solo vimos consolidarse la relación de Andrea con Hugo, hasta llegar a casarse, como ya me anunció ella que harían el día que dio un salto casi olímpico para hacerse con mi ramo de novia. También vimos crecer a Samuel y a su hermanita Olivia, la chiquitina de la familia, que llegó tres años después que su hermano a nuestras vidas.

Cuando Olivia nació, Andrea decía en broma que se sentía una princesa destronada, lo cual no era para nada verdad porque con su carisma y con su temperamento a ella no la levantaban de su trono ni con una grúa.

Con los años, no podíamos sino agradecer al cielo que su bonita manera de ser se mantuviese y se amplificase. Ella seguía siendo esa especie de bisagra que mantenía unida a la gran familia que formábamos entre la de Devis y la mía, que ya digo que funcionaba como una sola.

Lo que también funcionó fue el lujoso centro de estética que Andrea montó cuando terminó sus estudios. Al final, encontró en ese mundo su verdadera vocación, porque a ella los libros no le tiraban. Su abuelo y su padre fueron sus socios capitalistas y enseguida comenzó a subir como la espuma. No había mujer de la ciudad que no quisiera pisarlo. Y el hecho de que algunas famosas comenzaran a contarse entre sus clientas fue ya el remate.

Si me alegraba de lo bien que le iba a ella, a la que consideraba mi hija y a la que adoraba como a los míos propios, ¿cómo no me iba a alegrar de haber triunfado también como periodista? Porque así fue. Con los años, monté mi revista digital e iba viento en popa.

Por supuesto que podría haber seguido trabajando con mi marido, volver a la empresa de la que un día salí, pero no. Yo quería realizarme por mí misma, y eso pasaba por emprender en mi propio negocio.

Al principio, todo hay que decirlo, se me hizo un mundo, pero después ese mundo comenzó a darme satisfacciones y mis publicaciones empezaron a hacerse un hueco en el sector. Hasta que adquirieron renombre y el mío comenzó a sonar en los medios. Un plus de alegría que me dio la vida y un motivo más para agradecer.

No a todos nos fue igual, y es que quien mal anda, mal acaba. El cuento les terminó yendo fatal a Kiko y a Paula, quienes acabaron de la peor manera, con denuncias cruzadas de por medio y demás. A veces no hay más que esperar a que el karma nos ponga a todos en nuestro sitio. Y en esa ocasión lo hizo de olé.

La boda de Andrea y Hugo se celebraría en otro entorno único, ¡¡en una paradisiaca isla!! Ella, que había celebrado su despedida de soltera por todo lo alto allí una semana atrás, incluyéndome por supuesto, ya llevaba ur buen montón de días preparándolo todo. Tuve la suerte de poder ayudarla y para mí fue un lujo. Decidió que se trataría de un enlace de tarde, para así prolongarlo después hasta que los cuerpos aguantasen.

El mismo glamur que derrochaba su persona lo plasmó en ese altar que preparó en la playa, una verdadera maravilla, igual que el resto de los decorados.

Su padre ya estaba preparado para llevarla hasta él, nuevamente de uniforme porque así se lo pedimos ambas. Y eso que ya nada tenía que ver con el Cuerpo de Policía, sino que estaba llevando la empresa que heredó de Samue a lo más alto.

En cuanto a Hugo, ya la estaría esperando en el altar con su madre, pues Carolina hizo de madrina. Y no solo eso, sino que ya hacía años que le atribuimos el mérito de convencer a su marido para que aceptase la condición sexual de su hijo y, por tanto, a Andrea en su vida. Al principio, Ernesto no quiso escucharla, pero al final terminó entendiendo que era eso o perder a su hijo. Para mí que hizo el papel, si bien a esas alturas ya no… Ya Andrea se lo había metido en el bolsillo, como a todos.

y

Sus hermanos, Samuel y Olivia, le llevarían los anillos. A su abuelo Samuel se le caería nuevamente la baba cuando los viera a los tres caminando hacia el altar. Y a mí también, porque no podía estar más feliz de verlos a todos, de ver a mi familia reunida para celebrar algo tan fantástico como la boda de nuestra hija mayor, porque así la consideraba yo. A pesar de nuestra poca diferencia de edad, me convertí en su madre. La suya nunca la quiso y yo la amaba con toda mi alma.

Los invitados enmudecieron cuando la vieron avanzar hacia la playa con su vestido de corte griego, de impresionante caída, con un cinturón joya que era una virguería y que le hacía una figura de lo más esbelta, igual que su hombro al aire, mientras que del otro salía un velo de lo más fino y delicado.

Sobra decir que ese fue su vestido de ceremonia, porque luego tenía preparados dos más para la fiesta, al más
, puro estilo *influencer.* Los compañeros de Hugo les hicieron el pasillo de sables típico de los militares al término de la ceremonia, y había que verla pasando por debajo de todos ellos, con ese estilo tan elitista y sofisticado que derrochaba. Ya era la esposa de Hugo y vacilaba de ello. Por cierto, que él también parecía un muñeco con su

uniforme.

La de su boda fue una fiesta inolvidable… Una fiesta en la playa que no concluyó hasta que los primeros rayos del día nos pillaron despiertos aún a la mañana siguiente, cuando Devis y yo los vimos marcharse, felices y enamorados.

—Solo espero que la ame como yo te amo a ti —murmuró.

—Y solo espero que se sienta tan amada como yo me siento por ti —le respondí.

uniforme.

La de su boda fue una fiesta inolvidable… Una fiesta en la playa que no concluyó hasta que los primeros rayos del día nos pillaron despiertos aún a la mañana siguiente, cuando Devis y yo los vimos marcharse, felices y enamorados.

—Solo espero que la ame como yo te amo a ti —murmuró.

—Y solo espero que se sienta tan amada como yo me siento por ti —le respondí.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu